Colonialismo y Derechos Humanos

Apuntes para una historia criminal del mundo

Eugenio Raúl Zaffaroni

taurus

Al inolvidable Horacio González

In memoriam

AGRADECIMIENTOS

A quienes leyeron los primeros borradores, en particular Alejandro Slokar, Alberto Filippi, Alejandro Alagia, Matías Bailone, Gabriela Gusis, Juan Pegoraro, Nadia Espina, Ílison Dias dos Santos, Nilo Batista, Fernando Tenorio Tagle, Lucas Ciarniello, Agustín A. Real, Mariana Caraballo, José Manuel Martínez, Lucas Crisafulli, Rodrigo Codino, Pedro Patzer, Jacobo Grossman, Guido Croxatto y Renato Vannelli, por sus observaciones. Por descontado que los errores me pertenecen en exclusividad.

A la jueza y los jueces con quienes tuve el honor de integrar la Corte Interamericana de Derechos Humanos: Elizabeth Odio Benito, Humberto Antonio Sierra Porto, Patricio Pazmiño Freire, Eduardo Vio Grossi, Eduardo Ferrer Mac-Gregor Poisot, Roberto Caldas y Ricardo Pérez Manrique, a su secretario Pablo Saavedra y a los letrados y letradas, por lo que de ellos aprendí en el sexenio en que integré ese tribunal.

A los colegas Baltazar Garzón y Gustavo Ferreyra, por haberme permitido el honor de compartir el asesoramiento al presidente Evo Morales.

A Rafael Correa, por el interesante diálogo que me permitió en Bruselas.

Al gobierno que endeudó a la República Argentina entre 2015 y 2019, por la experiencia que me aportaron las agresiones de que me hizo objeto, y también a Luis Almagro, por la nota con que las apoyó.

Sin estos estímulos no me hubiese atrevido a esta aproximación al espíritu del sur como nutriente de los Derechos Humanos.

1
LAS TRES HISTORIAS DE LOS DERECHOS HUMANOS: CORTA, IDEOLÓGICA Y LARGA

BREVÍSIMO RESUMEN DE LA HISTORIA CORTA: LA INTERNACIONAL

El derecho internacional público se ocupa de las relaciones jurídicas entre Estados, que se obligan mediante tratados celebrados en ejercicio de sus soberanías. Eso significa que aquel Estado que ratifica un tratado ejerce su soberanía para limitarla con la obligación contraída en ese instrumento.

Tradicionalmente, como las relaciones de los Estados con sus habitantes no eran materia del derecho internacional, quedaban reservadas a las legislaciones internas. De manera grosera se podría decir que los Estados se reservaban el derecho de dejar vivir o de matar a sus habitantes. Esta situación se mantuvo inalterada hasta mediados del siglo pasado.

En 1945 se creó la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que el 10 de diciembre de 1948 emitió la Declaración Universal de Derechos Humanos —en cuya redacción tuvieron un papel destacado el jurista francés René Cassin y la primera delegada de los Estados Unidos en la Asamblea General de las Naciones Unidas y ex primera dama Eleanor Roosevelt—. Este documento impone a los Estados una serie de obligaciones respecto de sus habitantes, obligaciones que pueden reconducirse a la norma fundamental, según la cual "todo ser humano debe ser tratado como persona", entendiendo por tal a un ente con derechos. Pero, dado que este instrumento no era un tratado, en un comienzo no fue jurídicamente exigible como ley internacional; en ese momento tuvo solo el valor de una fuerte invitación colectiva de los Estados de la ONU a concretar la declaración en tratados. Sin embargo, y pese a los esfuerzos del Comité de Derechos Humanos de la organización, el advenimiento de la llamada "Guerra Fría" dificultó la elaboración de esos instrumentos.

Después de casi dos décadas de reiterados intentos se concluyeron los dos grandes tratados multilaterales o pactos de 1966 (de Derechos Civiles y Políticos y de Derechos Económicos, Sociales y Culturales), cuya vigencia se demoró hasta 1976, o sea que se produjo veintiocho años después de la Declaración Universal.

Estos pactos y la incorporación de la Declaración a la Carta de la ONU —con lo que también cobró valor de ley internacional— configuran el esqueleto del sistema mundial de protección de Derechos Humanos, que fue completado con varios instrumentos posteriores. Este sistema universal consagra una salvaguardia internacional a cargo de los órganos de la ONU y no por medio de tribunales internacionales. Cabe destacar que el procedimiento de control sobre su observancia por parte de los órganos mundiales es complicado y aún débil.

Con independencia de esta protección, de carácter político, y dado que no existe un tribunal mundial que provea una tutela jurisdiccional, mediante tratados multilaterales regionales se crearon tribunales que juzgan la responsabilidad de los Estados por las violaciones de esos derechos. Hasta el presente son tres: el europeo, el americano y el africano.

El primero de estos tribunales fue establecido por el Convenio Europeo para la Protección de los Derechos Humanos y las Libertades Fundamentales, o Convención de Roma, de 1950, vigente desde 1953, que creó el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, con sede en Estrasburgo. Le siguió la Convención Americana sobre Derechos Humanos, o Pacto de San José de Costa Rica, de 1969, vigente desde 1978, que creó el sistema continental americano de protección, con la Corte Interamericana de Derechos Humanos, con sede en San José. El más reciente es el sistema africano, con la Carta Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos o Carta de Banjul (Zambia), adoptada en 1981, vigente desde 1986, y que, mediante el Protocolo Adicional de 1997, estableció la Corte Africana de Derechos Humanos y de los Pueblos, que se instaló en 2006 en Arusha (Tanzania).

El conjunto conformado por el aparato mundial de control político y los regionales de control jurisdiccional muestra que el derecho internacional procura gestar una suerte de incipiente ciudadanía planetaria, de modo que, al menos en el campo del deber ser, todo ser humano, por el mero hecho de ser tal, sea tratado como persona, es decir, considerado titular de un mínimo de derechos que se le deben respetar con independencia de su nacionalidad, credo, color, género, orientación sexual, etnicidad, cultura, fortuna, salud, edad o cualquier otro pretexto que se quiera aducir para negárselos o violarlos.

Como este deber es la regla básica que el derecho internacional de los Derechos Humanos impone a los Estados, resulta que esos derechos solo pueden ser violados por los Estados. Debe quedar claro, pues, que los individuos pueden cometer delitos, pero no violar Derechos Humanos y, por ende, los tribunales de los sistemas regionales (europeo, americano y africano) juzgan únicamente a los Estados, como autores de violaciones de tales derechos.

Es obvio que los Estados responden ante esos tribunales por las acciones u omisiones de sus funcionarios o empleados, quienes algunas veces incurren con ellas en delitos que deben ser juzgados por los propios Estados. Y cuando estos no los someten a juicio, violan por omisión el derecho internacional y deben ser sancionados.

Sin perjuicio de lo expuesto, existen tribunales penales internacionales. Estos no deben confundirse con los anteriores porque, a diferencia de aquellos, imponen penas a personas responsables de delitos internacionales (genocidios, crímenes contra la humanidad), aunque solo cuando los Estados no pueden o no quieren hacerlo.

El único tribunal permanente de ese carácter es la Corte Penal Internacional, con sede en La Haya, establecida por un tratado multilateral, el Estatuto de Roma, vigente desde 2002. A este tribunal no adhieren los Estados Unidos, China y algunos pocos Estados más.

Hubo además tribunales penales internacionales *ad hoc*, con jueces nombrados por las Naciones Unidas (ex Yugoslavia, Ruanda), y también tribunales penales internacionalizados, integrados por jueces nacionales e internacionales (Uganda, Sierra Leona, Camboya). Los tribunales *ad hoc* son creados por el Consejo de Seguridad de la ONU en ejercicio de los poderes que, para la conservación de la paz, le otorga el capítulo VII de la Carta de ese organismo. Los internacionalizados se establecen mediante acuerdos con los respectivos Estados.

Con independencia de lo anterior, la impunidad de los autores de delitos internacionales se combate también mediante el denominado "principio universal", conforme al cual cualquier Estado puede juzgar a estos delincuentes.

Dada la vigencia de la Carta de la ONU —de la cual forma parte la Declaración Universal—, del sistema universal de protección política, de los tres jurisdiccionales regionales y de múltiples tratados, suele señalarse que el derecho constitucional se internacionaliza, aunque también el jurista alemán Peter Häberle propuso hablar de un derecho constitucional universal que, junto al internacional, incluiría todas las constituciones del mundo, sobre la base de un común principio de paz. Por otro camino diferente, el teórico italiano Luigi Ferrajoli plantea una verdadera Constitución de la Tierra.

LA AUSENCIA DE HISTORIAS LARGAS

La síntesis anterior es la historia corta o breve del moderno derecho internacional de los Derechos Humanos, que suele relatarse en los cursos especializados impartidos por organismos internacionales y por las universidades. Pero esta historia corta —aquí abreviada al máximo— no siempre satisface del todo a la ciudadanía ni a los estudiantes, que quedan un tanto perplejos frente a ciertas paradojas. Por ejemplo, se preguntan por qué, si el respeto a la vida humana es tan elemental que en todo el mundo se pena el homicidio, su protección jurídica mundial frente a agresiones homicidas masivas no se concretó mucho antes. Y también por qué, una vez concretada en el papel, no se la hace respetar a rajatabla.

En efecto, la historia corta no explica la razón por la cual, si desde tiempo inmemorial hubo filósofos, profetas y pensadores que pregonaron la elemental premisa de que los seres humanos son *personas*, y las constituciones estatales desde mucho antes consagraban esos derechos, no se había concretado una protección jurídica mundial.

Tampoco esa historia corta explica por qué, pese a la *vigente* consagración en el plano normativo internacional, su *eficacia* es relativa, ya que en la realidad del mundo siguen cometiéndose atrocidades, lo que deja cierta sensación de impotencia del derecho, e incluso —para los más pesimistas— de utopía jurídica o de relativa inutilidad y hasta de hipocresía.

La historia corta es respetabilísima, no obedece a ningún avieso propósito de ocultamiento, sino que, como todo relato técnico, presupone siempre que algo se da por sabido o por descontado. Adolece de ausencias narrativas, que suelen ser desarmadas por las llamadas "preguntas ingenuas", aquellas que interrogan desde el principio sin dar por supuesto nada y que revelan que lo obvio no lo era tanto. Es justamente por esas preguntas que los silencios se tornan ruidosos y dan lugar a los cambios de paradigmas, que revolucionan e impulsan el avance del saber.

Por lo general, las preguntas ingenuas provienen de los niños y de los buenos filósofos, pero también de los seres humanos que caminan por las calles y de los estudiantes que escuchan el relato de la historia corta, cuando todavía la domesticación escolar no les ha hecho perder su capacidad de asombro.

LA HISTORIA IDEOLÓGICA: LOS FILÓSOFOS DEL NORTE

En los ámbitos académicos suele relatarse una historia más larga, limitada a la gestación de la *idea de los derechos subjetivos* en la cultura llamada "occidental", que, por lo común, no suele remontarse más allá del siglo XVIII europeo. En la medida en que se narre lo que los europeos pensaron en otros siglos, su relato es veraz, pero —lejos de responder a la pregunta ingenua— aumenta el desconcierto. Si la humanidad sabe que todo ser humano es persona, no se explica cómo no se evidenció ni se intentó antes una protección jurídica mundial, al menos del derecho a la vida de todos los seres humanos. Menos aún da razón de por qué, ya vigente, no tiene plena eficacia en nuestros días.

El problema es que, frecuentemente, esta historia ideológica pretende erigirse en respuesta a la pregunta ingenua, en cuyo caso resulta falsa, porque afirma o insinúa que la idea se generó en el hemisferio norte y luego se derramó a toda la humanidad en forma de civilización, hasta llegar a la consagración internacional mundial de la norma que impone tratar a todo ser humano como persona.

Esta perspectiva etnocéntrica y pretendidamente evolutiva implica, de manera tácita, que las actuales violaciones de Derechos Humanos se cometen por Estados que aún no asimilaron bien la civilización derramada del norte. Sin embargo, para desmentir esa versión, basta con echar un vistazo sobre la historia y verificar que no parecen nada civilizados los del norte, que hasta hace tres cuartos de siglo —y aun después— se mataron

entre ellos de la peor manera y, como si fuese poco, amenazaron luego con una guerra nuclear capaz de aniquilar a toda la humanidad.

Hay deformaciones históricas que se producen por una excesiva simplificación, como es el caso de la historia corta, pero también hay interpretaciones que, cuando pretenden presentar las ideas como hechos en forma selectiva —como la que acabamos de referir—, dejan demasiado claro que falsean la historia.

Pareciera que los humanos somos los únicos animales que carecemos de la capacidad instintiva de reconocernos como pertenecientes a la misma especie. Este defecto —según la narración etnocéntrica de la historia ideológica— habría comenzado a corregirse cuando los representantes de nuestras diferentes manadas terminaron de leer los libros de los filósofos que habían dejado olvidados en sus mesas de luz, al día siguiente se reunieron y, como eran buenas personas, descubrieron la necesidad de establecer mundialmente el deber de tratar a todo humano como persona y así lo declararon, sin que ningún hecho preciso y concreto los motivase, sino solo una pura maduración espiritual. Es demasiado notorio que aquí falta la historia de algo diferente y fáctico. ¿Qué hechos de la realidad del mundo los impulsaron a eso?

EL PATRIMONIO CULTURAL CRIMINAL DE LA HUMANIDAD

Es obvio que en todos los códigos penales se conminan delitos tales como homicidio, robo, secuestro, violación sexual, tortura, extorsión, estafa, privación de libertad, reducción a servidumbre, lesiones graves y gravísimas, instigación al suicidio, omisión de auxilio, propagación de contagios, abandono de personas y otros más, bastante atroces.

Suena a estrepitoso silencio que no se observe que todas esas conductas son, en realidad, prohibiciones de crímenes que a lo largo de la historia fueron cometidos en escala astronómica por agentes de los Estados contra pueblos de países ajenos, e incluso lejanos, o contra sus propios habitantes. Y que no solo quedaron impunes, sino que a muchos de esos asesinos se les erigieron monumentos o se los honró designando con sus nombres las avenidas por las que circulamos. El horror producido por el crimen atroz en pequeña escala no solo no se multiplicó en proporción a la mucha mayor dimensión de las muertes a manos de agentes de los Estados, sino que en la gran mayoría de los casos se lo neutralizó, ya fuese por desinformación o por normalización.

La desinformación minimiza u oculta los crímenes gravísimos, en tanto que la normalización inventa falsas justificaciones mediante manipulaciones ideológicas, que hacen que no llamen la atención. Se trata de la proyección social de los famosos mecanismos de huida de la psicología individual: la negación y la racionalización. Tanto en lo personal como en lo social, huir de los problemas no los resuelve, sino que condiciona

peores errores de conducta, que, en el plano social, son nuevos crímenes que alimentan una neurosis civilizatoria y, en algunas coyunturas, desatan el equivalente a verdaderas psicosis.

La experiencia de los feroces crímenes masivos negados o racionalizados no desaparece, sino que la humanidad los conserva como recuerdos más o menos reprimidos, sobre los que "es mejor no pensar". Sin embargo, esos crímenes se acumulan y, lenta y silenciosamente, van conformando un nutrido *patrimonio cultural criminal de la humanidad*.

Por lo general se valora la cultura humana por los aportes de profetas, filósofos, artistas, sabios, deportistas, líderes y otras personas con fuertes caracteres que contribuyeron a acumular un patrimonio ético indiscutiblemente positivo para la interacción humana, sea en ámbitos locales como regionales o mundiales. En la memoria colectiva de la especie humana se acumula esta cultura positiva y se la exalta; en este sentido, cuando la historia ideológica está bien relatada, la recupera. Pero al mismo tiempo se reprime la otra historia cultural, la que avergüenza a la humanidad con su collar de crímenes que, como todo lo reprimido, desde el "mejor no pensar" empaña el festejo de la exaltación del patrimonio cultural positivo. Y así hasta que, en algún momento y por imponderables razones circunstanciales, los tímpanos se vuelven más sensibles o los gritos de las víctimas de algunos crímenes registran mayores decibeles, y la hasta entonces sólida coraza de los mecanismos de huida mundiales se resquebraja y salta por los aires.

Los gritos de todas las demás víctimas —incluso de sus elocuentes montañas de cadáveres—, hasta entonces solo escuchados en sus limitados círculos, se elevan y hacen coro con los que perforaron la coraza. De este modo emerge la urgencia de protección jurídica, y los negadores y racionalizadores deben arriar sus banderas y ceder a la presión que les impone la pulsión reprimida del enorme patrimonio cultural criminal de la humanidad.

Pero estos estallidos no detienen la comisión de crímenes atroces, sino que se los niega o normaliza valiéndose de nuevos mecanismos de huida ideológicos y tecnológicos, recomponiendo así el ciclo del patrimonio cultural criminal. Por eso, atendiendo a la clásica distinción entre la vigencia de una norma —es decir, su sanción por los órganos competentes— y su eficacia —o sea, su observancia en el mundo real—, resultaría trunca la narración que se detuviera en la mera vigencia de la norma internacional, pues omitiría el esfuerzo continuo y actual contra los obstáculos opuestos a su eficacia, es decir, las tribulaciones del paso del deber ser al ser.

Por ende, para satisfacer la pregunta ingenua, la historia larga de los Derechos Humanos no solo debe traer el recuerdo de los crímenes mundiales previos a 1948, sino también los posteriores y los que ahora nutren la cultura criminal humana. Los Derechos Humanos son derechos, y estos —como señaló el jurista Rudolf von Jhering— siempre se obtienen

mediante la lucha: *Der Kampf um Recht* (la lucha por el derecho) nunca cesa y está a cargo de los pueblos victimizados.

EL MUNDO NACIÓ CON SUS CRÍMENES

El presupuesto de la exigencia de vigencia y eficacia de una norma de protección mundial de todo ser humano como persona no puede ser otro que la necesidad puesta de manifiesto por la previa comisión de crímenes también mundiales contra seres humanos. Pero, como nada mundial había antes del mundo, esos crímenes —que hoy el derecho califica como gravísimas violaciones de Derechos Humanos— solo existen desde que apareció el mundo, o sea, desde que comenzaron a establecerse redes de relaciones sociales entre todos los seres de nuestra especie, lo que no podía concebirse antes de saber de la existencia de todos los otros humanos.

En este sentido, el mundo no es el planeta —que data de tiempos cósmicos—, sino el *mundo humano*. Y ese mundo tampoco comenzó cuando empezamos a andar apoyándonos en las patas traseras, usamos las manos y dejamos de aprehender con las mandíbulas permitiendo que se nos desarrollara el cráneo, sino que fue tal apenas desde fines del siglo XV, puesto que, mientras los habitantes de nuestro continente no podían conocer la existencia de europeos, asiáticos, africanos y australianos, ni estos la de los primeros, no eran posibles las relaciones sociales mundiales y, por ende, no se cometían crímenes de esa naturaleza. Y menos se podía pensar en sancionarlos.

El derecho solo puede aspirar a regular relaciones sociales y, mientras no las hubiese mundiales, tampoco podía siquiera imaginar una regulación de ese orden. Dado que el presupuesto óntico o real de esta posibilidad solo existió desde fines del siglo XV, las victimizaciones cometidas hasta ese momento no forman parte de la gestación fáctica de la necesidad de una regla o norma de ese carácter. Es indudable que hubo crímenes masivos en todos los tiempos y continentes, como el de Cartago, los de Atila y de la Inquisición, la esclavitud árabe y africana y muchos más. Pero lo que interesa desde la perspectiva de los Derechos Humanos son las victimizaciones mundiales acumuladas en la cultura criminal de la humanidad y que en un momento hicieron intolerable la indiferencia del derecho. Y estas comenzaron apenas cuando la especie inició el lento proceso de mundialización y globalización de sus relaciones.

La posibilidad de relaciones mundiales existe desde que un navegante —que parecía ocultar su ascendencia judía a la cruel persecución ibérica de los cristianos nuevos— puso pie en una isla del Caribe en 1492, como también cuando Bartolomeu Dias dobló el Cabo de Buena Esperanza en 1487 y cuando Vasco da Gama siguió a la India en 1497, es decir, cuando los americanos originarios y los europeos supieron de su existencia y se reconoció

mejor a los africanos subsaharianos. Con estos hechos dio comienzo lo que Immanuel Wallerstein llama el "sistema-mundo".

Por ende, el sistema-mundo y la experiencia de criminalidad y victimización mundiales fueron coetáneos, pues el mundo fue alumbrado por lo que hoy el derecho llama un genocidio: la conquista de América y su saldo de cincuenta o sesenta millones de muertos. Si bien el derecho internacional no se limita ahora a tratar de garantizar solo el derecho a la vida, el patrimonio cultural criminal se nutrió ante todo con homicidios en masa, que no solo privan de derechos, sino que suprimen a los propios titulares de derechos, y no son solo subhumanizantes, sino directamente inhumanizantes.

El mundo apareció simultáneamente con su cultura criminal, porque se presentó con el colonialismo originario, que masacró, contaminó, psicotizó, humilló, redujo a servidumbre, violó a mujeres, destruyó economías, desintegró culturas, satanizó y persiguió religiones, robó propiedades y explotó la esclavitud, para lo cual mató a millones de seres humanos en una empresa genocida de altísima letalidad. La conquista inauguró el mundo sin privarse de ningún crimen, no solo condenado ahora por el derecho internacional, sino también en su momento por las propias leyes de los colonizadores.

LA HISTORIA LARGA DE LA CRIMINALIDAD MUNDIAL

De lo expuesto resulta que la historia larga de los Derechos Humanos, lejos de ser puramente ideológica, es *predominantemente fáctica.* Y tiene cinco siglos, pues es la historia misma de la experiencia cultural criminal mundial, pero también —no lo olvidemos— de las resistencias de sus víctimas, porque ellas son precisamente la expresión reactiva de las culturas agredidas que no se rinden ni desaparecen. Valida de sus tácticas y con resultados condicionados por las circunstancias concretas de tiempo y lugar, esa riquísima multiplicidad de resistencias muestra rasgos comunes que en conjunto configuran la *respuesta del sur*, que no es otra cosa que la lucha de los pueblos por la eficacia de sus Derechos Humanos.

Al echar una mirada sobre las distintas etapas de los crímenes mundiales y de las luchas y tácticas de resistencia y supervivencia de sus víctimas, va surgiendo un relato muy diferente del que se pretende deducir de las nebulosas evitaciones de respuesta a la pregunta ingenua. La respuesta mediante el relato de la verdadera *historia larga* de los hechos —y no solo de las ideas— es también mucho más compleja que las otras historias, pues atraviesa las sucesivas hegemonías mundiales y también los particulares mecanismos de huida que sepultaron sus crímenes como recuerdos reprimidos.

A la luz de la historia fáctica que impulsó la exigencia de la norma mundial y que ahora reclama su eficacia, la propia narración de la historia ideológica sin el debido cuidado se

asemeja a las disculpas ensayadas por los autores de algunos crímenes atroces de la delincuencia individual más o menos patológica y, a veces, responde a análogos esquemas discursivos.

Esos cinco siglos de diferentes hegemonías mundiales son, en verdad, medio milenio de colonialismo, en cuyo curso se distinguen etapas, a veces no tan nítidas en razón de que algunas de las prácticas criminales de una etapa no se extinguen con ella, sino que se siguen usando en las siguientes, dando lugar a cierto desconcierto debido a esas coetaneidades de tácticas criminales no coetáneas. Así, por ejemplo, la subhumanización de las mujeres se identifica con la Edad Media, pero se reproduce hasta el presente en todas las sucesivas etapas coloniales.

De cualquier manera, en todos esos momentos se quisieron justificar sus atrocidades relatándolas desde un eurocentrismo o nortecentrismo, que siempre presupone una pretendida superioridad de la cultura colonizadora. Esto explica que la historia ideológica narre el progreso conceptual de los derechos hasta alcanzar las más refinadas filigranas, mientras que, al mismo tiempo, proyecta fantasiosas imágenes de salvajismo sobre las culturas colonizadas para justificar la reserva de la titularidad de esos derechos a los colonizadores.

LA DIFICULTAD DE RELATAR LA HISTORIA LARGA

Rescatar los recuerdos de estos crímenes y de sus resistencias para reconstruir su historia no es tarea sencilla, debido a la gran complejidad y a la riqueza de datos particulares sobre cada uno de los episodios de las sucesivas etapas de sus cinco siglos de letalidad. Se hace preciso obviar datos para no perder el hilo conductor del relato, pero sabiendo que cada episodio mencionado fue objeto de minuciosas investigaciones de antropólogos, sociólogos, historiadores y politólogos, sin contar con que, en el rápido inventario, también otros se pasarán por alto.

No se trata de subestimar esas investigaciones, sino de tomar nota de ellas en forma limitada, puesto que el objetivo aquí es únicamente establecer la conexión de los hechos generadora de la normativa mundial de Derechos Humanos y de la posterior exigencia de su eficacia. Esta empresa incumbe ineludiblemente al saber jurídico, cuyo objetivo central es la interpretación racional de cualquier ley. Como en este caso las leyes son los tratados internacionales de esta materia, es indispensable esclarecer su para qué (teleología), algo que es imposible desentrañar sin saber también su porqué (etiología), pues se supone que toda norma racional responde a alguna necesidad o conveniencia, dado que las leyes nunca se establecen sin una razón y sin un objetivo.

EL COLONIALISMO COMO HILO CONDUCTOR

Puede pensarse que es una exageración afirmar que los crímenes del patrimonio cultural criminal forman parte de la historia de los Derechos Humanos. Pero lo cierto es que, sin aquellos, no se comprende el sentido de la legislación ni del reclamo de su eficacia: si nadie hubiese matado a otro, no habría tenido sentido el quinto mandamiento. Pero también puede creerse desmedido afirmar que esa historia criminal pivotea en torno de la experiencia victimizante del colonialismo, y hasta podría suponerse que se trata de una simplificación o de un reduccionismo. Sin embargo, esta impresión se disuelve cuando se repara en la conexión que media entre todos sus crímenes.

La parcialización eurocéntrica de la historia nos habitúa a verlos en forma independiente de la columna vertebral de medio milenio de colonialismo. Pero esa autonomía es mera apariencia, pues este hecho, como todo hecho de poder, siempre está enmarañado con fenómenos y epifenómenos íntimamente vinculados a su ejercicio, sea como sus elementos necesarios, sea como presupuestos de su gestación o como sus consecuencias y secuelas.

Así, la reafirmación y profundización del *patriarcado* y de la *misoginia* y las *discriminaciones de género*, que implican la directa subhumanización de más de la mitad de la especie, fueron un presupuesto indispensable del colonialismo, pues sin una fuerte jerarquización social no podría emprenderse ninguna empresa de esa naturaleza. Por su parte, también le fue necesario el *racismo* para ordenar jerárquicamente al personal de las sociedades que explotaba y legitimar la sustracción de medios de pago y materias primas a pueblos lejanos. Esto provocó el surgimiento de la burguesía y el capitalismo en el norte colonizador, con su consecuente *clasismo capitalista*.

Incluso las victimizaciones mundiales que parecen más ajenas al colonialismo se reducen muchísimo si incluimos las extensiones territoriales con sometimiento o aniquilación de pueblos cercanos. A este respecto, una interpretación nada descartable del filósofo mexicano Leopoldo Zea sostiene que, mientras Iberia esgrimía la cruz de Roma y extendía sus anexiones hacia el sur árabe y el oeste americano, Rusia —convertida al cristianismo por San Vladimiro en el siglo X— enarbolaba la cruz de Bizancio y emprendía sus anexiones hacia el oeste, en tanto que Inglaterra, aislada en sus islas, proyectaba un imperio mundial.

EL CHOQUE DE LOS NACIONALCOLONIALISMOS

También suele relatarse la experiencia criminal y victimizante que resulta de las dos etapas de los treinta años de guerras entre las potencias colonizadoras (1914-1945) como ajena al colonialismo, lo que no puede estar más lejos de la verdad histórica.

Las potencias siempre compitieron en su empresa colonizadora. Así, en el colonialismo originario, el Atlántico se controlaba desde Sevilla en el siglo XVI, desde Amsterdam en el XVII y desde Londres en el XVIII. Sin embargo, con el neocolonialismo del siglo XIX tuvo lugar una fuerte competencia entre las diferentes potencias que disputaban la ocupación de territorios lejanos, que se expresaba en la forma de lucha entre nacionalcolonialismos. Esta lucha conoció cierta tentativa de armisticio en el reparto de África, en nombre de una supuesta civilización superior. Esa pretendida superioridad civilizatoria se asentaba sobre tres bases:

- La primera era resolver diplomáticamente los conflictos entre potencias con testas coronadas de parientes de la reina Victoria, o al menos no incurrir en masacres entre ellas. Por eso, Nicolás II convocó la primera conferencia de La Haya de 1899, y Theodor Roosevelt, la segunda de 1907, que concluyeron los convenios con que el derecho internacional definió los crímenes de guerra. El horror de los cuarenta mil heridos sin atención en la batalla de Solferino en 1859 —que independizó de Austria el norte de Italia— movió a los neocolonizadores a prohibir ciertas acciones en las guerras entre ellos, de modo que en el futuro solo pudiesen cometerse contra colonizados.

- La segunda base era el incuestionable avance del capitalismo productivo, en acelerado progreso hacia la producción industrial en serie.

- La tercera era una creciente tecnología armamentista, necesaria para ejercer mejor su neocolonialismo y extenderlo con decisión sobre África, Asia y Oceanía.

Como cabía esperar de la contradicción entre la tercera y la primera de estas bases, esa supuesta superioridad de la *civilización colonialista* voló en mil pedazos en las dos guerras mundiales, que bien pueden considerarse dos etapas de una guerra de treinta años; en cuyo último tramo, uno de los beligerantes decidió ejecutar contra otros europeos los crímenes con los que hasta entonces solo se había victimizado a los colonizados ricos en melanina, resultando millones de asesinatos mediante la aplicación de tecnología de producción industrial en serie, conforme a una programación que abarcaba captura, transporte, muerte y reducción a cenizas.

Esta última característica confirió a sus crímenes un aspecto particularmente siniestro, cuyo horror hizo que los gritos de las víctimas del norte hiciesen más audibles los del sur, lo cual abrió el espacio para la normativización internacional que comenzó a tomar forma en la posguerra. Para colmo, el colofón de esa catástrofe de tres décadas fue el de las bombas

de Hiroshima y Nagasaki arrojadas sobre población civil, que mostraron el potencial de aniquilación humana de la reversión de la energía cósmica.

Como vemos, directa o indirectamente, es imposible separar el colonialismo del considerable patrimonio de la cultura criminal de la humanidad, que acabó por hacer insostenible la indiferencia jurídica.

NECESIDAD DE NARRAR LA HISTORIA FÁCTICA LARGA

Al discurso jurídico le resulta difícil admitir que la consagración de los Derechos Humanos en el derecho internacional —festejada como extraordinario logro de la civilización— sea el resultado de la eclosión producida por la presión de la reprimida cultura criminal de la humanidad, nutrida con los más aberrantes y atroces delitos masivos mundiales, cometidos y hasta a veces celebrados por los Estados que pretenden ostentar los máximos niveles civilizatorios. En esta materia es indispensable remover los recuerdos reprimidos, por lo que un rápido recorrido por este itinerario fáctico, al mero estilo de apuntes de ayudamemoria, nos permitirá confirmar lo dicho.

Pero también hay otras razones que abogan a favor de la necesidad de este brevísimo recurso a la memoria, y su olvido tampoco es casual, sino que el propio colonialismo se empeña en ocultar los hechos apelando al aislamiento de los diferentes parajes del sur y del norte en historias parciales y mutuos desconocimientos.

Desde siempre, el colonialismo procuró dividir a aquellos a quienes *subhumanizaba* o *inhumanizaba* y, cuando pudo, los hizo confrontar entre ellos. La táctica de hacer que entre las víctimas no dialoguen y ni siquiera se conozcan y que, en lo posible, se maten entre ellas, incluso fomentando que algunas soliciten ingenuamente la ayuda del propio colonizador, siempre fue eficaz para las potencias colonizadoras, como sigue siéndolo para las clases hegemónicas en el seno de cada sociedad.

Por último, hay otra importante razón que aboga por la necesidad de este rápido recorrido memorioso: el colonialismo continúa gozando de muy buena salud. En este sentido es importante anotar que, si bien se hacen ahora frecuentes referencias al poscolonialismo, cuando con esta expresión se identifica el ocaso del colonialismo formal su empleo es correcto e inofensivo, pero cuando se le asigna el carácter festivo de cierre de la dominación colonial este concepto deviene en falso y peligroso, susceptible de encubrir la ideología que pretende que se llegó a una supuesta *edad del consenso* solo para legitimar la actual etapa colonial tardía o avanzada.

¿LOS DERECHOS HUMANOS SON UN INSTRUMENTO LIBERADOR O UNA IDEOLOGÍA COLONIAL?

La pretendida edad del consenso implica una grave perversión conceptual de los Derechos Humanos, que afecta su esencia y su propio destino, pues, si se sigue entendiéndolos como un instrumento de lucha jurídica de los pueblos por superar el subdesarrollo que les condiciona su subordinación geopolítica, tendrán un porvenir venturoso, pero si se los degrada a un nuevo discurso civilizatorio hegemónico, devendrán en un instrumento del colonialismo en su superior etapa actual, en cuyo caso —antes o después— serán despreciados por los pueblos.

Por esas razones, dadas las mutaciones del poder y a décadas de distancia, es menester actualizar algunas afirmaciones de Sartre en el prólogo de *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, cuando sostenía: "Los bloques asumen posiciones contrarias, se respetan mutuamente. Aprovechemos esa parálisis, entremos en la historia y que nuestra irrupción la haga universal por primera vez. Luchemos; a falta de otras armas, bastará la paciencia del cuchillo".

En principio, el mundo bipolar terminó y el que genera la actual fragmentación quizá pueda ser algo más amplio. La segunda cuestión es que siempre estuvimos en la historia, al menos cuando la relatamos desde el sur. Por último, ahora es cuestión de defender el discurso de los Derechos Humanos de toda pretensión hegemónica imperial para reafirmarlo como instrumento de lucha de los pueblos, porque de lo contrario a estos solo les dejaremos la luctuosa "paciencia del cuchillo".

"COLONIALISMO" EN SENTIDO AMPLIO

Antes de iniciar el sobrevuelo por el horripilante curso fáctico de esta historia, se requieren algunas precisiones, en primer lugar, respecto del concepto de "colonialismo".

No ignoramos que su etimología evoca al campesino cultivador y da idea de asentamiento de colonos al estilo de los puritanos del *Mayflower*. Tampoco se nos escapa que se postulan distinciones conceptuales más precisas entre "colonialismo", "régimen colonial" e "imperialismo", que a veces señalan al primero como una variante del último, dado que este puede ejercerse por condicionamiento, sin someter a controles estrictos a los gobiernos locales. Así, no subestimamos las discusiones sobre el imperialismo, aunque las clásicas de Lenin y otros —Eduard Bernstein, Karl Kautsky, León Trotsky, Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding— no pierdan cierto eurocentrismo, pues desde el sur no estamos tan seguros de que el imperialismo sea la fase superior del capitalismo ni que este se agote con ese fenómeno. Creemos que el capitalismo surgió del colonialismo, aunque de esta prioridad no cabe deducir nada acerca del futuro de ambos por vía de reversión, pues no tendría sentido que quien deja unas brasas en un bosque y provoca así su incendio intente luego resolverlo apagándolas.

De todas formas, lejos de restar importancia a estas discusiones, para nuestro objetivo de relevamiento de la experiencia criminal mundial nos basta con detenernos en hechos demasiado brutales; por ende, las precisiones buscadas con ellas son menos relevantes que para quienes en otras disciplinas procuran conocimientos diferentes. Por eso, sin la menor intención de ignorar precisiones establecidas para otros fines —y menos aún de ensayar un concepto universalmente válido—, solo para nuestro propósito actual preferimos adoptar un sentido muy amplio del término "colonialismo", entendiéndolo como *la explotación subhumanizante de una población extranjera mediante la sustitución o el control de su aparato de gobierno*.

Por otra parte, para referirnos a los países americanos al sur del río Bravo, empleamos sin distinciones "nuestra América" y "América Latina". No ignoramos que la segunda variable la gestó el colonialismo francés al legitimar su invasión a México para instalar el singular imperio de opereta de Maximiliano de Habsburgo. Tampoco pasamos por alto que es más que cuestionable que nuestra civilización regional sea demasiado "latina", sabiendo que esa condición la postuló también en su momento el fascismo italiano, como también que el paralelo "hispanismo" corresponde a la extrema derecha española. De todas formas, utilizamos indistintamente esa denominación, tanto por su difusión como porque nos distingue del norte. Y, también, porque asumir la expresión de subestimación de aquel que discrimina no deja de ser a veces un acto desafiante del discriminado.

BIBLIOGRAFÍA

Atilio Borón, *Hegemonía e imperialismo en el sistema internacional*, Buenos Aires, 2004.

Jean Bricmont, *Imperialismo humanitario. El uso de los Derechos Humanos para vender la guerra*, Barcelona, 2005.

Antônio Augusto Cançado Trindade, *Tratado de Direito Internacional dos Direitos Humanos*, Porto Alegre, 1999.

Enrique Dussel, *1492. El encubrimiento del otro. Hacia el origen del "mito de la modernidad"*, La Paz, 1994.

—, *Hacia una filosofía política crítica*, Bilbao, 2001.

—, *Política de la liberación. Historia mundial y crítica*, Madrid, 2007.

Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, México, 1965.

Peter Häberle, *Sobre el Principio de la Paz. La "cultura de la paz". El tópico de la teoría constitucional universal*, Buenos Aires, 2021.

Rudolf von Jhering, *La lucha por el derecho*, trad. de Adolfo Posada y Biesca, Madrid, s.f.

Miguel Mellino, *La crítica poscolonial. Descolonización, capitalismo y cosmopolitismo en los estudios poscoloniales*, Buenos Aires, 2008.

Walter Mignolo, *Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, 2002.

Manfred Nowak, *Introducción al régimen internacional de los Derechos Humanos*, Buenos Aires, 2009.

Aníbal Quijano, "Colonialismo del poder, eurocentrismo y América Latina", en *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, Buenos Aires, 2014.

Balakrishnan Rajagopal, *El Derecho Internacional desde abajo*, Bogotá, 2005.

Edward Said, *Orientalismo*, Barcelona, 2002.

Sarvepalli Radhakrishnan, *La filosofia indiana. Dal Veda al Buddhismo*, Turín 1974.

Alain Supiot, *El espíritu de Filadelfia. La justicia social frente al mercado total*, Barcelona, 2011.

Immanuel Maurice Wallerstein, *Comprendere il mondo. Introduzione all'analisi dei sistemi-mondo*, Trieste, 2006.

Robert Young, *Postcolonialism. A Very Short Introduction*, Oxford, 2003.

Leopoldo Zea, *Discurso sobre la marginación y la barbarie*, Barcelona, 1988.

—, *Latinoamérica Tercer Mundo*, México, 1977.

—, *América en la historia*, Madrid, 1970.

2
CONTRIBUCIÓN DEL COLONIALISMO ORIGINARIO AL PATRIMONIO CULTURAL NEGATIVO DE LA HUMANIDAD

LA DIMENSIÓN DEL GENOCIDIO

Cuando Colón llegó a América en 1492, el cacique Guacanagarí lo recibió con amabilidad. Sin embargo, antes de partir nuevamente a España dejó en el lugar a algunos de los poco recomendables marginales que había conseguido sumar a su aventura, y estos, que creían que los indios eran animales sin regulación sexual ni familiar, violaron a las mujeres. Como cabía esperar, los indios reaccionaron incendiando los fuertes y matando a los facinerosos. Al regresar al año siguiente y observar la resistencia de los indígenas, el Gran Almirante mandó a miles de ellos a España como esclavos —aunque la reina no los consideró tales— y toleró las violaciones. Lo cierto es que a la llegada de Colón había un millón de indios en el Caribe y treinta años más tarde quedaban mil.

De ese modo comenzó la empresa colonizadora, con atrocidades tales como ofrecer una fiesta a los caciques y sorprenderlos, encerrarlos y quemarlos vivos. Algún desalmado colonizador celebró el ingenio criminal de sus coterráneos al desplazar a los habitantes originarios de las islas Bahamas hacia su destino de esclavitud, engañándolos con el ardid de que los llevaban al paraíso prometido por sus dioses.

Pedro de Valdivia relataba al rey en 1550 que, como gran hazaña, había mandado cortar manos y pies a doscientos indios para escarmentarlos. Cuando en 1553 los indios lo hicieron prisionero, como era natural, lo empalaron y lo cortaron en pedazos, lo que parece ser motivo suficiente para que hasta hoy se le rinda homenaje con monumentos y una ciudad con su nombre.

No es posible establecer con exactitud el número de muertes que los europeos causaron en América, aunque se estiman entre cincuenta y sesenta millones de personas. No faltan quienes las minimizan a nueve millones, pero con bastante razón se sostiene que solo en México, en vísperas de la llegada de Cortés, había unos veinte millones de habitantes; lo cierto es que un siglo después quedaba un millón. Se calcula que la población originaria de Honduras era de unas ochocientas mil personas, pero en 1539 quedaban quince mil.

Si bien los ibéricos no eran colonos en el sentido estricto del término porque no vinieron a cultivar la tierra, sino a explotar y a buscar oro —o sea que no se distinguían mucho del ladrón y el asesino a mano armada de cualquier lugar del mundo—, tampoco los ingleses y los franceses que anduvieron por el norte fueron menos crueles con los indios. Los antropólogos calculan que en Norteamérica había entre diez y doce millones de indios, pero

en 1800 quedaban seiscientos mil, que un siglo después se habían reducido a cuatrocientos mil. Como los indios norteamericanos no servían como esclavos, algunos fueron enviados al Caribe en 1676 y al resto se lo siguió desplazando; un siglo más tarde, el presidente Thomas Jefferson —tan citado por los constitucionalistas— proponía exterminarlos.

Más allá de las discusiones acerca del número de vidas humanas que costó la conquista de América, es imposible ignorar su carácter genocida. Bajo el dominio colonial no solo aumentaron las muertes, sino que disminuyeron los nacimientos, pues los indios no querían reproducirse, lo que Hegel desde su cátedra atribuyó a "indolencia". Las mujeres buscaban abortar, y las pésimas condiciones extremaban la mortalidad infantil. De poco sirvió el Breve papal de 1537, documento que precisó que los indios eran humanos y no debían ser privados de su libertad ni de sus bienes, pues fue ignorado por los colonizadores.

La idea de que los indios no eran humanos fue alimentada por el prejuicio lingüístico, pues los primeros europeos que llegaron —bastante brutos, por cierto— no comprendían que les hablaban en otra lengua y los consideraron mudos o tartamudos. Es interesante señalar que, con el tiempo, el uso de la lengua fue marcando subdivisiones: el indio que hablaba castellano era un "ladino" o un "cholo" y el negro que no hablaba portugués era un "bozal". Muchos años después, en el siglo XX, el tragicómico dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, que solía ataviarse con ridículos sombreros y oropeles napoleónicos, ordenó la masacre de veinte mil haitianos, identificándolos porque no pronunciaban correctamente la palabra "perejil". Quizá la supresión y prohibición de lenguas la reimportó el franquismo con respecto al vascuence y al catalán. La extrema glotofagia colonial superó en mucho a la romana —que solo llamaba "bárbaros" a aquellos que no se expresaban correctamente en latín—, pues directamente los consideró mudos o tartamudos.

En otro orden, cabe aclarar que no solo fueron las condiciones de explotación las que incidieron en la aceleradísima caída vertical de la población originaria, sino incluso alteraciones medioambientales, como la expansión de caballos, bovinos y cabras, que provocaron hambre porque, al reproducirse en forma silvestre, arrasaron cultivos. Pero es incuestionable que la mayor causa de muerte fueron las enfermedades de los europeos, que, al estar en contacto con animales domésticos que no existían en nuestra región, tenían anticuerpos contra las epizootias que difundieron en ella. Así trajeron —o introdujeron con los africanos esclavizados— la viruela, el sarampión, la peste bubónica, la malaria, el cólera, la fiebre tifoidea, la difteria, la fiebre amarilla, la escarlatina, enfermedades venéreas, etc. La viruela hizo estragos, y el tifus exantemático —en México, "cocoliztli"— desató en 1545 la llamada "gran pestilencia". El origen americano de la sífilis lo desmintió en el siglo XVI el veronés Girolamo Fracastoro, padre de la epidemiología, en su obra "Syphilis sive morbus gallicus". Antes de 1492, los franceses la llamaban "mal italiano", y los italianos, "mal francés"; los portugueses, "enfermedad española", y los japoneses, "portuguesa"; los polacos, "alemana"; los rusos, "polaca", y los persas, "turca".

Suele ignorarse otro factor genocida, el de los suicidios. La destrucción despiadada del mundo simbólico precolonial de los indígenas, la negación de sus valores y la persecución de sus religiones provocaron verdaderas catástrofes psíquicas, como psicosis y depresiones. Basta pensar que las momias de sus antepasados fueron destruidas, con la advertencia a quienes rendían culto a sus muertos de que, como habían sido paganos, se estaban quemando eternamente en el infierno dantesco imaginado por las mentes afiebradas de fanáticos, como un tal Diego de Avendaño, que vomitaba esos terroríficos sermones.

Con especial empeño, estos demoledores del mundo simbólico de los originarios se dedicaron a perseguir las religiones indias y a destruir imágenes, objetos y lugares de culto. Se valían de los niños para obtener información, pues estaban empecinados en buscar los templos escondidos para eliminar el culto a las huacas, y pagaban a indios delatores, y más de uno terminó ahorcado por traicionar a sus hermanos. En el Cusco hicieron enterrar las momias de los emperadores incas y censuraron costumbres como el alargamiento del cráneo, la perforación de orejas o el rito de las cabelleras.

Pizarro y su gente no eran fanáticos porque, como buenos ladrones, a ellos solo les interesaba el oro. Pero la obstinación misionera fue tanta que se crearon tribunales inquisitoriales en México, Cartagena y Lima, mientras los portugueses solo lo hicieron en la India, en Goa, como se verá más adelante.

No obstante, los indios opusieron una fuerte resistencia religiosa. Los misioneros no pudieron destruir sus manifestaciones más abstractas, como los cultos a ríos, montañas, lagos y piedras. Algunas huacas de los Andes eran consideradas almas y, a mediados del siglo XVI, hubo un movimiento de resistencia peruano que sostenía que esas almas estaban hambrientas porque ya no les rendían culto, por lo cual se encarnaban en los cuerpos de los indios para matar a todos los españoles.

Se pretendía justificar la destrucción de religiones alegando la práctica de sacrificios humanos, en especial en México. Si bien tales sacrificios existieron, no está probado que siguiesen cometiéndose a la llegada de los europeos, a excepción de la ejecución de prisioneros, lo que también hacían estos. Todos los cronistas recogen versiones, pero ningún español presenció un sacrificio. De todas formas, no deja de ser curiosa la justificación, pues para que los indios no sacrificasen a inocentes los colonizadores mataron a los sacrificadores y a los sacrificados, y sus inquisiciones torturaban y quemaban a mujeres, judíos, conversos y reformados.

Diego Durán fue un dominico cuya obsesión eran las supervivencias religiosas indias en los sincretismos, se escandalizaba ante las creencias paganas con apariencia cristiana y postulaba su completa erradicación, mientras que los franciscanos eran más prudentes. Observaba con horror que las columnas de la catedral de México descansaban en serpientes emplumadas. Además de apelar al sincretismo, los indios aprovechaban las frecuentes

rencillas entre inquisidores, sacerdotes y visitadores para denunciar a algún cura o para envenenar a otro; eran los únicos medios de revancha de que disponían y, por cierto, los ibéricos les temían.

Los fanáticos como Durán sostenían que las religiones originarias eran obras del demonio y, como por lo general padecían graves fijaciones sexuales, imaginaban por ejemplo que el demonio peruano, el Supay, era tan lascivo que formaba parte de tríos amorosos asumiendo alternativamente el papel de íncubo y de súcubo, según afirmaba que había sucedido en Chupamarca un tal Pablo de Prado.

Es verdad que la situación no fue pareja en todo el continente, pues los jesuitas sustrajeron doscientos mil indios a la servidumbre colonial y los entrenaron en un orden productivo diferente, lo que incluso luego de la destrucción de las misiones dejó marcada una heroica cultura de resistencia guaraní, que solo se doblegó un siglo después de la expulsión de los jesuitas con el vergonzoso genocidio de la Guerra de la Triple Alianza.

La muerte de millones de seres humanos en modo alguno es una leyenda negra inventada por fray Bartolomé de las Casas, precedido por el sermón de fray Antonio de Montesinos en 1511. Por el contrario, veremos que Las Casas fue el primero que en esta historia reclamó lo que hoy llamamos Derechos Humanos, pues soñaba con un protectorado respetuoso de las instituciones de los indios, modelo sobre el que se concertó en 1566 un acuerdo con el inca Titu Cusi, que obviamente no fue respetado.

El argumento según el cual el genocidio americano no fue doloso no resiste mucho análisis. El naturalista de fama europea más respetado en la corte de Carlos V fue Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, quien era decidido y expreso partidario de la eliminación total de los indios.

EL PATRIARCADO PREPARATORIO, EL RACISMO EJECUTOR Y EL CAPITALISMO CONSECUENTE

Este colonialismo originario consistió en la ocupación policial del territorio americano. Y tanto la primera impresión que causa esta afirmación como la leyenda que la explota es que se trató de una empresa llevada a cabo por una Europa potente que se lanzó a expandir su dominio, lo que resulta por completo falso.

Europa había sido devastada por la peste en siglos anteriores, y a fines del siglo XV estaba cercada y aislada por los islámicos, quienes apenas desplazados por el sur seguían a un paso de la Península Ibérica, mientras que por el este la amenazaban los turcos, que avanzarían hasta poner sitio a Viena en 1529. Su desesperada búsqueda de una vía marítima hacia Oriente —que Colón procuraba por el oeste, y Vasco da Gama, por el sur—

obedecía a que allí se desarrollaba la principal actividad económica, que solo perdió importancia tardíamente, cuando Europa la desbarató con sus genocidios neocolonialistas en el siglo XIX, puesto que, en 1850, Oriente todavía participaba en el producto global con el 65%, que bajó al 38% en 1900 y al 22% en 1960.

La Península Ibérica inició los esfuerzos europeos para superar el aislamiento comercial y la consiguiente debilidad continental. Los franceses y los holandeses fueron a la zaga de los ibéricos, mientras que los ingleses en el norte de América comenzaron a desplazar a los indios para ocupar sus tierras con población europea. En otros parajes del mundo, con pocas excepciones, se limitaron a explorar e instalar enclaves comerciales pero, en un principio, España y Portugal se dividieron el mundo, conforme al meridiano que pasa a trescientas setenta leguas de Cabo Verde, según el Tratado de Tordesillas, que excluía a Inglaterra, Holanda y Francia.

La primacía de los ibéricos para una empresa de ocupación policial territorial lejana la facilitó su mejor preparación, proporcionada por la guerra —también de ocupación territorial— que desde el siglo VIII llevaban en la península contra el al-Ándalus, que había llegado a abarcar la mayor parte de esta.

Esa guerra de restauración del imperio visigodo duró casi ocho siglos y apenas terminaba cuando Colón pisó el Caribe. Desde el siglo XIX, la historiografía española le dio el nombre de "reconquista", pero también se afirma que fue una guerra de conquista, de la cual la americana sería su continuación. Más allá de esta discusión, lo cierto fue que el sistema de encomiendas que trajeron a nuestra América lo habían utilizado antes para repartirse a los moros y para cristianizarlos a medida que avanzaban sobre el territorio del al-Ándalus.

Una guerra de esta naturaleza solo puede ser sostenida por una sociedad guerrera, fuertemente jerarquizada en forma de ejército, pues necesita consolidar un frente interno sin fracturas que debiliten una empresa tan prolongada. Esa sociedad colonizadora, como todo ejército, no puede funcionar sin unidades ejecutivas de base a cargo de suboficiales que las comanden. Esta función de caporales disciplinantes sociales de inferiores no es otra cosa que el patriarcado. Merced a esa jerarquización de sociedad guerrera, las potencias ibéricas pudieron tomar la delantera para ocupar policialmente nuestra América.

Si bien los ibéricos no inventaron el patriarcado, no es menos cierto que su fortísimo reforzamiento fue un presupuesto necesario del colonialismo, no siendo en modo alguno azaroso que en sus sociedades se ejerciera un brutal poder represivo, garante de los sólidos códigos sexuales binarios y misóginos de los siglos XI y XII. Mientras el resto de Europa no superaba del todo el feudalismo, los ibéricos reforzaban su sociedad guerrera para consumar su lenta ocupación policial del al-Ándalus.

La fuerte reafirmación del patriarcado se extendió a toda Europa a medida que esta verticalizaba sus sociedades superando el feudalismo, por lo que, si bien la Inquisición eclesiástica estaba en decadencia a fines del siglo XV, se reprodujeron en el siglo siguiente las inquisiciones —española, romana y su adopción procesal por jueces laicos— que, pese a sus diferentes objetivos, consolidaron en todo el continente el patriarcado subhumanizante. El número de mujeres asesinadas se discute, pero no cabe duda de su masividad.

El *Malleus Maleficarum* (*Martillo de las brujas*) es la síntesis más completa de las legitimaciones de los crímenes inquisitoriales y, aunque era una obra tardía respecto de la Inquisición eclesiástica, fue ampliamente usada por los jueces laicos de Europa central, donde en el siglo XVII se cometió el mayor número de asesinatos de mujeres. Su repugnante misoginia se nutría de fijaciones sexuales y reduccionismo biologista, fungiendo como vademécum del patriarcado en los dos siglos siguientes, puesto que fue el libro más impreso después de la Biblia.

Se vincula con acierto al colonialismo con el racismo, pero no con la subhumanización patriarcal y de género, porque se pasa por alto que su máximo refuerzo fue su presupuesto indispensable, debido a su necesaria función disciplinante en la jerarquización de la sociedad guerrera devenida en colonizadora.

Puede observarse que en el *Malleus* no hay referencia alguna a la raza en razón de melanina, porque en tanto que el patriarcado fue un presupuesto del colonialismo originario, este racismo fue un instrumento de ejecución de la empresa genocida colonial y, por ende, lógica y cronológicamente posterior a su presupuesto.

Dado que la colonización ibérica no instalaba campesinos, sino que explotaba a la población del territorio policialmente ocupado, le fue necesario estructurar a las sociedades colonizadas como inmensos campos de trabajo forzado mediante la organización jerárquica de su personal. Para eso se echó mano del concepto de raza vinculado a la melanina, derivado de la tripartición europea en su previa visión parcial del mundo, compuesto por Asia, Europa y África, según el mapa del siglo VI de Isidoro de Sevilla y conforme a los tres hijos de Noé (Sem, Jafet y Cam).

Este tema de los mapas es interesante como indicador de superioridad, que depende del lugar en que se ubique quien los traza. Recuerda Arturo Jauretche que, en la Edad Media, los llamados "mapas beatos" ponían al Mediterráneo en posición vertical, a un lado Europa y al otro África, y siempre arriba los lugares sagrados. Cuando los europeos llegaron a América lo horizontalizaron y, por supuesto, se colocaron a la cabeza. Más tarde, entre europeos y norteamericanos se planteó quién ocupaba el centro entre este y oeste, pero ambos —por supuesto— conservaron siempre el norte arriba.

Más allá de que cada colonizador se sitúa en la parte superior y central del mapa, lo cierto es que los europeos y los islámicos conocían las diferencias de melanina, pero solo las usaron como criterio subhumanizante cuando les fue necesario jerarquizar sus campos de trabajo forzado.

No debe olvidarse que España reafirmó aún más su sociedad guerrera con la expulsión de los judíos y de los moriscos, con lo que cortó de cuajo toda posibilidad de surgimiento de una burguesía. Para llevar a cabo esta empresa de limpieza de sangre apeló a un biologismo racista contra los judíos conversos, considerados marranos o cristianos nuevos, para privarlos de los derechos reservados a los "limpios de sangre". Fuera de España, el propio *Malleus* tiene una fuerte base biologista, pero lo que realmente se inventó con el colonialismo originario fue el racismo por melanina, es decir, la jerarquización humana por el color de piel.

Con el presupuesto de la sociedad guerrera con su patriarcado y el racismo por melanina como medio, en cualquier caso no debe ignorarse que, sin el colonialismo originario victimizante de decenas de millones de indios y africanos, Europa no hubiese superado su aislamiento ni adquirido el enorme poder que le posibilitó luego practicar sus genocidios neocoloniales sobre el resto del mundo. El genocidio americano fue la condición *sine qua non* de los que habría de cometer en África, Asia y Oceanía.

LOS CRÍMENES DEL COLONIALISMO ORIGINARIO

Llama poderosamente la atención que nuestra América haya sido policialmente ocupada por pequeños contingentes, puesto que nunca *tan pocos hombres causaron la muerte de tantos millones de personas.*

Entre los factores que incidieron en esta capacidad letal, se dice que los indios creyeron que los españoles eran dioses. Algo similar se repitió a veces en otros lugares, pues hasta hoy no faltan quienes consideran a todo colonizador un ente numinoso que anuncia la felicidad y, sin creerlo un dios en sentido estricto, se prestan a asumir el papel de la Malinche. Aunque habría que destacar que tampoco esta concubina de Cortés debe haberlo considerado muy divino, habida cuenta de la deformación sifilítica del esternón que él padecía y su condición de cojo, según reveló el estudio de su esqueleto, conforme al cual lo retrató Diego Rivera en los murales del Palacio Nacional.

No parece cierto que Moctezuma haya creído que Cortés era Quetzalcóatl que regresaba. Los mayas, por su parte, con su fina religiosidad, tampoco creyeron que los españoles fuesen dioses. No debe olvidarse que estas versiones provienen de los propios colonizadores.

Lo cierto es que disponían de una considerable superioridad tecnológica, con pólvora, imprenta y brújula inventadas por los chinos; los números, por los árabes, y el hierro y el acero, por los africanos. También disponían de la escritura, poderoso medio de comunicación y de legislación frente a culturas de tradición oral, pese a lo cual no lograron desarticularlas por completo, una prueba de la fortaleza que ostentaban. Pero todo ese arsenal tampoco alcanza para explicar su éxito. Como sucede casi siempre, fueron decisivas las rivalidades entre los colonizados, pues nunca faltan incautos que creen poder utilizar al colonizador para imponerse al enemigo interno.

Pizarro se valió de curacas o caciques que querían liberarse del incanato, en especial cuando habían sido castigados desplazándolos de sus lugares para ubicarlos entre grupos más fieles al inca y sufrían en sus nuevos asentamientos. Tampoco faltaron quienes habían optado por Huáscar, el inca vencido por Atahualpa. Con suma habilidad tejió todas estas alianzas, como buen ladrón de oro —puesto que no disputó con Diego de Almagro precisamente por cuestiones teológicas—, y además era un perjuro, que obtuvo el rescate de Atahualpa e igualmente lo asesinó, lo que también permite verificar el error de creer en los juramentos de los colonizadores. Hoy, Pizarro sería condenado por secuestro extorsivo seguido de homicidio.

A Cortés tampoco lo movía la expansión del cristianismo, pues parece que hizo ahorcar a dos franciscanos molestos y, según algunas malas lenguas, envenenó a su mujer española. Pero lo cierto es que, después de un año de haber sido expulsado de Tenochtitlán, volvió con decenas de miles de tlaxcaltecas, enemigos históricos de los mexicas, con los que sitió la ciudad y, ayudado también por la desastrosa epidemia de viruela traída por los españoles, venció la fortificación que había logrado recomponer Cuauhtémoc. Si bien Cortés no obtuvo un tesoro como el que robó Pizarro, no fue menos criminal, como lo revela la tortura y el asesinato del joven emperador.

En la servidumbre europea, el señor y el vasallo tenían obligaciones recíprocas, en tanto que la que establecieron los españoles se aproximaba más a la esclavitud. En principio, los indios fueron repartidos en encomiendas, pero en cuanto los españoles recibían indios, pedían tierras. Las encomiendas se suprimieron en 1543, lo que provocó una rebelión de encomenderos en Perú encabezada por Gonzalo Pizarro, hermano del criminal, pero, como los indios eran *concedidos* por tres generaciones, aquellas se extinguieron apenas en el siglo XVIII.

La encomienda fue reemplazada por el sistema de mita, en que los caciques se encargaban de la recaudación y transferencia de los tributos a la autoridad y eran premiados con eximición de impuestos y permiso de montar a caballo, aunque no podían ser sacerdotes. Se trataba de un sistema de *indirect rule* muy particular, porque se mantenían solo las terceras filas de autoridades originarias al único efecto de la recaudación.

Pese a todo, las rebeliones en nuestra región fueron continuas. En Bolivia, los indios se levantaron varias veces encabezados por Willkas que aspiraban a reinstalar el incanato, lo que se repitió hasta fines del siglo XIX. En Perú se recuerda —entre otras— la de Juan Santos Atahualpa en 1738, que duró hasta 1745. En Chile, la de 1553, cuando ejecutaron a don Pedro de Valdivia, y varias otras batallas libradas por el famoso Lautaro; más tarde, la de Quillota en 1598 y una más general en 1723. En Guatemala tampoco faltaron; incluso sobre el filo de la independencia, cabe recordar la rebelión quiché de Atanasio Tzul. En Paraguay, la del Oberá (el resplandeciente) en el siglo XVI y otra en 1752 hasta 1756. En la Argentina tuvieron lugar las llamadas "guerras calchaquíes", libradas por los diaguitas desde 1560. México se lleva la palma, pues fueron numerosísimas y en todo su territorio. Huelga decir que la crueldad con que todas fueron reprimidas constituye un importante dato revelador de la cultura criminal de la humanidad.

Como es obvio, por su extensión y por el peligro que hizo correr al colonialismo en 1780, se destaca la famosa revolución de José Gabriel Condorcanqui, que asumió el título de Túpac Amaru II, como heredero del último inca. Este claro antecedente de la emancipación sudamericana fue brutalmente reprimido hasta acabar en el descuartizamiento de su líder en la plaza pública.

Los portugueses, por su parte, no se hallaron con organizaciones sociales y políticas como el Tawantinsuyo o el Anáhuac, pero no por eso fueron menos asesinos con la población originaria. El avance hacia el oeste tuvo lugar en el siglo XVIII, *tercerizado* por bandas de facinerosos conocidos como "bandeirantes", pues sus expediciones para cazar y esclavizar a los indios se llamaban "bandeiras", con las que redujeron a su población de dos millones a la mitad. Estas bandas de aventureros a los que se les alza algún monumento invadieron territorios más allá de la línea de Tordesillas, atacaron y destruyeron numerosas misiones jesuíticas.

Como resultado de estos y otros crímenes de españoles y portugueses, se extrajeron y exportaron a las metrópolis toneladas de oro y plata, procedentes de varios yacimientos, pero en particular de las minas de Zacatecas, Guanajuato, Potosí y Minas Gerais (Ouro Preto). El máximo rendimiento de Potosí fue entre 1680 y 1720, aunque después siguió extrayéndose plata pese a que, por provenir de capas más profundas, el costo era más alto, y el promedio de vida de los indios que trabajaban en esas minas, mucho menor.

LOS CRÍMENES DEL ESCLAVISMO

Los aristócratas españoles y portugueses llegaron como funcionarios, pero la gran masa colonizadora la compusieron marginados metropolitanos y, en el caso portugués, también de otros países europeos, dado que su población metropolitana era escasa. Esa ralea europea empoderada y lanzada a explotar territorios poblados por indios provocó lo que

cabía esperar, es decir, una matanza tan brutal de sobrevivientes de infecciones que los dejó sin brazos para continuar su explotación. Debido a este desastre, se apeló de inmediato a la esclavitud, práctica en la que los colonizadores no veían ningún crimen porque los inhumanizaban hasta considerarlos aparatos de fuerza. El tráfico negrero no era valorado de modo muy diferente de la actual importación de ingenios mecánicos robotizados, útiles hasta que se gastan y se descartan. Tan arraigada estaba esa inhumanización en la cultura colonizadora que confundió en un momento a fray Bartolomé de las Casas, el más sensible de sus hombres, quien se rectificó al caer en la cuenta de su error culturalmente condicionado.

A mediados del siglo XV, los portugueses habían comenzado a capturar a algunos esclavos, que con el beneplácito del famoso Enrique el Navegante fueron entregados al propio monarca. Se los llamaba "guinés", por *aguinaou*, la palabra bereber que equivale a "negro". Pero el gran comercio negrero se inició más tarde, con la compra de esclavos a los reinos africanos. Al principio, estos vendían prisioneros de guerra pero, como en el siglo XVIII aumentaron la demanda y el precio, se lanzaron a cazar esclavos, llegando a transportar hasta cien mil por año, lo que afectó en especial a Angola, Biafra, Guinea y Mozambique. La trata desde África occidental disminuyó cuando allí comenzó la producción más rentable de aceite de palma, por lo que la caza se desplazó a la parte oriental del continente.

Es difícil calcular la cifra total de trata, cuyo mayor número se registró entre 1640 y fines del siglo XVIII. En ese solo período se estima un total de quince millones de personas, lo que produjo problemas demográficos en África. A esas cifras deben sumarse los muertos en las capturas violentas, en el penoso viaje en navíos negreros con inmundas condiciones y también al llegar a destino, pues el desquicio psíquico impulsaba suicidios; incluso, muchos se fracturaban el cráneo contra los muros.

La demanda de esclavos provenía de las colonias que explotaban cultivos intensivos como el azúcar. Los portugueses instalaron el primer molino de azúcar en el siglo XV en la isla de Madeira en las Azores, hasta que la desertificaron tras extinguir sus bosques. Hacia 1520 la introdujeron en Brasil por Pernambuco, donde fue el primer producto de exportación hasta el siglo XIX.

Por su parte, desde 1635, los franceses se instalaron en el Caribe y esclavizaron a los indios, pero como estos no eran muy productivos, llevaron africanos. Los indios comenzaron a rebelarse reuniéndose con los esclavos y adoptando sus modos de vida, por lo que, en 1797, los ingleses —que reemplazaron a los franceses— arrojaron a esos "caribes negros" que se hallaban en San Vicente a las costas de Honduras, donde aún subsisten estas comunidades llamadas "garífunas", al igual que en Belice y Guatemala. A aquellos que quedaron en la isla los asesinaron. También los holandeses tuvieron su parte en el Caribe,

en Aruba, Tobago y Curação, donde llegaron hacia 1631 y, además, ocuparon Pernambuco entre 1630 y 1654.

En el sur norteamericano había un 40% de población negra, o sea, casi dos blancos por cada negro. Esta mayor interacción con los blancos les hizo perder sus tradiciones africanas, lo que no sucedió en el Caribe, donde llegó a haber diez negros por cada blanco. Veremos que este vaciamiento de cultura ancestral tendrá un curioso efecto en las luchas de los afroamericanos en el siglo XX.

Si bien, al igual que los indios, la población esclava no tendía a reproducirse, la dinámica demográfica no fue pareja, puesto que, mientras que en Jamaica decreció la población negra, la norteamericana aumentó debido a la menor tasa de mortalidad que en el Caribe y en Brasil. Al momento de la independencia de los Estados Unidos, el 80% de los esclavos era nativo.

Las resistencias de los esclavos no fueron pocas. Con frecuencia se rebelaron en los propios barcos negreros, no tenían nada que perder y en ocasiones lograron dar muerte a la tripulación. También se produjeron revueltas en África, aunque poco conocidas, se sabe que en San Tomé destruyeron las plantaciones de azúcar y en 1765 lograron deponer a la dinastía esclavista de Senegal. En Venezuela se recuerda un levantamiento de negros en Barquisimeto en 1555, comandado por el Negro Miguel. Un episodio de resistencia —precursor de la revolución haitiana— fue la rebelión encabezada en 1758 por François Makandal, un esclavo africano practicante de vudú, que tuvo a maltraer a los franceses, quienes lo quemaron en la hoguera.

Las frecuentes fugas de esclavos dieron lugar a la formación de bandas de forajidos para recapturarlos, comandadas a veces por otros negros, que en Brasil recibían el nombre de *capitães-do-mato*, a quienes los propietarios pagaban por esclavo recuperado.

El sur norteamericano, de geografía plana y con baja densidad de población, no ofrecía refugios donde pudiesen agruparse los esclavos fugados, pero hubo quienes formaron sociedades en el Caribe francés, en las Guayanas, en Jamaica y en el resto del continente, llamadas "palenques" en Cuba y Colombia y "cumbe" en Venezuela. En Brasil hubo muchísimos y se llamaban *quilombos* y también *ladeiras* y *mocambos*, esta última denominación derivada de *Mu-Kambo*, que significa "escondite". Fue famoso el Quilombo dos Palmares. En 1838, en la Mata de Santa Catarina en el municipio de Vassouras (Río de Janeiro) subsistía el Quilombo de Manoel Congo, de cuya destrucción se ocupó Luís Alves de Lima e Silva, futuro Duque de Caxias, que participaría en el genocidio del Paraguay. Carlos Lacerda, un político corrupto responsable del suicidio del presidente Getúlio Vargas en 1954, cuando era comunista escribió un opúsculo sobre este quilombo. Al parecer también hubo algún movimiento conjunto de indios y esclavos en Bahía en el siglo XVII, unidos por una religiosidad llamada "Santidade", cuya mezcla dio por resultado los *cafuzos*.

Entre las potencias esclavistas, Francia fue original porque sancionó un *Code Noir*, es decir que codificó este crimen para asegurar la regulación de la trata. Este código fue inspirado por Jean-Baptiste Colbert, uno de los ministros del rey Luis XIV, quien murió sin terminarlo. El rey lo sancionó en 1687 y fue reformado en 1724 por Luis XV. Su texto prohibía los matrimonios mixtos y el concubinato, incluso entre esclavos y libertos. Establecía que era esclavo el hijo de esclavo aunque solo lo fuese la madre, dato significativo en las violaciones.

A propósito de las normas del *Code Noir*, debe observarse que este decreto alteró gravemente las relaciones de género, pues rompió la regla de dependencia de los hijos del padre o del tío paterno o materno en caso de ausencia, dado que el propietario, a su arbitrio, podía separar a los hijos de los padres y a las mujeres de los hombres. Las mujeres fueron solo un tercio de la población esclavizada y valían menos que los hombres.

Cabe agregar que hubo esclavizaciones menores, como la de chinos en la costa del Pacífico en Acapulco, en los siglos XVI y XVII, cuando desde Filipinas se había introducido la explotación de la palma de coco. Estos esclavos chinos convivían con los africanos importados a través de Veracruz, previo paso por la ciudad de México.

A veces se quiere atenuar la gravedad del esclavismo alegando que era practicada en África o por los árabes, como también que los europeos se limitaban a comprar esclavos a los reinos africanos en los puertos.

Los negreros —como todos los colonizadores— explotaban las rivalidades existentes entre los colonizados, que en las sociedades africanas subsaharianas abundaban, pues si bien presentaban una enorme variedad de organizaciones, predominaba algo similar al feudalismo, lo que facilitaba la caza de esclavos. No obstante, es innegable que el incentivo de la cacería era la demanda.

En cuanto a la trata árabe, se pretende que un sabio tunecino considerado el primer sociólogo, que vivió en España en el siglo XIV, Ibn Jaldún o Abenjaldún, fue el inventor del racismo. Había enunciado la teoría del condicionamiento climático, que dilataba el espíritu animal en alegría y baile. Sin perjuicio de que luego Montesquieu sostuviera algo parecido, lo cierto es que la trata árabe comenzó cinco siglos antes de Abenjaldún, se practicaba desde África oriental hacia el norte —a Egipto y a Arabia— y nunca superó unas cinco mil personas por año.

La verdad es que los antiguos no dieron mucha importancia a la melanina, al punto que no se sabe si Cleopatra tenía rasgos africanos, pues al menos parece que Shakespeare así la imaginaba. En la Biblia se dice que Moisés estaba casado con una africana (etíope) y en el *Cantar de los Cantares* se celebra la belleza de una negra amada del rey Salomón. La leyenda del hijo de Cam y las posteriores, incluyendo la agustiniana, parecen ser interpretaciones

que parten de Orígenes de Alejandría, uno de los primeros filósofos cristianos. De todas formas, cabe imaginar que Moisés, el rey Salomón y la reina de Java fueron bien posteriores a Noé.

Se imputa también a los islámicos la esclavización de blancos. Lo cierto es que, después de expulsar a los moros, España ocupó puertos en el norte de África y obligó a los gobiernos locales al pago de tributos, lo que despertó la codicia de los piratas, que atacaban los buques españoles en el Mediterráneo, secuestraban a sus tripulantes y los vendían como esclavos; se trataba de robos entre ladrones. Otro argumento fue que existía esclavitud en los reinos africanos, cuando en verdad, para legitimar sus crímenes neocoloniales, los ingleses difundieron en el siglo XIX la *fake new* desopilante de que en África había veintiún millones de esclavos.

De cualquier manera, ninguna de estas atenuantes, disculpas y *fake news* históricas alcanza para ocultar que la esclavitud se mantuvo durante el neocolonialismo, al igual que la servidumbre de los indios. Cuando se iniciaba el ocaso de la etapa originaria, además del gran estallido de resistencia india de Túpac Amaru, se produjo la revolución de los esclavos de Haití con François Toussaint Louverture. Aunque este fue hecho prisionero y llevado a Francia, Jean-Jacques Dessalines, con la invalorable ayuda de la fiebre amarilla —que contaminó a los ejércitos franceses—, declaró la independencia de toda la isla el 1º de enero de 1804, la primera de nuestra América y también la primera abolición de la esclavitud en todo el continente. No en vano Haití prestó ayuda al Libertador Bolívar, aunque su revolución pionera no fue adecuadamente valorada por las historias oficiales de nuestros países y menos aún retribuida con justicia por sus gobiernos, que permitieron que Francia lo ahogase exigiendo el pago de una deuda astronómica y que posteriormente fuese víctima del más cruel imperialismo y de los depredadores que extinguieron sus bosques.

Gran Bretaña abolió oficialmente la esclavitud en 1807, y Francia, en 1815. Napoleón la había restablecido, pero —como veremos— siguió habiendo esclavos hasta fines del siglo XIX. Y fue tolerada por el neocolonialismo en otros continentes, a pesar de las formales aboliciones metropolitanas.

El esclavismo completó la estratificación de las sociedades colonizadas de América, aunque con marcadas diferencias estructurales entre el sur y el norte. En tanto que la sociedad norteamericana estaba formada solo por los descendientes de europeos y africanos sin mezclarse —pues a los indios los mataban o empujaban cada vez más lejos—, en nuestra América se produjo un complicado mestizaje como resultado de la menor selectividad sexual de los ibéricos, en buena medida condicionada por la poligamia islámica sobreviviente en la cultura de la masa colonizadora del sur de la península. Esto dio lugar a múltiples subclasificaciones jerárquicas en razón de cuotas de melanina y extramatrimonialidad, que, por cierto, no eran fijas ni tampoco perdieron su relevancia discriminatoria en las sociedades actuales.

Las independencias de nuestra América mantuvieron la estratificación social colonial, quedando en la base los indios y los negros y un poco más arriba los mestizos y los mulatos, más resistentes a la subjetivización subordinada en razón de su menor melanina —por lo que incluso el discurso de las elites aconsejaba evitar el mestizaje—; en la cúspide siguieron los blancos.

Los colonizadores, que en su gran mayoría eran reconquistados españoles y demás marginados europeos, se resubjetivizaban pasando de excluidos metropolitanos a policías de ocupación, explotadores o encomenderos. Por descontado, en todos los estratos, las mujeres estaban subhumanizadas, sometidas a discriminación múltiple.

Como el concepto de clase surgió con el capitalismo europeo y su proletariado industrial, producto del colonialismo americano originario, la jerarquización de nuestras sociedades coloniales precapitalistas nunca dejó de ser en buena parte racista, proyectándose sobre toda la historia posterior, lo que muchas veces se olvida al transportar esquemas de lucha de clases pura, propios del norte. La objeción al traslado mecánico de categorías marxistas a nuestra América sin tomar en cuenta esta característica fue obra del pensador peruano José Carlos Mariátegui en 1928.

La explotación esclavócrata es, pues, una contribución bien voluminosa del colonialismo a la discriminación racial, que hasta la actualidad se sufre en toda América.

APORTES DEL COLONIALISMO ORIGINARIO EN OTROS CONTINENTES

Las potencias ibéricas y Francia, Inglaterra y Holanda también incursionaban colonialmente por los otros continentes, aunque con mayor prudencia que en el nuestro, dada la competencia entre ellas y también las resistencias de los pueblos que pretendían colonizar.

En el África subsahariana se mantuvieron en sus costas, aunque los holandeses, con su Compañía de las Indias Orientales, fundaron en 1652 una factoría en El Cabo para escala de sus viajes a Asia, que en el siglo XVIII llegó a los veinte mil habitantes y fue el núcleo fundacional de Sudáfrica. Las otras potencias solo entrado el siglo XIX comenzaron a explorar el interior del continente.

En cuanto a Asia, al principio, los europeos solo establecieron enclaves para restablecer el comercio interrumpido por los islámicos por vía terrestre. Los portugueses comenzaron a resolver el problema en 1497, cuando Vasco da Gama llegó a la India y pudieron instalar un enclave comercial en Goa, donde en 1560 demolieron los templos hindúes y montaron un tribunal de la Inquisición. Crearon otros enclaves en Diu y Damán, como también en Malasia (Malaca) y en Indonesia (Sumatra), hasta finalmente liberar el Golfo Pérsico. Pese a establecerse en Colombo, no pudieron tomar la isla de Ceylán ni penetrar en China, pues

los derrotó su armada, aunque, en 1557, los chinos les arrendaron Macao. En el siglo siguiente entraron en conflicto con España y solicitaron ayuda a los ingleses, quienes así tomaron contacto por primera vez con la India, aunque al principio solo instalaron factorías en Madrás (1640), Bombay (1661) y Calcuta (1690).

Los españoles, por su parte, en 1564 se apoderaron de Filipinas. Los holandeses competían con los portugueses en Asia y fueron rechazados por los chinos, los vietnamitas y los camboyanos, debiendo concentrarse en Indonesia, donde fundaron Batavia en la isla de Java en 1619. A ello siguió la lenta ocupación de las otras islas y, además, el rajá de Ceylán aceptó su protectorado en 1638.

Holanda fue el primer país que, al liberarse de la tutela española, pasó a ser gobernado por una elite de banqueros que lo convirtieron en potencia y acordaron quedarse con el comercio de especias y dejarles a los ingleses el de productos textiles. Esas negociaciones se facilitaban porque ambas naciones colonizaban por medio de compañías comerciales; pero, como el volumen de los productos textiles superó en mucho al de las especias, los británicos acabaron desplazando de la India a los holandeses y también a los franceses. A partir de ese momento, aunque mantuvieron nominalmente a la dinastía mogol, como su compañía disponía de un ejército propio se apoderaron de la India librando varias guerras. Así anexaron Nueva Delhi en 1803 y el Pandjab en 1849, después de una guerra con los *sikh*, en que murieron cien mil personas. A Francia le quedó la posibilidad de concentrarse en Indochina poniendo bajo control a Cochinchina y como protectorado a Camboya y Laos.

En Asia, Holanda se quedó con Indonesia. En el siglo XVII, para concentrar y reducir la producción de especias a fin de impedir la caída del precio, en una isla fueron eliminadas quince mil personas que ya no le eran útiles. En el siglo XVIII cayó la producción de azúcar, y los comerciantes chinos (*coolies*) de Java quebraron. Los holandeses quisieron enviarlos a Ceylán, pero aquellos se negaron, ya que creían que los arrojarían al mar, y se sublevaron en Yakarta. Fueron reprimidos, con un saldo de alrededor de seis mil *coolies* asesinados. Su colonización de Indonesia fue lentísima, pues se completó casi en vísperas de la Primera Guerra Mundial.

APORTES EN EL OCASO DEL COLONIALISMO ORIGINARIO

El colonialismo originario corresponde al período histórico que suele llamarse "revolución mercantil", en el que los ibéricos y los rusos se expandieron sobre pueblos islámicos. Sin embargo, en la Revolución Industrial —que marcó el ocaso de esa etapa colonial— no pudieron seguir haciéndolo, pues la fuerte verticalización jerárquica de ambas sociedades les impidió generar una burguesía.

En el caso de los ibéricos se sumó la expulsión de los judíos y los moros, por lo que el oro y la plata acababan en los países del centro y el norte europeos, que les proveían los productos elaborados y generaron sus burguesías. Si bien colonizaban el norte de nuestro continente, esos países establecían enclaves en África, avanzaban en la India y exploraban Oceanía, aunque aún no se lanzaban a una fuerte ocupación territorial fuera de América.

Las burguesías compitieron con las noblezas de sus respectivos países, se impusieron a ellas y emprendieron la acumulación originaria de capital productivo, que fue lenta y paralela a la concentración de población urbana europea porque la reorganización de la explotación agrícola desplazó campesinos, lo que produjo un gran exceso de oferta de trabajo que la demanda del incipiente capitalismo no podía asimilar. En las ciudades europeas se concentró una masa humana miserable, que además, debido al exceso de oferta, debía aceptar condiciones de trabajo que apenas le garantizaban la supervivencia.

De este modo, durante el proceso de acumulación originaria se cometieron crímenes mundiales en la propia Europa, pues las masas urbanas eran mantenidas a raya con un control represivo similar al que se había puesto en práctica con la ocupación policial colonial americana, aunque con mucha menor letalidad expansiva.

Como la sacralización jerárquica de las potencias ibéricas con sus noblezas holgazanas impidió su adecuación a la Revolución Industrial, la hegemonía europea se desplazó al centro y norte del continente, el imperio colonial ibérico se derrumbó y la independencia de nuestra región puso fin al colonialismo originario.

Si bien en menos de medio siglo se independizaron América del norte y del sur, fueron —como vimos— dos hechos muy diferentes. La independencia norteamericana fue una disputa de los ingleses de América —que no querían seguir tributando a la corona— con los de Inglaterra. Los esclavos no contaban, y los indios, condenados a la extinción, menos aún. En cambio, la independencia latinoamericana consistió en el desprendimiento de un imperio decadente, para dejar casi intacta la jerarquización racista de nuestras sociedades y someterlas a la nueva potencia dominadora de los mares, bajo un régimen particular de *indirect rule*, bien articulado con nuestras oligarquías locales bajo el estandarte ideológico de la libertad de comercio.

Como los blancos nativos criollos habían estado excluidos del gobierno durante la colonia, ejercían el comercio y, al quedar en la cúpula de nuestras sociedades, divulgaron la libertad de comercio de los fisiócratas y de Adam Smith, quien, por otra parte, sabía que las colonias eran un mal negocio para Gran Bretaña. Al neocolonialismo le interesaba la formación de oligarquías facilitadoras de su *indirect rule*. El ministro británico George Canning aspiraba a que se instalaran monarquías en nuestra región, o sea, aristocracias periféricas que le ahorrasen la tarea de mandar virreyes.

Por cierto, nuestros libertadores no comulgaban con ese objetivo; sus ejércitos eran multiétnicos y dejaron claros testimonios de su igualitarismo. Terminadas las sangrientas guerras de independencia, en que el imperio decadente no ahorró aportes a la experiencia criminal, las minorías locales se liberaron de los libertadores. A Sucre y Monteagudo los asesinaron; atentaron contra Bolívar, aunque finalmente lo mataría la tuberculosis; San Martín eligió el exilio.

Eliminados los libertadores, nuestros *civilizados* —que soñaban con sociedades sin indios, negros ni mestizos— cometieron atrocidades contra los "bárbaros", que no se resignaban a la autocracia, hasta consolidar nuestras repúblicas oligárquicas. Pero eso corresponde a la etapa neocolonial propia de los nacionalcolonialismos.

BIBLIOGRAFÍA

M. Bataillon, A. Saint-Lu, *El padre Las Casas y la defensa de los indios*, Barcelona, 1976.

Louis Baudin, *El imperio socialista de los Incas*, Santiago de Chile, 1962.

F. M. (Jock) Brookfield, *Waitangi & Indigenous Rights: Revolution, Law & Legitimation*, Auckland, 1999.

Diana Braceras, *La Pacha es el otro. Aportes para la descolonización del conocimiento*, Buenos Aires, 2016.

Louis-Jean Calvet, *Lingüística y colonialismo. Breve tratado de glotofagia*, Buenos Aires, 2005.

Jean Casimir, *Haití. Acuérdate de 1804*, México, 2007.

Julio J. Chiavenato, *O negro no Brasil*, San Pablo, 1986.

Catherine Coquery-Vidrovitch y Éric Mesnard, *Ser esclavo en África y América entre los siglos XV y XIX*, Madrid, 2013.

David Day, *Conquista. Una nueva historia del mundo moderno*, Barcelona, 2006.

Pierre Duviols, *La destrucción de las religiones andinas (durante la conquista y la colonia)*, México, 1977.

Antonio Espino López, *La conquista de América. Una revisión crítica*, Barcelona, 2013.

Florestan Fernandes, *El negro en el mundo de los blancos*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, 2007 (prólogo de Horacio González).

Alberto Filippi, *Constituciones, dictaduras y democracias. Los derechos y su configuración política*, Buenos Aires, 2015.

José Luciano Franco, *Historia de la Revolución de Haití*, La Habana, 1966.

Eduardo Galeano, *Los hijos de los días*, Buenos Aires, 2012.

Ángel M. Garibay, *Épica Náhuatl*, México, 1964.

Octavio Ianni, *Esclavitud y capitalismo*, México, 1976.

Arturo Jauretche, *Enfoques para un estudio de la realidad nacional*, en *Obras completas*, vol. 15, Buenos Aires, 1995.

Heinrich Kramer y Jacob Sprenger, *Malleus Maleficarum*, Rosario, 2021.

Agustín Leo-Montes, en autores varios, *Pueblos afrodescendientes y derechos humanos*, Quito, 2011.

Miguel León-Portilla, Ángel M. Garibay (trad.), *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México, 1961.

Boleslao Lewin, *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana*, Buenos Aires, 1957.

Lincoln Machado Ribas, *Movimientos revolucionarios en las colonias españolas de América*, Buenos Aires, 1940.

Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1959.

Felipe Maillo Salgado, *¿Por qué desapareció al-Ándalus?*, Buenos Aires, 1998.

José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Buenos Aires, 2010.

José Luis Martínez, *Nezahualcóyotl. Vida y obra*, México, 1972.

Diego Luis Molinari, *La trata de negros. Datos para su estudio en el Río de la Plata*, Buenos Aires, 1944.

Linda Newson, *El costo de la conquista*, Tegucigalpa, 2009.

Richard Price (comp.), *Sociedades cimarronas. Comunidades esclavas rebeldes en las Américas*, México, 1981.

José León Sánchez, *Tenochtitlán. La última batalla de los aztecas*, San José, 2020.

Martín Secrera, *Los racismos en América "Latina"*, Buenos Aires, 1974.

Serbal/Unesco, *La trata negrera del siglo XV al XIX*, Barcelona, 1981.

Hugh Thomas, *La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, Barcelona, 1998.

J. Eric S. Thompson, *Historia y religión de los mayas*, México, 1984.

Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, México, 2009.

Daniel Valcarcel, *La rebelión de Túpac Amaru*, México, 1965.

Teun A. van Dijk (coord.), *Racismo y discurso en América Latina*, Barcelona, 2007.

Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos*, Bogotá, 2008.

3
EL APORTE CRIMINAL DE LOS NACIONALCOLONIALISMOS

NACIONALCOLONIALISMOS, PATRIARCADO Y ESCLAVITUD

Los países europeos sufrían tensiones internas como resultado del incipiente capitalismo, posibilitado por el genocidio americano. Las unidades nacionales italiana y alemana cambiaban el mapa político y se exacerbaban los nacionalismos. A fines del siglo XIX, el etnógrafo y geógrafo Friedrich Ratzel inventó el *Lebensraum*, según el cual la raza superior tenía legítimo derecho a un *espacio vital*, que ocuparía desplazando poblaciones de raza inferior. Esa idea la tomó Bismarck, la siguió Hitler y la adaptaron italianos y japoneses, legitimando la competencia entre los colonialismos nacionales, lo que generó conflictos en otros continentes.

Entre 1800 y 1914, el poder europeo, con diferentes títulos, se extendió del 37 al 85% de la superficie del planeta. Intervinieron Alemania, Italia y Bélgica —que no habían participado de la etapa originaria— y despuntaban los Estados Unidos y Japón. Este extenso período *neocolonial*, que conservó algunos caracteres del originario —como el patriarcado, el racismo y, durante buena parte, también la esclavitud—, culminó apenas con la Segunda Guerra Mundial.

Como el patriarcado era funcional como control social, el neocolonialismo lo extremó y hasta inventó tradiciones inexistentes. Así, en 1884 en la India, la justicia británica obligó a una mujer a vivir con el marido impuesto desde niña cuando ya no la obligaba el hinduismo; la encarceló hasta que él aceptó una indemnización. Luego, ella se fue a Inglaterra y se graduó de médica. En Zimbabue, las autoridades no registraban las denuncias de las mujeres alegando que la tradición no lo permitía; si una de ellas volvía a la casa paterna, la obligaban a restituir la dote pagada por el marido golpeador, por lo que las familias se negaban a recibirla. En Argelia, muchas mujeres eran devueltas a los maridos por la policía, acusadas de no cumplir con sus obligaciones domésticas. En el África francesa se toleró la poligamia arguyendo que, de prohibirla, los hombres las sustituirían por concubinas carentes de derechos.

Pero las mujeres colonizadas no se quedaron quietas. En la India, las aldeanas se organizaron para reclamar la abolición de la poligamia, y en Nigeria, para protestar por pagar impuestos sin tener derecho al voto. Lo hicieron levantándose sus faldas de paja para burlarse de los policías.

Además, si bien los nacionalcolonialismos siempre descuidaron la instrucción de los originarios, fue manifiesta la intención de mantener en la ignorancia a las mujeres. En la

última posguerra, la instrucción primaria en las colonias británicas se limitaba al 20% de los niños; en las belgas, al 16%; en las francesas, al 10%, y en las portuguesas e italianas, al 5%. Pero de ese total, solo un tercio era de niñas. En la India, apenas el 5% de las mujeres podía escribir su nombre, y en Vietnam, el 3%. Tampoco se las instruía sobre la higiene para la maternidad, lo que solo se hizo, después de la Primera Guerra Mundial, a causa de la menor fecundidad, que se atribuía a exceso de copulación, curioso argumento pseudomédico de matriz victoriana.

Los nacionalcolonialismos también hicieron su contribución a la cultura criminal en materia de esclavismo. Si bien cesó la trata, a medida que África occidental producía para los mercados europeos y Angola dejó de proveer esclavos al imperio portugués, no por eso terminó la esclavitud, pues se la practicaba allí para producir azúcar y luego café y cacao. Algunos boicots europeos a los productos coloniales portugueses no tuvieron mucho efecto, pues por temor a una revolución como la haitiana se fomentó la emigración a Angola, se expulsó a los mulatos de los cargos públicos y se prohibió que los soldados angoleños tuviesen armas. El efecto paradojal de estas medidas fue la aparición de movimientos y publicaciones anticoloniales.

Los ingleses, por su parte, perseguían la trata, pero no la esclavitud, por considerarla una cuestión interna de cada Estado. En Zanzíbar, al principio no objetaban ni siquiera la trata liderada por su sultán, que disponía de una gran flota, hasta que en 1897 se hizo insostenible y le impusieron un protectorado bajo amenaza de bombardearlo. Al parecer, la trata de mujeres para los harenes continuó hasta 1911, y el sultanato, hasta 1964.

Francia procedió de igual manera en los países islámicos que controlaba, con la precaución de llamar "súbditos" en lugar de "ciudadanos" a sus habitantes, para que los jefes locales conservasen el derecho a tener esclavos, llamados "servidores" o "cautivos". Apenas en 1905 cesó esta gentileza, aunque la situación continuó, con pocas variantes, como trabajo forzado.

Los holandeses también abolieron formalmente la esclavitud para ejercerla bajo otras modalidades. Hacia 1860, un ex funcionario holandés denunció las prácticas criminales en Java y publicó un libro testimonial con el seudónimo de Multatuli, pero no fue escuchado. En 1870 reglamentaron la contratación de chinos (*coolies*), que no difería en nada de la esclavitud. A lo largo de treinta años —entre 1873 y 1903— hubo una guerra en la que fueron eliminadas unas setenta mil personas. En 1904, en Sumatra se quemaron aldeas dando muerte a unas tres mil personas, la mitad de ellas correspondía a mujeres. En 1894, arguyendo que el rajá de la isla de Lombok se dedicaba al comercio de opio y a traficar con los ingleses, enviaron un ejército "humanitario" y, como fueron atacados por las tropas del gobernante, en represalia demolieron la capital y mataron a dos mil personas, incluidas mujeres y niños. En esa acción se destacó un joven oficial que luego sería primer ministro holandés.

No fue hasta 2001 que la Conferencia Mundial contra el Racismo, en Durban, reconoció que el esclavismo fue un crimen contra la humanidad y que merecía reparación, pero los Estados Unidos se negaron a adherir a la declaración final, y la justicia federal de ese país rechazó las demandas de los descendientes de esclavos por falta de pruebas sobre daños presentes.

Las diferentes formas de gobierno local de los nacionalcolonialismos demuestran que no todo era salvajismo, pues de lo contrario los británicos no hubiesen podido adoptar la *indirect rule*, es decir, valerse de la *native administration* para dejar a su cargo las cuestiones menores y reservarse para sí la gestión económica. Para eso es obvio que distinguieron muy bien entre las instituciones tradicionales útiles y los muy excepcionales casos de tribus atrasadas (*backward tribes*).

Los franceses siguieron otro método, inclinándose por montar administraciones centralizadas. De todas formas, con alguna de estas dos tácticas se gobernaron todas las colonias, salvo las dos de población transportada —Rodesia y Sudáfrica—, donde solo contaban los blancos.

El período de los nacionalcolonialismos fue tan prolongado como generoso en episodios nutrientes de la cultura criminal de la humanidad. En un rápido vistazo saltan a la vista los genocidios subsaharianos, el sometimiento de África del norte, las atrocidades inglesas en la India, las agresiones a China, la colonización de Oceanía, las nuevas matanzas de indios en nuestra región, las expansiones de los Estados Unidos, de Rusia y del Imperio otomano, las intervenciones norteamericanas en nuestra América y las dos guerras mundiales. Esto obliga a un recorrido un poco más detenido por sus letales capítulos.

EL DESCARADO DESCUARTIZAMIENTO DE ÁFRICA

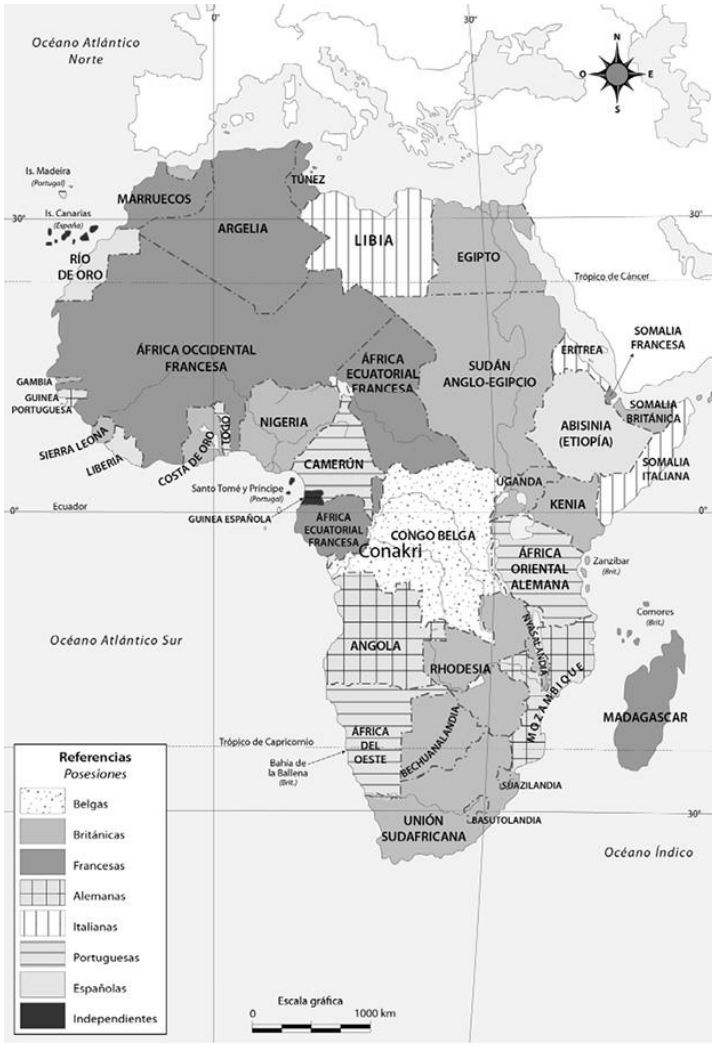
Como señalamos, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, los europeos se limitaron a explorar el interior de África. El explorador de los franceses fue Pietro Savorgnan di Brazza, un italiano naturalizado que, apoyado por la Société de Géographie, recorrió el río Congo. El periodista y expedicionario galés Henry Morton Stanley, que exploró por cuenta de Leopoldo II de Bélgica, concertó supuestos —y nulos— acuerdos con los jefes locales, quienes los firmaban con una cruz. También nombró gobernador de una zona del Congo al más conocido traficante de esclavos, llamado Tippu Tip, al que le vendió fusiles de repetición contrabandeados por el canal de Suez.

Los europeos no se habían atrevido antes a penetrar el interior africano por temor a la malaria, a la enfermedad del sueño o tripanosomiasis africana, a la fiebre amarilla y a otras infecciones, pero con el avance de la medicina y la quinina preventiva contra la malaria se

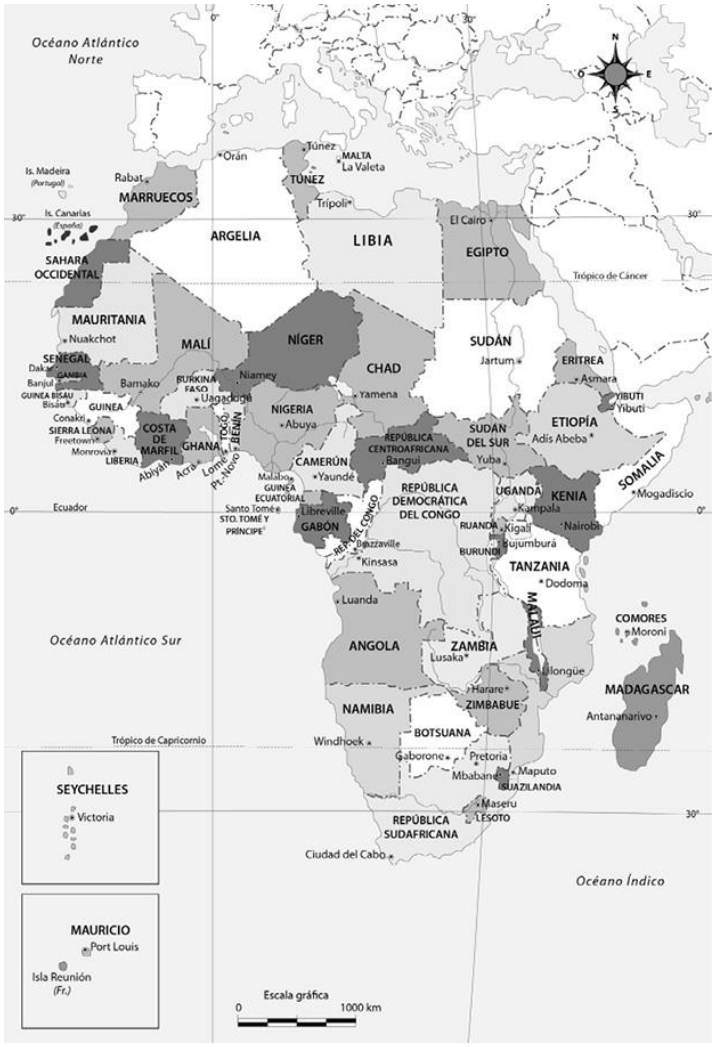
animaron a más. Asimismo, perdieron el miedo a los originarios, en particular por disponer de armas más poderosas, como la ametralladora.

En Europa se habían triplicado la población y los conflictos sociales, por lo que era muy funcional exaltar los nacionalismos entusiasmando a los pueblos en la empresa de destrucción de África. Lo llevaron a cabo con cierta rapidez, pues a mediados del siglo XIX ocupaban únicamente el 10% del continente y en 1914 solo quedaban independientes Liberia y Etiopía; en cuanto a población, en 1860, África tenía ciento cincuenta millones de habitantes, y a comienzos del siglo XX, solo noventa. Esto último se explica porque los desplazamientos de población extendieron el agente de la enfermedad del sueño —la mosca tse-tse—, que se expandió a treinta y seis países. Se sumó la difusión de enfermedades venéreas, la peste bovina —que mató ganado, lo que causó hambrunas—, la disminución de la natalidad y las sequías de la fase cálida de El Niño de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que —como veremos— provocaron estragos también en Asia.

La desfachatez criminal con respecto a África no tiene parangón en la historia, pues las potencias se reunieron en Berlín en 1885, convocadas por Bismarck, para repartírsela en una mesa, como si trozasen una pieza de caza. Con su habitual cinismo, en el punto 4º del Acta de la Conferencia de Berlín enunciaron el propósito de desarrollar "el bienestar moral y material de las poblaciones autóctonas". Allí estuvieron Gran Bretaña, Francia, Alemania, Portugal, España, Bélgica, Italia, Estados Unidos, Austria-Hungría, el Imperio otomano, Rusia, Suecia y Dinamarca. No había ningún africano.



África colonial



África actual

En ese reparto, Gran Bretaña obtuvo una buena parte, puesto que desde antes controlaba Nigeria y Ghana, a las que sumó a diverso título el control de Egipto, Sudán, Uganda, Kenia, Sudáfrica, Zambia, Zimbabue y Botsuana, consiguiendo un corredor desde Egipto hasta Sudáfrica. Francia se quedó con casi toda África occidental, desde Mauritania hasta Chad, además de Gabón y el Congo Francés. Bélgica recibió África central, o sea, lo que sería el Congo Belga, aunque en singulares condiciones. Portugal recibió Angola en la parte occidental y Mozambique en la oriental. A Italia le correspondieron partes de Somalia y de Etiopía. Alemania no quedó muy satisfecha, pero recibió Namibia y Tanzania. A España le correspondió el pequeño territorio de Guinea Ecuatorial.

Además del descarado descuartizamiento de un continente sin la participación de ninguno de sus millones de habitantes, la Conferencia de Berlín mostró una curiosa

particularidad. Si bien el gobierno de Bélgica no tuvo interés en África, su rey, Leopoldo II, montó una sociedad de la que se hizo presidente y se sentó a la mesa: la Association Internationale du Congo. A poco andar, comenzó a hablar del Estado Libre del Congo, del que el Parlamento lo autorizó a proclamarse soberano, pero precisando que el Estado belga se libraba de toda responsabilidad al respecto.

Leopoldo envió al Congo no más de dos mil quinientos empleados belgas, quienes, temerosos de dar armas a los originarios, contrataron a mercenarios de muy diversos orígenes: Zanzíbar, Liberia, Egipto, Etiopía, Ghana, Sierra Leona, Benín. Estos criminales obligaban a la población originaria a extraer caucho en condiciones de esclavitud y penaban el bajo rendimiento con amputaciones de las manos y los pies de parientes, mujeres y niños y otra serie de atrocidades semejantes. Es imposible saber cuántas vidas costó este régimen de terror, comandado a miles de kilómetros por un genocida coronado que nunca pisó el Congo, pero ningún cálculo es inferior a dos millones de personas, lo que algún historiador eleva a diez millones.

Las noticias del Congo escandalizaron al mundo. El inglés Edmund Morel fundó un periódico, escribió un libro y debatió con Rudyard Kipling, el gran defensor del colonialismo y de las leyendas racistas para niños que nutrían el imaginario de la supuesta empresa civilizadora europea, por lo que se lo honró con el Premio Nobel de Literatura en 1907. Roger Casement —cónsul británico al que volveremos a encontrar— también jugó un importante papel en la denuncia de este genocidio. Mark Twain escribió *King Leopold's Soliloquy*, en 1905, y Arthur Conan Doyle, *The Crime of the Congo*, en 1909. El relato más difundido fue *Heart of Darkness* (1909), de Joseph Conrad, novelista polaco, pero que escribía en inglés y trabajó en la marina mercante británica.

Leopoldo transfirió en 1898 el domicilio de sus sociedades al Congo, para evitar el control del gobierno belga y estafarle tributos falseando balances, o sea que, además de genocida, fue también un defraudador fiscal de su propio reino. Al fin, ante la difusión de sus crímenes, el Congo pasó a ser formalmente colonia belga en 1908. El rey Leopoldo murió en su cama en 1909, y la colonia se mantuvo hasta su hipócrita independencia formal en 1960.

Ahora, en un lujoso museo de África central cercano a Bruselas, entre otras cosas, se exhibe una nota del administrador belga dirigida al presidente Harry Truman en la que da cuenta de que el uranio de las bombas de Hiroshima y Nagasaki provenía del Congo Belga.

Otro importante dato para la cultura criminal de la humanidad en África se debe a los alemanes, que habían llegado al continente en 1883, dos años antes de la Conferencia de Berlín, y habían creado la llamada África Sudoccidental Alemana (Deutsch-Südwestafrika), cuyo primer gobernador fue Heinrich Göring, padre de Hermann Göring. Producida la sublevación de la etnia originaria de los hereros, Guillermo II emitió una orden de exterminio (*Vernichtungsbefehl*), el único documento del siglo pasado en que se ordena por

escrito la ejecución de un genocidio. Para cumplirla envió al general Lothar von Trotha, quien lo hizo con singular diligencia, pues entre 1904 y 1907 mató a unas setenta mil personas. Cabe agregar que —al parecer— también se produjo una revuelta en Tanganica entre 1905 y 1907, en cuya represión habrían muerto otras sesenta mil personas.

Si bien la matanza de hereros se detuvo en 1907, a los sobrevivientes les tatuaban "HG" (Herero *Gefangene*, prisionero), o sea que se pasó del exterminio al trabajo forzado. Algunos autores sostienen que este genocidio fue el antecedente de la Shoá. También circula la versión de que Guillermo II tenía la intención de instalar allí una colonia de blancos alemanes, lo que no es insólito, pues la hermana de Nietzsche había intentado algo parecido en Paraguay.

Al perder Alemania sus colonias en la Primera Guerra Mundial, la Sociedad de las Naciones puso a los hereros bajo el dominio de Sudáfrica, que mantuvo, obviamente, la política de segregación racial. En los años veinte, los alemanes crearon una droga contra la enfermedad del sueño —la germanina— que ofrecieron a cambio de recuperar sus colonias, pero los franceses lograron copiarla.

Cabe recordar que en esas colonias alemanas experimentó con prisioneros el eugenista nazi Eugen Fischer, quien postulaba la prohibición de matrimonios interraciales para evitar las razas mixtas, fue luego el rector de la Universidad de Berlín nombrado por Hitler, dirigió el Instituto Kaiser Wilhelm e hizo esterilizar a seiscientos niños de Renania en 1937, hijos de alemanas y soldados africanos franceses. Murió en 1967, al parecer, en su cama.

Pero no solo se trató de monarcas genocidas, puesto que también la Francia republicana se valió de sociedades concesionarias que, para cometer sus crímenes, pagaban un canon al Estado. Cundió un escándalo cuando se difundió la noticia de la ejecución de un prisionero con un cartucho de dinamita en el recto, hecho por el que condenaron a dos funcionarios y enviaron a Pietro Savorgnan di Brazza para que informase sobre la situación general. Di Brazza murió durante el viaje de regreso en condiciones dudosas —no se sabe si lo envenenaron—, y el gobierno ocultó su informe, que se encontró en los archivos apenas en 1965.

Por otra parte, en el Congo Francés se construyó, entre 1914 y 1934, un ferrocarril de quinientos diez kilómetros desde Pointe-Noire hasta Brazzaville empleando el trabajo forzado de ciento veinticinco mil congoleños, de los que murieron unos veinte mil como resultado de las condiciones laborales. Este episodio aberrante de trabajo forzado es poco conocido.

A todos estos crímenes deben agregarse las brutales represiones de todas las potencias neocoloniales a las poblaciones que durante esa etapa ofrecieron fuertes resistencias. En Malí, Samory Touré resistió a los franceses hasta 1898; en Benín, el rey Behanzin lo hizo

hasta 1894. El reino zulú, que abarcaba Zambia, Mozambique y Zimbabue —cuyos ejércitos no eran mancos—, inició una guerra que duró casi medio siglo. Su rey Shaka se convirtió en un mito; varias veces los zulúes derrotaron a los invasores, que solo pudieron vencerlos por la superioridad de sus armas en la batalla final de 1879, donde murió el hijo de Napoleón III.

De todas formas, en el África subsahariana las rebeliones fueron constantes: en 1881 en Costa de Marfil, en 1885 en Senegal, en 1887 en Nigeria, en 1889 en Mozambique, en 1892 en Benín, en 1896 en Zimbabue y en Madagascar, en 1897 en Nigeria, en 1900 en Ghana, en 1903 en el Congo, en 1904 en Tanzania y la de los hereros en Namibia, en 1908 en Costa de Marfil, en 1911 en Angola, en 1912 en Ruanda y en Camerún, en 1914 en Benín y en Togo, en 1931 en la República Centroafricana y también en la República Democrática del Congo.

Ejércitos de originarios controlaron estas resistencias. Esto fue posible porque, desde el siglo XVII, los europeos habían tenido contacto en enclaves portuarios con los originarios de esos puertos, quienes habían integrado sus ejércitos dado que desde mucho antes se identificaban con las potencias que los contrataban, e incluso unos cuantos habían luchado en las guerras junto a los colonizadores vistiendo el mismo uniforme.

De cualquier modo, como la Conferencia de Berlín había repartido solo África —y no en su totalidad—, se producían conflictos entre los nacionalcolonialismos, como los suscitados entre Francia y Gran Bretaña por Sudán en 1901 y con Alemania por Marruecos en 1911, entre Rusia y Gran Bretaña por las fronteras de la India y con Japón por Manchuria en 1905. Alguno tuvo repercusiones incluso en la política metropolitana, como cuando Portugal quiso avanzar sobre el centro del continente para unir Mozambique con Angola y, en 1890, Gran Bretaña le puso freno. Portugal no pudo hacer frente a su tradicional y fuerte aliado, lo que le causó un desastre político, pues el gobierno dimitió, se acusó a la monarquía de entreguista y se la dejó sumamente debilitada, hasta que después del asesinato del rey se produjo su caída en 1910.

Pero el conflicto más grave entre blancos fue la Guerra de Sudáfrica entre 1899 y 1902, que enfrentó a británicos y bóeres. No fue solo un choque de intereses, sino también de culturas, originado en el descubrimiento de diamantes en 1870 y de oro en 1880, lo que atrajo a los ingleses. Los bóeres holandeses, o afrikáneres, eran de cultura agraria calvinista, sentían horror por el mestizaje, tenían prohibidos los matrimonios mixtos desde 1685 y, aunque disponían del gobierno, los británicos de cultura capitalista industrial compitieron con ellos hasta que estalló la guerra. En ella, los bóeres fueron derrotados, y los ingleses contaron incluso con el apoyo de algunos originarios a quienes los bóeres no trataban demasiado bien.

Con posterioridad a esta guerra, las cosas no mejoraron para la mayoría negra sudafricana: los trabajadores blancos exigían que se les limitaran las ofertas de trabajo, en

1927 se penaron las relaciones sexuales entre blancos y negros, la legislación se hizo más represiva y en 1930 surgió el Purified National Party, de Daniel Malan, un partido cercano al nazismo, que en 1935 impuso el *apartheid*, es decir, la separación total de negros y blancos, consagrado como política oficial en 1948.

EL COLONIALISMO BRITÁNICO EN LA INDIA

Gran Bretaña comenzó su avance en la India en 1757 y al cabo de cien años ocupó lo que hoy es ese país, Pakistán, Bangladesh, Myanmar, Sri Lanka y Maldivas. La empresa la realizó una sociedad privada, la East India Company, lo que generó algún escándalo, pero el gobierno no quería asumir un costo muy elevado y poco rentable y prefirió en cambio recibir un canon por la concesión.

Los portugueses y los holandeses habían favorecido la producción de opio en la India, pero los ingleses legalizaron su exportación, que representaba, en tiempos de la Primera Guerra Mundial, el 10% del total de exportaciones, mientras falsos informes médicos minimizaban los efectos de esta sustancia. Su tráfico solo disminuyó ante el creciente escándalo internacional, hasta cesar en 1935.

El colonialismo británico difamó ampliamente la cultura de la India a la vez que se mostraba piadosamente empeñado en resolver el problema del sistema de castas cuando, en realidad, se valió de él y lo reforzó como control social. También difundió que había abolido el *sati* o suicidio de las viudas, cuando mucho antes el propio hinduismo lo había hecho desaparecer. A esto se agregó la leyenda de los *thugs*, una secta secreta milenaria de adoradores de la diosa Kali que obligaría a cada iniciado a estrangular a cierto número de personas, cuyas últimas noticias parecen remontarse a 1830. Se pretendía que la secta usaba una lengua secreta, aunque en realidad se trataba de un argot criminal, y el hecho real fue un aumento de la delincuencia común. Como en toda leyenda rentable, apareció un comandante, el británico William Sleeman, preciándose de cazador de *thugs* y descifrador de la lengua secreta. Todo esto alimentaba la imagen del salvajismo indio ante el público inglés.

El saldo del colonialismo británico no fue nada favorable, pues en 1947 el porcentaje de analfabetos era del 90%; entre 1757 y 1947 el ingreso per cápita no aumentó, y entre 1870 y 1920 el promedio de vida bajó el 20%. Las condiciones de trabajo fueron de extrema explotación: en 1891 se estableció la jornada femenina en once horas, y en 1922, la de los hombres en doce. No se reconocía licencia por parto, y las mujeres que faltaban perdían el empleo o debían ceder el salario al capataz; muchas parían en las fábricas, y algunos sueldos se pagaban en especie.

En cuanto a la salud, el gobierno inglés consideró que la vacunación antivariólica era demasiado cara, y más aún llevar médicos a la India, por lo que prefirió formarlos allí. Con los años se produjo una emigración de médicos indios a Gran Bretaña, pues en la última posguerra, con el seguro de salud laborista, la profesión se había vuelto menos rentable.

El virrey, lord George Curzon, había dispuesto que los funcionarios británicos que se casaran con mujeres indias serían trasladados y que los mestizos no podrían ocupar cargos públicos, lo que surtió un efecto paradojal, pues algunos oficiales se casaron con indias para obtener su traslado. De todas formas, la mestización fue mínima, ya que en el censo de 1951 solo había ciento diez mil mestizos.

Cuando Gandhi volvió de Sudáfrica y se puso al frente del Partido del Congreso, los ingleses se alarmaron y aumentó la violencia represiva. El conflicto tuvo su punto de inflexión en 1919, cuando un desequilibrado mental llamado Reginald Dyer, apodado "el carnicero de Amritsar", ordenó a su tropa disparar contra una multitud y dejó unos cuatrocientos muertos y más de mil heridos, aunque testigos presenciales triplican esas cifras. Este asesino volvió a Inglaterra y fue sancionado, aunque Kipling y un diario le organizaron una colecta saludándolo como "salvador del imperio". Sin embargo, al poco tiempo murió de parálisis. Este hecho reforzó la resistencia independentista y, como consecuencia, los ingleses impusieron leyes penales draconianas, establecieron la censura, declararon a los nómadas "tribus delincuentes" y tipificaron un extraño delito de "desapego".

Pero el colonialismo británico en la India incurrió en crímenes más graves que el episodio de Amritsar, como la represión de la Rebelión de los Cipayos, soldados del ejército de trescientos mil hombres de la compañía, de los cuales, en 1857, el 90% era indio. Se cuenta que les habían provisto cartuchos con grasa animal que debían cortar con los dientes, y que circulaba entre los hindúes que esta era de vaca y entre los islámicos que era de cerdo, lo que sumado al maltrato de los oficiales ingleses generó una rebelión que pronto se extendió. Los cipayos mataron a varios ingleses y juraron obediencia al rey mogol, por lo que algunos historiadores consideran que su movimiento fue la primera guerra de independencia india.

La represión fue durísima, pues no solo mataron a cuanto cipayo rebelde tomaban preso, sino que arrasaron aldeas y pueblos enteros, lo que tornó imposible precisar el número de víctimas. Los diarios londinenses exigían sangre. Se llegó a ejecutar atando a las víctimas a las bocas de los cañones, algo de extrema crueldad para los hindúes, que creían que de ese modo no podrían reencarnar. El gobernador general Charles Canning trató de poner fin a la matanza, y la prensa londinense lo estigmatizó apodándolo "Clemency Canning". Como resultado de esta rebelión, en 1858, el Parlamento británico puso fin a la East India Company, y la India pasó a ser formalmente colonia, de la que Canning fue su primer virrey. En 1880, el porcentaje de soldados indios había bajado al 60%.

EL GENOCIDIO COLONIAL POR HAMBRE

De todas formas, la más grave atrocidad del colonialismo británico fue el genocidio por hambre en la India, producido en ocasión de las sequías provocadas por la fase cálida de las oscilaciones del fenómeno de El Niño. Las dos peores hambrunas tuvieron lugar en 1876-1878 y 1896-1900, sin contar con otras regionales y menores. Solo las dos mayores costaron más de diez millones de muertos pero, sumada la peste bubónica de la época, el total fue de unos diecinueve millones. Cabe señalar que el hambre y la peste no deben tratarse completamente por separado, porque la primera siempre es precedida por subalimentación, lo que obviamente hace a las personas más vulnerables a la infección. A esto debe agregarse que, como la carencia de proteínas en la primera infancia impide el normal desarrollo neuronal, la pretendida inferioridad biológica de los colonizados en regiones con hambre resulta ser una verdadera profecía autorrealizada.

Se pretendió que estas hambrunas habían sido causadas por las sequías, lo que es falso, puesto que en la India —y también en China y en otras regiones— hubo fenómenos similares en siglos anteriores y no produjeron esos efectos letales. No puede negarse que los millones de muertos deben atribuirse a la destrucción de las economías tradicionales para someter la agricultura al mercado y, por ende, cuando los fenómenos climáticos provocaban escasez de cereales, subían sus precios y la política de desregulación total los hacía inaccesibles a la población. Por eso, entre 1870 y 1900, la exportación de cereales de la India pasó de tres a diez millones de toneladas, mientras los indios se comían los tejados y hasta caían en horrendos episodios de canibalismo.

Edward George Earle Bulwer-Lytton, un mal poeta algo desequilibrado y fumador de opio, era el virrey durante la primera hambruna. No disculpó ni disminuyó los impuestos a la tierra y destinaba el 34% del presupuesto al ejército y la policía, que servían a la violencia colonial también en Sudán, Egipto, Etiopía y China. Durante la segunda hambruna, Gran Bretaña destinaba sus recursos a la guerra con los bóeres y a combatir la rebelión china, y en la metrópoli se distraían con las noticias de Sudáfrica.

Las hambrunas se agravaban con la peste bovina, que mataba a los bueyes, por lo que solía verse a mujeres arrastrando arados. La enorme inversión inglesa en ferrocarriles en el subcontinente no sirvió para llevar ayuda, sino para transportar el cereal, que se exportaba a alto precio, lo que por otra parte fue el objetivo de la inversión inglesa en vías férreas también en Canadá y en la Argentina, aunque sin las consecuencias de la India.

Como la peste bubónica hacía estragos entre los subalimentados, en 1897 —durante la segunda gran hambruna— un funcionario inglés llamado Walter Charles Rand impuso medidas irracionales contra la peste, tales como la desaparición de los infectados, el desalojo y la quema de viviendas, las demoliciones de edificios, etc. Los hermanos Damodar y Balkrishna Chapekar le dieron muerte junto a su asistente, y actualmente se los

considera precursores del movimiento independentista. A este hecho siguieron otras rebeliones populares reprimidas duramente. Mientras se imponía ese rigor y millones morían de hambre, se celebraba fastuosamente el aniversario del reinado de Victoria, en cuyo homenaje el virrey George Curzon, digno imitador de Lytton, hizo construir un suntuoso palacio en Calcuta.

La única ayuda por parte del régimen colonial fue la concentración para trabajos públicos a cambio de una dieta insuficiente, pero en los que no se admitían niños ni debilitados, conforme al criterio que se usaría en Auschwitz, donde a los inútiles para el trabajo se los mataba; en la India se los dejaba morir.

Investigadores como el historiador estadounidense Mike Davis llaman ahora la atención sobre crímenes semejantes en China, Brasil, Etiopía, Corea, Nueva Caledonia, Java, Vietnam y Filipinas. En este último país, a fines del siglo XIX, hubo un millón de muertos por hambre e infecciones. Los climatólogos atribuían esto exclusivamente a El Niño, dando por cierto que lo producían las manchas solares.

En realidad, su explicación es económica, pues los ingleses no cometían estos genocidios por pura maldad, sino para mantener su dominio mundial financiero. Gran Bretaña —como todo imperio— se esclerosaba y no mejoraba su tecnología frente a los Estados Unidos y Alemania, por lo que debía compensar su déficit en las transacciones con estos países, que lograba debido a su superávit astronómico con la India y China. Todo esto se justificaba ideológicamente conforme a la intangibilidad del mercado de los seguidores de Adam Smith, a quien suele atribuirse lo que nunca dijo.

Los historiadores actuales de la época destacan que, alrededor de 1870, en general en los países colonizados además de las radicales medidas económicas de no intervención estatal confluyeron con las sequías de El Niño varios factores de alta letalidad, como las pandemias y la peste bovina. Mientras la población europea ascendía, en el sur y en especial entre los colonizados cercanos a la línea del Ecuador descendía. Nadie ignoraba en las metrópolis las imágenes de estos genocidios, especialmente durante la segunda gran hambruna, pues si bien en la primera la fotografía era dificultosa, a fines del siglo XIX se había facilitado con la cámara de mano Kodak.

La indiferencia estatal criminal frente a los desastres naturales no era nueva en la política inglesa, puesto que entre 1845 y 1849 se había producido la *great famine* (gran hambruna) en Irlanda, como consecuencia de una plaga de la papa, de cuya producción dependía casi la mitad de la población. El régimen británico obligó a desmontar sin piedad los tradicionales minifundios irlandeses, destruyó viviendas e impulsó la emigración masiva. Como consecuencia, un millón de personas murió de hambre y otro millón emigró. Algunos ingleses describieron a los irlandeses hambrientos como “chimpancés humanos” o “simios escuálidos”.

Cabe recordar también que en la Inglaterra victoriana se asilaba a sus pobres en refugios donde separaban a las familias, los vestían con uniformes y los rapaban para que fuesen reconocibles. Estos hechos se ajustan perfectamente al planteo spenceriano, que consideraba la pobreza una falta de vigor ante la vida y promovía dejar que los pobres se extinguieran por debilidad para permitir la selección natural vía la reproducción de los sobrevivientes más fuertes. Si estas eran las políticas inglesas con sus pobres en melanina, no puede extrañar su política colonial, máxime cuando le resultaba indispensable para sostener su hegemonía financiera ante su incipiente decadencia productiva y tecnológica.

EL NEOCOLONIALISMO EN CHINA

La dinastía Qing tenía origen manchú, es decir que eran conquistadores de China, pero supieron respetar sus instituciones y gobernarla desde el siglo XVII hasta 1912, manejando el imperio desde Pekín, en el extremo oriental del territorio. En 1758 reforzaron su control con el genocidio de la población budista de Zunghar, donde eliminaron a cerca de un millón de personas y vendieron a mujeres y niños como esclavos.

Los Qing entrenaban a sus funcionarios al modo de siglos anteriores, con memorización, recitado de textos clásicos confucianos y sin preparación en saberes prácticos, de modo que el país se fue convirtiendo en un gigante indefenso frente a la creciente tecnología de las potencias colonialistas.

Como China imponía derechos de importación al opio que los ingleses producían en la India y compraba poco a Gran Bretaña, la balanza comercial le era muy favorable, y por eso los ingleses desataron en 1839 la primera de las dos llamadas "guerras del opio", que se prolongó hasta 1842. La segunda, que llevaron adelante junto con los franceses, comenzó en 1856 y terminó en 1860. Llegaron a ocupar Pekín e impusieron a China un trato humillante, obligándola a acordar inmunidad a ingleses y franceses, a entregar Hong Kong y a abrir el puerto de Shanghái.

Entre 1851 y 1864 se produjo la llamada "Rebelión de Taiping", extendida a un amplio sector del sur, donde se instaló un Reino Celestial de la Gran Paz, encabezado por un sujeto que sostenía una versión heterodoxa del cristianismo, que deformaba unas pocas nociones recibidas de misioneros protestantes y se proclamaba hermano menor de Cristo, aunque con tintes progresistas, pues proclamaba la igualdad de género y la alfabetización popular. Se desató una cruenta guerra civil, que suele considerarse la más sangrienta anterior a la Segunda Guerra Mundial, pues se estima que murieron unos veinte millones de personas. Los ingleses apoyaron a la dinastía imperial que tenían bajo su control y que de este modo logró vencer la rebelión. Por esta guerra y otros factores, entre otros las sequías de El Niño contemporáneas a las de la India y el abandono de sus sistemas de irrigación e hidráulicos,

la población china descendió de cuatrocientos a trescientos cincuenta millones. El imperio también debió controlar rebeliones islámicas en el Turkestán.

Pero todavía faltaba una nueva agresión colonialista. El imperio estaba debilitado y recuperaba algunas divisas —al igual que hoy algunos países latinoamericanos— con las remesas que los cinco millones de chinos residentes en el extranjero enviaban a sus familiares, lo que hizo cundir por Europa el mito racista del "peligro amarillo". Las condiciones impuestas a China con la segunda guerra del opio permitieron la presencia de muchos europeos, que tenían más de sesenta asentamientos en el país y extorsionaban a la emperatriz viuda, conocida como "el viejo Buda". La conducta pública de los extranjeros desafiaba los valores culturales chinos, pero, como gozaban de inmunidad, las autoridades no podían actuar contra ellos y crecía la xenofobia, en plena segunda crisis de El Niño y de la total falta de asistencia a las provincias que sufrían hambrunas.

A fines del siglo XIX surgió un grupo que adoptó el nombre de "Puño de la justicia y de la concordia". Como los ingleses leyeron la palabra "puño", lo llamaron "bóxer", y así se lo recuerda hasta el presente. Los bóxeres se mostraban con uniformes de artes marciales e identificaban como responsables de la miseria a los europeos y cristianos y a la modernización tecnológica, que eliminaba las fuentes de trabajo tradicionales; algo en lo que no les faltaba razón.

Comenzaron por sabotear líneas ferroviarias y telegráficas. El gobierno imperial logró salir de su mira y desviar el ataque solo a los extranjeros y a los chinos cristianos, tenidos por traidores. Pronto pasaron a la acción violenta y se calcula que dieron muerte a unas cinco mil personas. La situación empeoró al promediar el año 1900, porque mataron a un grupo de ingenieros franceses y belgas y amenazaron al barrio diplomático anunciando una ejecución masiva de extranjeros, ante lo cual los embajadores solicitaron la protección militar de sus países. Las potencias acordaron la Alianza de las Ocho Naciones, y naves de guerra europeas, norteamericanas y japonesas llegaron al puerto más cercano a Pekín.

La violencia se intensificó desde que el embajador alemán y su custodia apresaron y mataron a un joven bóxer; en represalia, sus compañeros incendiaron varias iglesias cristianas y dieron muerte a algunas personas; a su vez, los soldados mataron a varios bóxeres y la población de la ciudad se volvió en contra de los extranjeros.

Se generó una situación confusa, pues la emperatriz —alejada de la realidad— dispuso que el cuerpo diplomático abandonase Pekín custodiado por tropas chinas. Sin embargo, los funcionarios se negaron, y ella ordenó declarar la guerra a las ocho potencias, lo que sus gobernadores incumplieron para evitar un desastre peor. El embajador alemán fue muerto por un militar chino, y el káiser —con su habitual matonismo— instruyó a sus soldados para que nunca más un chino osase siquiera mirar de soslayo a un alemán. Los bóxeres sitiaron el barrio diplomático durante cincuenta y cinco días, hasta que una fuerza

integrada por soldados de las ocho naciones europeas entró en la ciudad y lo liberó. La emperatriz y la corte huyeron y enviaron a un negociador. Salvo los italianos y los austríacos, los soldados se dedicaron a matar y a saquear la ciudad y el palacio real. El resultado de esta revuelta fue la imposición de una enorme indemnización a China, que en 1901 la emperatriz no tuvo más remedio que aceptar.

El ocaso del imperio se prolongó, hasta que en 1912 se proclamó una endeble república, seguida por una violenta anarquía. Chiang Kai-shek unificó fuerzas, pero en 1927 comenzó la guerra civil; en 1937, el ejército japonés invadió el país cometiendo atrocidades y, finalizada la Segunda Guerra Mundial, el enfrentamiento interno continuó hasta 1949. Si bien no faltaron factores internos, es imposible no considerar estas décadas letales una secuela de las intervenciones colonialistas europeas.

LA EXPANSIÓN JAPONESA EN COREA

La influencia sobre Corea fue motivo de largas disputas entre chinos, japoneses, rusos y nacionalistas coreanos, en cuyo curso se cometieron numerosos crímenes, como el asesinato de la reina Min por agentes japoneses en 1895. Después del triunfo japonés sobre el imperio chino, y sobre todo de la derrota de Rusia en 1905, Japón quedó dueño de la situación y estableció un protectorado sobre Corea. En 1910, mediante un supuesto tratado en que el monarca coreano cedía graciosamente la soberanía al emperador del Japón y este la aceptaba, Corea quedó anexada como parte del territorio japonés, lo que se prolongó treinta y cinco años.

En esas décadas, una reforma agraria privó de sus tierras a propietarios que no tenían documentos escritos, facilitando la ocupación por parte de los japoneses. Se dispuso que los coreanos adaptasen sus nombres al estilo japonés y, en otros muchos aspectos, también se impuso la cultura del ocupante. Se demolieron los viejos palacios y se construyeron en sus terrenos los de la nueva administración, a cargo de un gobernador general japonés. En 1931 se registraron disturbios contra los habitantes chinos, en especial contra los comerciantes, en los que fueron asesinados centenares de ellos.

En la Segunda Guerra Mundial, unos dos millones de coreanos fueron se reclutados y llevados a Japón para someterlos a trabajos forzados. A algunos se los incorporó a las fuerzas armadas, aunque principalmente en puestos de servicios, porque los japoneses desconfiaban de la lealtad de los coreanos. Al parecer, los destinaban de preferencia a la vigilancia de prisioneros, tarea que ejercieron con singular brutalidad. Apenas en 1944, cuando la guerra comenzó a ser adversa para Japón, se decidió incorporarlos a su ejército, lo que alcanzó una movilización de doscientos mil soldados coreanos. En la posguerra, ciento cuarenta y ocho de ellos fueron condenados por crímenes de guerra cometidos en las filas japonesas, de los cuales veintitrés lo fueron a muerte.

En cuanto a los coreanos que trabajaban en Japón, sus condiciones y los peligros de algunas de las labores asignadas causaron la muerte de unos trescientos mil. En Hiroshima y Nagasaki había fábricas industriales militares y allí trabajaban numerosos coreanos, de modo que setenta mil de ellos fueron víctimas de las bombas nucleares; Japón pagó indemnizaciones por estas muertes.

Uno de los aspectos más siniestros de esta expansión en el curso de la Segunda Guerra fue la esclavización sexual de mujeres, que se calcula en doscientas mil, en su gran mayoría surcoreanas, de las cuales muchas murieron en burdeles militares. El caso se conoce como el de las "mujeres de confort" o "de consuelo", al servicio sexual de los soldados japoneses. Muchas de ellas volvieron a su país, pero Japón se ha negado a reconocer el hecho, al parecer destruyó documentación probatoria y nunca pidió disculpas. Cabe aclarar que los aliados tampoco se preocuparon demasiado en investigar y exigir disculpas.

La anexión japonesa finalizó en 1945, aunque —como es bien sabido— no por eso terminaron los problemas de la sufrida Corea.

LOS CRÍMENES EN LA DESINTEGRACIÓN DEL IMPERIO OTOMANO

El Imperio otomano se había extendido a partir del siglo XIII hasta alcanzar su mayor amplitud en los siglos XVI y XVII, con territorios del sudeste de Europa, Oriente Medio y el norte de África. Como buen Estado confesional, no fue nada piadoso con sus minorías. Entre 1843 y 1847 masacró a unos diez mil asirios y a los demás los vendió como esclavos. Entre 1876 y 1878 mató a unos quince mil búlgaros. Los asirios cristianos del norte de la Mesopotamia fueron asesinados y desplazados, y sus víctimas se estiman en setecientos cincuenta mil hasta la Primera Guerra Mundial. Se calcula que los griegos sufrieron unas trescientas mil muertes en distintos momentos; la minoría cristiana maronita, unas doscientas mil, y los kurdos, unas trece mil. Entre 1895 y 1896, el sultán Abdul Hamid decidió el primer genocidio contra los armenios, en el que fueron masacradas unas doscientas mil personas ante la vista del cuerpo diplomático europeo, que se limitó a enviar algunas notas.

En 1912 y 1913 tuvo lugar la primera Guerra de los Balcanes, en que Bulgaria, Montenegro, Grecia y Serbia lograron expulsar a los otomanos de sus territorios. Sin embargo, de inmediato se enfrentaron entre ellos dando lugar a la segunda Guerra de los Balcanes, que terminó en 1913 con el Tratado de Bucarest. Como era de esperar, Austria-Hungría y Rusia no fueron ajenas a la inestabilidad de la región. Sus conflictos derivaron en 1914 en el asesinato de los archiduques austríacos en Sarajevo, del que fue imputado el gobierno serbio, lo que sirvió de pretexto para que el decadente emperador Francisco José apremiase a Alemania a dar inicio a la Primera Guerra Mundial.

En 1909 un partido conocido como los "Jóvenes Turcos" tomó el poder en el imperio y se alió en la Primera Guerra Mundial a los imperios centrales. En 1915 acusaron a los armenios de favorecer a Rusia y emprendieron un nuevo genocidio. En la Conferencia de la Paz de Versalles de 1919 y en el tratado de paz específico con el Imperio otomano (Tratado de Sèvres) se le impuso la obligación de condenar a los genocidas, por lo cual un tribunal militar otomano decidió la pena de muerte en ausencia para los cabecillas del régimen de los Jóvenes Turcos: Mehmed Talât, İsmail Enver, Ahmed Djemal y otros.

Pero a poco cayó el sultanato y se instaló un nuevo régimen con Mustafá Kemal (llamado luego "Atatürk, padre de los turcos"), quien reivindicaba la integridad del imperio y reinició el genocidio. El mayor número de muertes se produjo en los desplazamientos forzados de la población armenia, a la que hacían seguir por presos liberados de las cárceles turcas a ese efecto. Se calcula que el total de víctimas del genocidio armenio suma un millón y medio de personas.

A todo esto, las potencias aliadas acordaron con Kemal un nuevo tratado (el de Lausana), conforme a los intereses de cada una de ellas: los estadounidenses no ratificaron Versalles; los alemanes habían sido aliados; los rusos arreglaron con el nuevo régimen por su difícil situación interna; los ingleses y los franceses aseguraron su rapiña de la desintegración imperial. En 1923, Kemal amnistió a los condenados.

Si bien los Jóvenes Turcos y Kemal fueron los autores del genocidio, los neocolonialistas contribuyeron con su indiferencia, pues en Lausana los armenios no tuvieron aliados ni nada que ofrecer. Como reacción frente a la impunidad, jóvenes armenios ejecutaron a los cabecillas amnistiados en algunos países europeos, mientras que Kemal murió en 1938, según se dice, por causas no ajenas al alcohol.

Mussolini decía ser "el Mustafá Kemal di Milano". Se afirma que Hitler, el 22 de agosto de 1939, dirigiéndose a sus generales antes de la invasión a Polonia, dijo: *"Wer redet heute noch von der Vernichtung der Armenier?"* (¿Quién habla aún sobre el aniquilamiento de los armenios?). Más allá de la veracidad de este dato, lo cierto es que el camino para el genocidio armenio de 1915 a 1923 fue facilitado por el silencio ante el de 1895-1896. Más de un siglo después, el conflicto todavía tiene secuelas letales.

Al margen de este genocidio, la descomposición del Imperio otomano al término de la Primera Guerra Mundial tuvo otras consecuencias criminales. Según el Tratado de Saint-Germain-en-Laye, Irak quedó bajo control británico durante trece años. Los asirios, que ya habían sido masacrados bajo el imperio y adherían a la llamada "Iglesia del Este" o "nestoriana", fueron aliados de los británicos, pero cuando estos se retiraron de Irak —como por regla sucede— los traicionaron dejándolos indefensos. Los iraquíes consideraron que su reclamo de un Estado propio era una rebelión y su ejército comenzó a matarlos y a incendiar sus aldeas, por lo que acabaron refugiándose en la ciudad de Simele, donde el 18

de agosto de 1933 el ejército y bandas árabes masacraron a unas siete mil personas ante la inacción de la policía iraquí. Este crimen se conoce como la "masacre de Simele" y lo citó Raphael Lemkin al proponer el concepto de genocidio.

La descomposición del imperio permitió que las potencias se repartieran Egipto y Sudán para los ingleses; Argelia, Túnez y el protectorado de Marruecos para los franceses, y Libia para los italianos. En el imperio de Napoleón III, los franceses habían sido sumamente crueles con los argelinos: en 1845 el general Aimable Pélissier encerró en una gruta a mil de ellos y los quemó, luego llegó a ser mariscal y a recibir el título de duque. Pero la Tercera República no fue mejor, pues dos de sus protagonistas, Léon Gambetta y Jules Ferry, eran nacionalcolonialistas furibundos, a tal punto que el último dijo en 1885, en la Cámara de Diputados, que las razas superiores tenían el deber de civilizar a las inferiores, repitiendo conceptos de Paul Leroy-Beaulieu, el máximo ideólogo colonizador de su tiempo.

Después de la derrota francesa frente a Prusia y casi al mismo tiempo que en París era sometida la Comuna, los argelinos se sublevaron y fueron brutalmente reprimidos. Esto dejó un marcado resentimiento incluso en la propia minoría colaboracionista, al que tampoco fue ajeno el laicismo de la administración francesa pues implicaba una guerra al islam, que en ocasiones desempeñó un papel anticolonial —como en la Rusia zarista, en que no solo hubo pogromos contra judíos, sino también contra islámicos.

Los franceses de Argelia (*pieds-noirs*) siempre sintieron un profundo desprecio por los argelinos. Cuando el presidente León Blum quiso otorgarles la ciudadanía francesa a unos veinte mil argelinos en razón de los servicios prestados, aquellos se opusieron y sostuvieron que era inadmisible que un judío, al que a duras penas le reconocían ciudadanía, pretendiese otorgárselas a los árabes. La conjunción de islamofobia y antisemitismo explica su posterior simpatía por el régimen de Vichy.

Mientras Egipto se hallaba bajo control financiero de los ingleses con alguna participación de los franceses, los movimientos nacionalistas no se quedaban quietos, y en 1881 el coronel Ahmed Orabi obligó al rey Mohammed Ali Tewfik a limitar el poder extranjero. Los ingleses no lo toleraron y con el pretexto de defender a Tewfik bombardearon Alejandría; Orabi debió exiliarse, y la monarquía siguió como títere de los británicos.

Una resistencia más fuerte se dio en Sudán, donde un predicador islámico, Muhammad Ahmad, se proclamó *mahdi* (el esperado), una suerte de mesías islámico. Su movimiento de extendió y cobró fuerza política, desafió al poder egipcio y turco y postuló la observancia estricta del Corán y la regla de pobreza. Aunque el *mahdi* murió en 1885, el movimiento continuó luchando contra los ingleses. En un momento las tropas encabezadas por el gobernador inglés Charles George Gordon quedaron aisladas, la metrópoli dilató los refuerzos y los *mahdistas* acabaron con todos.

Esta rebelión, encabezada por el sucesor del *mahdi*, Abdullah al-Taashi, se mantuvo hasta la batalla de Omdurmán de 1898, en la que participó el teniente Winston Churchill. En verdad se trató de un homicidio en masa, pues los ingleses, por poseer ametralladoras, dieron muerte a once mil *mahdistas* y solo registraron cuarenta y nueve bajas.

Siguiendo las acciones de los nacionalcolonialismos por los países del norte a África, si bien a Italia no le había correspondido una porción muy grande en el reparto de Berlín, en 1912 ocupó Trípoli y Cirenaica y comenzó a dominar toda Libia, pero las tribus beduinas le opusieron gran resistencia durante dos décadas. En 1931, con el fascismo en el poder y mediante el uso de armas prohibidas, los italianos lograron vencerlas y tomar prisionero a su líder, Omar Mukhtar, al que ahorcaron a la vieja usanza en la plaza pública. Esa invasión causó unas ciento veinticinco mil muertes. Seguidamente se fomentó la radicación de italianos, que llegó al 13% de la población, impulsada por el gobernador Italo Balbo, quien luego se opuso a la alianza con Hitler y murió en un extraño accidente.

El rey Menelik II de Etiopía modernizó el país, pero en 1935 los italianos se lanzaron a conquistarlo. Ya lo habían intentado sin éxito en 1885, pues habían sido derrotados en la batalla de Adua, obligándolos a establecer su frontera en la Abisinia italiana (Eritrea). Esta vez lo lograron y se anexaron Etiopía junto a Eritrea y Somalia. El emperador Haile Selassie debió exiliarse y se precipitó el ocaso de la Sociedad de las Naciones. Se trató de una verdadera conquista contra un ejército desarmado, que el régimen fascista quiso disfrazar de guerra *humanitaria*.

EL COLONIALISMO FRANCÉS EN INDOCHINA

Los franceses, excluidos de la India por los ingleses, centraron su nacionalcolonialismo asiático en el sudeste del continente y, con Vietnam, Camboya y Laos, erigieron en 1887 la llamada "Federación Indochina". En 1902 trasladaron la capital de Saigón en Cochinchina (sur de Vietnam) a Hanói en Tonkin (norte).

La penetración francesa había comenzado apoyando a una dinastía para unificar Vietnam, pero terminó ocupando un tercio del territorio en 1867, incluyendo Saigón. El control territorial no le fue fácil, pues encontró fuerte resistencia. En 1883, con la llamada "Campaña de Tonkin", consiguieron establecer su protectorado, pero eso desató la intervención de los chinos y el surgimiento de un movimiento nacionalista. A poco andar, sometieron a administración directa a los tres estados sobre los que ejercían el protectorado, aduciendo la incapacidad de los originarios para gobernarse. Conforme a la constante tradición colonial, también explotaron los antagonismos regionales entre camboyanos y vietnamitas.

La Campaña de Tonkin la llevaron a cabo incendiando aldeas, matando aldeanos y robando sus animales y todo lo que encontraron a su paso. El sentimiento nacional de estos pueblos —como lo demostraría el curso posterior— era muy fuerte, por lo que se registraron levantamientos en 1868, 1872, 1873, 1878, etc. En 1885, el propio monarca Ham Hghi encabezó una revuelta a instancias de sus asesores, que fracasó, y él terminó refugiándose en las montañas, para acabar exiliado en Argelia.

Debido a la resistencia del pueblo vietnamita, el colonialismo francés siempre había apelado a censuras, abusos policiales, intervenciones de su infantería colonial y hasta de la Legión Extranjera, estricta prohibición del derecho de reunión y más aún del sindicalismo, tribunales de excepción, torturas, prisiones arbitrarias y medidas propias de un permanente estado de sitio dictatorial. De todas formas, esta ocupación obligó a Francia a movilizar ejércitos numerosos y, si bien costó la vida a muchísimas colonizados, también fueron sacrificados soldados propios.

Los franceses concedían tierras a quienes deseaban instalarse en Vietnam, de modo que los campesinos quedaron sometidos a los colonos como peones sin derecho alguno. A partir de 1920, los levantamientos campesinos arreciaron y fueron siempre duramente reprimidos. Un personaje legendario fue De Tham, cuya madre había sido ejecutada por los franceses y su padre se suicidó después de fracasar un complot contra estos. De Tham se hizo fuerte en las montañas del norte de Vietnam al mando de una guerrilla que le dio fama de Robin Hood. Los franceses llegaron a ofrecerle un territorio propio, pero en 1908 intentó dar muerte a un numeroso grupo de ellos en un banquete y pusieron precio a su vida; en 1913 lo asesinaron unos chinos que consiguieron infiltrarse en su grupo.

En 1912 se organizó un partido republicano, los franceses condenaron a muerte a su líder en ausencia y, como reacción, hubo atentados contra vietnamitas colaboracionistas. En 1927, otra organización llevó a cabo nuevos atentados y en 1930 se amotinaron las propias tropas francesas. El partido nacionalista fue desbaratado; decenas de dirigentes fueron fusilados, y cientos de partidarios y sospechosos, deportados. Es decir que, antes de la Segunda Guerra Mundial, la policía colonial estaba habituada a practicar las atrocidades que cometería luego en la posguerra.

Eliminado el partido nacionalista, necesariamente la conflictividad debía radicalizarse, o sea que el resultado de la represión colonial fue la polarización extrema de Vietnam, en cuyo escenario habría de aparecer la figura protagónica de Ho Chi Minh, que corresponde a la etapa neocolonial de posguerra en el marco del mundo bipolar.

EL COLONIALISMO BRITÁNICO EN OCEANÍA Y EL GENOCIDIO AUSTRALIANO

Cuando el explorador y cartógrafo británico James Cook llegó a Australia afirmó que no había originarios, por lo que, desde 1788, los ingleses negaban su existencia. Pero, en realidad, ellos asesinaban a todos los que encontraban, y cuando eso no ocurría, los obligaban a trabajar la tierra. Como muy pocos se adaptaban a estas labores, en su mayoría los encerraban en reservas y los dejaban morir sin que nadie se enterara. Este crimen no buscaba ninguna asimilación, sino que las reservas eran verdaderos campos de exterminio.

A principios del siglo XIX, los ingleses llevaron a cabo una matanza de originarios en Tasmania, conocida como "la guerra negra". Unida a la viruela —que algunos afirman que fue difundida intencionalmente—, casi acabaron con esa población. La ficción de la *terra nullius* —tierra de nadie— permitía hacer de la ocupación un título legítimo. Si bien la población originaria no era numerosa, contaba entre quinientos y setecientos mil habitantes. En 1901 quedaban solo unos cincuenta mil.

Para mayor mal, a fin de librarse de sus delincuentes molestos, algunos Estados europeos apelaron a la pena de deportación a las colonias. Primero la usaron los portugueses mandando penados a Angola, al punto que el gobernador en Luanda no los armaba pues prefería tropas africanas, dado que en cuanto les daban armas desertaban. Los franceses la usaron con singular generosidad desde que la tecnología de navegación a vapor había acabado con la pena de galeras. Deportaron no solo a Guyana —donde en 1881 enviaron a ochenta mil presos—, sino también a Argelia. Pero Australia fue el destino más famoso de los deportados de Gran Bretaña, adonde eran enviados a cuidar rebaños a lugares lejanos. Allí los originarios que los molestaban o les hurtaban algún animal eran asesinados sin ningún tipo de obstáculo, incluso los envenenaban con estricnina. Y como no había mujeres blancas, violaban a las nativas. Hasta mediados del siglo XX, en algunas regiones de Australia se podía matar impunemente a un originario, y hace unas décadas, algunas personas de avanzada edad recordaban esos asesinatos y aportaban datos precisos de homicidios de familiares.

Desde comienzos del siglo XX el gobierno decidió que Australia sería un país blanco y, por ende, la opción fue asimilación o muerte. Hasta la Segunda Guerra Mundial, a los originarios se les concedían certificados de ciudadanía si probaban ante un juez que al menos desde tres años antes no tenían contacto con su grupo, pero como esos certificados eran revocables por inconductas posteriores, siempre eran ciudadanos condicionales.

Hasta 1960, los mestizos o *half-caste*, nacidos de madres originarias, eran secuestrados por el Estado e internados o dados en adopción, lo que también se hizo con muchos niños originarios. En cada provincia había un funcionario o *chief* tutelar que era su tutor hasta los dieciocho años. Entre 1885 y 1967 se privó de su madre a más de cien mil niños, siguiendo la misma política aplicada a los originarios en Canadá, donde recientemente se hallaron, en los viejos reclusorios, fosas comunes con restos de niños. Esta similitud se debe a que esta

política de secuestro —llamada eufemísticamente "de asimilación"— fue refrendada por la Conferencia del Commonwealth en 1951.

Los gobiernos laboristas de Australia de 1960 a 1972 concedieron el derecho de voto a los pocos originarios sobrevivientes, como también aceptaron que en la historia nacional se registrara su genocidio.

Por su parte, Nueva Zelanda tuvo una historia diferente porque no despertaba mayor interés, y los pocos blancos que llegaron al principio convivían con los maoríes, aunque la introducción de armas de fuego potenció las luchas entre las tribus y causó muchas muertes.

New Zealand se convirtió en colonia británica en 1840, pero con una particularidad única en la historia del colonialismo, pues se basó en un acuerdo entre los ingleses y los maoríes, conocido como "Tratado de Waitangi", según el cual los británicos reconocían el derecho de los maoríes a la propiedad de sus tierras, pero se reservaban el de primera opción de compra si estos querían venderlas.

De todos modos, en 1860 se descubrió oro en el territorio, que conforme al tratado correspondía a los maoríes, por lo que estos fueron agredidos y opusieron fuerte resistencia en lo que se conoce como la "guerra maorí". Entre 1840 y 1900, la población originaria de cien mil habitantes se redujo a la mitad. Hoy se reconocen los derechos maoríes y, pese a las discusiones históricas, nunca la situación fue tan genocida como en Australia.

Aunque fue la colonia más *british* de todas, los matrimonios mixtos nunca fueron prohibidos, y los maoríes conservaron algunas tierras, que a fines del siglo XIX importaban un sexto del territorio. Esto se debe a que los ingleses nunca quisieron invertir mucho en enviar tropas, como también a que el acceso a las islas era complicado y, por ende, los colonos no tuvieron otro recurso que arreglarse de la mejor manera posible en su convivencia con los maoríes. Cabe observar que Nueva Zelanda fue el primer país en reconocer el voto femenino, en 1893.

No les fue tan bien a los kanak de Nueva Caledonia con los franceses de la Tercera República, que les robaron sus tierras, hasta que se rebelaron en 1878 y fueron cruelmente reprimidos. Se solidarizó con ellos la famosa anarquista de la Comuna de París, Louise Michel, que en ese momento cumplía allí una pena de relegación.

LOS CRÍMENES DE LA EXPANSIÓN NORTEAMERICANA

Hubo varios estados que llevaron a cabo expansiones territoriales y, aunque no puedan asimilarse del todo al colonialismo, algunas de ellas presentaron rasgos demasiado

comunes y análogos a las atrocidades de este, por lo que no deben excluirse a la hora de evaluar la configuración de la cultura criminal humana.

Así, los Estados Unidos, en la primera mitad del siglo XIX, impulsaron su expansión hacia el oeste y al sur con características propias, puesto que no estaba motivada por ninguna presión demográfica que pudiera argüirse en el sentido de la peregrina tesis del *espacio vital* de Ratzel.

Este impulso expansivo pareciera más bien obedecer a contradicciones propias de la sociedad norteamericana, pues a los colonos *blancos* se había sumado una masa de miserables metropolitanos llegados en naves semejantes a las negreras y que padecieron hambrunas, de las cuales la más dura fue la de Boston en 1713. En este contexto, los blancos hegemónicos temían que sus pobres se complotaran con los esclavos.

Por ende, no es nada aventurado pensar que el nivel de conflictos y ese riesgo se neutralizaran mediante un nacionalcolonialismo blanco hacia el sur y hacia el oeste, que permitiese a los blancos pobres *resubjetivizarse* empoderándose en los territorios anexados, al tiempo que se reforzaba discursivamente el racismo esclavista y el exterminio de los indios. Confirmaría esta hipótesis el hecho de que el Ku Klux Klan no haya surgido precisamente de las minorías cultas de la economía industrial del norte, sino de los marginales resubjetivizados de la economía primaria del sur. No debe olvidarse tampoco que los más o menos *whigs* del norte se opusieron a la guerra a México.

El antecedente del expansionismo norteamericano fue la compra de Louisiana a Napoleón y de Florida a España en 1819. Treinta años después siguieron las singulares independencias de Texas y de California, la improvisada Bandera del Oso, la guerra y las traiciones de algunos caudillos mexicanos, la vergonzosa actuación de Antonio López de Santa Anna y, finalmente, el humillante Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848. En síntesis, México perdió más de dos millones de kilómetros cuadrados de territorio. En 1903, los Estados Unidos completaron su expansión "alquilando" la zona del Canal de Panamá, hasta 1979.

Pero el aspecto más genocida del expansionismo norteamericano fue el casi exterminio de los indios, que comenzó con la epidemia de viruela durante la colonia. Los británicos habían acordado en 1763 una frontera, pero esta era sistemáticamente violada por los colonos, lo que hizo que los indios estuviesen del lado de los ingleses durante la guerra de independencia.

En la primera parte del siglo XIX, el autor mediato de masacres fue el presidente Andrew Jackson, el primer "hombre del oeste" que ejerció esa función. En 1812 había comandado la milicia de Tennessee y había matado a numerosos indios, además de hacerles ceder dos tercios de sus tierras. Pocos años después, el ministro de Guerra del presidente Monroe los

expulsó del sudoeste deportándolos más allá del Mississippi, empresa que completó Jackson como presidente. En 1830, el Congreso sancionó la Indian Removal Act, ley de desalojo de los indios, que establecía un territorio para ellos en lo que ahora es Oklahoma.

En sus dos mandatos, Jackson obligó a los indios a firmar noventa y cuatro tratados cediendo más de un millón de kilómetros cuadrados al gobierno federal; así, decenas de tribus fueron desplazadas de sus territorios ancestrales. Uno de los episodios más luctuosos de esta violencia fue el de los *cherokees*, indios pacíficos cuyo territorio en el oeste de Carolina del Norte y Georgia les había sido garantizado por los británicos mediante un tratado. Como tuvieron la desgracia de que en 1829 se descubriera oro en sus tierras, fueron brutalmente desplazados y forzados a emprender en 1838 un largo camino hasta Oklahoma, en cuyo curso murieron muchos por privaciones y enfermedades. Esa deportación se recuerda como "Sendero de lágrimas" (*Trail of Tears*). Aunque por el tratado con los ingleses la ley de 1830 no podía regir en el territorio *cherokee* y la justicia así lo había reconocido, el presidente Martin van Buren igualmente ordenó a su ejército usurparles sus tierras.

El avance hacia el oeste matando y desplazando a los indios solo terminó en 1890, cuando el sometimiento de los *sioux* hizo desaparecer la frontera porque no quedaban más indios. A los sobrevivientes —menos de dos millones— se les otorgó la ciudadanía en 1924. Posteriormente se organizaron y trataron de hacer algo semejante al Black Power creando el American Indian Movement.

LOS CRÍMENES DE LA EXPANSIÓN RUSA

Cuando los ingleses establecieron su imperio en el sur de Asia, los rusos expandieron el suyo por el norte y el centro de ese continente, en el que desde el siglo XVI avanzaban sobre Siberia y erigían fuertes a lo largo de los ríos en lugares muy estratégicos. La expansión rusa importó también una seria competencia con China y el Imperio otomano. En medio de esta última habrían de quedar atrapados los armenios, como se ha visto antes.

Los rusos no encontraron gran resistencia en Siberia, pues estaba escasamente poblada y las tribus no eran fuertes. De este modo se fueron estableciendo en Tobolsk en 1587, en Tomsk en 1604, en Irkutsk en 1652 y en Nerchinsk en 1656, hasta llegar al Mar del Japón en 1858 y construir el ferrocarril transiberiano en 1902. Luego siguieron avanzando sobre Turkestán y otras anexiones, y en 1921 los soviéticos agregaron Mongolia Exterior, en competencia con China.

El episodio de esta expansión con características de genocidio —aunque los rusos lo niegan— fue la Guerra Circasiana, en la región del noroeste del Cáucaso, cuya conquista demandó un siglo (entre 1763 y 1864) y costó más de tres millones de muertos. Entre 1864 y

1870 tuvo lugar la guerra ruso-circasiana o Guerra del Cáucaso, a cuyo término la población islámica de Circasia fue deportada, y sus aldeas, rodeadas por el ejército. Fue obligada a marchar hacia los puertos y a abordar naves que la transportarían al Imperio otomano, produciéndose numerosas muertes en el trayecto. Si bien se le dio la opción de permanecer en territorio imperial ruso, aunque lejos de Circasia, la mayoría no se avino a hacerlo.

Esta deportación provocó una diáspora, al punto que, en la actualidad, hay comunidades circasianas en Turquía, Siria, Jordania, Líbano e Israel. La parte sobreviviente se halla en la República de Karacháyevo-Cherkesia, que pertenece a la Federación Rusa.

Suele mencionarse otro episodio en Kirguistán, actual República Kirguisa, donde un levantamiento habría sido brutalmente reprimido por tropas zaristas. Aun cuando los rusos también lo niegan, admiten unos tres mil muertos, pero en Kirguistán sostienen que fueron más de cien mil.

Entre fines del siglo XIX e inicios del XX, el imperio zarista se dedicó a perseguir judíos mediante matanzas y saqueos, llamados "pogromos", designación que luego se extendió a toda agresión étnica homicida. Estas masacres comenzaron hacia 1880 y luego se extendieron; su frecuencia aumentó ocasionando miles de víctimas, en especial entre 1903 y 1906 y entre 1917 y 1922.

El régimen soviético siguió la misma política expansiva y de *rusificación* de toda la federación. A fines de los años veinte arrasó con el nacionalismo ucraniano, aisló a Ucrania y le secuestró todo el grano producido para exportarlo y obtener divisas para industrializar, lo que entre 1932 y 1933 provocó una hambruna cuyo saldo se calcula en no menos de tres o cuatro millones de muertos. Aunque esa cifra fuese exagerada, eso no altera la criminalidad dolosa del hecho.

Merece un paréntesis aclaratorio la frecuente observación de que esta hambruna fue análoga a la sufrida en China con el llamado "Gran salto adelante" de 1958 a 1961. Si bien la hambruna china fue resultado de gravísimos errores políticos combinados con la sequía, no se trató de un crimen doloso contra la humanidad, lo que no es una diferencia menor, pues —en el derecho y en la ética— una cosa es matar masivamente con el fin de hacerlo y otra muy diferente producirlo por grosera torpeza política.

Siguiendo con la expansión rusa, cabe observar que tampoco el terror estalinista de los años 1936-1938 fue del todo ajeno al objetivo del zarismo. Si bien se dirigió contra los propios aliados que pretendían conservar alguna autonomía con las particularidades culturales e históricas de sus repúblicas, lo cierto es que Stalin buscaba montar *una sociedad guerrera* y para eso se lanzó a una homogeneización o "rusificación" total de la federación reemplazando a esos dirigentes con incondicionales opuestos a la "indigenización" local. Por esa razón no limitó su *limpieza política* a los juicios llevados adelante por el tristemente

célebre fiscal Andréi Vyshinski, sino que se cargó a unas quinientas mil víctimas. Se estima que entre 1921 y 1954, según un informe elevado a Nikita Kruschev, fueron condenadas por contrarrevolucionarias casi cuatro millones de personas, de las cuales seiscientas cuarenta y tres mil lo fueron a muerte.

El expansionismo estalinista anexionó los Estados bálticos y desplazó a miles de nacionales, lo mismo hizo con los chechenos, no se ahorró la persecución de las minorías polacas en Rusia ni el asesinato de oficiales del ejército polaco —que se mantuvo oculto por años—, acabó con las autonomías de las repúblicas y persiguió judíos en nuevos pogromos análogos a los del zarismo, todo lo cual significó millones de víctimas, que quedaron en la penumbra hasta 1957.

LOS CRÍMENES DE LAS REPÚBLICAS OLIGÁRQUICAS DE NUESTRA AMÉRICA

Como se señaló antes, cuando nuestras oligarquías locales se quitaron de encima la molesta presencia de los libertadores igualitaristas, se entendieron con la nueva potencia colonial mundial, dando lugar a un neocolonialismo que se ahorraba el trabajo de ocuparnos, conforme a una *indirect rule* completamente funcional.

Los blancos hegemónicos sancionaron constituciones liberales que quedaron en un deber ser que nunca fue, pues instalaron regímenes que subhumanizaron a las mayorías por considerarlas razas inferiores, mientras contraían deudas y firmaban ridículos tratados recíprocos de libre navegación que abrían nuestras arterias a la explotación. Estas oligarquías se consolidaron en diferentes momentos del largo período neocolonial: el porfiriato mexicano, el gomecismo venezolano, la República Velha brasileña, el patriciado peruano, los barones del estaño bolivianos y la oligarquía vacuna argentina.

El neocolonialismo oligárquico no tuvo prisa en abolir la esclavitud; solo lo hizo después de que, en 1885, los europeos dejaron de demandar azúcar. En Cuba era el 90% de su producción en 1860, pero luego quedó dependiendo de los Estados Unidos y la esclavitud acabó en 1886. Brasil era uno de los primeros productores mundiales, y el cierre de los mercados desarticuló su economía nordestina y volvió hegemónica la del café del sur; la esclavitud se abolió con la Ley Áurea de la princesa Isabel en 1888.

El neocolonialismo también frustró toda tentativa de superación de la balcanización regional, y su versión norteamericana ocupó aduanas, cobró compulsivamente deudas e impuso dictaduras tragicómicas. La Guerra de Secesión norteamericana (1861-1865) confrontó la economía industrializadora del norte con la primaria del sur. Los sureños habían intentado tomar América Central para crear un gran Estado esclavista, para lo cual el pirata William Walker llegó a ocupar Nicaragua. Se impuso la economía del norte y se abolió la esclavitud, pero sin menguar su racismo. El propio Lincoln creía que las dos

“razas” no podían convivir y pensó mandarlos al Caribe y a Surinam; no consideraba a los negros norteamericanos.

Gran Bretaña y los Estados Unidos se repartieron las áreas americanas para ejercer su poder neocolonial mediante el Tratado Clayton-Bulwer, de 1850, y luego, en 1901, con el Hay-Pauncefote, en que los ingleses cedieron gentilmente la construcción y explotación del Canal de Panamá, dando lugar a la tesis de supremacía racista de Theodore Roosevelt: “La delincuencia crónica [de algunos países latinoamericanos] puede […] hacer necesaria la intervención de alguna nación civilizada, y en el hemisferio occidental la Doctrina Monroe puede obligar a los Estados Unidos […] a ejercer un poder de policía internacional”.

Nuestras economías primarias se dividieron por sus exportaciones preferenciales: cereales y carnes de Argentina y Uruguay; productos tropicales de Brasil, Colombia, Ecuador, América Central y el Caribe; minerales de México, Chile, Perú, Bolivia y, en el siglo XX, de Venezuela con el petróleo.

Las políticas migratorias fueron dispares, según las diferentes obsesiones de sus oligarquías. Mientras unas favorecieron la inmigración europea, otras la limitaron por temor a la posible competencia de nuevos *blancos*. En algunos casos hubo disposiciones curiosas: Ecuador y Costa Rica prohibieron la inmigración de chinos en 1889 y en 1897, respectivamente, y este último país también la de árabes, sirios, turcos y armenios en 1907.

La población europea aumentaba y la del sur bajaba; a comienzos del siglo XIX, la primera era de ciento noventa millones de habitantes, pero en 1914 ascendía a cuatrocientos cincuenta millones, pese a que cuarenta millones habían emigrado y, en parte, en las últimas décadas del siglo XIX, habían llegado al Cono Sur de América, expulsados del sur europeo atrasado en su proceso de acumulación originaria, en forma tan masiva que en su análisis antropológico de nuestra América el brasileño Darcy Ribeiro se refirió a ellos como “pueblos trasplantados”.

Dado que esos inmigrantes no eran precisamente los puritanos del *Mayflower*, sino poblaciones de culturas campesinas pobres o urbanas víctimas de un capitalismo muy incipiente, que no llegaron a un territorio vacío, sino a sociedades ya estructuradas conforme al colonialismo originario, sus descendientes se hibridaron de diferentes maneras. Algunos, dada su pobreza de melanina, soñaban con insertarse en las capas oligárquicas y configuraron un estamento *medioclasista* bastante pintoresco, con numerosas personas de muy limitados recursos imitando las ideologías y modas de las elites que las despreciaban. Otros, por el contrario, optaron por introducir las ideologías y tácticas de las luchas de clases sociales del norte, o sea, el anarquismo, el socialismo, el sindicalismo y las huelgas, lo que facilitó la organización de nuestras clases obreras. El fenómeno de inmigración masiva fue un trasplante de pueblos insertados en otros pueblos, lo que en la ecología social

provoca hibridaciones e indigenizaciones poco imaginables, algunas positivas y otras insólitas.

Las elites de nuestras repúblicas oligárquicas las componían los descendientes de los marginales europeos que, resubjetivizados en el colonialismo originario, planificaban sociedades blancas libres de indios y negros. Por ende, era lógico que se empeñaran en matar indios, lo que efectivamente hicieron en todo el continente, justificándolo con los discursos colonialistas e inventando historias nacionales falsas, en las que los genocidas se pintaban como los adelantados de la "civilización" resistidos por la supuesta "barbarie".

El porfiriato mexicano libró la larga Guerra de Castas de Yucatán (1847-1901), que costó unas cien mil vidas humanas. También entre 1870 y 1880 se produjo la Guerra del Yaqui en Sonora, que finalizó en 1900, y muchos yaquis esclavizados fueron enviados a las haciendas henequeneras yucatecas. Cabe destacar que en México no existían grandes haciendas en tiempos coloniales, pues los latifundios aparecieron con el desplazamiento de indios y su sometimiento mediante endeudamiento, haciendo desaparecer los ejidos, en parte restaurados apenas con la reforma agraria de Lázaro Cárdenas en el siglo XX.

En la Argentina, el mayor genocidio de indios lleva el pomposo nombre de "Campaña al desierto", conducido por Julio A. Roca en la década de 1870. Roca fue luego dos veces presidente de la república oligárquica, homenajeado con monumento ecuestre y lugar privilegiado en la historia oficial, aunque no recordado del mismo modo en la Patagonia.

Su equivalente chileno fue el coronel Cornelio Saavedra, quien, como intendente del Arauco, violó el Tratado de Quilín de 1641, y en veinticinco años el régimen oligárquico despojó a los indios del 95% de su territorio ancestral. Una comuna —Puerto Saavedra— lo honra con su nombre, pero sus habitantes piden cambiarlo. Los gobiernos genocidas de la Argentina y de Chile arguyeron que mataban indios para evitar la penetración del otro en su territorio, pero la lucha continúa hasta el presente en ambos lados de la frontera.

En Uruguay la extinción de los charrúas fue muy anterior, pues comenzó en 1832, apenas instalado el gobierno nacional; ahora autores uruguayos consideran estos hechos un genocidio cultural. En Ecuador, Gabriel García Moreno ordenó asesinar a algunos caciques, pero con Eloy Alfaro se extendió el latifundio y en las luchas entre liberales y conservadores fueron los indios los que más sufrieron y murieron. En El Salvador se terminó por liquidar la cuestión con el genocidio de 1932, que acabó con el movimiento de Farabundo Martí tras el asesinato de treinta mil campesinos. En Colombia, durante la Guerra de los Mil Días, se cometieron atrocidades de todo género y fueron fusilados alrededor de cinco mil indios. En Venezuela, la peor matanza tuvo lugar en el gobierno de Antonio Guzmán Blanco, positivista y asesino de indios, al igual que los otros falsos liberales de nuestra América.

En Perú, entre otros crímenes, se recuerdan las hazañas homicidas de Nicolás Fernández de Piérola y de su ministro Domingo Parra, con la brutal represión a la Rebelión de Huanta en 1897, región en que saqueó, robó ganado, fusiló, torturó, incendió y sembró el terror.

Otro episodio singular en Perú fue la esclavización de tribus amazónicas del Putumayo para explotar caucho, similar al caso de Leopoldo en el Congo, que se calcula que costó unas cuarenta mil vidas de indios. Este genocidio fue encabezado por Julio César Arana del Águila, quien merced a este crimen se volvió un potentado con propiedades en Europa y dirigía la Peruvian Amazon Rubber Company, de capitales británicos y con sede en Londres. Como los ingleses buscaban pretextos para intervenir o presionar, mandaron al cónsul Roger Casement, dada su previa experiencia en el Congo, que hizo pública la denuncia en 1909. Ante la presión británica en la propia Cámara de los Comunes, algunos empleados fueron penados, pero Arana quedó impune. Fue senador y murió en su cama en 1952. Casement se jugó por la independencia de Irlanda, su país, y cooperó con los alemanes en la Primera Guerra Mundial, por lo cual, en 1919, los ingleses lo condenaron y ejecutaron como traidor. Este genocidio no fue pasado por alto en la literatura, sino que fue recogido en las novelas *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera, y *El sueño del celta* (2010), de Mario Vargas Llosa.

En cuanto a Brasil, a partir de un tratado de 1827 en el que el imperio limitaba los derechos de importación de productos ingleses al 15% y permitía que Gran Bretaña gravase hasta con el 300% su café, quedó endeudado en manos de los banqueros ingleses, comprometiendo a veces hasta el 50% del presupuesto nacional en el pago de la deuda. Cuando se desbarató la economía del azúcar del nordeste y se abolió la esclavitud, se produjo una abundancia de mano de obra, que no pudo emigrar al sur paulista cafetalero porque la república oligárquica positivista soñaba con un país sin indios ni negros y fomentó la inmigración europea a esa región, cortándoles el paso a los *retirantes* nordestinos.

En el nordeste empobrecido y hambriento surgió el movimiento profético de Antônio Vicente Mendes Maciel, conocido como Antônio Conselheiro, que se refugió con sus seguidores —negros, indios o simples campesinos de la región sertaneja— en el pueblo de Canudos, en Bahía, donde había llegado en 1893. Conselheiro fue adquiriendo un perfil profético heterodoxo para el catolicismo al anunciar una comunidad de iguales amparada por Dios. El gobierno de la República Velha lo consideró un demente; a sus seguidores, ignorantes primitivos, y al movimiento, una peligrosa tentativa restauradora del imperio, pues en su milenarismo invocaba la monarquía. En 1897 envió tropas a Canudos, que fueron derrotadas por los fieles, por lo que movilizó a un ejército que puso sitio y dio muerte a Conselheiro y a unos cinco mil seguidores, lo que fue ocultado por la prensa.

Una matanza análoga tuvo lugar cuarenta años más tarde, en Caldeirão da Santa Cruz do Deserto, un municipio a quinientos kilómetros al sur de Fortaleza, en el estado de Ceará,

contra seguidores de José Lourenço, un fiel del padre Cícero Romão Batista, sacerdote sancionado pero santificado popularmente y que ahora la Iglesia intenta reivindicar. En 1937, los seguidores de Lourenço fueron ametrallados desde el aire y murieron setecientas personas. Su líder tuvo más suerte que Conselheiro, pues consiguió huir y murió en Pernambuco en 1946. Fue sepultado junto al padre Cícero y su tumba es hoy lugar de culto, aunque la matanza permanece casi ignorada por la prensa hasta el presente.

Pero, al margen de los genocidios de originarios y de las otras atrocidades que se acaban de referir, el neocolonialismo en nuestra América fue mucho más criminal en gran escala, con episodios que no podemos dejar de lado y que, si bien son más conocidos, por lo general se deforman y justifican en las falsas historias oficiales.

En una brevísima e incompleta enunciación, no se puede obviar la vergonzosa Guerra al Paraguay (1865-1870), promovida por los intereses británicos, las ansias expansivas del Imperio del Brasil y el porteñismo argentino de Bartolomé Mitre: un genocidio que terminó en la muerte de casi toda la población masculina paraguaya y la destrucción del país y de su economía.

No menos notoria fue la contemporánea intervención francesa en México (1862-1867), iniciada por la suspensión del pago de la deuda externa y llevada al extremo con la intervención de Napoleón III, en competencia con los Estados Unidos, que impuso la coronación del príncipe austríaco Maximiliano de Habsburgo, con el apoyo del partido conservador.

Cabe recordar también la Guerra del Pacífico (1879-1883), cuyo trasfondo era el nitrato, que enfrentó los intereses ingleses a los que respondía Chile con los franceses de Perú y Bolivia. Bolivia perdió su salida al mar con Antofagasta y, años más tarde, Acre.

En esta mención de hechos arbitrarios y delincuenciales es imposible omitir las bravuconadas directas de los Estados Unidos, como los desembarcos en Veracruz en 1914 y 1917, el bochornoso uso de la Doctrina Monroe para intervenir en Cuba en 1898 y la Enmienda Platt en 1901, o la intervención en Haití entre 1915 y 1934 como resultado de la confrontación de los Estados Unidos y Gran Bretaña con Francia y Alemania para lograr un puerto en ese país, sin contar con que una república de negros no era un buen ejemplo para el *apartheid* norteamericano. No menos escandaloso fue el control sobre la República Dominicana entre 1916 y 1922, que con los años acabó en la dictadura del ridículo criminal Rafael Leónidas Trujillo, quien finalmente les resultó molesto y autorizaron su ejecución en 1961, no sin antes haber cometido el genocidio de veinte mil haitianos en la tristemente célebre Guerra del Perejil en 1937. También se reiteró la hazaña del pirata William Walker con la ocupación de Nicaragua en 1927 y 1933, que dio lugar a la heroica resistencia de Augusto César Sandino y que derivó en la sangrienta dictadura de Anastasio Somoza.

Tampoco cabe olvidar, en este recuento de atrocidades con muchos miles de muertos, el enfrentamiento de Bolivia y Paraguay en la Guerra del Chaco (1932-1935) a raíz del descubrimiento de petróleo por la Standard Oil en Santa Cruz de la Sierra.

Por cierto, la contribución a la cultura criminal de la humanidad del neocolonialismo en nuestra América no fue nada insignificante. De todas formas, como suele suceder siempre que grandes desgracias potencian la angustia, fue en esa etapa neocolonial que tuvo inicio el pensamiento descolonizador regional con José Martí, Manuel González Prada, José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Manuel de Oliveira Lima y otros, como precedente ideológico necesario de los esfuerzos de unidad política de los gobiernos populares en las etapas posteriores.

BIBLIOGRAFÍA

Armando Amador, *Sandino y la derrota militar de Estados Unidos en Nicaragua*, México, 1987.

Thomas Anderson, *El Salvador*, *1932*, San Salvador, 2001.

Anne Applebaum, *Hambruna roja. La guerra de Stalin contra Ucrania*, Barcelona, 2017.

G. C. Baravelli, *L'ultimo baluardo della schiavitù: L'Abissinia*, Roma, 1935.

Osvaldo Bayer (coord.), *Historia de la crueldad argentina. Julio A. Roca y el genocidio de los Pueblos Originarios*, Buenos Aires, 2010.

Pierre Bertaux, *Caracteres y efectos generales de la colonización en África. Desde la prehistoria hasta los años sesenta*, Madrid, 1972.

Donald Bloxham, *Il "grande gioco" del genocidio*, Milán, 2007.

Matías Bosch Carcuro, Elíades Acosta Matos, Amaury Pérez Vargas (comps.), *Masacre de 1937, 80 años después. Reconstruyendo la memoria*, Santo Domingo, 2018.

Roger Casement, *Libro Azul Británico. Informes de Roger Casement y otras cartas sobre las atrocidades en el Putumayo, Correspondencia sobre el trato dado a sujetos de la colonia británica e indios nativos empleados en la recolección de caucho en la zona del Putumayo (Presentado a ambas Cámaras del Parlamento por orden de Su Majestad, julio de 1912)*, Introducción de Alberto Chirif, trad. de Luisa Elvira Belaunde, Lima, 2011.

Roberto Ceamanos, *El reparto de África*, Madrid, 2016.

Frank Chalk, Kurt Jonassohn, *Historia y sociología del genocidio*, Buenos Aires, 2010.

Julio José Chiavenato, *Genocidio americano. La guerra del Paraguay*, Buenos Aires, 1984.

Euclides da Cunha, *Os Sertões. Campanha de Canudos*, Río de Janeiro, 1902.

Vahakn N. Dadrian, *The History of the Armenian Genocide*, Oxford, 1997.

Celina Doria, *África neocolonial: algunos aspectos de su despojo*, Buenos Aires, 2007.

Mike Davis, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, 2017.

Marc Ferro (dir.), *El libro negro del colonialismo. Siglos XVI al XXI: del exterminio al arrepentimiento*, Madrid, 2005.

—, *La colonización. Una historia global*, México, 2000.

Alberto Filippi, *Laberintos del etnocentrismo jurídico-político de las sociedades coloniales hispanoamericanas. De la limpieza de sangre a la desestructuración étnica*, en "Para una historia de América", México, 1999.

Marcello Flores, *Il genocidio degli armeni*, Bolonia, 2006.

Luis Franco, *La Pampa habla*, Buenos Aires, 1968.

Antoine Garapon, *Chiudere i conti con la storia. Colonizzazione, schiavitù, Shoah*, Milán, 2009.

Anna Maria Gentili, *El león y el cazador. Historia del África subsahariana*, Buenos Aires, 2012.

Jeffrey L. Gould, Aldo Lauría-Santiago, *1932. Rebelión en la oscuridad*, San Salvador, 2008.

Adam Hochschild, *El fantasma del rey Leopoldo*, Barcelona, 1998.

Robert Hughes, *La costa fatídica*, Barcelona, 1989.

Ana Jaramillo, *La descolonización cultural*, Lanús, 2014.

John King Fairbank, *Storia della Cina contemporanea*, Milán, 1988.

Martin Meredith, *O destino da África. Cinco mil anos de riquezas, ganância e desafios*, Río de Janeiro, 2017.

Musée Royal de l'Afrique Centrale. La mémoire du Congo. Le temps colonial, Gand, 2005.

Jürgen Osterhammel, Jan C. Jansen, *Kolonialismus. Geschichte, Formen, Folgen*, Münich, 1995.

Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, 1981.

Sergio de la Peña, *La formación del capitalismo en México*, 1983.

Dominique Perrot, Roy Preiswerk, *Etnocentrismo e historia. América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental*, México, 1979.

Carlos Piñeiro Iñíguez, *Pensadores latinoamericanos del siglo XX. Ideas, utopía y destino*, Buenos Aires, 2006.

Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la nación latinoamericana*, Buenos Aires, 2011.

Darcy Ribeiro, *Las Américas y la civilización*, Buenos Aires, 1985.

—, *O processo civilizatório. Etapas da evolução sociocultural*, Petrópolis, 1987.

Geoffrey W. Rice (comp.), *The Oxford History of New Zealand*, Auckland, 2000.

Carlos Roca, *El ejército Zulú. La máquina de guerra que desafió al Imperio Británico*, Madrid, 2017.

Walter Rodney, *De cómo Europa subdesarrolló a África*, México, 1982.

José María Rosa, *La guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*, Buenos Aires, 1985.

Frederic Rosengarten Jr., *William Walker y el ocaso del filibusterismo*, Tegucigalpa, 2002.

Arturo Emilio Sala, *Odiarás a tu prójimo. Crítica de la razón maligna*, Buenos Aires, 2005.

Peter Scowen, *O libro negro dos Estados Unidos*, Río de Janeiro, 2003.

Enzo Traverso, *La violenza nazista. Una genealogia*, Bolonia, 2002.

José C. Valadés, *El porfirismo. Historia de un régimen*, México, 1987.

David Viñas, *Indios, ejército y frontera*, México, 1982.

4
LA EXPERIENCIA CRIMINAL EN EL MUNDO BIPOLAR

CAOS Y UN POCO DE RACIONALIDAD

No tiene sentido insistir en el doloroso relato —demasiado conocido— de los millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial causados por los hechos bélicos contra la población civil o la tecnología de producción en serie utilizada en los campos de exterminio. Estas atrocidades permiten increpar al norte preguntándole quiénes son reamente los bárbaros y salvajes.

Los neocolonizadores ya no podían justificar esos crímenes con el discurso civilizador, porque los criminales ahorcados en Núremberg eran tan pobres en melanina como ellos, compartían la misma cultura y producían y mataban con las mismas técnicas y armas de su civilización.

Las potencias coloniales que alardeaban de superioridad mostraron toda su endeblez ética. Para colmo, la última página del epílogo de la hecatombe la escribieron con las bombas de Hiroshima y Nagasaki, arrojadas sobre la población civil, sin aviso previo y sin necesidad, sobre todo la segunda, carente de cualquier mínima justificación cuando todavía Japón, aterrorizado, no había tenido tiempo de reaccionar.

La energía creadora concentrada en átomos se liberaba para destruir. La inversión de esa fuerza mostraba su potencial de reversión destructora masiva en forma nunca antes vista. Frente a semejante hecho, cabe recordar las palabras del presidente Harry S. Truman, que no era precisamente un filósofo: "Agradecemos a Dios que la bomba haya venido a nosotros y no a nuestros enemigos, y oramos para que Él nos guíe para usarla a su manera y con sus propósitos".

El primer período de esa oración es razonable, pues por suerte el Premio Nobel Philipp Lenard, teórico de una supuesta "física aria", había convencido a Hitler de despreciar la "física judía". Pero el segundo período de la oración de Truman desconcierta: no ruega a ese Dios al que invoca para que nunca más se use, sino para que le indique cómo usarla. No parece sensato rogarle al Creador que instruya a los humanos acerca de cómo destruir masivamente su obra invirtiendo la energía creadora. Pareciera expresar un pensamiento caótico, reaccionario extremo: "Volvamos al caos, que es mejor".

Pero, a la par de ese giro al caos originario, apareció algún elemento contradictorio de racionalidad en los días 9 y 10 de diciembre de 1948. El día previo a la Declaración Universal de Derechos Humanos, la ONU concluía la Convención para la Prevención y

Sanción del Delito de Genocidio definiéndolo como "cualquiera de los actos mencionados a continuación, perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso". Pero en el propio brote racional de ese día tampoco faltó la nota irracional, pues por presión del estalinismo se borraron del proyecto original las palabras "político o de otro tipo".

Se perfilaba así el mundo de las próximas décadas, *bipolar pero caótico*, cuya incoherencia saltaba a la vista: las democracias del norte capitalista pedían que Dios les indicara cuándo y cómo destruir; los socialistas del capitalismo de Estado se reservaban el derecho de aniquilar a grupos políticos o de otro orden. De inmediato tuvo lugar la inútil confrontación de matonismo político de la Guerra de Corea, con el general Douglas MacArthur pidiendo a gritos usar la bomba; por suerte a Truman su Dios le indicó que lo jubilara. Al fin todo quedó igual, solo con tres millones de muertos, la pérdida del 15% de la población de Corea del Norte y, en las negociaciones, el mismo paralelo 38 de antes.

A todo esto, algunos querían seguir practicando el viejo nacionalcolonialismo sobre el sur, si bien los ingleses fueron los primeros que comprendieron que no podría sostenerse, aunque sin privarse de algunas atrocidades finales.

Fue así como, antes de despojarse de sus principales joyas coloniales, plantaron la semilla de un conflicto que continúa dramáticamente hasta hoy, el de la guerra árabe-israelí y sus posteriores episodios. Basta echar una mirada al mapa para saber que la fuente de la disputa se remonta a 1948, cuando dejaron su mandato con una partición del territorio que parecía preparada para que los dos pueblos no tuvieran posibilidad de coexistir en paz o, al menos, para que esa paz se dificultara al máximo.

Dada la actualidad del conflicto y lo difundido de sus hechos y de las soluciones que se han propuesto, no es necesario abundar en explicaciones porque es evidente que se trata de una secuela del neocolonialismo. La absurda y a la vez criminal intervención colonial en la región es, precisamente, lo que hasta hoy dificulta la solución más racional y reiteradamente propuesta. Aunque Gran Bretaña se lave ahora las manos, debe atribuírsele con toda legitimidad la clarísima génesis de este drama.

Por otra parte, mientras la ONU emitía los primeros instrumentos de Derechos Humanos, otro "regalo" del colonialismo inglés fue la disputa territorial entre la India y Pakistán, en especial por la división del Punjab, que causó uno de los mayores desplazamientos de población del siglo pasado, con seis millones de islámicos del Punjab oriental al occidental y un millón y medio más desde otras regiones de la India, además de los indios en sentido inverso.

Pero el colonialismo británico no solo se despidió legando al mundo los conflictos de Israel con Palestina y de la India con Pakistán, sino que también sus particulares ingenierías

de descolonización condicionada generaron el drama de Chipre, que desde 1914 era oficialmente colonia británica. Los ingleses resistieron durante años los reclamos chipriotas e incluso deportaron al arzobispo Makarios. Si bien acordaron la independencia en 1960, lo hicieron imponiendo una Constitución con gobierno compartido entre los chipriotas griegos y turcos y, por supuesto, garantizando las bases militares inglesas. Como era previsible, esto gestó reiterados conflictos violentos.

En 1974, la "dictadura griega de los coroneles" —imitada ocho años después por la argentina— en su crisis terminal no vio mejor recurso que una guerra con los turcos y promovió un golpe de Estado que depuso al gobierno chipriota. Los turcos respondieron con una invasión que ocupó un tercio de la isla y proclamó una república independiente, reconocida solo por ellos y por algunos países islámicos. La dictadura de seguridad nacional griega cayó, pero el problema que generó en Chipre continuó.

Otro de los episodios del colonialismo británico en la posguerra, poco conocido, fue el de Kenia. En los años veinte, tras la usurpación de sus tierras, se inició la resistencia de los campesinos, reprimida con varios asesinatos. Cuando su negativa a someterse renació en los años cincuenta se imputó a la organización Mau Mau, lo que dio motivo a una represión en la que fueron asesinadas alrededor de sesenta y cinco mil personas entre 1952 y 1961, aunque se sostiene que la cifra fue mayor.

Los ingleses dudaron, pero al fin se inclinaban en darle la razón a Adam Smith, que advertía que las colonias eran una carga para las metrópolis, aunque no tanto por lo aducido por el escocés, sino por los gastos que implicaba seguir cometiendo crímenes para contener a los pueblos que se alzaban con renovadas fuerzas una vez verificada la fragilidad de sus metrópolis en la guerra mundial. Contra la opinión de Winston Churchill —quien siempre se opuso a la descolonización—, sus gobiernos cayeron en la cuenta de que el neocolonialismo se había vuelto un mal negocio.

Los franceses no fueron conscientes del mal negocio hasta que su obcecación colonial hundió a la Cuarta República. Tampoco lo vieron los portugueses y la Revolución de los Claveles acabó con el larguísimo régimen salazarista, aunque pocos meses antes de la independencia de Guinea-Bisáu y de Cabo Verde no se ahorraron el asesinato de Amílcar Cabral.

En Francia, los empresarios comprendieron la imposibilidad de sostener la guerra colonial y, desde 1956, el editor del *Paris Match* asumió su voz mostrando al gran público que la guerra impedía el despegue económico. El presidente Charles de Gaulle salvó la situación con un giro a su política, pero debió aguardar, pues la insistencia secular en el discurso colonialista lo había hecho calar muy hondo; apenas pudo hacerlo cuando en la opinión pública se había debilitado el nacionalismo colonialista y solo lo sostenían los *pieds-noirs.*

Por ende, debe tenerse muy presente que el abandono del colonialismo formal no fue pacífico ni generoso, sino presionado por los pueblos con sus movimientos independentistas pues, sin esas luchas que costaron cientos de miles de vidas de colonizados, no hubiese habido guerras y tampoco gastos que volviesen no rentable su práctica.

En esas luchas independentistas se entrometieron otros intereses para sacar partido, pero siempre el éxito dependió de los pueblos, algo que el racismo colonial no reconocía al atribuir sus derrotas a la Unión Soviética, a China, a Gamal Abdel Nasser o a quien fuere, pero nunca a los pueblos, a los que subestimaba como incapaces de luchar por sus soberanías.

La verdad es que el estalinismo no se jugó a favor de los movimientos independentistas, como tampoco lo hizo con mucha decisión el postestalinismo. Pese a la Tercera Internacional de 1919 y al propio Lenin, la tesis del socialismo de un solo país hizo que no se respaldara a los comunistas de la India y de los países islámicos. Si bien la Unión Soviética apoyó algunos movimientos, siempre lo hizo según su propia estrategia diplomática, no sin cierta desconfianza de sus circunstanciales aliados locales y con algunos enojos de decepcionados por su apoyo reticente.

Salvo que se alucine una omnipotencia legislativa, era obvio que la tipificación internacional del genocidio y la consagración legal de los Derechos Humanos no detendría mágicamente los crímenes internacionales, como tampoco puede hacerlo con los de la actual etapa tardocolonial. No obstante, no carece de significación que desde la posguerra se los pueda calificar con precisión jurídica, porque ahora el derecho internacional establece que son punibles, sean o no penados en la realidad del mundo. La cuestión sale así del resbaladizo terreno de las diferentes versiones de derechos naturales. Más allá de la limitada eficacia y de que los autores queden o no impunes, estos son "genocidas", "criminales contra la humanidad", y sus Estados son violadores de Derechos Humanos conforme a normas mundialmente vigentes. Desde la posguerra en adelante, nadie puede argumentar que todo es opinable ni descalificar lo dicho como opiniones o juicios ideológicos o filosóficos. El agónico neocolonialismo siguió sembrando muerte y se abrió la actual etapa colonial, pero se dispone de un instrumento que permite señalar sus crímenes como tales con la autoridad de una definición normativa mundial.

Cabe reconocer también otro efecto simbólico no menor: desde la posguerra, a estos criminales, por regla, se los oculta y no suelen ser honrados con nombres de calles ni monumentos, lo que no sucede con muchos de las etapas coloniales anteriores, canonizados en las falsas historias oficiales, en las que se los pretende disculpar con el brumoso argumento de que se trata de fenómenos propios de la época. Siempre el poder se ejerce en el marco de una época y no de otra, pero esto no justifica que los delincuentes dejen de serlo

o merezcan monumentos. Por lo menos y hasta el momento, desde la posguerra, la fijación jurídica de su condición no lo permite.

LAS GUERRAS DEL CONGO

Al sobrevolar las violaciones de los Derechos Humanos vinculadas a la etapa neocolonial de posguerra en el marco del mundo bipolar, puede observarse que algunas se cometieron en ejercicio del poder neocolonial agónico, en tanto que otras son secuelas o consecuencias del colonialismo en países real o formalmente independientes. No obstante, tampoco faltan algunos crímenes que, debido a su continuidad, pueden ubicarse en ambas categorías. Tal es el caso de la actual República Democrática del Congo.

Si bien es innecesario, siempre vale la pena reiterar que la independencia formal de muchos países no significó el fin del colonialismo. En África se declararon dieciséis independencias en 1960, pero se mantuvo su dependencia económica porque no dejó de ser un buen negocio para las potencias acabar con el colonialismo formal y quitarse la responsabilidad de sus crímenes. No se trata de negar la importancia de las independencias, sino de destacar que abrieron una nueva etapa colonial: muchas veces se les permitieron los parlamentos, pero se les retuvieron los bancos.

El caso más notorio de esta táctica fue el del viejo Congo Belga, donde parece que el genocidio de Leopoldo II sigue proyectando su sombra hasta el presente, en especial a partir de la falsa independencia declarada en 1960, seguida sin solución de continuidad por una intervención del viejo colonialismo en coautoría con las agencias norteamericanas, que no se privó de cometer casi ningún delito ni ninguna traición o felonía.

El 30 junio de 1960, en el acto oficial en Kinsasa —que conservaba aún el nombre de Léopoldville—, el rey belga Balduino, un monarca que nunca dio muchas muestras de inteligencia, en ese momento concedente de la independencia del Congo, afirmó en su discurso que daba por terminada la "misión civilizadora" de su país. La respuesta del primer ministro de la flamante república, Patrice Lumumba, electo democráticamente, fue un famoso y breve discurso que sintetizaba todo el dolor de las víctimas africanas del neocolonialismo. La prensa colonialista criticó fuertemente la respuesta de Lumumba y la consideró una ofensa al biznieto del presidente de la Association Internationale du Congo, cuyo gobierno concedía la independencia formal pero, en este caso, no se conformaba con los bancos, sino que pretendía seguir explotando las riquezas minerales del país, manejar su economía y mantener un ejército de ocupación vigilando que nada afectase sus intereses.

Quizá la sinceridad extrema del discurso haya sido un error político de Lumumba, pero más allá de las formalidades lo cierto es que de inmediato los belgas impulsaron la secesión de Katanga mediante su agente, Moise Tshombe para desatar la guerra civil. Lumumba,

que no era comunista, solicitó ingenuamente la ayuda de los Estados Unidos, que se la negó y se volcó en franco apoyo a los colonialistas y sus agentes locales. Lumumba no tuvo otro remedio que pedir apoyo soviético para controlar la guerra civil montada por los belgas, lo que le valió la enemistad del presidente de la república, Joseph Kasa-Vubu, quien lo destituyó. Después de una penumbrosa intervención de la ONU, Lumumba fue apresado por los colonialistas y enviado a Katanga, donde fue asesinado en presencia del títere Tshombe por agentes belgas y estadounidenses en enero de 1961, los que de inmediato disolvieron su cuerpo en ácido.

Este acto, quizás aplaudido desde el fondo del infierno por el rey Leopoldo, aunque no muy orgulloso de su mediocre biznieto, puede considerarse un hecho de colonialismo directo, pero sus secuelas siguen hasta el presente en un collar dolorosísimo de crímenes y muerte. El norte del Congo se levantó en armas; Tshombe ejerció el poder llevado por los belgas y norteamericanos, y los actos de violencia de ambas partes fueron incalificables, con tomas de rehenes, acciones de mercenarios para liberarlos y otros episodios no menos desgraciados. El "Che" Guevara trató de colaborar, pero lo disuadió el desorden y la incapacidad de los resistentes.

Mobutu Sese Seko asumió el poder mediante un golpe de Estado en 1965 e instaló hasta 1997 una dictadura de partido único con esporádicas elecciones en la que era el único candidato, en cuyo curso amasó una fortuna fabulosa, aunque cambió todos los nombres coloniales y el del propio país por "Zaire". Pese a haber contribuido como militar al derrocamiento de Lumumba, hizo condenar a muerte en ausencia a Tshombe. Laurent-Désiré Kabila asumió el poder derrocando a Mobutu, quien se refugió en Marruecos, donde a los pocos meses murió en su cama. Tshombe se había asilado en España, pero en 1967 los franceses desviaron el avión en que viajaba y lo hicieron aterrizar en Argelia, que negó su extradición, y allí murió en 1969, al parecer de un súbito paro cardíaco.

Kabila debió enfrentar una rebelión promovida por Uganda y Ruanda, aunque fue apoyado por tropas de Zimbabue, Angola, Namibia, Chad y Sudán, dando lugar a la guerra africana —que se calcula que ha causado seis millones de muertes—, llamada "segunda Guerra del Congo" y también "Guerra Mundial Africana". Fue asesinado en su curso, y las secuelas siguen hasta el presente en un panorama de inestabilidad.

La explicación de esta hecatombe no es otra que la rapiña de minerales del Congo, pues para su desgracia posee grandes reservas de coltán, del que se extrae el tántalo, lo cual da lugar a su contrabando —a través de Uganda a los Estados Unidos— y a la injerencia de las multinacionales. Este mineral, por su extraordinaria resistencia, es apto para condensadores en las bases y plataformas espaciales, maravillas tecnológicas que enorgullecen a la humanidad.

Puede considerarse el caso del Congo como el de mayor mortífero tránsito por todas las etapas coloniales, pues sufrió el genocidio neocolonial de Leopoldo, luego el del mundo bipolar con la falsa independencia seguida de sus secuelas, y la actual etapa superior del colonialismo. Sin duda, es el pueblo africano cuya victimización engrosa de manera preferente la cultura criminal de la humanidad.

LAS GUERRAS DE INDOCHINA Y DE ARGELIA

Como se adelantó, Francia no se percató de que enfrentaba guerras que habían dejado de ser las antiguas y habituales rebeliones para convertirse en las luchas de pueblos enteros por sus independencias. Se trató de una obcecación negativa para sus intereses económicos y políticos y lesiva de su imagen en el concierto de las naciones, aunque sus políticos tampoco disponían de mucho espacio para hacer otra cosa, debido a una opinión pública largamente entrenada en el sueño colonial y a unas fuerzas armadas psicológicamente traumadas.

Dado que en esas guerras se entrometían los intereses de otras potencias, convencidos de sus propias leyendas racistas, creyeron que estos pueblos que suponían "inferiores" no estaban en condiciones de decidir por sí y, en consecuencia, dieron por cierto que la fuerza anticolonial obedecía solo al eventual apoyo soviético o chino y, al recabar y recibir ellos el de los Estados Unidos, no necesitaron demasiado para imaginar que estaban librando la Tercera Guerra Mundial. Como nunca pudieron ejercer su colonialismo en Indochina sin represión, se habituaron a atribuir la resistencia a cualquier factor extranjero, primero a la dinastía Qing, luego a los japoneses, más tarde a sociedades secretas y, finalmente, a los comunistas chinos.

Lo que sucedía era que los militares franceses se desconcertaban con la guerra de guerrillas, porque nunca habían combatido contra un pueblo en armas y, ante sus fracasos, se les instaló fácilmente la ilusión de una Tercera Guerra Mundial permanente y no formalmente declarada entre Oriente y Occidente. Su resubjetivización como salvadores de Occidente fue una grosera táctica de neutralización de valores, que les permitía apelar a cualquier medio: torturas, ejecuciones sin proceso, desapariciones forzadas, escarmientos a poblaciones no beligerantes, secuestros, terrorismo, etcétera.

La de Indochina fue la primera de las guerras coloniales francesas de posguerra y duró ocho largos años, de 1946 a 1954. Cuando Ho Chi Minh en 1945 aprovechó la capitulación japonesa para proclamar la República Democrática de Vietnam, los franceses avanzaron y bombardearon el territorio, iniciando una guerra que los obligó a transportar a más de doscientos cincuenta mil hombres y a gastar el doble de lo que habían recibido por el Plan Marshall.

Era obvio que Ho Chi Minh contó con el apoyo masivo de su pueblo, pues de otro modo no se explica la resistencia ante tamaño poder bélico con métodos criminales y asistido por los Estados Unidos y, menos aún, la increíble derrota de la batalla de Dien Bien Phu, que acabó con el imperio colonial francés en la región.

El epílogo de esa derrota fue la independencia de Laos y la de Camboya y la división de Vietnam en dos Estados: con capital en Hanói el del norte y en Saigón el del sur. Al retiro de las tropas francesas en 1955 siguió la intervención de los Estados Unidos hasta que el presidente Lyndon Baines Johnson ordenó en 1965 bombardear Vietnam del Norte. Se incendiaron barrios de casas de madera y se usaron armas químicas; la crueldad de un bando impulsaba la de su contrario.

Un año después, un grupo de intelectuales se reunió en torno al filósofo Bertrand Russell para convocar a un tribunal que se encargaría de evaluar estos crímenes de guerra cometidos por el gobierno estadounidense en Indochina, y el tribunal calificó esa guerra de genocidio. En la opinión mundial y en el propio pueblo estadounidense se generó rechazo, y Johnson perdió su reelección. Richard Nixon no sabía qué hacer. La televisación de las atrocidades desmoralizaba a las tropas, y los soldados negros denunciaban ser carne de cañón. Por fin los estadounidenses acordaron el retiro de sus tropas, abandonaron a los aliados y convulsionaron Camboya y Laos. Esta doble insensatez colonialista costó entre cinco y seis millones de muertos, el medio ambiente degradado, millones de secuelas, abortos espontáneos y nacimientos con malformaciones.

Pese a lo sucedido en Indochina, esa experiencia no bastó para que la Cuarta República se convenciera de que su neocolonialismo de posguerra era inviable, pues, cuando se movilizaron los argelinos, el primer ministro socialista Guy Mollet tampoco creyó que estos fuesen capaces de llevar adelante una verdadera revolución y prefirió atribuir la instigación de ese movimiento a Nasser, por lo cual, al plantear Gran Bretaña el peligroso conflicto de Suez en 1956, no dudó en ponerse del lado de los ingleses. Afortunadamente, esa situación se salvó merced al veto de los Estados Unidos y la Unión Soviética en la ONU.

No cabe duda de que el movimiento independentista argelino se inspiraba en la acción de Nasser en Egipto y, antes, la de Mossadegh en Irán. Sin embargo, esos antecedentes, al igual que la vuelta del rey de Marruecos, no hacían más que generar una tónica de ideología descolonizadora propia de la época, pero que no se traducía en apoyo material y no tenía la fuerza para movilizar masivamente a un pueblo a emprender una guerra prolongada. Esto solo podía surgir de lo que los colonialistas —con sus prejuicios racistas— no lograban comprender: el fuerte sentimiento nacional de ese pueblo.

Los argelinos habían aportado un importante número de tropas en las dos guerras. Se dice que los generales franceses las usaban en ataques suicidas, pues de los cuatro mil argelinos que fueron a la Primera Guerra regresaron solo cuatrocientos. En la Segunda

Guerra creyeron que los aliados impulsarían la descolonización y, por ende, doscientos treinta mil norafricanos participaron en la contienda. Pero las rebeliones argelinas de 1945 fueron reprimidas por la aviación francesa, y el desencanto fue inevitable.

Para colmo, los franceses crearon una suerte de legislatura local, donde se dividían por mitades los diputados entre franceses y argelinos: la mitad de los representantes correspondía a los primeros, con un millón de habitantes, y la otra mitad, a los segundos, con ocho millones. Aun así, los argelinos más moderados decidieron ir a las elecciones, pero fueron objeto de un fraude descarado, pese a lo cual Vincent Auriol, el primer presidente de la Cuarta República —y su personalidad más representativa—, viajó y felicitó al gobernador, cerrando todo camino pacífico para la independencia.

Como era de esperar, las hostilidades comenzaron apenas salidos los franceses de Vietnam, en 1954, y se prolongaron hasta 1962. Los franceses concentraron un ejército de cuatrocientos mil hombres. Los argelinos formaron la Armée de Libération Nationale (ALN) como brazo armado del Front de Libération Nationale (FLN). Los militares franceses acentuaron su ilusión de Tercera Guerra Mundial y perfeccionaron sus métodos criminales, arrasaron aldeas enteras por sospechas de encubrimiento de la ALN, practicaron el terrorismo, y algunos, encabezados por el general Raoul Salan, crearon la Organisation de l'Armée Secrète (OAS), que llevó a cabo atentados contra argelinos y franceses opuestos a la guerra e incendió la biblioteca de Argel, antecedente de la destrucción de los museos de Irak por los estadounidenses en su guerra "humanitaria".

Las torturas y los asesinatos comenzaron a divulgarse por la metrópoli y por el mundo, y el costo de la guerra se volvía insoportable. El nacionalismo colonizador terminó apoyado solo por los *pieds-noirs* de Argelia, los muertos superaban los doscientos mil y la economía francesa se estancaba. En esa coyuntura, la Cuarta República quebró, y De Gaulle dio el giro que permitió acabar con la guerra, no sin antes ser el blanco de un atentado de parte de la OAS.

En marzo de 1962 se firmaron los Acuerdos de Évian reconociendo la independencia argelina, pero la vuelta a la paz demoró por los rencores de ocho años de una guerra de atrocidades. Como siempre, el colonialismo abandonó a los soldados y a los funcionarios colaboracionistas en Argelia, llamados *harkis*. Ni siquiera se los mencionó en los acuerdos y fueron librados a las retaliaciones del FLN.

Las atrocidades colonialistas quedaron impunes. El propio Salan fue condenado y estuvo preso hasta 1968, fecha en que fue liberado por una amnistía decretada por De Gaulle. En 1982 se le restituyó el grado militar y murió en su cama en 1984. En ese momento, las deformaciones de la realidad de estos militares franceses hacía tiempo que habían atravesado el Atlántico y a su amparo se habían consumado los genocidios latinoamericanos de las dictaduras de seguridad nacional.

OTRAS LUCHAS: MADAGASCAR Y CAMERÚN

La obcecación francesa por mantener su imperio colonial la llevó a otras andanzas por África, no menos violatorias de Derechos Humanos. Una de ellas fue la practicada en la actual República de Madagascar, que, como colonia francesa, durante la guerra fue gobernada por funcionarios del régimen de Vichy. Algunos nazis pensaron en una alternativa a la Shoá deportando allí a todos los judíos europeos. Luego la ocuparon los ingleses, que al finalizar la guerra la devolvieron a los franceses.

La resistencia independentista de los malgaches se había manifestado desde los años treinta, pero luego estos participaron en la Segunda Guerra y, al regresar y hallar una situación económica deteriorada y agobiante, en 1947 se levantaron contra el dominio colonial.

Al igual que en Indochina y en Argelia, la Cuarta República no ahorró atrocidad que cometer y logró sofocar a sangre y fuego el movimiento independentista, con unos setenta mil muertos, ejecuciones sumarias, incendios de aldeas y todos los habituales crímenes de su práctica colonial. En 1960, Madagascar obtuvo su independencia, controlada por los franceses, aunque luego tuvo lugar una lucha interna contra esa línea, y su estabilidad política continúa comprometida hasta la actualidad, como clara secuela del régimen colonial.

Cabe recordar que el psicoanalista francés Octave Mannoni, que había trabajado dos décadas allí antes de los crímenes relatados, ensayó en 1950 la tesis de que los malgaches sufrían un complejo de inferioridad, al que llamó "Complejo de Próspero", que a su vez condicionaba la superioridad de los colonizadores. Según Mannoni, las religiones animistas hacían que los colonizados transfiriesen el poder que asignaban a sus muertos a los nuevos dueños, en tanto que estos, como el Próspero de Shakespeare, necesitaban sentirse más fuertes que sus colonizados para construir su propia identidad. Esta tesis fue fuertemente refutada por Frantz Fanon —psiquiatra, filósofo, revolucionario— en 1952, quien se negó a tratar al colonialismo como una cuestión psicológica y, menos aún, un complejo de inferioridad, dando lugar a uno de los debates más interesantes de su tiempo.

Siguiendo nuestro recorrido, otras de las violaciones de Derechos Humanos del neocolonialismo agonizante, gravísimas aunque muy poco conocidas, fueron las que victimizaron a la cúpula del Partido Democrático de Camerún, que de alguna manera continuarían después de la independencia formal. Francia no se conformó con manipular a los jueces —en un adelanto del actual *lawfare*—, sino que en 1955 ilegalizó este partido y exilió a sus dirigentes. En 1960 asesinaron con talio a uno de ellos en Ginebra; en 1966, a otro, y la lucha armada interna terminó en 1971 con el fusilamiento de otro de sus dirigentes. Desde 1955 se aterrorizó al país con actos de vandalismo, exposición de cabezas cortadas, miles de muertes, desplazamiento de poblaciones y las atrocidades propias de

estos militares, que pretendían combatir la Tercera Guerra Mundial después de haber hecho un papelón en la segunda.

Si bien desde 1956 se reconoció la independencia de Marruecos y la de Túnez, no es menos cierto que, desde mucho antes, los franceses habían preparado la organización Main Rouge, encargada de asesinar a determinadas personas, entre las cuales estaba el camerunés que más tarde sería envenenado. También dieron muerte al dirigente nacionalista tunecino Farhat Hached en 1952, lo que causó gran conmoción.

EL NEOCOLONIALISMO LATINOAMERICANO EN EL MUNDO BIPOLAR

Es menester insistir en que un capítulo fundamental de la resistencia neocolonial fue la Revolución Mexicana, en rigor, la guerra civil más sangrienta del siglo pasado, como eclosión espectacular de una larga historia de rebeliones. En las décadas siguientes a este episodio crucial de la historia regional, surgieron movimientos populares que debilitaron a nuestras oligarquías neocoloniales, como la peruana Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), el cardenismo mexicano, el varguismo brasileño, el yrigoyenismo y el peronismo argentinos, el velasquismo ecuatoriano, el Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano (MNR), entre otros.

Estos movimientos no fueron *de clase* —y a veces ni siquiera eran partidos en el sentido europeo—, sino populares policlasistas, como corresponde a fuerzas políticas empeñadas en ampliar la base de ciudadanía real de sus pueblos. Por lo general, esa naturaleza los inclinaba al personalismo, en razón de la difícil síntesis de los diferentes estamentos que aglutinaban.

Como toda fuerza política anticolonialista, el eurocentrismo considera contradictorios a todos estos movimientos independentistas. Algunos incurrieron en excesos policiales, aunque a veces impuestos por la desalmada resistencia interna de nuestros *harkis*. Muchos opositores quisieron calificarlos de fascismos, lo que es absurdo, dado que en ningún país colonizado se puede concebir una pretensión imperial, la característica estructural de cualquier fascismo.

En la posguerra, los Estados Unidos reemplazaron decididamente al poder británico en nuestra América y en pocos años se hizo manifiesto que estos movimientos eran incompatibles con los intereses del *establishment* norteamericano. Por ese motivo —conforme al imperialismo de la época—, desde el norte se impulsó la invasión a Guatemala para derrocar a Jacobo Árbenz e instalar la dictadura de Carlos Castillo Armas, al tiempo que en Brasil un periodista —antes comunista— devenido en uno de los políticos más corruptos de su historia promovió un escándalo que determinó el suicidio del presidente Getúlio Vargas. En esos mismos años, el Partido Revolucionario Institucional de México dio

un giro político con el *alemanismo*, y algo semejante sucedió con el Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano. En la Argentina, para derrocar a Perón en 1955, por vez primera y sin aviso previo se bombardeó desde el aire una capital sudamericana, dando muerte a unos cuatrocientos civiles, lo que culminó con la dictadura militar que fusiló sin proceso, encarceló a miles de partidarios del gobierno depuesto, derogó una Constitución mediante bando militar y proscribió al partido mayoritario.

Con estos crímenes se anunciaba el neocolonialismo de seguridad nacional latinoamericano, cuya plenitud fue precedida por algunos ensayos que intentaron superar el marasmo económico imperante en la región, inspirados unos en la teoría de la industrialización —sostenida por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)—, y otros, en la del desarrollo impulsada desde el norte.

Esos ensayos económicos fueron un rotundo fracaso y, contra las teorías en que se inspiraron, en los años sesenta y setenta surgió la denominada "teoría de la dependencia", con importantes aportes intelectuales de pensadores y economistas de nuestra América. Esta teoría llamaba la atención sobre el bajo valor agregado de los productos del sur en el intercambio internacional. Si bien existen marcadas diferencias entre sus seguidores (Enzo Faletto, Celso Furtado, Rui Mauro Marini, Samir Amin, André Gunder Frank, Theotônio dos Santos), era la que mejor explicaba los fracasos de las otras dos teorías y, por ende, fue estigmatizada por nuestros economistas *harkis*, que habrían de reproducirse en las décadas siguientes y hasta la actualidad.

Estos últimos fueron los que impulsaron los modelos económicos decididamente coloniales de las dictaduras militares con las que la Guerra Fría tomó un camino siniestro en la región. Movimientos irracionales como el peruano Sendero Luminoso sirvieron de pretexto, aunque este se extendió por inoperancia de las autoridades peruanas, que se creyeron su propia mentira al atribuírselo a Cuba, cuando esta no tenía ninguna injerencia. De todas formas, las cúpulas de nuestras fuerzas armadas fueron alienadas con la alucinación de la Tercera Guerra Mundial de los militares franceses, aunque los norteamericanos simplificaron aún más su oquedad en la llamada "Escuela de las Américas" en Panamá.

La *función manifiesta* de nuestras fuerzas armadas dejó de ser la defensa nacional para pasar a ser la de pretender liberar a la región de la amenaza del comunismo internacional. Pero su *función latente o real* fue la de servir de instrumento para la entronización de delincuentes económicos que revirtieron la ampliación de ciudadanía lograda por los gobiernos populares, entregaron riquezas naturales, privatizaron servicios públicos y controlaron bancos centrales, desarticularon el sindicalismo, proscribieron partidos populares nacionales y, sobre todo, endeudaron a nuestros Estados, método colonial que algunas décadas después se tornaría único.

Con esos objetivos reales, "se convirtió al gallo en zorro y se lo puso al cuidado del gallinero", se normalizaron los golpes de Estado en casi toda la región, y nuestras fuerzas armadas fungieron como ejércitos de ocupación de los territorios nacionales y ejercieron un poder punitivo informal genocida, coordinado en la región, como el llamado "Plan Cóndor" en el Cono Sur.

El poder punitivo de las dictaduras de seguridad nacional asumió dos formas genocidas: por un lado, la eliminación directa de poblaciones enteras en la guerra centroamericana, aduciendo que en ellas se ocultaban guerrilleros, con la brutal consigna de "quitar el agua al pez"; por el otro, el método de la selectiva desaparición forzada de personas, usado en el extremo sur.

La violencia centroamericana fue larga, y sus secuelas no han terminado. El total de muertos se calcula superior a trescientos cincuenta mil, aunque solo por violencia directa, pero la cifra es mucho mayor si se computan las muertes evitables por otras causas y necesidades. Puede decirse que hubo tres décadas de guerra, desde comienzos de los años sesenta hasta la última década del siglo. Su peor capítulo fue el conflicto nicaragüense entre el Frente Sandinista de Liberación Nacional y los "contras", apoyados por los Estados Unidos. Se calcula que en El Salvador hubo unas ochenta mil víctimas en la lucha del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. En Guatemala, la guerra tuvo momentos de genocidio étnico, con aldeas originarias arrasadas y alrededor de doscientas mil muertes. En Honduras fue el escuadrón de la muerte de su ejército el que asesinó a cuanta persona consideraba disidente o sospechosa. Algunos autores de esos crímenes fueron entrenados por los Estados Unidos o desde allí les enviaron asesores, en lo que cooperó también alguna dictadura sudamericana, como la argentina. Los genocidas centroamericanos han muerto en sus camas.

En América del Sur, las dictaduras de seguridad nacional presentaron algunas diferencias, pese a que todas han cometido crímenes internacionales. La dictadura chilena fue la más publicitada en el mundo y no se privó de ningún crimen. Incluso fue la que más fielmente siguió los pasos de sus mandantes en el orden económico, contando con el asesoramiento del propio Milton Friedman, Premio Nobel de Economía de 1976.

La dictadura brasileña fue numéricamente menos genocida. Y si bien aceptó condiciones económicas, no puede negarse que invirtió en infraestructura; fue más heterodoxa, pues no dejó de impulsar la industrialización. No obstante, se ocultó el informe presentado por el fiscal Jader de Figueiredo Correia (Informe Figueiredo), que daba cuenta de la matanza de indios, sus envenenamientos, la extinción de tribus, etc., ejecutadas por terratenientes y por el propio servicio de protección de indios.

La dictadura argentina fue la más grosera. Con operadores más corruptos, desindustrializó, endeudó y asesinó en mayor medida que las anteriores. Su criminalidad

no tuvo la misma difusión mundial que la chilena, debido a razones comerciales que obstaculizaron varias denuncias internacionales. La mejor difusión de sus crímenes se debió al Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel.

La criminalidad de las dictaduras sudamericanas fue selectiva, en especial la argentina, dirigida contra jóvenes con militancia o vocación política, para diezmar a una generación de futuros líderes mediante la desaparición forzada. Además, secuestró niños y los privó de identidad civil. No obstante, la Argentina es el país que, aunque tardíamente, logró la punición del mayor número de criminales, pese a que algunos consiguieron morir en sus camas. Brasil no lo hizo, y Uruguay y Chile lo llevaron a cabo en menor medida. En la Argentina, con treinta mil desaparecidos, surgió un método de lucha no violenta muy particular y creativo, inaugurado por las mujeres: primero las Madres de Plaza de Mayo y luego las Abuelas. Y ahora los Nietos, que mantienen viva la memoria de los crímenes.

Cabe recordar que, sobre el final de esta etapa trágica, la socialdemocracia europea advirtió el giro que se estaba produciendo y en el Informe Brandt marcó en forma bastante correcta la diferencia entre el *norte* y el *sur*. Sin embargo, antes se había inventado un escándalo para que Willy Brandt dejase el gobierno y la socialdemocracia europea se desdibujara.

LA GUERRA DE MALVINAS

La Guerra de Malvinas fue un episodio bochornoso y a la vez heroico, con el resultado luctuoso de los soldados argentinos muertos, herida que no termina de cicatrizar en la memoria de nuestro pueblo. Humildes conscriptos sacrificados por un agónico régimen de seguridad nacional endeudador que, ante la inminencia de la lógica consecuencia negativa de su corrupta conducción económica, levantó la bandera de la soberanía nacional, lógicamente sensible al pueblo, consciente de la usurpación colonial británica de una parte del territorio argentino desde 1833. Ante esta crisis inevitable, optaron por la misma solución que la dictadura de seguridad nacional de los coroneles griegos en 1974.

Poco importó la vida de los soldados reclutados por un servicio militar obligatorio. La conducción fue en extremo deficiente y mereció la condena de viejos militares de incuestionable capacidad técnica. El régimen estaba encabezado por Leopoldo Fortunato Galtieri, un irresponsable bravucón, con frecuencia alcoholizado. Lo curioso es que, por el lado británico, coincidió con una Margaret Thatcher cuyo prestigio se hallaba en baja, y el conflicto le permitió alzar su figura ante la opinión británica y conservar el poder por años.

La conducción criminal de la guerra, el maltrato y la tortura a los propios soldados, el ocultamiento de información con la censura, el engaño publicitario de “vamos ganando”, la

crisis del dólar, todo resultó en el montaje de una desopilante mascarada con resultado letal, que tampoco inmutó a sus autores.

La dictadura de seguridad nacional argentina desató una guerra con una potencia extracontinental que desconcertó, aunque no logró engañar a los no alineados, porque ningún agente colonialista se vuelve anticolonialista de repente. Galtieri fue condenado, luego indultado por el presidente Carlos Menem, nuevamente procesado y murió en arresto domiciliario. Los restos de los jóvenes sacrificados descansan en un cementerio en Malvinas.

La seguridad nacional se opacó a partir de esta guerra de 1982, pues hizo desconfiar al norte sobre el uso de los ejércitos como instrumentos de ocupación territorial. Pero también es verdad que ya se hallaba en ascenso la nueva versión colonial, que se extiende hasta el presente, coronada en 1989 con el Consenso de Washington, que señaló el rumbo exactamente inverso al propuesto por la Comisión Brandt. Esta nueva versión colonial inauguró tácticas de dominación, que se valieron de las tecnologías de la comunicación y se envolvieron ideológicamente con el atuendo del fundamentalismo de mercado, difundido políticamente por Reagan y Thatcher. Una vez más quedó en claro que las ideologías son barnices cuando las invocan las potencias coloniales.

LOS CRÍMENES DE LAS PRINCIPALES SECUELAS NEOCOLONIALES EN ASIA

Caminar sobre escombros siempre es difícil. También es penoso ver cómo los heridos se levantan, no logran hacer equilibrio, vuelven a caer y se reincorporan. Así parece ser después de la última etapa del neocolonialismo de seguridad nacional o del mundo bipolar. Pocos países son los que no sufren aún sus secuelas y, por ende, es imposible sobrevolar todo el mapa del sur político y quizá también algo del norte —porque no faltan algunos "sures en el norte"—. Es ineludible una selección, aunque pueda considerarse un tanto arbitraria.

La primera y quizá más escandalosa secuela asiática del neocolonialismo del mundo bipolar, por su magnitud y brutalidad, fue el genocidio de Camboya. Esta atrocidad es plenamente demostrativa de que las ideologías de las potencias son solo máscaras para disfrazar intereses que, en este caso, se mostraron de la forma más impúdica y con el máximo desprecio por la vida humana.

Pol Pot y sus Jemeres Rojos se habían formado en los grupos de ideólogos que discutían plácidamente en París a fines de la década de 1940. Cuando dos decenios más tarde los estadounidenses bombardearon Camboya, que nada tenía que ver con el conflicto vietnamita, este grupo aprovechó para hacerse del poder. Entre 1975 y 1979 establecieron la

Kampuchea Democrática y mataron a más de dos millones de camboyanos, una cuarta parte de su población.

En varias ocasiones, el régimen atacó territorio vietnamita y produjo muertes de civiles; en una sola oportunidad, en Ba Chúc, asesinó a unas tres mil personas. Finalmente, en los primeros días de 1979, Vietnam invadió Camboya y en dos semanas puso fin al régimen genocida. De inmediato, Pol Pot y su gente pasaron a la clandestinidad cerca de la frontera con Tailandia y formaron un gobierno en el exilio, legitimado por los Estados Unidos, China, Tailandia y Gran Bretaña. Los gobiernos de Tailandia, Malasia, Singapur, Indonesia, Brunéi y Filipinas condenaron a Vietnam por violar la paz, argumentando que el régimen no era genocida pues no había querido matar a todos los camboyanos; es decir, se echó mano impúdicamente de la famosa supresión del aniquilamiento de grupos políticos impuesta por los estalinistas al suprimir las últimas palabras de la definición de Lemkin en la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio de 1948.

El insólito acuerdo entre estos Estados que pretextaban ideologías incompatibles hizo que este supuesto gobierno en el exilio se sentara en la ONU hasta 1991 y ocupase una quinta parte del territorio camboyano, donde la banda sobrevivía deforestando para contrabandear madera. Pol Pot saltó del socialismo campesino a partidario de la libertad de mercado y murió en su cama. Los dos sobrevivientes de la cúpula del régimen, de edad avanzada, fueron condenados a prisión perpetua por un tribunal internacionalizado a comienzos de este siglo.

Siguiendo por Asia, no fue mucho menor el caso de Indonesia. Su independencia se declaró en 1950, aunque no faltó allí un Salan holandés llamado Raymond Westerling, militar que quiso dar un golpe de Estado y derrocar al gobierno de Yakarta. De todas formas, siguió una larga lucha por Nueva Guinea occidental, en la que los holandeses perdieron más de dos mil soldados, y los indonesios, varias decenas de miles. Este territorio fue anexado como provincia a Indonesia en 1963 con el nombre de Papúa Occidental, aunque hay movimientos que tratan de incorporarlo a la otra parte de la isla, es decir, al Estado Independiente de Papúa Nueva Guinea.

Pero el mayor aporte indonesio a la cultura criminal de la humanidad tuvo lugar a mediados de la década de 1960, cuando el ejército y grupos paramilitares masacraron a medio millón de ciudadanos por pertenecer al Partido Comunista, con métodos tales como decapitación, desmembramiento, evisceración, castración. Derrocaron al gobierno de Sukarno para establecer la dictadura de seguridad nacional de Mohammad Suharto, que duró treinta años, con el apoyo de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia. Suharto y su familia amasaron una fortuna de quince mil millones de dólares y, si bien fue derrocado en 1998 y arrestado, no pudo ser condenado por supuesta enfermedad. Murió en su cama en 2008.

Otra clarísima secuela del colonialismo, en este caso británico, fue la Guerra de Bangladesh, que no suele mencionarse demasiado. Cuando se separaron India y Pakistán, en el territorio del último quedó Bangladesh, una región culturalmente india, territorialmente reducida pero muy densamente poblada.

En los años sesenta arreció allí el reclamo de autonomía y se iniciaron negociaciones, pero en 1971 el presidente pakistaní Agha Yahya Khan arrestó al líder del movimiento indio y avanzó con su ejército masacrando gente en Bangladesh con los peores métodos terroristas, en especial contra intelectuales hindúes. Diez millones de personas huyeron a la India, y los líderes independentistas establecieron en Calcuta un gobierno en el exilio.

Con apoyo indio los independentistas avanzaron sobre Bangladesh y en nueve meses lograron vencer al ejército pakistaní, tomar noventa mil prisioneros y consolidar la independencia del país. La derrota pakistaní determinó la caída del presidente Khan, quien permaneció en arresto unos años y murió en su cama en 1980. Es imposible saber el número real de víctimas de esa masacre, pues se trata de una población muy numerosa y concentrada. Las estimaciones que lo minimizan admiten trescientas mil muertes, mientras que las otras llegan hasta tres millones.

En Sri Lanka la violencia implicó una larguísima guerra étnica entre 1983 y 2009. La minoría tamil, que abarcaba el 12% de la población, reclamaba su independencia, pero esa exigencia la monopolizó un grupo radicalizado, los tigres tamiles, que adoptaron tácticas violentas incluso contra los propios tamiles moderados. El gobierno agravó la situación al responder con un terrorismo de Estado que se valió de la tortura y la desaparición y que les costó la vida a miles de personas. Los tigres tamiles fueron derrotados, pero la guerra provocó infinidad de muertos y, como sucede en estos casos, no todos formaban parte del grupo radicalizado. Las heridas que deja semejante represión no desaparecen con facilidad, por lo que suelen repetirse actos de violencia hasta el presente.

Birmania, o República de la Unión de Myanmar, es un Estado independiente desde 1948. A partir de entonces, su historia registra varias dificultades y violencias contra sus minorías étnicas, sobre todo la persecución sufrida por la minoría islámica de los *rohinyás* o *ruaingás*, en la región norte del país, calificada como crimen de lesa humanidad por las Naciones Unidas.

Se trata de una agresión masiva llevada a cabo por el ejército, la policía y civiles mediante ejecuciones, torturas, violaciones de mujeres, incendio de aldeas, robo de rebaños, destrucción de cultivos. Esta planificación criminal es considerada un modelo de operación de *limpieza étnica*, que arrojó un saldo de setecientos cincuenta mil refugiados obligados a huir a Bangladesh, mientras que los muertos ascendieron a unos veinticinco mil. El total de la minoría era de dos millones de personas, y el 90% se vio obligado a salir de Birmania. Se trata de una secuela que continúa siendo una herida abierta hasta la fecha.

La otra secuela trágica asiática que perdura hasta el presente es la de Afganistán, suficientemente conocida por sus consecuencias recientes. Se trata de un país sin salida al mar y de complicada ubicación geopolítica, puesto que limita con Pakistán, Irán, China, y tres Estados ahora independientes pero que fueron repúblicas soviéticas, donde se cometen reiteradas violaciones de los Derechos Humanos.

En su larga y conflictiva historia, Afganistán debió soportar la intromisión inglesa en forma de guerra abierta que le obligó en 1842 a reconocer el protectorado británico. Como era de esperar, el imperio zarista no se quedó tranquilo y en 1878, en plena hambruna, se produjo una segunda guerra con los ingleses, y finalmente en 1919, una tercera, hasta que en 1921 se reconoció su independencia.

No obstante, eso no hizo cesar las tribulaciones políticas del país, que mantuvo la forma monárquica hasta 1973, cuando se proclamó la república mediante un golpe de Estado. El autoritarismo y la crisis hicieron que en 1978 tomase el poder Nur Muhammad Taraki, quien ese mismo año celebró un tratado con la Unión Soviética que, entre otras cosas, la habilitaba a intervenir militarmente para la "protección del país". En verdad la situación interna era caótica y el gobierno de Kabul no controlaba todo el territorio. Taraki fue asesinado, su sucesor fue depuesto y ejecutado y, finalmente, los soviéticos intervinieron instalando en el poder a Babrak Karmal, que fue resistido por los guerrilleros talibanes, fundamentalistas islámicos extremos, a quienes sin intervención directa apoyaron los Estados Unidos, China, Pakistán y algunos Estados islámicos. La violencia provocó la salida de más de tres millones de personas del país. Y, si bien los soviéticos se retiraron en 1989, la guerra civil siguió hasta que en 1996 los talibanes lograron instalar el Emirato Islámico de Afganistán, un fuerte régimen integrista confesional.

En 2001 se acusó a este régimen de practicar el terrorismo, en particular después del atentado de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. En consecuencia, una fuerza de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) encabezada por los Estados Unidos intervino contra sus antiguos aliados talibanes e instaló una república, con lo cual se prolongó una guerra contra estos que al parecer no tenía fin. En 2014 se decidió que la OTAN retiraría sus tropas, aunque en realidad quedaba un ejército de protección de la república. La guerra civil continuó y en los años sucesivos fracasaron todas las tentativas de lograr un acuerdo con los talibanes. En 2021, estos últimos, que controlaban más de la mitad del territorio, lograron volver al poder. El futuro de Afganistán es incierto.

LAS PRINCIPALES SECUELAS TRÁGICAS EN ÁFRICA

Continuando el sobrevuelo de secuelas africanas, después de la ya mencionada del Congo, la primera que salta a la vista es la tragicómica dictadura de Idi Amin en Uganda entre 1971 y 1979, que exhibía una conducta errática en cuanto a sus apoyos internacionales. Es

interesante destacar que esos apoyos no le eran negados a pesar de que no se ignoraban los asesinatos, la persecución étnica, las atrocidades sin sentido y la expulsión de "asiáticos" que ordenaba —en verdad, ciudadanos ugandeses a los que privó de ciudadanía para quedarse con sus empresas, comercios y bienes—, lo que demuestra la impudicia de las potencias de dispares colores ideológicos. Esos crímenes costaron al menos cien mil vidas, aunque otros calculan muchas más.

Puso fin a sus crímenes la guerra con Tanzania, que hizo huir a Amin y refugiarse en Arabia Saudita. Y, aunque su omnipotencia lo llevó a incumplir el compromiso de no regresar a Uganda, después de un intento fallido lo disculparon, y también murió en su cama en 2003.

Otra de las secuelas trágicas fue el episodio del imperio en la actual República Centroafricana. Después de sucesivos golpes de Estado, Jean-Bédel Bokassa depuso a su primo David Dacko y asumió poderes dictatoriales en 1965 derogando la Constitución de 1959. En 1972 se proclamó presidente vitalicio y se convirtió al islam para obtener el apoyo de Muamar el Gadafi. En 1976 volvió al cristianismo, proclamó el Imperio Centroafricano y asumió el título de emperador como Bokassa I, coronado en una fastuosa ceremonia en la que imitaba las formas de Napoleón, a quien admiraba.

No está claro si Bokassa era o no un desequilibrado mental, pero lo cierto es que cometió atrocidades. Y no faltan quienes afirman que presenció torturas, en las que seguramente había sido entrenado por los franceses como militar en Indochina. Se dice que llegó a comer carne humana, aunque esto bien puede ser una leyenda colonialista. Pero el presidente Valéry Giscard d'Estaing lo visitó, recibió algunos diamantes de regalo y mantuvo relaciones cordiales con el emperador, que lo proveía del uranio que Francia necesitaba para su programa nuclear.

En 1979, el régimen asesinó a una centena de estudiantes y las relaciones con Francia se rompieron. Los franceses apoyaron un golpe de Estado que lo destituyó y repuso a Dacko, pero las vicisitudes políticas de la república continuaron. Bokassa partió al exilio, vivió en un castillo en Francia, volvió a su país intentando un golpe de Estado —que fracasó—, fue preso y condenado a muerte, se le conmutó la pena y murió en su cama en 1996.

Siguiendo este letal recorrido de secuelas del neocolonialismo, vale la pena detenerse en Guinea Ecuatorial bajo el régimen de Francisco Macías Nguema, entre 1968 y 1979, otro autócrata que en 1972 se autoproclamó presidente vitalicio con derecho a nombrar sucesor. Su régimen provocó la salida del país de un tercio de la población, pues emigraron cien mil personas sobre un total de trescientas mil.

Nunca se supo cuál era la ideología de Macías —algo que, como de costumbre, es lo de menos— porque se proclamaba marxista y a la vez elogiaba a Hitler. Tomó el poder con la

simpatía del franquismo español, pero después de un conflicto con Gabón, en África central, decidió pedir el apoyo del bloque soviético. Tanto los franquistas como los soviéticos sabían que se trataba de un asesino, que con su partido único convocaba a elecciones en las que era el único candidato y se dedicaba a perseguir a las etnias diferentes de la suya y de sus parientes, entre los cuales distribuía los cargos públicos. Se calcula que, además de la emigración masiva de población, su régimen mató a treinta mil personas.

Fue derrocado por un golpe de Estado organizado por su sobrino. Sometido a juicio, fue condenado a muerte por genocidio y fusilado. El pelotón de fusilamiento lo formaron soldados marroquíes porque los originarios se negaban por temor, dado que le atribuían poderes mágicos. Los marroquíes, como buenos islámicos, no creían en eso y lo fusilaron sin ninguna prevención.

En el recorrido por África no faltó un corto y trágico episodio, la llamada "Revolución de Zanzíbar", una región que había declarado su independencia de Gran Bretaña en 1963 y era gobernada por un sultán y una elite autócrata árabe sobre una población negra, después de haber sido —como vimos— el último bastión negrero. Mientras los líderes opositores estaban exiliados en Tanganica, estalló una revuelta inorgánica, se ocuparon los edificios públicos y el sultán y su familia huyeron. En la confusión de estos hechos espontáneos apareció un ugandés, John Okello, que al parecer no gozaba de plena salud mental, y se proclamó su líder, se atribuyó protagonismo y antecedentes totalmente falsos y comandó una matanza de árabes e indios y una serie de saqueos, acciones que se detuvieron cuando los opositores volvieron al país, lo desconocieron, lo exiliaron, y Tanganica y Zanzíbar se unieron para formar la República Unida de Tanzania.

Okello fue visto por última vez en 1971 en Uganda con Idi Amin y se especula que este lo hizo desaparecer. Lo cierto fue que su intervención produjo varios miles de muertes. Los números son inciertos, pero los diarios de la época las calculan entre dos mil y cuatro mil. Señalan también la existencia de fosas comunes y relatan otros crímenes semejantes.

En este recuento no podría faltar —como clara expresión de colonialismo— el caso de Burkina Faso, donde el joven presidente Thomas Sankara —conocido también como Tom Sank— llevó adelante un fuerte programa de reforma social para erradicar la miseria, obras para evitar la desertificación y la construcción de hospitales, escuelas, carreteras, etc. Su negativa a pagar la deuda externa proveniente de los tiempos coloniales les cayó mal a los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, los que se valieron de su vicepresidente Blaise Compaoré, que no se tomó la molestia de delegar el encargo y le disparó dándole muerte personalmente en 1987.

La figura de Sankara adquirió ribetes de mito y pasó a ser conocido como el "Che africano". Más aún, los esfuerzos por borrar su recuerdo no tuvieron otro efecto que

agigantar su memoria. Su asesino fue sostenido hasta 2014 por las potencias que presumen ser las más democráticas del mundo, cuando fue depuesto y huyó a Costa de Marfil.

Siguiendo el recorrido por el continente africano, es inevitable toparse con el drama de Etiopía, que hasta la invasión fascista se había mantenido inmune al poder colonizador. En la posguerra, con la vuelta del emperador Hailé Selassie (*negus*) se restableció un régimen obsoleto de monarquía absoluta con un Parlamento consultivo. De esta forma se consolidó una sociedad muy estratificada que abrió el espacio para el golpe militar en 1974, que después de algunas alternativas acabó llevando al gobierno a Mengistu Hailé Mariam en 1977.

Apodado el Negus Rojo, Mengistu ejerció un poder omnímodo. Instaló un régimen de terror persiguiendo y asesinando a políticos, intelectuales, funcionarios del sistema depuesto, universitarios, estudiantes, religiosos de la Iglesia etíope y al propio ex emperador. Diversas organizaciones internacionales estimaron en ciento cincuenta mil el número de víctimas de su dictadura, aunque otros las elevan a medio millón, por lo que su período es conocido como "El terror rojo".

En la primera mitad de los años ochenta, Etiopía sufrió una crisis enorme por varias razones, entre las que vuelve la cuestión de El Niño y la imprevisión, que causó la muerte de un millón de personas y una gravísima situación económica. El régimen de Mengistu se desprestigió, pero siguió en el poder hasta 1991, cuando fue derrocado por una coalición de fuerzas de resistencia que lo obligaron a huir a Zimbabue. Es curioso, pero Mengistu documentó en actas las decisiones criminales de su régimen, para compartir la responsabilidad con todo el grupo de poder, lo que facilitó que después de un largo proceso la justicia etíope lo condenase a muerte en ausencia junto a treinta y ocho de sus coautores.

En el recorrido por las secuelas criminales del neocolonialismo es imposible no destacar en forma especial el genocidio de Ruanda, cometido entre abril y julio de 1994, en que se dio muerte con armas de fuego, blancas y caseras, a unas ochocientas mil personas de la etnia tutsi por integrantes de la etnia hutu, aunque también fueron víctimas algunos hutus moderados, opuestos a la masacre. Puso fin a la matanza una misión humanitaria francesa enviada por la ONU.

Indiscutiblemente, este genocidio fue una secuela del colonialismo belga pues, antes de su llegada, ambas etnias convivían sin problemas. Los belgas, para controlar el territorio, jerarquizaron a los tutsis en 1926. Adornaron este inmundo método con la ideología de su *politique des races*, según la cual la organización política implica mayor evolución, aunque también influyó el mito del origen etíope de los tutsis, carente de toda prueba histórica y antropológica. La leyenda decía que los tutsis habían llegado como conquistadores a la región de las Mil Colinas y sometido a los hutus a servidumbre. Lo cierto es que convivían,

hablaban la misma lengua, compartían la cultura, y no todos los tutsis eran propietarios ni todos los hutus eran subordinados.

La jerarquización fue obra de los colonizadores, que los identificaban con documentos diferentes y se valían de su inventada superioridad para administrar y privaban a los hutus de todo poder, incluso religioso. Esto gestó una animosidad que fue creciendo en violencia desde los años sesenta, hasta que en 1994 derivó en genocidio, promovido también por una radio criminal que lo incitaba con *fake news*. La ONU creó un tribunal internacional que, en los primeros años de este siglo, condenó a varios funcionarios responsables, en general a penas de treinta y cinco años.

Como si lo hasta aquí sobrevolado no fuese suficiente, falta referir los diversos capítulos de Sudán, que se independizó en 1956. Tomaron el poder los del norte islámico, mientras quedaron subordinados los del sur subsahariano no islámicos, algunos de los cuales son cristianos y otros practican religiones originarias. El sur se rebeló y se le reconoció autonomía, lo que funcionó hasta que allí se descubrió petróleo y el norte lo ocupó militarmente desencadenando una guerra. El norte contó con el apoyo de los Estados Unidos, y el sur, con el de la Unión Soviética. El conflicto se prolongó de manera inusitada, pues comenzó en 1983 y continuó hasta 2005, con dos millones de muertos. Por fin, plebiscito mediante, el sur se independizó en 2011.

Sin embargo, allí no terminaron los problemas ni las violencias, pues en el norte, en Darfur, surgió una nueva disputa, esta vez no por diferencias religiosas sino étnicas, entre los árabes del oeste y los negros del este. Como el ejército sudanés sufría continuas derrotas, el dictador Omar Hasán Ahmad al Bashir —que gobernó durante treinta años— habilitó a paramilitares a sembrar el terror en la población de Darfur y desató también acciones bélicas con Chad.

Este conflicto provocó unas cuatrocientas mil muertes y dos millones de desplazados, además de involucrar el uso sistemático de violaciones de mujeres como arma de lucha de los genocidas. El dictador, derrocado en 2019, fue enjuiciado por tribunales sudaneses y es reclamado por la Corte Penal Internacional por genocidio desde 2009.

No se podría cerrar este itinerario estremecedor de secuelas criminales del neocolonialismo africano sin hacer referencia a los dos países gobernados por minorías blancas sobre población negra, sin mestizaje y practicando expresa y abiertamente la discriminación racista: Rodesia y Sudáfrica. Los conflictos evolucionaron en forma diferente en estos países, porque en Rodesia los blancos no tendían a establecerse, sino que predominaba una inmigración temporal. Pese a esto se generó una curiosa situación internacional.

En el caso de Rodesia, el gobierno británico advirtió que no le daría la independencia mientras esta no sancionase una Constitución no segregacionista. El gobierno blanco, encabezado por Ian Smith, rechazó la exigencia y declaró unilateralmente la independencia en 1965. Los ingleses se marcharon, y la ONU invitó a desconocer al gobierno rodesiano y a no prestarle asistencia. Rodesia obtuvo el apoyo de muy pocos Estados, aunque la producción de níquel le permitió sobrevivir durante un tiempo. En los años setenta hubo una sangrienta guerra de guerrillas, que concluyó en 1979 por mediación de Gran Bretaña. Se creó un gobierno transitorio hasta que, finalmente, Rodesia se incorporó a Zimbabue.

En Sudáfrica, el problema no se resolvió tan fácilmente, puesto que la minoría blanca (20%) estaba instalada desde siempre y compartía fuertes convicciones racistas, patriarcales y cristianas rudamente integristas, al punto que los sectores afrikáneres más racistas no habían ocultado su simpatía por el nazismo. Como se dijo antes, cuando en 1948 el partido que representaba a este sector llegó al gobierno, consagró directamente el *apartheid* como política oficial: los negros no tenían voto ni estaban autorizados a desplazarse libremente por el país y podían ser menos remunerados que los blancos, debían vivir en barrios separados y asistir a escuelas diferentes.

Naturalmente, los negros se rebelaron y las relaciones con la metrópoli británica se pusieron tensas. En 1960 se llamó a un referéndum, en el que triunfó por pequeño margen la declaración de independencia, aunque Sudáfrica siguió formando parte del Commonwealth británico.

Las protestas de los negros fueron en aumento, y el país, que contaba con un ejército de ciento veinte mil blancos, fue militarizándose. Crecieron la represión, las torturas, el encarcelamiento de dirigentes, la persecución estudiantil, una matanza de ochenta personas en una manifestación, es decir, se instaló un terrorismo de Estado. Las denuncias internacionales aumentaron, los Estados africanos del Commonwealth y otros alzaron sus protestas, y Sudáfrica debió retirarse y proclamar la república en 1961.

No obstante, la situación se hacía cada vez más insostenible tanto internacional como internamente. El país fue excluido de las competencias deportivas internacionales; arreciaban las huelgas, las protestas y los sabotajes, y también la represión. La crítica internacional era cada vez más intensa, hasta que, en vista de que todo iba camino al desastre, en 1989 el propio partido oficialista decidió el reemplazo del presidente y asumió Frederik de Klerk, quien comenzó a desmontar el *apartheid*. Se oficializó al partido opositor y se inició un proceso de reconciliación.Nelson Mandela fue liberado después de casi treinta años y se celebraron las primeras elecciones igualitarias en 1994, en las que fue elegido presidente. Como cabía suponer, los blancos cedieron el poder político pero no el económico, y todavía hoy Sudáfrica es un país notoriamente desigual. Algo que, por cierto, no es un problema solo sudafricano.

Este recorrido no agota las secuelas africanas del neocolonialismo, entre las cuales debe contarse también la guerra civil en la República de Sierra Leona (1991-2002), cuya prolongación se debió en buena medida al contrabando de diamantes. Esta guerra provocó la muerte de unas cincuenta mil personas y el éxodo de más de dos millones, sobre una población de siete millones; sus atrocidades fueron juzgadas por un tribunal internacionalizado.

Con los casos ya mencionados es suficiente para desnudar las falsedades hipócritas que procuran considerar las guerras africanas subsaharianas unas muestras de atraso, salvajismo, incapacidad de gobierno, luchas étnicas, Estado feudal y otras expresiones de subestimación racista. El subdesarrollo, la pobreza, el deterioro del medio ambiente, la corrupción de sus minorías son todas secuelas del neocolonialismo practicado por ascendientes de los actuales *civilizados*.

En cuanto a la pretendida visión de África como *continente en guerra*, es innegable que oculta ahora nuevas formas de explotación colonial por empresas transnacionales que roban minerales o venden armas a todos, sin preocuparse de cuestiones ideológicas ni de la condición genocida de algunos de sus circunstanciales aliados. Nada muy diferente sucedió en nuestra América, donde —como lo señaló el escritor y político argentino Manuel Ugarte— durante más de un siglo se fomentaron guerras que solo dejaron beneficios a las potencias coloniales y que respondían a un análogo fenómeno de oligarquías gobernantes, que en África no eran blancas, sino elites occidentalizadas.

A todo lo dicho debe agregarse el factor de base, las arbitrarias fronteras fijadas en 1885 o establecidas luego a los manotazos, sin tener en cuenta idiomas, etnias y culturas. Si los belgas hasta hoy no se entienden entre sí, los italianos del sur y del norte todavía "se miran mal", algunos vascos y los catalanes quieren independizarse y los ingleses y los irlandeses hasta hace poco se mataban de la peor manera, no hay razones para que los europeos se alarmen demasiado de las consecuencias del subdesarrollo que causaron en África con las fronteras que trazaron departiendo alrededor de una amable y elegante mesa.

INFINITAS SECUELAS: IRAK, LIBIA Y LA TERCERA GUERRA DE LOS BALCANES

Las secuelas del neocolonialismo son casi infinitas, pero a nuestro efecto interesa rescatar la memoria de las lejanas en el tiempo y llamar la atención sobre los episodios poco mencionados, pues en cuanto a los más recientes y referidos con mayor frecuencia preferimos recordarlos brevemente, con el único propósito de no dejar de tenerlos en cuenta. Entre estos, aunque con la brevedad del caso, no podemos omitir el de Irak o las dos guerras del Golfo, la guerra civil de Libia y la llamada "tercera Guerra de los Balcanes".

Como es sabido, Saddam Hussein gobernó Irak dictatorialmente desde 1979 hasta 2003, y cuando los Estados Unidos e Irán entraron en conflicto, emprendió la guerra contra este último, usando armas químicas provistas por sus aliados norteamericanos y aprovechando para reprimir el separatismo de los curdos, a los que en 1984 atacó con esas armas en la ciudad de Halabja.

La guerra con Irán terminó en 1988, pero Irak quedó con grandes deudas y, en 1990, Saddam Hussein decidió invadir Kuwait, uno de sus principales acreedores, desatando la primera Guerra del Golfo. Los iraquíes consideraban que Kuwait era parte de su territorio y tal vez no contaron con el decidido apoyo que este recibiría de los Estados Unidos, que a los pocos meses intervinieron y los expulsaron rápidamente del pequeño reino, no sin antes incendiar pozos petrolíferos y causar un desastre ecológico.

En 2003, los Estados Unidos pretextaron que Irak estaba preparando armas químicas y nucleares —lo que nunca se probó— y lo atacaron, en la llamada "segunda Guerra del Golfo". Para complicar las cosas, Irak agredió a Israel, que no entró en el conflicto para evitar el retiro de Jordania y Arabia Saudita de la alianza con los estadounidenses. Sin embargo, rápidamente cayó el régimen de Saddam Hussein, quien al poco tiempo fue aprehendido, sometido en 2006 a una patética parodia de juicio y ahorcado. Las filmaciones de la ejecución circularon de modo tan escandaloso que los estadounidenses debieron sumarse a las críticas mundiales ante esa circunstancia. Pocas dudas caben acerca de que el trasfondo de ambos episodios fue el petróleo.

El caso de Libia es más complejo por la figura de Muamar el Gadafi. De familia beduina y admirador de Nasser, después de graduarse de abogado entró al ejército y se transformó en líder de los Oficiales Libres, que en 1969 y con una revolución no violenta derrocaron al títere rey Idris. En sus primeros años, el gobierno hizo despegar a Libia aprovechando el petróleo que había sido descubierto poco antes, con notables mejoras sociales y elevación rápida del nivel de vida de la población.

Gadafi se proclamó continuador de Omar Mukhtar —quien, como vimos, había sido ejecutado por el colonialismo fascista—, por lo que expulsó a doce mil italianos y expropió sus propiedades. Se consideraba islámico, pero interpretaba el Corán a su manera, de modo que, en cuanto a las mujeres, su actitud era diferente aunque ambigua, pues incluso dispuso su incorporación al ejército pese a que en su síntesis ideológica —el famoso *Libro verde*— se manifestaba reticente. Estas posiciones le granjearon la resistencia de algunos imanes e islámicos ortodoxos, en especial los que simpatizaban con el régimen de Irán.

Gadafi adoptó una posición radical contra Israel —quiso distinguir entre los israelíes de la región y los europeos—, tan extrema que el propio Yasser Arafat debió poner distancia. En cierto momento intentó algo parecido a la Revolución Cultural maoísta, con fuerte

represión, ejecuciones y estatización de toda la economía, especialmente en los años ochenta, que luego flexibilizaría en particular con la pequeña empresa.

Si bien rechazó siempre el marxismo, el acercamiento de Egipto y Sudán a los Estados Unidos lo hizo aproximarse a la Unión Soviética, aunque no le fuese nada simpática. Intentó crear una doctrina de *tercera posición* y dio un giro del panarabismo al panafricanismo, con protagonismo en la creación de la Unión Africana.

Su apoyo financiero a muchos movimientos rebeldes hizo que los Estados Unidos considerasen a Libia un Estado terrorista y en 1986 la bombardearan, tratando de hacer blanco en la residencia de Gadafi. En 1998, en razón de un atentado a un avión que cayó sobre territorio de Escocia, se produjo una crisis que motivó sanciones de las Naciones Unidas. En los años posteriores mejoraron las relaciones, en especial con Europa. Intentó una versión propia de los Derechos Humanos otorgándole un premio en esta materia a Nelson Mandela, sin cesar en su discurso contra el imperialismo y el colonialismo.

El desgaste natural de un régimen autoritario tan prolongado, sumado a dificultades económicas y a la oposición de quienes habían sido expropiados o desfavorecidos por la política económica y también de los islámicos ortodoxos, fue aprovechado para que la OTAN montase una guerra civil, a la que puso fin el asesinato de Gadafi, de su hijo y de decenas de prisioneros. Este suceso fue festejado por el presidente de los Estados Unidos y el primer ministro británico, aunque lamentado por otros. Las singularidades de este régimen y del propio Gadafi darán lugar a muchas discusiones a medida que el tiempo ponga más distancia de los hechos.

La tercera secuela neocolonial que es menester tener presente es la de los crímenes de guerra y contra la humanidad cometidos en el curso de la que suele llamarse "tercera Guerra de los Balcanes".

Vimos que un hecho vinculado a la región —el asesinato de los archiduques de Austria— fue atribuido al gobierno serbio como pretexto para iniciar los treinta años de guerra europeos. En la segunda guerra, italianos y alemanes no dejaron de intervenir en los Balcanes y se recuerdan crímenes atroces en su curso. Desde la última posguerra, el Estado yugoslavo gobernó pueblos con culturas y religiones diferentes logrando mantener bajo control esa disparidad durante casi cuatro decenios. En la década posterior a la muerte de Tito en 1980 renacieron las tensiones contenidas y, finalmente, se desmembraron y quedaron enfrentados serbios con croatas, bosnios y albaneses, aunque también bosnios y croatas en Bosnia-Herzegovina, trenzándose en una guerra sangrienta que costó unos doscientos mil muertos y provocó más de un millón de desplazamientos, en un continente que a fines del siglo pasado se consideraba inmune a semejantes atrocidades.

El partido y el gobierno serbio, encabezado por Slobodan Milošević, exaltaron un extremismo nacionalista que alimentó los crímenes cometidos en esta guerra europea, que si bien no fue religiosa fue sin duda el caso más claro de *guerra de limpieza étnica*. La peor parte la llevaron los musulmanes, víctimas de crímenes masivos. El más conocido fue la llamada "Masacre de Srebrenica" de 1995, donde se asesinó fríamente a unas diez mil personas, pese a que en 1993 el Consejo de Seguridad de la ONU había creado un tribunal penal internacional *ad hoc* con sede en La Haya, que, a lo largo de dos décadas, fue juzgando a los principales criminales. Milošević fue entregado por Serbia a pedido del tribunal y murió en detención preventiva; otros fueron condenados, y algunos se mantuvieron prófugos por años hasta ser detenidos y condenados. Este recuerdo está demasiado próximo.

BIBLIOGRAFÍA

Alain Badiou, *Nuestro mal viene de más lejos*, Buenos Aires, 2016.

Martín Balza, *Malvinas. Gesta e incompetencia*, Buenos Aires, 2003.

Fabián Bosoer, *Generales y embajadores*, Buenos Aires, 1995.

Guy de Bosschère, *Para entender o Terceiro Mundo*, Lisboa, 1977.

Jorge G. Castañeda, *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, Buenos Aires, 1997.

Centro Internacional para la Promoción de los Derechos Humanos, *Operación Cóndor. 40 años después*, Buenos Aires, 2015.

Nic Dunlop, *Tras las huellas del verdugo*, Barcelona, 2005.

Frantz Fanon, *Piel negra, máscaras blancas*, Buenos Aires, 1973.

Joan E. Garcés, *Soberanos e intervenidos*, Madrid, 1996.

Irene L. Gendzier, *Frantz Fanon. Un estudio crítico*, México, 1977.

Alejandra Adela González, "Un debate inconcluso: Frantz Fanon y Octave Mannoni", *Hermeneutic*, revista digital.

Hosea Jaffe, *Africa. Movimenti e lotte di liberacione*, Milán, 1978.

Ben Kierman, *El régimen de Pol Pot*, Buenos Aires, 2010.

Octave Mannoni, *Prospero and Caliban. The Psychology of Colonization*, Londres, 1956.

Martin Meredith, *The State of Africa. A history of Fifty Years of Independence*, Londres, 2005.

Marcelo Raffin, *La experiencia del horror. Subjetividad y derechos humanos en las dictaduras y posdictaduras del Cono Sur*, Buenos Aires, 2006.

Wolfgang Reinhard, *Storia del colonialismo*, Turín, 2002.

Jasper Ridley, *Tito. Genio e fallimento di un dittatore*, Milán, 1996.

Marie-Monique Robin, *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Buenos Aires, 2005.

Gregorio Selser, *Las intervenciones extranjeras en América Latina*, México, 2010.

Jacques Sémelin, *Purificar y destruir. Usos políticos de las masacres y genocidios*, San Martín, 2013.

Yves Ternon, *L'État criminel. Les génocides au XXe siècle*, París, 1995.

Manuel Ugarte, *La reconstrucción de Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1961.

5
EL ACTUAL TARDOCOLONIALISMO FINANCIERO: EL GENOCIDIO POR GOTEO

DEL CAPITALISMO PRODUCTIVO AL FINANCIERO

Siempre es más difícil aproximarse al presente que describir el pasado, porque la dinámica envuelve a quien la vivencia. Es más fácil describir cómo nos revolcó la ola una vez en la playa que hacerlo mientras intentamos alcanzar la arena. Surgen nuevas potencias, pero no está nada claro qué resultará de la multipolaridad inestable existente, cómo serán los nuevos alineamientos y qué papel asumirá cada región del planeta. Pero, ateniéndonos únicamente a las actuales violaciones de los Derechos Humanos, lo indiscutible es que el sur sigue colonizado.

Con el mundo bipolar se cerró la etapa de los nacionalcolonialismos de viejo estilo. De ellos solo quedan retazos como Malvinas y otros más, pero los datos a incorporar a la cultura criminal continúan en una nueva etapa, con sus propias violaciones de los Derechos Humanos. En rigor, cambiaron los métodos, pero no los objetivos. Ya no son dictaduras de seguridad nacional las que endeudan al sur, sino gobiernos emergentes de democracias pervertidas por medios de comunicación monopolizados, que asumen la función de partidos únicos, y poderes judiciales cooptados, con proscripciones de movimientos populares y garantía de impunidad para los agentes endeudadores locales, mientras se provoca el caos social y el poder de los Estados se debilita hasta quebrar.

El sur sufre un *tardocolonialismo* —o etapa superior del colonialismo, si se prefiere—, travestido con formas jurídicas y discursos que invocan valores nobles, tales como democracia, libertad de expresión, garantías jurídicas y hasta Derechos Humanos. Y es más insidioso que los anteriores, ya que presume cínicamente de descolonizador. Pero, como a este colonialismo tardío esos atuendos no le asientan precisamente a la medida, dejan al descubierto "las partes pudendas" de su poder subhumanizante y de su pulsión totalitaria, aunque a veces sus perversiones conceptuales provoquen confusiones.

El resultado real del actual poder tardocolonizador, una vez despojado de sus disfraces, es la consolidación de un totalitarismo financiero que empodera a una plutocracia mundial, valida de la actual tecnología de comunicación creadora de realidad, que intenta anular la capacidad crítica de las propias mayorías victimizadas.

Esta versión colonial resulta de un cambio en el capitalismo, que se ha ido perfilando desde el ocaso de las tres primeras décadas de posguerra —las "décadas de oro"— con la

crisis del petróleo en los años setenta, hasta completar un decidido giro hacia el totalitarismo a partir de la implosión del llamado "socialismo real".

LA IMPRONTA TOTALITARIA DESCONTROLADA

Es posible que el capitalismo siempre haya tenido una vocación totalitaria, pero, mientras se enfrentó con un capitalismo de Estado totalitario, al menos en el norte se contuvo con un prudente intervencionismo keynesiano. Sin embargo, al acabar el mundo bipolar y al adaptarse rápidamente Rusia y China al capitalismo, no hay nada que le imponga siquiera esos límites y, por ende, ya liberado de todo obstáculo, pasó a mostrar en plenitud su potencia totalitaria.

El aparato financiero siempre complementó el capitalismo productivo, pero esta liberación de frenos condujo a su hipertrofia hasta que acabó subordinándolo. En eso consiste la famosa *financiarización de la economía*, que empoderó a las grandes corporaciones financieras transnacionales —manejadas por los *chief executive officers*—, cuyo volumen muchas veces supera el de economías estatales medias y, en conjunto, convierte a los políticos del norte en sus rehenes.

El viejo colonialismo era conducido por políticos de ese hemisferio. Sin embargo, ahora son los gerentes los que conducen, mientras que el papel de los políticos se ha reducido; como máximo, pueden arbitrar entre intereses concurrentes, aunque sin afectar sensiblemente a las corporaciones financieras. La dominación corporativa de los partidos políticos del norte, al menos en los Estados Unidos, se coronó con la supresión de los topes máximos a las contribuciones a las campañas electorales, lo que terminará haciendo de las democracias una pugna por el *rating* en un juego de mesa corporativo.

Entre algunos macroeconomistas se discute si en realidad las corporaciones transnacionales, a diferencia de las multinacionales, reconocen una nacionalidad. Parecería que tienden a independizarse de los Estados del norte generando una elite propia sin identidad nacional, pero que utiliza a los Estados como meros instrumentos de sus coyunturales intereses, del mismo modo que sus relaciones con las empresas productivas y las correspondientes entidades financieras. No está huérfana de razón esta opinión, según la cual el domicilio de una transnacional no sería más que una formalidad.

En el capitalismo productivo, los Estados que conservaban su soberanía podían mediar entre las fuerzas del capital y las del trabajo porque a la primera la representaban los dueños del dinero. Ahora resulta imposible, pues se ignora quiénes son los dueños del capital corporativo, mientras que los gerentes son simples tecnócratas que no pueden hacer otra cosa que obtener la mayor renta en el menor tiempo, a riesgo de ser reemplazados si no

lo consiguen. Al carecer ellos mismos de poder de negociación, también los Estados carecen del poder de mediación.

El tardocolonialismo —al igual que todo el colonialismo— no deja de ser una empresa criminal, pero asume formas a veces menos manifiestas. Así, sus *genocidios súbitos* suelen ser pocos, pues la mayoría es *por goteo.* Y, aunque tampoco tiene gran reparo en ejercer el poder de matar, muestra preferencia por el de *dejar morir*.

El desplazamiento de los políticos del poder real en el norte es un grave avance antidemocrático, pues ese poder pasó a manos de los artífices de una economía sin producto, y con una vocación pulsional totalitaria diferente de la de entreguerras, toda vez que no son ahora líderes muy visibles, sino tecnócratas con el entrenamiento autocrático propio de las estructuras verticales de las corporaciones, ocultos detrás del telón o en la casilla del apuntador.

Además, si bien las corporaciones transnacionales son conglomerados —es decir, enormes masas de dinero—, lo cierto es que el *dinero* —desde que los imperios inglés y alemán acabaron con la plata, y Nixon, con el patrón oro— consiste en papeles en los que todos confiamos. Sin embargo, solo existe alrededor del 7% de ellos como encaje bancario; el crédito los multiplica, y el resto corresponde a números transferibles electrónicamente.

CRIMINALIDAD ALTAMENTE ORGANIZADA

Para cumplir con su misión y conservar sus posiciones privilegiadas, los gerentes no tienen otra alternativa que ejercer su poder con una creciente falta de escrúpulos que guarda relación directa con su eficacia. De este modo, y en pocas décadas, superaron límites éticos y legales y convirtieron el poder financiero en un descomunal aparato mundial de *macrocriminalidad financiera organizada*.

Su carácter delictivo se muestra en sus numerosos crímenes de dimensión macrosocial, como la colosal estafa inmobiliaria que produjo la crisis de 2008, de la que quizá no se haya repuesto la economía mundial, pese a que los Estados Unidos pusieron medio millón de millones de dólares, y Europa, cuatrocientos ochenta mil millones de euros, para salvar a los estafadores, o sea, a los bancos, perdiendo los políticos del norte una oportunidad de volver a empoderarse.

Pero la delincuencia tardocolonial tiene muchísimas más manifestaciones, como las administraciones fraudulentas por vía del endeudamiento astronómico de los Estados, su principal objetivo y arma colonizadora —tema sobre el que volveremos—. Vinculadas íntimamente a ellas se cometen las extorsiones de los *holdouts*; también ecocidios y otros deterioros crecientes del medio ambiente; cohechos, dado su alto poder corruptor; evasión

de capitales con egresos masivos de divisas del sur y evasiones fiscales masivas de ese hemisferio; competencia desleal mediante monopolizaciones; explotación de trabajo esclavo, con tercerizaciones en países subdesarrollados; promoción de golpes de Estado; apropiación de recursos naturales mediante extorsiones o falsas guerras humanitarias; persecución y proscripción de partidos populares; censura e impunidad de difamaciones por medio de la monopolización de medios de comunicación en los países del sur; prevaricatos de jueces en combinación con los medios monopólicos y sus agentes locales (*lawfare*); creación impune de realidad mediante *fake news* sobre cualquier materia; homicidios por omisión, como las muertes de náufragos y migrantes; sometimiento de la previsión social al mercado, con efectos suicidas sobre la tercera edad; sustracción del patrimonio estatal por compras a precio vil de servicios públicos, empresas y bienes nacionales del sur. La filósofa y física india Vandana Shiva lo sintetiza con claridad: "Cuando se llega a privatizar Estados enteros con las multinacionales —que primero usan a los lobistas para nombrar a ministros y luego a estos para radicalizar los procesos de privatización—, la democracia ya está muerta".

Aunque no lo parezca, a esta macrocriminalidad financiera pertenece también la cometida por lo que se conceptúa confusamente como "*organized crime*", en el usual sentido limitado, que son tercerizaciones de la gran macrocriminalidad para explotar agujeros del mercado que generan tráficos de tóxicos, armas, personas, productos falsificados y otros, cuya plusvalía de servicio también se crea con prohibiciones que reducen la oferta frente a demandas rígidas o crecientes.

En el caso del tráfico de cocaína en América, los "concesionarios" operan en el sur, introducen el caos social, corrompen instituciones, suben los índices de violencia y homicidio, acaban con las policías e incluso con las fuerzas armadas y la propia política, degradan Estados. En tanto, en el norte, una lubricada red de distribución retiene la mayor parte de la renta, por la enorme diferencia entre el precio FOB —el valor de la mercancía puesta en el puerto, que incluye el costo del flete, el empaquetado, el etiquetado— y el pagado por el consumidor. El control policial transnacional opera como ente regulador del precio: si sube demasiado relaja el control, y viceversa.

La plusvalía de los tráficos no se debe al valor agregado, sino al alto costo del servicio de distribución en razón de la prohibición. De no mediar esta, México hubiese demorado más de dos siglos en sumar un número de víctimas por sobredosis análogo al de desaparecidos y muertos en los primeros seis años de su "guerra a la droga", independientemente de que esta última consigna también puede ser usada como pretexto para la letalidad policial descontrolada, como las ejecuciones sin proceso que alcanzan límites de escándalo internacional en el actual régimen de Rodrigo Duterte en Filipinas.

Sin perjuicio de lo anterior, hace ya algunos años que funcionarios internacionales alertaron acerca de la funcionalidad de la renta del agujero de mercado del llamado

"narcotráfico" como capital líquido de inversión disponible, que incluso contribuyó a salvar a algunos bancos en la crisis de 2008 y que también es útil para otras actividades ilícitas.

La fabulosa renta no declarada de los delitos económicos del colonialismo tardío, más la del *organized crime* tercerizado y la astronómica evasión fiscal del sur se encubren mediante reciclaje en un sofisticado sistema mundial de refugios fiscales (*safe haven*), también llamados "paraísos" (*heaven*).

LAS VIOLACIONES MASIVAS DE DERECHOS HUMANOS

El totalitarismo financiero es una macrocriminalidad organizada del norte que concentra riqueza en una oligarquía plutocrática planetaria del 1% de la humanidad y que avanza violando masivamente los Derechos Humanos.

La ONU se felicitó en los últimos tiempos cuando, para un período de cinco años, pudo presupuestar ciento treinta y cinco mil millones de dólares para paliar las violaciones masivas de Derechos Humanos en el mundo. Esta cifra es a primera vista impresionante y no faltan razones para celebrarla, pero no es significativa comparada con el millón de millones de dólares regalados a los bancos por su estafa de 2008, con el millón de millones de dólares que en cinco años suma la evasión fiscal del sur y con los tres millones de millones de dólares que en el mismo período habrán invertido solo los Estados Unidos en armamento, sin contar con lo que invertirán China, Rusia, Gran Bretaña y otros.

La información de la ONU y de otros organismos internacionales demuestra la indiferencia del actual poder financiero ante las discriminaciones mundiales de género, de edad y de riqueza como secuela de desplazados por conflictos armados, en buena parte niños. Más de ochocientos millones de personas continúan en la miseria, y cada día mueren unos dieciséis mil niños en el mundo por enfermedades evitables, es decir, más de cinco veces el número de víctimas del crimen terrorista de las Torres Gemelas, solo que a estos muertos nadie los registra. El mundo, cuya realidad es ocultada por la realidad paralela y única de los medios monopólicos, mantiene a dos tercios de la especie humana en estado de necesidad, mientras concentra en el 1% de ella una riqueza equivalente a la del 57% más pobre.

La financiarización de la economía lleva a un círculo sin salida, porque —como vimos— los creadores de dinero son los bancos, que prestan el de sus depositantes; ese dinero retorna a los bancos, y estos vuelven a prestarlo. Se supone que deben devolverles más dinero —intereses— que debería provenir de una mayor producción, pero esta no puede crecer al infinito porque el planeta no lo soportaría en condiciones de habitabilidad humana: subiría el nivel de los mares, se incendiarían las selvas, se multiplicarían las pandemias, avanzarían los desiertos.

Por ese camino se marcha, pues el afán plutocrático del actual totalitarismo financiero potencia la agresividad interespecífica del *Homo sapiens* al impulsar una brutal y creciente depredación, que extingue especies animales y vegetales, desertifica, y contamina la atmósfera y las aguas quemando los fósiles de sus antepasados biológicos. El *negacionismo* de esta evidencia es una instigación al suicidio en curso de la especie.

LA TARDOCOLONIZACIÓN MEDIANTE ENDEUDAMIENTO

Pero a estas cuestiones estructurales se agregan otros macrodelitos que ponen en crisis las democracias: la criminalidad organizada del norte se vale de empresas monopólicas de medios de comunicación en el sur, erigidas en partidos políticos únicos, que ocultan los delitos de sus agentes locales promovidos a funciones políticas al tiempo que estigmatizan los movimientos populares. Estos delincuentes locales acuerdan deudas siderales mediante contratos que no son tales, ya que, al someter estos a los tribunales de los acreedores o arbitrales controlados por ellos mismos, carecen de una tercera jurisdicción que garantice los derechos de las partes.

Se trata de endeudamientos abusivos, macrodelitos económicos de administración fraudulenta, pues el dinero no se invierte en los países deudores, sino que acaba en cuentas del norte o en refugios de reciclado aunque se alegue "fuga de capitales", alegación falsa porque no hay fuga cuando nadie limita la salida.

Como el dinero de los préstamos no se invierte en infraestructura productiva, la producción no aumentará y, por ende, nunca se podrá cancelar la deuda. Eso significa que se seguirán pagando intereses al infinito, para lo cual se exigen ajustes fiscales que garanticen su pago, cuyo efecto en los países deudores es la disminución de la inversión en salud, educación, tecnología, investigación, etc. El mercado interno se ve reducido y, en consecuencia, también la recaudación fiscal, lo que exige nuevos ajustes para continuar pagando los intereses y así en espiral rumbo a la miseria, el hambre y los estallidos sociales, cuya contención requerirá mayor represión hasta llegar al terrorismo de Estado.

Este es el instrumento de sometimiento de la actual macrocriminalidad financiera organizada del norte sobre el sur tardocolonizado, que viola el derecho humano al desarrollo progresivo y provoca innumerables muertes, pues el desempleo y el empobrecimiento de las poblaciones incrementa la conflictividad social y acrecienta las muertes violentas, los conflictos intrafamiliares, los suicidios, los accidentes laborales y viales, las omisiones en la atención de la salud, el hambre y la subalimentación, los desplazamientos. Son los millones de humanos sacrificados por el *genocidio por goteo* en curso, que los partidos únicos de medios del sur normalizan.

Este genocidio por goteo es resultado de una creciente desigualdad de la renta, que se traduce en desigualdad vital. Sin embargo, esto no solo ocurre entre el norte y el sur —donde las diferencias en cuanto a las expectativas de vida son notorias—, sino también en el seno de cada sociedad. Si bien en el sur no tenemos investigaciones y estadísticas finas en este último sentido, podemos imaginar su magnitud a partir de lo verificado en algunas sociedades del norte. Así, por ejemplo, el London Public Health Observatory cuantificó la desigualdad vital entre la clase media alta y la más pobre en Londres y estableció una diferencia de diecisiete años de menor longevidad en la última, con mayor incidencia en los hombres; esta desigualdad vital es equivalente a la que existe entre Gran Bretaña y Myanmar.

El endeudamiento aumenta la distancia entre el nivel de vida de las sociedades del norte y las del sur, pero también entre quienes ganan más y menos; no importa que crezca el ingreso per cápita si los coeficientes de Gini también aumentan. Estas diferencias y la creciente violencia en el sur impulsan las migraciones hacia el norte, abren el espacio al tráfico de personas y convierten en cementerios el Mediterráneo y el desierto a Arizona.

Los viejos racismos renacen en el norte porque sus capas poblacionales inferiores sienten que la inmigración amenaza sus ofertas de trabajo, ya reducidas por la preferencia corporativa de mano de obra tercerizada en países subdesarrollados. La alternativa es impedir la migración y garantizar la movilidad horizontal a las personas jurídicas, pero no a las físicas; el trato como persona se reserva para las sociedades comerciales y tampoco para todas, por cierto.

Todo esto nos lleva a invertir la cronología de aparición de los derechos que relata la historia ideológica del norte, según la cual los hay de primera generación o individuales, de segunda o sociales y de tercera, entre los que se cuenta el derecho al desarrollo progresivo. Desde el sur, este último siempre fue nuestro primer derecho humano, tanto cronológica como lógicamente, porque sin independencia no existe posibilidad de desarrollo. De modo que los libertadores fueron los primeros defensores de los Derechos Humanos y, en definitiva, toda lucha contra el colonialismo es por su eficacia real. Esta inversión de la cronología no importa subestimar la vida humana, sino todo lo contrario, porque el actual tardocolonialismo le cuesta al sur los millones de muertos del *genocidio por goteo* del subdesarrollo.

LA INVENCIÓN DE LA REALIDAD

Los voceros de la criminalidad organizada del norte responsabilizan por los desastres de su tardocolonialismo a las poblaciones del sur, presuponiendo que se componen de subhumanos condicionados a la corrupción. Con ello intentan esconder su autoría, convirtiendo en causas los efectos de su propio ejercicio delincuencial de poder.

Semejante distorsión de la realidad es la más marcada característica del tardocolonialismo, que por momentos resulta tan alucinante que parece desfondar la realidad. Su poder no se ejerce ahora invadiendo territorios ni promoviendo ocupaciones al estilo del Vichy regional de seguridad nacional, sino inventando una realidad virtual a veces desopilante. Para ello dispone de los recursos de la revolución tecnológica de las últimas décadas del siglo pasado, tarea que está a cargo de los mencionados partidos únicos de medios de comunicación, quienes emplean métodos de mercadotecnia tan sofisticados como los *big data* y las bandas de *trolls*.

La superioridad tecnológica de los ibéricos en el colonialismo originario no se limitaba a la pólvora, el acero y los caballos, sino que disponían de la comunicación escrita. Durante el neocolonialismo, al menos en nuestra América, los diarios le fueron perfectamente funcionales, e incluso subsisten algunos como tradicionales tribunas de doctrina colonial. Pero ahora el colonialismo tardío dispone de la comunicación digital, cuya refinada tecnología de invención de realidad, de monopolización y de censura es mucho más peligrosa que otrora la imprenta, pues en un mundo virtual que crea realidad existe lo que se incorpora a ese mundo y no existe lo que se ausenta, aunque tampoco existe lo inaccesible por exceso de información. Esta última táctica es la de la vieja chanza. ¿Cómo esconder un elefante? Colocándolo entre quinientos elefantes.

Unas pocas corporaciones transnacionales acaparan esta posibilidad, al tiempo que se van adueñando de los datos de las poblaciones que les interesan y manipulando su voluntad conforme a reglas de mercadotecnia, que venden candidatos como bebidas refrescantes.

No es metafórico que la función de semejantes monstruos monopólicos de comunicación equivale a los partidos políticos únicos de los totalitarismos de entreguerras, pues ellos crean las candidaturas y llevan adelante las campañas electorales de los agentes locales de la macrocriminalidad financiera. Y lo hacen con extrema deshonestidad, valiéndose de *fake news* y múltiples mercenarios que integran las asociaciones ilícitas del *lawfare.* Como en cualquier totalitarismo, pervierten las democracias mediante tácticas que consisten en montarse sobre los peores prejuicios de una sociedad para reafirmarlos y profundizarlos en forma populachera (*völkisch*). Si bien hoy difieren los recursos tecnológicos, en cuanto a contenidos no innovan respecto de los clásicos once principios de Joseph Göbbels. Con esos elementos proyectan la imagen de corrupción de los opositores, para lo cual conforman asociaciones ilícitas con jueces prevaricadores, fiscales corruptos y agentes de los servicios secretos o de inteligencia, al tiempo que ausentan o minimizan los delitos de sus agentes locales.

EL DESBARATAMIENTO CAÓTICO DE LOS ESTADOS

Para colonizar los Estados del sur, la criminalidad financiera del norte los debilita institucionalmente. Uno de sus primeros objetivos es desbaratar los poderes judiciales y someterlos al control de sus agentes locales, lo que resulta polifuncional, pues los jueces también son actores imprescindibles para criminalizar a opositores, pero sobre todo para garantizar la impunidad de sus agentes.

La impunidad selectiva se facilita con estructuras judiciales defectuosas, sensibles a los factores de poder y a las amenazas a la estabilidad funcional, a lo que suele sumarse su composición clasista, los prejuicios de género y racistas compartidos y la burocratización. Todo esto acaba habilitando no solo la persecución política de opositores y disidentes y la impunidad de los agentes locales, sino también, llegado el caso, la violencia policial, las ejecuciones sin proceso, la tortura. Las técnicas de cooptación de operadores judiciales varían, desde las más groseras (amenazas físicas, extorsiones, corrupción y *depuraciones*) hasta otras más sutiles, como explotación de la vanidad e incluso de algunos complejos y neurosis. Uno de los métodos preferidos en el sur es el procedimiento conocido por todos los dictadores consistente en cohechos o pagos, que devienen en futuros instrumentos extorsivos que reducen al sujeto a la condición de rehén.

Estos rehenes son funcionales al descrédito de la política, al punto de haber hecho mediáticamente de la corrupción la nueva emergencia mundial, sumada a las falsas guerras antes declaradas (a la droga, al terrorismo, a la delincuencia, etc.). De este modo, el totalitarismo financiero primero corrompe y luego amenaza a sus corruptos con delatarlos, no sin antes atribuirse el liderato de la lucha contra la corrupción.

El debilitamiento de los Estados se obtiene por varios medios, pero al menos en América Latina el más frecuente es la producción de caos por neutralización de la eficacia preventiva de las policías mediante su autonomización y corrupción; el surgimiento de grupos criminales de autodefensa, justicieros, escuadrones y paramilitares; ejecuciones sin proceso que impulsan a que la delincuencia se organice, y por último la degradación de las fuerzas armadas a funciones policiales. Como resultado de todo esto, los Estados pierden el monopolio del poder punitivo y también de la recaudación fiscal. Finalmente, la criminalidad financiera compromete el respeto de la población hacia las fuerzas armadas y termina corrompiéndolas, con lo que acaba debilitando incluso su defensa nacional. El caos se completa, por supuesto, con otros factores reales, como el aumento de la pobreza, de la desigualdad, del desempleo y de las emergencias sociales.

En estos Estados debilitados, las policías secretas o de inteligencia también tienden a autonomizarse de la autoridad política. Y, dado que ahora casi no existe espacio privado que no pueda ser violado, también son espiados los políticos, convirtiéndolos en rehenes. Además, mientras los servicios secretos de diferentes países se relacionan para su cooperación recíproca, los subdesarrollados crean vínculos de subordinación. No es raro que los agentes propios pasen a ser dobles y cooperadores del debilitamiento de la propia

institucionalidad democrática de sus Estados, incluso haciendo contrainteligencia para otros.

LAS SOCIEDADES DE EXCLUSIÓN

Suele decirse que el objetivo político de la criminalidad financiera organizada del norte es estructurar las sociedades del sur con el 30% de incluidos y el 70% de excluidos. Pero la criminalidad financiera no persigue tal objetivo por mera maldad, sino que es el resultado necesario de su ejercicio de poder tardocolonizador. No obstante, la señalada espiral de menor consumo, menor recaudación y mayor ajuste con menor gasto social no se detiene en el 30% de incorporados, de modo que fijarlo en esa cifra, si bien es gráfico, no deja de ser metafórico.

La criminalidad financiera organizada del norte, con su colonialismo tardío y sus agentes locales, muestra un poder harto inestable, si bien no es posible predecir por dónde ni cuándo se quebrará. Por un lado, el círculo vicioso de endeudamiento del sur con el permanente descenso del nivel de vida de las poblaciones hará que la resistencia se torne cada vez más fuerte y más peligrosamente desesperada, lo que provocará un incremento de la conflictividad social. Por otro lado, el deterioro de los niveles de vida del propio norte aumentará las dimensiones de los "sures" en el norte. No poca importancia irá cobrando la presión de los desplazamientos, hasta ahora no tan masivos, de población del sur al norte, que agudizará la xenofobia de los pobres del norte y acentuará la regresión a viejos racismos genocidas. Tampoco se podrán ignorar las consecuencias de estar rozando los límites de tolerancia ecológica del planeta, que no sabemos hasta qué punto están ya comprometidos. Todo esto sin contar con el realineamiento de las diferentes regiones del planeta en su marco de poder.

Al parecer, el casco del *Titanic* tiene varias brechas, aunque no sepamos por cual entrará más agua para darlo vuelta de campana. De cualquier modo, no es momento de disputar el mejor camarote, sino de comenzar a preparar los botes, porque la experiencia cultural criminal sigue enriqueciéndose con las renovadas violaciones masivas de los Derechos Humanos y los nuevos crímenes del colonialismo tardío de nuestros días.

EL CONTROL SOCIAL TARDOCOLONIAL: HACIA UNA SOCIEDAD CARCELARIA Y SEPULCRAL

La criminalidad organizada del norte no deja de percibir estos riesgos, aunque de momento los oculta valiéndose de tecnología de vigilancia destinada a ejercer el control social y sobre todo con la invención mediática de la realidad paralela, que reemplazó en gran medida las viejas ideologías colonialistas. Si bien estas eran rastreras, la actual no tiene entidad para

legitimar la realidad criminal del presente ni siquiera ante el público del norte. Por ende, la criminalidad colonial ejerce un poder casi puramente mediático, como mercadotecnia para vender un veneno como remedio milagroso.

La invención mediática de la realidad paralela y el poder de vigilancia son dos instrumentos de la criminalidad financiera que no están separados. El poder represivo tiene límites, pese a la gran prisionización que se expande por el mundo, donde se intenta imitar a los Estados Unidos, que en pocas décadas dejó su histórica línea de normalidad y su prisionización superó la de Rusia, que siempre había sido campeona. Con el 5% de la población mundial, llegó a tener el 25% de la población penal del mundo, con más de dos millones de presos, y de ellos la mitad de negros cuando solo representan el 12% de la población total, además de la desproporcionada representación en víctimas policiales.

De todos modos, esta es una forma arcaica de control social, puesto que el que reviste importancia política no es el control represivo sobre una minoría prisionizada, sino el de *vigilancia sobre la población general*. De allí que hoy se haya superado el viejo "fichaje" policial para adoptar una avanzada tecnología de vigilancia y manipulación. Esto puede llevar a una regresiva Edad Media digital. Crímenes como el de las Torres Gemelas, los terrorismos europeos, la propia delincuencia común o los tráficos de los agujeros de mercado tercerizados son explotados por los partidos únicos mediáticos para infundir un pánico que permita instalar el ideal distópico de un mundo civilizado, seguro, repetitivo y no mutable, es decir, un modelo de seguridad cercano al cementerio o al hormiguero.

Se pretende con eso instalar un *control social medieval digital*, volviendo al tiempo en que la vigilancia era del pequeño entorno, los proyectos existenciales adultos eran limitados y no había necesidad de fichaje policial pues todos se conocían. Con la urbanización se diluyó el control medieval de conocimiento directo, los hombres adultos —no las mujeres ni los niños— adquirieron mayor espacio de libertad, y la vigilancia directa se reservó a la etapa infantil y al control misógino patriarcal.

Esta *infantilización* no sería diferente de las de las cárceles y los manicomios, pues toda institución total condiciona una regresión a la infancia o la adolescencia, con el consiguiente deterioro personal del internado. Lo que promueven los partidos únicos de medios es, en definitiva, un control regresivo que intentaría hacer de la sociedad una cárcel, pero con la cooperación positiva de sus presos.

Sin embargo, tampoco estos son recursos omnipotentes, porque con ellos la sociedad no tenderá únicamente a infantilizarse, sino que al mismo tiempo se feudalizará, porque el control tecnológico somete también a los poderosos al poder de un entramado de intereses que liga fuertes corporaciones transnacionales con policías y agencias (secretas) autonomizadas y corruptas.

La actual tecnología de la información, con la manipulación y el espionaje, es bastante siniestra, pero presenta el inconveniente de que en ella deben poner mano demasiadas personas, no vinculadas por un sentimiento de comunidad ni de defensa, sino por dinero, lo que la hace muy endeble e incluso capaz de electrocutar a alguno de sus operadores. La delincuencia tiene códigos muy fuertes cuando está armada para la defensiva, pero eso no existe cuando se la programa para la agresión mercenaria y goza de impunidad. En esos niveles de alta criminalidad, la lealtad no es condición frecuente.

Es obvio que este control social sostendría una exclusión que produciría muertos en gran escala, pero si alguna duda faltaba acerca de la indiferencia de esta criminalidad financiera organizada respecto de la vida humana y de la discriminación planetaria —es decir, que podría llegar a ver con beneplácito la muerte de millones de habitantes del sur—, su comportamiento ante la pandemia es prueba de eso. El avance de la vacunación en los países ricos que la acapararon, su atraso en los pobres y la disputa entre corporaciones lo verifican.

Pero el tardocolonialismo, con su invención de la realidad, intenta pervertir el propio derecho internacional de los Derechos Humanos para convertirlo en un instrumento a esgrimir contra los gobiernos y los movimientos populares del sur, o sea, desvirtuarlo en forma aberrante para utilizarlo como discurso de dominación al servicio de la criminalidad financiera organizada del norte, pretendiendo manipularlo ante los organismos internacionales a los que procura infiltrar y dominar.

El problema es que el derecho internacional de los Derechos Humanos se inauguró en un momento de mucho temor, pero a poco implicó una gravísima contradicción, pues promovió la tipificación internacional de los crímenes que el propio colonialismo sigue cometiendo. De allí que este intente ahora manipular esa tipificación para usarla como justificación de sus crímenes actuales, infiltrando y presionando a los organismos internacionales para que ejerzan su poder sancionador en forma selectiva, es decir, condenando las reales o supuestas violaciones de *los otros* y asegurando la impunidad de las propias, en una tentativa de extender el *lawfare* a la justicia internacional.

El caso más evidente —aunque no el único— es el de Cuba, pues, cualquiera sea la opinión acerca de su gobierno, invocar los Derechos Humanos para legitimar una agresión internacional cuya consecuencia es violar los de todo un pueblo condenándolo a padecimientos, necesidades extremas y privaciones es la máxima muestra del uso perverso de estos derechos.

Pocas dudas pueden quedar acerca de los actuales y denodados esfuerzos por desvirtuar la esencia de los Derechos Humanos, lo que implica zapatear sobre los muchos millones de cadáveres que generaron el horror que impulsa la lucha por su eficacia jurídica a lo largo de

medio milenio. En tren de metafórica calificación patológica, podría decirse sin demasiado margen de error que *el colonialismo tardío no tiende a ser psicótico, sino psicópata.*

BIBLIOGRAFÍA

Daniel Cohen, *Riqueza del mundo, pobreza de las naciones*, Buenos Aires, 1998.

Atilio Borón, *Consolidando la explotación. La academia y el Banco Mundial contra el pensamiento crítico*, Córdoba, 2008.

Alfredo Eric Calcagno y Alfredo Fernando Calcagno, *El universo neoliberal. Recuento de sus lugares comunes*, Buenos Aires, 2015.

Centro Ecumênico de Documentação e Informação, *Dívida externa e Igrejas. Uma visão ecumênica*, Río de Janeiro, 1969.

Noam Chomsky, *¿Quién domina el mundo?*, Buenos Aires, 2017.

Tim Di Muzio y Richard H. Robbins, *Capitalismo de deuda. Una lectura crítica de la crisis mundial del endeudamiento*, 2016 [http://hdl.handle.net/10419/226372].

Celso Furtado, *La economía latinoamericana desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*, México, 1969.

Jason Hickel, *The Divide. A Brief Guide to Global Inequality and its Solutions*, Londres, 2017.

Eberhard Kempf, Klaus Lüderssen y KlausVolk (comps.), *Die Handlungsfreiheit des Unternehmers*, Berlín, 2009.

Harold R. Kerbo, adaptación y revisión técnica de Miguel Requena/Juan Jesús González, *Estratificación social y desigualdad. El conflicto de clase en perspectiva histórica, comparada y global*, Madrid, 2004.

Maurizio Lazzarato, *Gobernar a través de la deuda. Tecnologías de poder del capitalismo neoliberal*, Buenos Aires, 2013.

Hans-Peter Martin, Harald Schumann, *Die Globalisierungsfalle*, Hamburgo, 1996.

Wolfgang Naucke, *El concepto del delito económico-político*, trad. de E. Sarrabayrouse, Madrid, 2015.

Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, 2014.

—, *La economía de las desigualdades*, Buenos Aires, 2015.

Andrés Piqueras, *Las sociedades de las personas sin valor*, Barcelona, 2018.

PNUD, *Objetivos de desarrollo del milenio*, Informe de 2015.

Jerónimo Pinedo y otros, *Políticas de terror. Las formas del terrorismo de Estado en la globalización*, Buenos Aires, 2007.

Robert Reich, *Saving Capitalism*, Londres, 2017.

William I. Robinson, *El capitalismo global y la crisis de la humanidad*, México, 2021.

Bernd Schünemann (comp.), *Die sogenannte Finanzkrise - Systemversagen oder global organisierte Kriminalität?*, Berlín, 2010.

Vandana Shiva, *Fare pace con la terra*, Milán, 2012.

Joseph E. Stiglitz, *Il prezzo della disuguaglianza. Come la società divisa di oggi minaccia il nostro futuro*, Turín, 2013.

Göran Therborn, *La desigualdad mata*, Madrid, 2020.

Eric Toussaint, *Neoliberalismo. Breve historia del infierno*, Buenos Aires, 2012.

Marc-Philippe Weller, *Emergencia y holdouts. La crisis estatal como excepción al pago*, trad. de Manuel Gonzalo Casas y Daniela López Testa, Buenos Aires, 2016.

Gabriel Zucman, *La riqueza escondida de las naciones*, Buenos Aires, 2015.

6
LAS JUSTIFICACIONES DE LA CRIMINALIDAD COLONIAL: EL CAMINO AL DILETANTISMO

PESIMISMO, OPTIMISMO, ONDULACIÓN PENSANTE Y DECADENCIA

El colonialismo puso de manifiesto una terrible agresividad entre los seres humanos (*intraespecífica*) y ahora —como nunca antes— exhibe su brutal vocación de aniquilamiento de todos los otros seres vivos (*interespecífica*). Quien solo se limite a constatar este hecho no podrá menos que concluir en un juicio bastante negativo acerca de la humanidad.

Si el desarrollo de nuestro cerebro sirve para esto, no seríamos una punta de lanza de la evolución, sino un error destinado a corregirse con nuestra desaparición. Aun cuando la pérdida del condicionamiento instintivo por efecto de nuestro nacimiento prematuro dio lugar a las culturas, que cada una de ellas se crea superior a las otras y con el consiguiente derecho a aniquilarlas debería llevarnos a concluir que la cultura, antes que una ventaja, sería un defecto que conduce a la extinción de nuestra especie.

Este pesimismo se confirmaría al constatar que cada etapa colonial pretendió justificar su criminalidad empleando el cerebro humano para producir pensamientos dirigidos a reafirmar la convicción de supuesta superioridad y el consiguiente derecho a cometer genocidios. Además, este objetivo perverso se persiguió de peor modo que el de cualquier asesino o violador serial, puesto que estos por lo general alegan ante los jueces que no pudieron contenerse, o sea que se exculpan pero no se justifican, dicen: "No pude evitarlo", pero no afirman: "Tengo derecho a matar y violar". Los colonialismos, en cambio, lo hacen con esfuerzos intelectuales que pretenden disfrazar su crueldad con ropajes nobles. El asesino serial, quizás inconscientemente, busca el castigo, y su disculpa no es otra cosa que su confesión, pero los colonialistas se sienten orgullosos de haber matado a millones de personas y, además, ahora niegan la progresiva destrucción de nuestra única morada cósmica y racionalizan el suicidio al que quieren arrastrarnos a todas y a todos.

Nuestro destino estaría sellado si nuestro cerebro solo sirviese para justificar nuestros crímenes y nuestro suicidio específico, que tampoco se darían por separado porque, de ser cierto que el poder político consiste en elegir al enemigo y aniquilarlo —como lo pretendía Carl Schmitt— y de esa manera el propio ser se definiría por contraposición —soy el que mata al otro—, cumplido el objetivo de aniquilar al otro se dejaría de ser. Es decir que el crimen sería al mismo tiempo un suicidio.

Sin embargo, si bien los discursos legitimantes de los crímenes del colonialismo son productos del cerebro humano, no lo son de todos los seres humanos, puesto que la

justificación criminal es solo de los genocidas, es decir, de algunos criminales, pero no de las víctimas, que también son humanas y piensan. Si la mayoría de la humanidad victimizada no piensa como sus victimarios, que son unos pocos humanos con poder pero una minoría de la especie, al menos sabemos que el pensamiento genocida no es un producto inexorable del cerebro humano, sino de su uso perverso por un grupo poderoso de humanos criminales.

Por otra parte, incluso dentro de esa minoría, si bien por miedo, también se registran algunos brotes razonables, como el que permitió la positivización del derecho internacional de los Derechos Humanos. Todo indicaría que, ante hechos demasiado atemorizantes, el cerebro deja de emitir justificaciones, al menos cuando sus propias balas le rebotan cerca.

Es sabido que cuanto más irracional es un ejercicio de poder menor nivel de elaboración admite el discurso que pretende legitimarlo, lo que hizo que el propio pensamiento colonialista, a lo largo de medio milenio, sufriera una marcada ondulación de intensidad, que a partir de cierto momento muestra una aguda caída del nivel de elaboración. Esto demuestra que el humano tiene una limitada capacidad de pensamiento criminal, lo que sin duda es otra buena noticia.

No fue muy alto el nivel del que partió el pensamiento que intentaba racionalizar los crímenes del colonialismo originario hace medio milenio, pues no hacía más que arañar y pegotear retazos de discursos teológicos y filosóficos en lo que hoy llamaríamos "fuera de contexto". Sin embargo, con el racionalismo de la Revolución Industrial, se elevó hasta alcanzar su punto de inflexión, a partir del cual fue decayendo a balbuceos diletantes, burdos, groseros, simplistas, con los que se pretendió legitimar los genocidios neocoloniales, para pasar a la incoherente ilusión de una Tercera Guerra Mundial y, finalmente, caer aún más bajo en el desagote subterráneo del diletantismo del actual colonialismo tardío y su genocidio por goteo.

Vista esta cuestión desde la perspectiva de la antropología filosófica —la respuesta a "¿quién soy?"—, se observa que estos discursos comenzaron instándonos a pensarnos como entes trascendentes, para pasar luego a que nos asumiéramos como seres racionales. Pero de allí cayeron para indicar que debíamos concebirnos como un conjunto de células determinadas por la evolución, luego como soldados de un incomprensible Occidente y acaban ahora diciéndonos que somos unos seres despreciables, pues nos ilusionamos con la libertad cuando en realidad estamos determinados por la ley de oferta y demanda. Desde el "¿quién soy?" antropológico, el panorama decadente del pensamiento colonialista no puede ser más desolador.

Por supuesto que esta dinámica de las ideologías colonialistas se limita a los discursos hegemónicos o *epocales* correspondientes a cada tramo de su poder. Si bien es posible pervertir cualquier concepción —sea idealista o realista, materialista o espiritualista— para

subhumanizar o inhumanizar a *los otros*, a nuestro efecto nos centramos en las tesis dominantes en cada etapa colonial. Por ende, omitimos las más finas o más groseras —si las hubiere— que no hayan hecho época y, más aún, las insólitas combinaciones o confusiones intentadas, porque todas ellas son como esas prendas que se muestran en las vidrieras pero que nadie compra y, cuando pasa la temporada, se liquidan a mucho menor precio o se regalan.

LAS CASAS CONTRA SEPÚLVEDA: NACE LA IDEA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Queda claro que San Agustín y Santo Tomás no tuvieron nada que ver con la legitimación del colonialismo porque no lo conocieron, y nadie es responsable de lo que hagan con sus escritos siglos después. Cuando de libros escritos por teólogos que murieron cientos de años antes se recortan trozos sueltos para justificar crímenes, como por ejemplo se hace en el *Malleus Maleficarum*, el resultado es un discurso político que podemos llamar "teocrático", porque se disfraza de autoridad divina.

En el colonialismo originario, encuadró en esta corriente el discurso legitimante de Juan Ginés de Sepúlveda —conocido como "el amputado"—, quien, como muchos, se hizo famoso únicamente por haber sido en Valladolid el contradictor de una fuerte personalidad, que en este caso fue fray Bartolomé de las Casas.

El discurso de Sepúlveda en esa polémica no solo tenía por objeto justificar el poder criminal colonizador, sino que glorificaba a los asesinos, los violadores y los ladrones elevándolos a la condición de héroes que llevaban el Evangelio a los "homúnculos antropófagos", de quienes se decía que realizaban sacrificios humanos como ofrenda a sus ídolos, productos de Satán, el *enemigo*. Es sabido que todos los colonizadores divulgaron *fake news* para imputar crímenes a los americanos, los africanos y los asiáticos y atribuirse así el derecho de matarlos.

Es obvio que Sepúlveda pervertía el sentido general de sus fuentes porque degradaba a su Dios a la condición de un ídolo sangriento que ordenaba asesinar masivamente a quienes no lo adoraban. No obstante, no puede negarse que para recortar y pervertir textos también es necesario cierto ingenio y elaboración y, si bien Sepúlveda no demostró gran habilidad en eso, lo cierto es que sus conclusiones no difieren en sustancia de las de Hegel, con quien, como veremos más adelante, la elaboración del discurso legitimante alcanzó su relativo nivel de máxima fineza más de dos siglos después.

Para Sepúlveda, la guerra era justa en cuatro hipótesis: cuando era defensiva, cuando tenía por objeto recuperar lo robado, cuando respondía a una ofensa sufrida y, por último, cuando se llevaba a cabo contra quienes se conducían contrariando lo que llamaba el "derecho natural". Por supuesto que su derecho natural era lo que su decisión política le

indicaba, o sea, el derecho de matar y despojar mediante una guerra a quien no compartiese su cultura, por considerarlo no del todo humano.

Como no puede haber una conducta justificada contra otra también justificada, para este teócrata los indios carecían del derecho a defenderse legítimamente contra quienes los agredían. La condición de homúnculos que les asignaba justificaba la guerra contra ellos y los privaba de cualquier derecho a una acción defensiva contra los criminales que los mataban, violaban a sus mujeres, robaban su oro y sus tierras y los sometían a servidumbre.

Este discurso de justificación del colonialismo originario, si bien no demasiado elaborado, tuvo dos efectos importantes. El primero fue que sentó una idea que se mantendría a lo largo de todas las posteriores etapas del colonialismo y en todos los continentes: *por no compartir la cultura del colonizador, el originario es inferior y carece de todo derecho a defenderse.* Hegel elaboró mejor esta idea; los racistas positivistas evolutivos o involutivos la biologizaron; los que alucinaban la Tercera Guerra la envolvieron en una nube de incoherencias, y los idólatras del mercado la arrastraron por el fango pensante. Es decir que todos sostuvieron la premisa sentada por Sepúlveda, aunque este lo haya hecho con un bajísimo nivel de elaboración discursiva.

El segundo efecto, mucho más importante que el primero, es que se le opuso el discurso de fray Bartolomé de las Casas, que sentó la premisa del respeto al otro, nada menos que la esencia misma del discurso de los Derechos Humanos, contrapuesto hasta hoy a las sucesivas variables de la originaria justificación criminal de Sepúlveda. Frente a la aparición de los crímenes mundiales y a su legitimación grosera, fue Las Casas el primero que la negó a partir del respeto que se debe a todo ser humano por su condición de persona, es decir que se plasma en un discurso por primera vez la premisa que frente a los mismos crímenes habrá de recoger siglos después el derecho internacional.

El *Tratado de las doce dudas*, de Las Casas, es una sentencia más contundente que cualquiera de la mejor Corte de Derechos Humanos actual, con una universalidad que ni siquiera bordearon los iluministas de dos siglos posteriores, que no se alejaron mucho de Sepúlveda, puesto que también reservaron los derechos para los pobres en melanina de su propia cultura y ni siquiera para todos ellos.

Al reivindicar la igualdad del indio como ser humano por el mero hecho de ser tal, el discurso lascasiano se adelantó más de cuatro siglos a la Declaración Universal. En función de esta premisa, en sus respuestas a las *dudas* reclamaba el respeto al derecho de propiedad de los indios y denunciaba a los encomenderos, sostenía que los españoles debían devolverles todo lo que les habían robado —los tesoros, el rescate pagado por Atahualpa, los tributos, las chacras— e incluso que debían devolver lo cobrado quienes habían prestado servicios pagados con beneficios injustos tomados de los indios. Afirmaba que debían restituirse los productos de las minas, lo hurtado de las sepulturas incas, lo sacado

de las huacas, las tierras que les habían usurpado y sus templos, aunque se hubieran construido iglesias sobre ellos.

Pero Las Casas llegó al máximo desafío al discurso legitimante cuando afirmó que quienes cometieron esas atrocidades contra los indios se convirtieron en paganos. Es obvio que su Dios no era el ídolo sangriento de Sepúlveda, sino el que le ordenaba el respeto al otro, abarcando con esto incluso el respeto a su religión, pues se refería a toda clase de infieles, cualquiera fuese la secta o creencia que practicasen, para lo cual invocaba el derecho de gentes. Sostenía que a los indios se los podía invitar a convertirse, pero nada más, porque consideraba su supuesta idolatría una suerte de error, pero en modo alguno un pecado. No pretendía con esto ninguna superioridad, sino que su afirmación e invitación correspondían a lo que ahora entendemos como libertad de cultos, es decir, el derecho a pensar que el otro no está en posesión de la verdad religiosa, pero siempre y cuando —al igual que Las Casas— no por eso se pretenda imponerle la propia.

Pero fray Bartolomé fue todavía más lejos, pues como visionario se dio cuenta del desastre por el que marchaba la humanidad con los crímenes del colonialismo. En su testamento lanzó una profecía según la cual, en razón de los asesinatos cometidos en América, "Dios ha de derramar sobre España su furor y su ira". La profecía se cumplió sobradamente, pues el oro de América acabó quebrándole su imperio y, mucho más adelante, su estructura fosilizada derivó en la sangrienta guerra civil del siglo XX. También en el siglo pasado, la profecía lascasiana se corroboró respecto de toda la Europa que se lanzó a cometer iguales crímenes por el resto del planeta. Y, de no detener el curso actual, corre el riesgo de caer sobre toda la humanidad.

La obra de Las Casas tuvo influencia en Europa, incluso fue traducida y utilizada por la resistencia contra los españoles en Flandes. No obstante, no se ha destacado lo suficiente que en el famoso debate con Sepúlveda quedaron trazados los dos caminos ideológicos: el de superioridad cultural, inherente a las legitimaciones del colonialismo, y el de rechazo frontal a esa pretensión, sobre la base del respeto al otro, propio de los Derechos Humanos.

El pensamiento lascasiano permeó el libro de Felipe Guamán Puma de Ayala, *Primer nueva corónica y buen gobierno*, escrito hacia 1615, donde describe —en castellano y en quechua— la visión indígena andina y propone, al igual que Las Casas, que los gobernadores y regentes no sean otros que aquellos que elijan los pueblos conforme a sus derechos y tradiciones. El libro estaba dedicado al monarca español, pero se perdió, y ahora se encuentra una copia en la Biblioteca Real de Dinamarca. Aunque no se haya difundido en su tiempo es un documento de gran valor como fuente de información, pero también porque en algunos aspectos es superior a los actuales instrumentos internacionales que procuran garantizar democracias.

Parece haber una contradicción entre reconocer la autoridad del monarca español y la soberanía de los pueblos, pero no puede ignorarse que Las Casas invoca el derecho de gentes y la idea de *Monarchia Universalis* de su época. A primera vista no parece claro que pueda haber autogobierno y monarquía universal, pero si se observa más detenidamente, esta última sería una suerte de *garantía mundial de orden y no una legitimación de usurpación*. Esta compatibilidad no es muy diferente de la que, en otros términos y en el siglo XX, se plantea entre el poder de la ONU y la soberanía de los Estados.

A la luz del discurso de Derechos Humanos lascasiano, se plantea un problema respecto de nuestros derechos positivos vigentes, que solo podemos señalar aquí, pero que deja abierto un enorme interrogante: ¿acaso su legitimidad se asienta en un genocidio expropiador? En nuestra América no hubo nada análogo al mencionado Tratado de Waitangi neozelandés de 1840, de modo que nuestra filosofía jurídica debería hacerse cargo de que el título original de nuestros derechos positivos —en especial del derecho de propiedad— es un crimen de *genocidio para robar.*

Si bien puede argüirse que la famosa norma fundamental de Kelsen (*Grundnorm*) se reemplaza por otra cuando ese derecho pierde validez, no puede dejar de observarse que las sucesivas *Grundnormen*, lejos de reparar el título criminal de la primera, lo incorporaron y ratificaron. No deja de ser complicado que hasta la actualidad la legitimación de todos nuestros derechos positivos se asiente en la validez jurídica otorgada y ratificada por homicidios para robar (*criminis causa*), hoy conminados con las máximas penas por el mismo orden jurídico que los tiene como *Grundnorm* fundante de su legitimidad.

Pero, volviendo a la importancia del discurso lascasiano y al debate de su tiempo, no cabe duda de que allí quedaron trazadas las dos líneas que mantienen vigencia hasta el presente. No obstante, tampoco debe pasarse por alto otra discusión menor en la época, respecto de la naturaleza de la supuesta inferioridad del colonizado. Aun cuando los colonizadores no dudaban de ella, se preguntaban cuál era su origen porque en su contexto ideológico no podían negar que los indios descendían de Adán y Eva. Así, afirmaron que eran judíos, remontándose a Jafet —hijo de Noé—, aunque también a los cananeos, expulsados por Josué en el siglo XIII a.C., o a alguna de las diez tribus perdidas por la conquista asiria en el año 722 a.C. Siglos después, en *El libro de Mormón*, se los describe como un grupo disperso de la torre de Babel y de los judíos del Mar Rojo del 586 a.C., pero como los hubo malos y buenos, y los malos derrotaron a los buenos, Dios los castigó oscureciéndoles la piel. Por cierto, los colonizadores nunca estuvieron faltos de imaginación subhumanizante.

La discusión más relevante entre los colonizadores originarios gira en torno a la llamada "leyenda de Tomás de América", según la cual el apóstol Tomás, después de pasar por la India, habría seguido viaje hasta este continente. Esa leyenda circuló por Perú, Paraguay y México. Diego Durán, al que mencionamos como un obsesivo enemigo de los sincretismos, observó similitudes entre las religiones azteca y cristiana, se preguntó sobre la leyenda y

buscó pruebas, que no encontró. Otros consideraron tales a pisadas petrificadas o las numerosas cruces prehispánicas que se encuentran en todo el mundo indicando los puntos cardinales o los vientos, sin contar con que la pirámide es su proyección tridimensional.

El problema era que, si el apóstol Tomás había llegado a América y los indios habían rechazado el mensaje cristiano, estos serían apóstatas, en tanto que, si no habían recibido ningún mensaje cristiano, eran simples infieles. La respuesta decidía poder, pues los apóstatas eran materia de la Iglesia o de la Inquisición y los infieles lo eran del príncipe cristiano que debía adoctrinarlos.

Pero la opción de esta leyenda se repitió a lo largo de los siglos en diversas versiones, según se considerara que la inferioridad de los colonizados obedecía a que les faltaba evolucionar (infieles) o que habían involucionado (apóstatas). En el primer caso, los colonizadores debían ayudarlos a elevarse hasta llegar a ser plenamente humanos, y en el segundo, a detener su caída y a impedir que en ella arrastrasen a otros.

En síntesis, en el debate ideológico del colonialismo originario, ante todo, *se marcó la nítida diferencia entre el discurso legitimante de los crímenes del colonialismo y el deslegitimante propio de los Derechos Humanos*, pero, además, en el primero se señalaron los dos senderos de las futuras legitimaciones, según la inferioridad del colonizado se atribuyera a insuficiencia evolutiva o a decadencia involutiva. De este modo quedaron trazadas las líneas maestras de toda la discusión ideológica de los quinientos años posteriores.

EL IDEALISMO COLONIZADOR

Cuando las burguesías europeas competían con las noblezas, exaltaban la razón, la libertad y la igualdad. Conforme a estos valores debieron rechazar el colonialismo, pero no lo hicieron porque en realidad querían volverse hegemónicas en sus naciones para extender el colonialismo sobre el resto del mundo. Esto explica que en pleno Siglo de las Luces se traficara más de la mitad de todos los esclavos, entre otras cosas porque los productores antillanos eran un factor de poder en Francia; Voltaire mismo era un decidido racista.

Como se sabe, en el Iluminismo convergieron dos vertientes ideológicas: el racionalismo y el empirismo. Desde el racionalismo, el propio Immanuel Kant afirmaba la existencia de pueblos salvajes y decía que los germanos eran capaces de percibir la belleza; los franceses e ingleses, un poco menos, y los africanos, casi nada. Desde el empirismo, David Hume también sostenía la inferioridad de los negros.

Si bien algunos *iluminados* objetaban el colonialismo, lo hacían por razones humanitarias, pero no por considerar a los originarios sus iguales ni tampoco daban el salto al anticolonialismo, salvo alguna temprana y excepcional voz europea, como Michel de

Montaigne en sus *Ensayos* de 1580. Pero las inevitables contradicciones entre el igualitarismo burgués y el colonialismo dieron lugar a varias paradojas, como por ejemplo que Pedro I de Rusia ordenase comprar tres esclavos para educarlos y demostrar que eran iguales a los jóvenes rusos. Uno de ellos fue un ingeniero militar y bisabuelo de Aleksandr Pushkin.

Para seguir con las paradojas, en el siglo XIX, Karl Marx —todavía demasiado hegeliano— hizo una interpretación de la colonización de la India según la cual este país no tenía historia, como no fuese la de sus colonizadores, y por lo tanto se preguntaba si era preferible una India conquistada por los persas o los turcos o los rusos o los ingleses. En este sentido, creía que Inglaterra había sido un instrumento inconsciente de la historia que la había puesto en el mundo. No menos particular era su opinión sobre nuestra independencia, en especial de Simón Bolívar.

Tampoco dejaba de ser paradójico que el discurso anticolonialista más enérgico fuese el de Adam Smith y sus seguidores, pues entendían que el monopolio del comercio con las colonias era negativo para la dueña de los mares, más favorecida con la libertad de comercio que con el peso de las colonias —algo que, desde su perspectiva imperial, no parecía errado—. El consejo parece haberlo seguido pragmáticamente Gran Bretaña con nuestra América.

Pero, paradojas aparte, lo cierto es que para sostener conjuntamente el Iluminismo (o el liberalismo político) y el colonialismo era necesario justificar la exclusividad de los derechos para los blancos excluyendo a negros e indios colonizados. Para eso se siguieron diferentes caminos ideológicos, y la vía del idealismo, con su particular relato de la historia, alcanzó su más refinada expresión en las famosas *Vorlesungen* (*Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*), de Georg Wilhelm Friedrich Hegel, aunque algunos anticolonialistas como Fanon no lo traten tan mal.

Hegel era un racionalista muy particular porque, a diferencia de Kant, para quien la razón era una vía de conocimiento —y, por ende, no infinita—, para Hegel era el motor infinito que impulsaba el espíritu (*Geist*) de la humanidad, por lo que algunos lo consideran un romántico. Hacía nacer ese espíritu en Europa, en concreto en Grecia, pues no se habría manifestado en las civilizaciones anteriores a la europea (china, india, egipcia, fenicia, babilónica, judía, etc.). No tomaba en cuenta a los orientales, por teocráticos; a los árabes, por mestizos aculturados, fanáticos, decadentes y sensuales sin límite; a los judíos, por estar sumergidos en el servicio riguroso, y a los latinos, en la propia Europa, por no alcanzar el nivel de fineza del mundo germánico.

Según su relato, América era el "nuevo mundo", ni siquiera geológicamente muy maduro. En esto seguía al naturalista del enciclopedismo francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, según el cual aquí todo era débil, los animales y los humanos, porque las

montañas corrían al revés que en Europa y cortaban los vientos, haciendo que todo fuese húmedo. La humedad debilitaba a los animales que se traían de Europa e incluso a los propios humanos blancos.

Para Hegel, los indios eran tan débiles que, desde el desembarco de los europeos, fueron pereciendo al soplo de la actividad europea. Sin embargo, casi a renglón seguido reconoce que este soplo había exterminado a millones de humanos, cuya inferioridad se manifestaba en todo, incluso en la estatura, agregando que vivían como niños, que se limitaban a existir, lejos de todo lo que significara pensamientos y fines elevados. Por ende, nuestra historia comenzaría con la llegada de los europeos, aunque Hegel tampoco incorporaba en esa historia a los originarios, sino que los daba por extinguidos, pues afirmaba que "solo quedan pocos descendientes de los primeros americanos".

En cuanto a los africanos, no solo les negaba historia, sino humanidad, pues "en su carácter no se puede hallar nada que suene a humano". El África subsahariana sería "algo aislado y sin historia, sumido todavía por completo en el espíritu natural, y que solo puede mencionarse aquí, en el umbral de la historia universal". En su opinión, estaban mejor esclavizados que en sus tribus.

Esta visión radicalmente eurocéntrica se basaba en varios hechos falsos. El primero —del que ya nos hemos ocupado— es que Europa era poderosa a fines del siglo XV. Pero otro no menor es que el espíritu había nacido en Europa, opinión común a todos los románticos alemanes, que hacían nacer la filosofía en Grecia para poder considerarse sus herederos, como si nadie hubiese pensado antes.

Según esta narración, por no se sabe qué razón, con los griegos habría surgido un *espíritu*, que más bien parece un espectro pues ante su soplo casi se extinguieron millones de niños indolentes y débiles. Nada había sido producto de la explotación ni de las infecciones.

De todas formas, no puede negarse que su relato del idealismo racista presentaba un considerable nivel de elaboración teórica, como corresponde al refinamiento filosófico de Hegel, pese a lo cual llegaba a la misma conclusión que Sepúlveda, aunque por vía dialéctica.

En efecto, conforme a la dialéctica hegeliana, el *Geist* o espíritu de la humanidad avanza triádicamente, pasando por tres momentos: el subjetivo o tesis —el humano se hace consciente de su libertad—, el objetivo o antítesis —se relaciona con otro ser humano también autoconsciente— y el absoluto o síntesis —que no hace a nuestra cuestión—. Como el derecho solo se refiere a relaciones entre humanos autoconscientes de su libertad, quien no supere el primer paso o momento subjetivo no podrá actuar con relevancia en el derecho, que corresponde al momento objetivo. Por ende, como los indios y los negros no

llegaron al momento del espíritu subjetivo —no son autoconscientes—, no pueden actuar con relevancia jurídica, es decir que no pueden defenderse legítimamente.

Los *no autoconscientes* hegelianos equivalen, pues, a los homúnculos de Sepúlveda. Los únicos que pueden actuar en el derecho son los blancos y siempre que compartan la cultura de Hegel, porque serían los únicos conscientes de su libertad, entendida conforme a su derecho natural —en este caso, supuestamente racional—. Así, Hegel señalaba el curso de la historia humana como una flecha disparada hacia el futuro, con la razón motorizando su peligroso *Geist* eurocéntrico.

Frente a los grandes relatos —como el hegeliano— es necesario tener en cuenta que el porvenir suele ser incierto. Todos podemos imaginar cursos futuros de la humanidad, pero siempre considerándolos esbozos sometidos a continua rectificación. Cuando, al estilo de Hegel, se les otorga validez absoluta, con la certeza de lo inexorable —vislumbrado solo por unos pocos iluminados—, con frecuencia se cae en un despotismo que acaba en hecatombe.

Todos los iluministas y racionalistas reservaban las ideas de libertad y derechos para los blancos de las burguesías europeas, pero el máximo esfuerzo por superar la contradicción explicando la exclusión elitista fue de Hegel. Cabe aclarar que no por eso debe creerse que las ideas de la burguesía europea carecieron de efectos positivos sobre los colonizados, dado que nuestros libertadores lavaron su cáscara de racismo y se preguntaron: "¿Por qué no a nosotros?". De este modo hicieron propias estas ideas después de depurarlas de racismo, es decir que la deslegitimación metropolitana de la nobleza sirvió a la pulsión independentista que se alzó contra el colonialismo originario de América y le puso fin.

Algo similar sucedió más tarde en otros continentes, pues en la Segunda Guerra Mundial se luchó por los valores igualitarios que los colonizadores reservaban para sus pobres en melanina y, aunque no se lo propusieron, por vía de los que participaron en la contienda o de quienes tomaron partido a su favor, esa axiología llegó a buena parte de las poblaciones colonizadas. Y, como era de esperar, estas también se preguntaron por qué no a ellas. A su pesar, fue inevitable el impacto del discurso mundial de los aliados sobre los pueblos colonizados. La historia ideológica de los filósofos es verdadera, pero solo a condición de señalar esta particular pirueta.

En cuanto al propio Hegel, su planteo de un motor que impulsa a la humanidad sigue siendo interesante, aunque por cierto no reservado a Europa ni nacido exclusivamente en Grecia, sino manifestado como motor de la resistencia de todas las culturas victimizadas con violaciones brutales de los Derechos Humanos, que sobreviven y luchan a lo largo de quinientos años de colonialismo. El espíritu (*Geist*) no estaría impulsando la colonización, sino la resistencia de sus víctimas. Veremos más adelante que, en este sentido, es posible e incluso esclarecedor poner a Hegel "patas arriba", algo imposible de hacer con ninguno de

los decadentes relatos posteriores, de los que nada puede rescatar la razón, ni siquiera para revertirlos argumentalmente.

EL DILETANTISMO COLONIZADOR EVOLUTIVO

La burguesía europea, una vez empoderada, cayó en la cuenta de que su propio "festival de libertad política" iluminista podía ser aprovechado tanto por los proletarios europeos como por los colonizados y, por eso, consideró que los pobres metropolitanos tampoco superaban el momento subjetivo: *la libertad europea debía reservarse a sus burgueses*.

Pero el discurso hegeliano era muy complicado para su divulgación masiva. Se requería algo ramplón y solo podía formularlo un diletante. De allí que se clausurara el festival igualitario y se negara directamente la libertad, pues el ser humano pasó a ser considerado desde el punto de vista puramente zoológico. Se apeló a un reduccionismo biologista radical, y el pensamiento europeo cayó en un pozo pues se mezclaron algunos juicios apresurados de Darwin sobre las "razas inferiores" con afirmaciones médicas aventuradas de su tiempo. Y esa confusión se impuso como paradigma, o sea, como un marco dentro del cual se podía ser conservador, liberal o socialista, pero si alguien negaba el reduccionismo biologista tenido por científico, era marginado de las academias del norte y del sur colonizado, estigmatizado como "metafísico" o "animista".

Si bien este paradigma venía preparándose con bastante anticipación por los médicos, el gran diletante fue Herbert Spencer, ideólogo del imperialismo británico. El evolucionismo en versión spenceriana fue un grosero reduccionismo, para el cual la especie humana progresaba por selección natural, en la que los más débiles perdían y eran eliminados, y sobrevivían los más fuertes, que eran los que se reproducían en individuos también fuertes, recomenzando el ciclo. Como era de imaginar, los débiles que iban quedando en el camino debían sucumbir, lo que Spencer consideraba inevitable porque afirmaba que todo evoluciona en razón de catástrofes. Con ello trasladaba a la sociedad el *catastrofismo* geológico.

Como los más evolucionados eran los burgueses, estos debían ayudar a la selección natural de los colonizados y del proletariado metropolitano, biológicamente atrasados, y cuidarse, sobre todo, de que el Estado no la interfiriera o demorase. Por eso, no se debía ayudar a los pobres en la metrópoli ni siquiera con la filantropía, como tampoco evitar la muerte de los hambrientos en la India —de los que se apiadó muy poco— porque los que murieran serían los débiles, pero quedarían los más fuertes para reproducirse y hacer evolucionar la raza. Así, este ingeniero ferroviario y auténtico diletante escribía estas simplezas que sirvieron para justificar los genocidios de colonizados en el sur y la represión y el maltrato de pobres en el norte: era irremisible que los débiles debiesen morir.

Pero hay más aún, pues en cierto momento consideraron que en el norte zoológicamente evolucionado se producían algunos accidentes biológicos que hacían nacer a ciertos individuos atávicos, con las características de los colonizados. Eran los delincuentes natos del norte, a los que se prisionizaba o mataba. Si así se trataba a los *involucionados* del norte, igual trato debía depararse a los *todavía no evolucionados* del sur, lo que explica que las colonias fuesen inmensas prisiones, a las que también se relegaban algunos molestos.

Como entre los humanos de las clases pobres del norte abundaban delincuentes, que según sus valores estéticos eran feos por su semejanza con los colonizados, y como las *macroprisiones* o colonias eran ocupaciones policiales de territorios, los europeos no solo relegaron a algunos sujetos molestos a estas, sino que reimportaron a sus barrios suburbanos la misma técnica colonial de ocupación policial y crearon las policías europeas.

Es verdad que con el idealismo romántico de Hegel se podía llegar a resultados parecidos a los de Spencer, pero lo cierto es que obligaba a pensar, en tanto que el de este último no exigía mucho pensamiento. Por ese motivo, entre el racismo idealista del filósofo y la grosería zoológica del diletante tuvo mucho mayor *rating* el último, que cundió con el nombre de "positivismo".

En nuestra América se adueñó de las academias y legitimó la masacre de indios. El diario oficial del porfirismo mexicano, que se llamaba *Libertad*, tenía por lema positivista "Orden y progreso", y mucho antes de 1917 llamaba "comunistas" a los indios sublevados. Francisco Bulnes, ideólogo del régimen, afirmaba la insensatez de que el ser humano "es lo que come" y, en consecuencia, había tres razas según la alimentación: la del trigo, la del maíz y la del arroz; al parecer, los africanos no comían.

El discurso acerca de la existencia de una raza biológicamente superior estaba dirigido a la propia población metropolitana y a los colonizados blancos, como sustento de los nacionalcolonialismos imperiales. Para mostrárselo, en la Exposición Universal de Bruselas, que tuvo lugar en 1897, se montaron escenarios y zoológicos de indios y negros con trescientos africanos expuestos, y hubo un millón de visitantes; la Exposición Comercial de Berlín, de 1896, contó con cien africanos; en la de París de 1889, en celebración del centenario de la Revolución Francesa, se expusieron cuatrocientos africanos —y un aviso de que no les arrojasen comida—. Y lo mismo ocurrió en las de Marsella de 1906 y 1922, en las de París de 1907 y de 1931, esta última en respuesta a la del British Empire de Londres de 1924, con treinta y tres millones de visitas. En los Estados Unidos se llegó a comprar a un pigmeo para exhibirlo. Se los obligaba a representar; negros sonrientes ofrecían bananas —plato de lujo en el norte— en las exposiciones. De este modo se reforzaba el nacionalismo, y las poblaciones metropolitanas se convencían de su superioridad frente a los subhumanizados como también del noble objetivo de los genocidios.

En cuanto al mestizaje, Hegel elogiaba a los ingleses porque lo evitaban, pues luego los mestizos reclamarían la independencia. El positivismo también se opuso al mestizaje aunque sin esta sinceridad, aduciendo que no se podían mezclar filos lejanos porque de ello resultaban desequilibrados morales. Se apoyaba en la teoría de la degeneración de la especie humana de Bénédict-Auguste Morel, uno de los fundadores de la psiquiatría francesa, recogida luego por la escuela psiquiátrica colonialista de Argelia y en América por algunos autores reduccionistas biológicos, como Raimundo Nina Rodrigues en Brasil o Carlos Octavio Bunge en la Argentina, pero sin mucha influencia sobre la realidad del fenómeno incontenible del mestizaje debido a la menor selectividad sexual demostrada por los colonizadores de nuestro sur. Nuestras oligarquías a veces idealizaron alguna falsa imagen abstracta del mestizo, pero siempre despreciaron a los de carne y hueso porque eran menos *dóciles* que los indios y negros *puros*.

Para colmo, este paradigma de racismo diletante tenía fama de progresista debido a su anticlericalismo, cuando en realidad era en extremo reaccionario. Con toda razón escribió el historiador uruguayo José Pedro Barrán que entre una madre de comunión diaria y un padre médico y ateo no hubiese surgido ningún conflicto acerca de la educación de los hijos porque lo que para ella era pecado para el padre era antihigiénico. Por eso en esta confusión hubo también socialistas colonialistas y racistas, como en el Congreso de la Segunda Internacional de Stuttgart en 1907.

Este racismo cundió entre los intelectuales de nuestra América de este período. El guatemalteco Carlos Samayoa Chinchilla, que no en vano fue secretario del dictador Jorge Ubico —agente de la United Fruit Company—, sostenía que el indio había cumplido su misión y era menester extinguirlo. Laureano Gómez, presidente de Colombia, afirmaba en 1928 que donde hay negros hay desorden porque es una raza inferior, mientras que allí donde hay blancos hay orden. José Ingenieros repudiaba el indigenismo, lo consideraba propio de dictadores sudamericanos. Pretendía una sociedad de blancos y hasta proponía un expansionismo de la raza blanca a partir de la Argentina. Hasta la última parte del siglo pasado, los códigos penales de Bolivia y de Perú consideraron inimputables a los indios. Gabriel García Márquez, con ironía y perspicacia, observaba que el retrato de Bolívar se iba blanqueando, y se podría agregar que el de San Martín se fue *desindianizando*.

Estas opiniones —muchísimas académicas—, si bien son injustificables, no podrían ni siquiera explicarse sin comprender el tremendo poder de un paradigma, que implica el formateo mismo del sujeto cognoscente. Por eso, no solo fueron positivistas algunos socialistas, sino que los propios africanos reaccionaron con un contradiscurso que en alguna medida quiso poner a Spencer "patas arriba", pero que no escapaba al mismo paradigma. La idea de negritud y el panafricanismo, bastante difundida como respuesta a la prédica racista, no dejaba de resaltar las virtudes biológicas de la riqueza en melanina. Tuvo como antecedente a fines del siglo XIX a Edward Wilmot Blyden, un intelectual liberiano que

actuó en Sierra Leona y que postulaba la vuelta a África. Pero el movimiento propiamente dicho apareció en la década de 1930 por obra de Léopold Sédar Senghor y Aimé Césaire. Muchas veces no queda claro si hablaban de raza o de cultura, aunque el propio Senghor cita a Gustave Le Bon, un racista horripilante. Luego, Cheikh Anta Diop, un antropólogo senegalés, agregaría la tesis —nada descabellada— de que los egipcios eran negros.

A este paradigma o jaula del pensamiento, cerrado por un diletante y no por un científico, lo precedió una antropología evolucionista inventada por médicos que había ocupado el lugar de los filósofos en el liderato pensante del norte: James Cowles Prichard, el más conocido médico antropólogo anterior a Darwin, sostenía que Adán era negro y sus descendientes se blanquearon; Franz Joseph Gall, el médico alemán radicado en Austria que inventó la frenología, afirmaba que su cráneo era superior, y los otros, inferiores. Además, el arte había fijado valores estéticos de *belleza blanca buena* y *fealdad colonizada mala.* Spencer metió todo eso en una bolsa y la cerró con su nudo diletante, cuyo simplismo facilitó la divulgación "científica" por todas las usinas coloniales de reproducción ideológica.

EL DILETANTISMO COLONIZADOR INVOLUTIVO

La disyuntiva de la leyenda de Tomás se reiteró en el diletantismo biologista, pues así como Spencer mostraba una flecha evolutiva disparada desde el simio hasta la burguesía inglesa, que avanzaría dejando morir o matando a los pobres y colonizados débiles, no faltó la posición *involutiva*, según la cual el humano provenía de una raza superior, pura y perfecta, que se degradó al mezclarse con inferiores que halló a su paso. Si para Spencer era menester impulsar la flecha, para los involucionistas lo era frenar la decadencia biológica de la humanidad blanca.

Si Hegel y Spencer se colocaban en la punta de la flecha evolutiva —posición incómoda si la hubiese—, los involucionistas se ubicaban en la más alta plataforma de los menos mezclados de la originaria raza pura y desde allí procuraban detener la decadencia biológica de la especie.

El racismo biologista involutivo sumó al diletantismo un gran despliegue de fantasías, basadas en el mito de una raza aria perfecta, que nunca se supo de dónde provenía pues como máximo la situaban entrando en la India por el norte. El único fundamento cierto es el aportado por el filólogo y orientalista Max Müller sobre el origen indio de las lenguas europeas, pero de allí se dedujo que debió existir una lengua madre aria hablada por una raza aria, lo cual carece de toda prueba porque no se sabe cómo se produjeron las migraciones, cuestión harto discutida hasta hoy por los arqueólogos.

Algunas de estas ocurrencias sobreviven ahora en grupos ocultistas, mezcladas con Quetzalcóatl y guaraníes vikingos o alienígenas aterrizando en las pistas de Nazca, pero en la primera mitad del siglo pasado no fueron juegos de minorías urbanas aburridas o de literatura fantástica, sino que sirvieron para legitimar millones de asesinatos.

Según el mito ario, la raza superior se habría conservado más pura entre los pueblos con mayor influencia germánica, lo que fue asumido por todos los nacionalcolonialismos (los sajones ingleses, los francos franceses, los visigodos ibéricos, etc.). En el siglo XVIII francés discutían entre la corte de Versalles y las noblezas provincianas quiénes eran los verdaderos descendientes de los francos. Del mito ario se salvó solo Italia, pues el fascismo optó por el mito imperial romano.

La formulación explícita del mito —como no podía ser de otro modo— también fue obra de un diletante francés, el conde Joseph Arthur de Gobineau, un diplomático al que le asignaron como destino de castigo la embajada ante la corte de Río de Janeiro, donde afirmaba que el único ario con quien hablar era Pedro II, pues los demás eran todos mulatos, a los que creía destinados a desaparecer porque la hibridación esterilizante les impediría la reproducción —vaticinio errado, por cierto—. Su carrera diplomática acabó al fugarse con la mujer de un colega, y su producción era la de un novelista mediocre, pero su obra de mayor éxito fue *Essai sur l'inégalité des races humaines*, publicada a mediados del siglo XIX. Allí sostenía que las razas puras ya no existían, pero, según el grado de conservación de caracteres germánicos, en cada pueblo se distinguía una capa superior más aria y con vocación para los grandes ideales —en la que obviamente se situaba el autor—, otra con predominio de la raza amarilla y con vocación para el comercio y una tercera con influencia negra, que eran los desordenados habitantes de los suburbios de las grandes ciudades. De este modo, *el clasismo se explicaba por el racismo*, al tiempo que legitimaba la hegemonía antidemocrática de los más arios. Cabe hacer notar que a esta invención respondió en 1885 el antropólogo haitiano Joseph-Anténor Firmin, conocido como Anténor Firmin, en un libro titulado *De l'égalité des races humaines*.

No obstante, Gobineau no se manifestaba antisemita y tampoco defendía la esclavitud, pero solo porque contrariaba los finos sentimientos de su alta capa racial; el cristianismo era para él una creación tan genial de su estamento que hasta los negros podían comprenderlo.

Esta novela del conde francés de dudosa nobleza napoleónica fue retomada y reelaborada por otro diletante, Houston Stewart Chamberlain, un inglés tan germanófilo que adoptó la ciudadanía alemana y se casó con la hija menor de Richard Wagner. En 1899 publicó dos tomos pletóricos de delirios pangermanistas: *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts* (*Los fundamentos del siglo XIX*), en que afirma que el judeocristianismo —encarnado en San Ignacio de Loyola— era el enemigo de la humanidad, por lo que sostenía la insólita hipótesis de que Jesucristo era ario, que sería la contracara de las religiones de resistencia

anticolonial africanas que lo conciben negro. Guillermo II repartió esa obra entre sus altos oficiales, y cuando en 1927 Chamberlain murió, Hitler asistió a su funeral.

Esta suerte de antropología de libre imaginación pangermanista no terminó allí, sino que el diletante nazi Alfred Rosenberg publicó *Der Mythus des 20. Jahrhunderts*, en el que a todo lo anterior le sumaba la cruz gamada y promovía la vuelta a los dioses nórdicos. El régimen no lo adoptó oficialmente para evitar nuevos conflictos con las Iglesias tradicionales, pero tuvo bastante prensa favorable. Rosenberg fue condenado a muerte y ejecutado en Núremberg porque como ministro de los territorios ocupados había dispuesto la muerte de dos millones de personas. Pero el racismo pseudorreligioso llegó a su punto máximo con un verdadero desequilibrado mental llamado Helmut Nicolai, que inventó una desopilante filosofía del derecho nazi cuya premisa afirmaba que las razas habían sido fijadas por Dios, cada una con su propio sentimiento de justicia biológicamente condicionado.

DERIVAS DEL BIOLOGISMO RACISTA

El paradigma racista biologista o zoológico se impuso en las academias del mundo y dio lugar a afirmaciones irracionales y contradictorias, tanto en su versión evolutiva como en la involutiva. Así, mientras Sarmiento en la Argentina decía que no era bueno para la democracia el cruce de una raza estancada en la Edad Media con otra paleolítica, Nicolás Palacios en Chile sostenía que la mezcla de godo y araucano aportaba "un valor humano superior". Más tarde, chilenos afines al régimen nazi reivindicarían su ascendencia visigoda.

Las narraciones del racismo involutivo suelen impresionar como más aberrantes que las del evolutivo, pero eso es resultado de que el primero tuvo mayor difusión como *colonialidad* porque legitimó el colonialismo británico y —sobre todo— el llamado "capitalismo salvaje", al punto que hasta se le reconoce una posición importante en el origen de la presentación académica de la sociología.

Cabe advertir que el biologismo tuvo también varias derivaciones trágicas. Una de las más violatorias de Derechos Humanos fue la eugenesia negativa, procedente de la invención del perfeccionamiento de la raza por la selección de los mejores realizada por Francis Galton y seguida por Karl Pearson en Inglaterra, que pasó a la práctica en los Estados Unidos desde 1897 con consecuencias terroríficas, pues en la mayoría de sus estados se sancionaron leyes de esterilización, seguidas por otras análogas europeas y tardíamente, pero con singular empeño, implementadas por el régimen nazi, donde se pretendió crear una rama jurídica.

Cientos de miles de personas (toxicodependientes, ciegos, sordos, pacientes psiquiátricos, oligofrénicos, epilépticos, gays, originarios, etc.) fueron esterilizadas en función de esta

patraña explotada por un nazi norteamericano que convencía a viudas para financiar sus campañas. Además de los Estados Unidos, sancionaron leyes de esterilización Suecia, Japón, Suiza y Gran Bretaña. Un efecto tardío en el sur fueron las esterilizaciones forzadas de unas trescientas mil mujeres en el Perú, entre 1990 y 2000, bajo el régimen Fujimori.

Pocas dudas caben acerca de que también fue una consecuencia del reduccionismo biológico la masacre de pacientes terminales y psiquiátricos del nazismo. Con anterioridad a ese régimen, en 1920 se había publicado un tétrico panfleto póstumo de un famoso jurista, Karl Binding, que teorizaba acerca de la necesidad de eliminar las *vidas sin valor vital*.

La difusión académica de los diletantismos racistas sufrió un golpe de gracia cuando en 1950 la Unesco, repitiendo palabras del biólogo Julian Huxley, declaró: "Los graves errores ocasionados por el empleo de la palabra 'raza' en el lenguaje corriente hacen deseable que se renuncie completamente a él cuando se aplica a la especie humana y que se adopte la expresión 'grupos étnicos'".

EL TENUE VELO IDEOLÓGICO DE LA SEGURIDAD NACIONAL

Debido a su descalificación académica, los discursos diletantes del colonialismo racista se llamaron a silencio en la posguerra, de modo que el neocolonialismo quedó ideológicamente a la intemperie. Pero, como *todo poder requiere un discurso*, los franceses en Indochina y en Argelia echaron mano de una endeble legitimación que supuestamente les permitía creer que eran protagonistas de una Tercera Guerra Mundial, consistente en una suerte de inversión del trotskismo, pero que no llegaba a configurar un sistema mínimamente orgánico de ideas.

Por eso, la llamada "doctrina de la seguridad nacional" no alcanzó el nivel de una ideología. Se nutrió de retazos inconexos de confusas ideas del siglo XIX, propias de la época de Dreyfus, del integrismo católico extremo, del monarquismo, de las incoherencias de Charles Maurras o de nostalgias de Vichy. Y para mayor confusión también convergieron en ella antiguos gaullistas que se sentían traicionados.

No existió una concepción antropológica que proporcionase coherencia ideológica al conjunto pues se trataba de una simple cuestión de orgullo herido: los militares franceses querían ganar su alucinada Tercera Guerra Mundial porque habían hecho un papelón en la segunda con su famosa Línea Maginot, considerada inexpugnable, lo que acabó en el vergonzoso régimen de Vichy. Era todo de una simpleza extrema: si los otros no respetaban el derecho, ellos tampoco debían respetarlo. En eso consistió el vacío teórico de la guerra contrarrevolucionaria, de la que acabó haciéndose cargo el terrorismo de Raoul Salan.

Los militares que llevaban adelante la guerra colonial en Argelia y la minoría francesa local se consideraron defensores de un concepto de Occidente que no era el tradicional, opuesto a un Oriente fruto de cierto respeto del eurocentrismo hacia las culturas orientales, sino que para ellos Oriente era sinónimo de marxismo, como si Marx y el marxismo no fuesen occidentales. No había una concepción antropológica; no se sabía quién era ese humano "occidental y cristiano".

El máximo intento de elaboración de este cocido de retazos de ideas lo ensayó el *Kronjurist* del *Dritte Reich*, Carl Schmitt, que desde lo profundo de la España franquista defendió a Salan enunciando su teoría del partisano. Según esta teoría, la *guerra de guerrillas* es una guerra sucia, no la guerra limpia (de caballeros) regulada por el derecho internacional humanitario; tampoco es un delito sometido al derecho penal. Las guerras del colonialismo francés, por ende, no serían jurídicas ni antijurídicas, sino ajurídicas. Y, como fuera del derecho no hay reglas, todo vale. Pero ni siquiera Schmitt —sujeto de aguda inteligencia perversa, por cierto— atinaba a decir quién era ese imaginario *caballero de la guerra limpia*.

La orfandad antropológica de esta grosería del último episodio letal del neocolonialismo, que lo relataba como "la lucha por el mundo libre, occidental y cristiano", fue retomada por los norteamericanos cuando reemplazaron en Vietnam a los franceses y simplificaron simplezas en manuales que repartieron a los oficiales de nuestras fuerzas armadas desde la Escuela de las Américas en Panamá.

Esta invención de una Tercera Guerra Mundial y la defensa de los indefinidos valores occidentales y cristianos, importada del norte de África con retoques vaciadores del vacío ideológico, fue el endeble sustento de las dictaduras de seguridad nacional centro y sudamericanas. Como desde la posguerra no se podía negar que se trataba de graves violaciones masivas de Derechos Humanos, se ensayó el argumento de que los Derechos Humanos eran el arma ideológica del "bloque rojo". Sería sobreabundante detenerse en los absurdos que se vertieron en discursos de la época, pues la oquedad ideológica siempre se rellena con sinsentidos.

LA ACTUAL IDEOLOGÍA NEGADORA DE DERECHOS HUMANOS: EL AUTODENOMINADO "NEOLIBERALISMO"

Con el relato de la "guerra sucia", las variables de las narraciones colonialistas habían tocado el piso de la degradación pensante. Sin embargo, algunos economistas se hicieron cargo de la orfandad antropológica del colonialismo y asumieron el papel de diletantes políticos, inventaron su *homo economicus* y, de este modo, retomaron el camino de las simplezas reduccionistas de Spencer, Gobineau, Chamberlain y Rosenberg, aunque en el

fondo no hicieron más que resucitar al primero, solo que como un pálido cadáver convenientemente maquillado.

La circunstancia de que varios de estos economistas ostenten el Premio Nobel no obsta a que en lo político y filosófico sean diletantes. El que posean un profundo conocimiento de algo no los autoriza a considerarse expertos en todo, pues es sabido que el entrenamiento especializado en ver un objeto es, al mismo tiempo, un entrenamiento para no ver el resto. Uno de los evangelistas de la actual idolatría del mercado rechaza las críticas que se le dirigen admitiendo expresamente que su discurso es político y no económico, o sea que es un diletante en ciencia política.

Estos economistas muestran un aparato matemático para sostener que su ciencia no es social, pero al saltar al terreno político e ideológico caen en un vacío extremo, demostrativo de su absoluta orfandad ideológica, que desemboca en la soberbia del más puro *reduccionismo economicista*. La antropología filosófica que da sustento a sus concepciones ignora el curso del pensamiento humano en su totalidad y pretende anular todas las disciplinas de la conducta, pues de ser verdad que nuestras elecciones siempre responden a la ley de la oferta y la demanda estarían sobrando la psicología y la sociología y se resolverían por completo los problemas del sujeto. Como el humano queda reducido a la condición de un *animal que busca riqueza*, no solo muestra un nivel de elaboración inferior a sus precedentes, sino que también anuncia grados de delirio antes nunca alcanzados.

Su antropología filosófica es refutable incluso por introspección, pues nadie puede concebirse a sí mismo como un *homo economicus*, alguien que decide su vida en todos los órdenes conforme al criterio de la oferta y la demanda, construyéndose mediante su exclusivo esfuerzo (meritocracia) como si existiese sin sociedad.

Basta rasgar suavemente su precaria superficie para descubrir al viejo Spencer: los mejores son los que saben aprovechar el mercado, los otros pierden si no aprenden a hacerlo. Cualquier interferencia con el poder del mercado es totalitarismo, real o potencial. Solo hay libertad donde el capital es libre de hacer lo que quiere y el Estado es mínimo, casi inexistente, solo ocupado de la policía, aunque también sería sano privatizarla. "Se trata de un pensamiento pobre, repetitivo, que propone siempre las mismas recetas frente a cualquier desafío que se presente", señala hoy con razón el Papa.

Este paupérrimo relato que se autodenomina "neoliberalismo" reemplaza ahora las anteriores narraciones del colonialismo, que confrontan con los Derechos Humanos postulando la idolatría omnipotente y fundamentalista del mercado, la antropología del *homo economicus* y la meritocracia. Dicho de otra manera: quien en nuestros días procure argumentos contra los Derechos Humanos no debe hacerlo basándose en las neutralizaciones de valores ensayadas desde Sepúlveda hasta *Mein Kampf* ni en los alegatos del fiscal Andréi Vyshinski, sino en el discurso del reduccionismo económico, promovido

por economistas que, en el colmo del diletantismo, teorizan en política y filosofía con la delicadeza de un tractor sin conductor.

Reiteramos que, si por ideología debe entenderse un sistema más o menos armónico de ideas, dado el simplismo del *reduccionismo economicista* del autodenominado "neoliberalismo", es dudoso que alcance el nivel de una verdadera ideología porque, además de las razones ya señaladas, se muestra como demasiado "cortado a la medida" de la legitimación de la macrocriminalidad financiera organizada del hemisferio norte, al punto que en definitiva solo se lo pueda sintetizar como la burda negación de los Derechos Humanos, tal como lo expresó con gran sinceridad Ludwig von Mises, uno de sus mentores originarios, al sentar la premisa diametralmente opuesta a la de estos: a *todo ser humano es persona*, le contrapuso sin tapujos *nadie tiene ningún derecho por el hecho de haber nacido*. Textualmente dice: "Se parte siempre de un error grave, pero muy extendido: el de que la naturaleza concedió a cada uno ciertos derechos inalienables, por el solo hecho de haber nacido". Es esta la mejor e insuperable síntesis negadora de los Derechos Humanos.

LOS DILETANTES DE LA OMNIPOTENCIA DEL MERCADO

El antecedente de esta idolatría de mercado fue la jurisprudencia de la Corte Suprema de los Estados Unidos en el siglo XIX, revertida en las décadas siguientes, según la cual sería menester dejar absoluta libertad para acumular riqueza, sin imponer impuestos progresivos sobre la renta ni el capital e incluso permitiendo los monopolios, pues esas medidas darían lugar a que los peores votasen a demagogos, dificultando o retardando la acumulación de riqueza en la parte más creativa de la sociedad, que un día la derramaría hacia abajo.

La misma tesis fue expuesta como novedad en 1943 por Friedrich von Hayek, el otro evangelista austríaco de la idolatría del mercado, economista y Premio Nobel, en un panfleto titulado *Camino de servidumbre*, en el que se cuida de hacer mención al antecedente. En ese escrito, reimpreso y difundido publicitariamente por sus fieles en millones de ejemplares, mezcla y confunde todo, con saltos lógicos y falsas genealogías ideológicas. Así, identifica al Estado de Bienestar con el socialismo, dice que el nazismo y el fascismo son socialismos y que toda intervención en el mercado es nazismo. Entra en contradicción consigo mismo pues, si el New Deal era una semilla de nazismo, no tendría sentido estar con los aliados. Afirma que el individualismo fue cultivado por los ingleses, a diferencia del racismo organicista de los alemanes —omite toda referencia a Spencer—; glorifica la superioridad cultural británica, que opone a la alemana —omite el Iluminismo alemán—; sostiene que, hacia 1870, Gran Bretaña estuvo en el camino del liberalismo y del hombre libre *metafísico* —justamente en los años de las hambrunas indias y las invasiones a China—, sin contar con que el pragmatismo de Jeremy Bentham no era metafísico. Es obvio que no menciona los relatos de Charles Dickens.

En ese mismo escrito sostiene que el peor monopolio es el del Estado, pues al privado no lo considera tan grave. Afirma que el pleno empleo es un sueño y que no es cierto que el monopolio destruya la pequeña empresa. Niega que haya leyes que rigen la sociedad, pero enuncia su propia ley, la de obediencia a la omnipotencia del mercado.

Afirma que cualquier intervencionismo económico lleva a la dictadura, que toda interferencia en el mercado acaba en la planificación centralizada y el totalitarismo; o sea que, para este economista disfrazado de politólogo, Keynes y Stalin serían más o menos lo mismo. En cuanto a la precariedad laboral, sustenta la particularísima opinión de que la incertidumbre acerca del futuro fomenta la creatividad y además la considera necesaria, en lo que se ve claramente al viejo Spencer: en ella sobreviven los fuertes, que son creativos, y perecen los débiles, carentes de iniciativa.

A medida que se lee su panfleto, queda claro que su crítica tiene como blanco al estalinismo, pero sin mencionarlo, pues identifica la planificación económica y el totalitarismo solo con el nazismo y el fascismo. Para ello caracteriza falsamente a estos regímenes, porque para afirmar que eran socialismos habría que sostener un concepto muy diferente de lo que suele entenderse por tal, negar la persecución nazi a los socialdemócratas alemanes y pasar por encima de los cadáveres de Giacomo Matteotti y Rosa Luxemburgo, entre otros muchos miles o millones.

Es incuestionable que el modelo de Estado al que dirige sus críticas es el estalinista, pero resulta curioso que no lo mencione. Al reeditar este texto años después lo reconoce, y sorprende explicando en el prólogo a la nueva edición que no lo había mencionado porque en ese momento el estalinismo era aliado, o sea que confiesa su deshonestidad intelectual y la manipulación oportunista de su discurso pseudocientífico.

Si bien es más que obvio que no fue lo mismo el estalinismo que el nazismo, siendo innecesario recalcarlo —entre otras cosas, porque esta equiparación implicaría que hubiese dado lo mismo que el nazismo ganase la guerra—, no es menos cierto que, en la coyuntura de Hayek, lo correcto hubiese sido guardar silencio, pero no ocultar al destinatario de su crítica y menos aún hacerlo mediante una deformación conceptual llevada al límite de identificar socialismo con nazismo.

La tesis central que orienta todo este evangelio de la idolatría del mercado es que el liberalismo político solo es compatible con la absoluta libertad del mercado, pero Hayek no puede ocultar su vocación antidemocrática y elitista cuando afirma que la planificación siempre tendrá el apoyo de las gentes de nivel bajo de la sociedad, dado que son estas las únicas que pueden agruparse en torno de consignas simples, en tanto que la gente *como él* —siempre el narrador colonialista en la punta de la flecha— es más diferenciada y poco proclive a sumarse *a la masa*.

No explica qué haría en caso de triunfar la mayoría de gente de bajo nivel, lo que años más tarde respondió con inmejorable lógica Milton Friedman, el líder de la Escuela de Chicago, cuando asesorando a la dictadura de Augusto Pinochet optó por la imposición forzada del respeto científico a la ley del mercado; o sea, ni democracia ni liberalismo político, sino mercado.

Cabe agregar que en ningún caso los evangelistas de esta idolatría del mercado mencionan el colonialismo; lo ausentan por completo, sin que sea posible desentrañar si lo consideran un hecho del pasado, si ocultan la versión actual que legitiman o si, por el contrario, no lo pueden encajar en la simpleza de su discurso.

Ludwig von Mises se refiere despectivamente a los países subdesarrollados atribuyéndoles la culpa de su condición por no abrir sus fronteras al capital ni permitir que este se acumule, agregando que "ya Occidente hizo bastante procurando, durante repetidas décadas, iluminar la vía correcta". Según su opinión, estos deberían malvender su soberanía económica al mejor postor para que los capitales afluyan al sur, lo que la experiencia enseña que nunca sucede porque el capitalismo financiero es centrípeto y no centrífugo, o sea que succiona pero no produce. La lluvia de capitales productivos, prometida por los agentes de la criminalidad organizada financiera del norte, nunca llegó al sur. Y la cesión de la soberanía económica de los Estados del sur solo sirvió para llevarlos a la quiebra o *default* por obra delictiva de sus agentes.

Esta idolatría de mercado se originó en la Sociedad Mont Pelerin, fundada en Suiza por los años cuarenta, entre otros por los mencionados economistas austríacos, con cuyas banalidades postulaban distintas intensidades de reducción del papel del Estado, llegando hasta el anarquismo (anarcocapitalismo) y, en lo jurídico, con el llamado "análisis económico del derecho", que pretende medir econométricamente la eficacia de las normas.

Su fase más rutilante fue encabezada por el mencionado Milton Friedman desde Chicago, que impactó en nuestras dictaduras de seguridad nacional (Argentina y Chile) y en algunos gobiernos posteriores (México) y predomina hoy en nuestra América, asegurando que los coeficientes de Gini se mantengan en su alto nivel, siempre en espera del "derrame". Sus efectos —como hemos visto— se traducen en astronómicos endeudamientos externos, mientras que en el orden interno se privatiza todo —incluso la previsión social—, se derogan leyes laborales (flexibilización laboral) y se monta el sistema impositivo sobre igualdad de pobres y ricos basado en el consumo y no en la renta ni en el capital. Esta última es la única igualdad que postula. Por supuesto, se garantiza la total desregulación financiera.

No se requiere mucho para percatarse de que la acumulación indefinida —ni siquiera sostenida por el viejo John Locke— es una *huida ante la angustia de la muerte*, que al querer eludirla la abraza. Ese fantoche antropológico por temor a la muerte se entrega a Tánatos,

llegando a negar la realidad ecocida de sus crímenes. Este discurso parece ser la proyección de la neurosis de sus divulgadores, pues sin descartar la civilizatoria freudiana cabe preguntarse si acaso, dado que desconoce todo límite ético, no se tratará de una psicopatía política.

LA ESQUIZOFRENIA EN LAS CIENCIAS SOCIALES

No por azar, esta perversión del discurso académico es bastante similar en economía y en derecho, pues el reduccionismo economicista comparte un fondo común con el normativismo jurídico extremo, que consiste en hacer de ambas disciplinas saberes lógicos ajenos a todo dato de la realidad social y, por ende, inmunes a toda verificación o cuestionamiento político democrático.

El economista Murray Newton Rothbard, discípulo norteamericano de von Mises, llama despectivamente "positivistas" y "empíricos" a quienes descalifican una teoría económica en razón de sus efectos reales: así, afirma que en economía *la única prueba de una teoría es la corrección de sus premisas y su cadena de razonamiento lógico*, a lo que denomina "metodología praxeológica".

Este método les permite descartar o no tomar en cuenta las cosas del mundo y señalar a quienes se atrevan a negar su ciencia económica —ya no economía política—, como demagogos oportunistas, que desconocen la omnisciencia lógica del ídolo del mercado, que todo lo resuelve con la absoluta libertad de la infinita acumulación de riqueza.

En forma análoga, el normativismo jurídico radical imputa de reduccionismo sociológico o degradación política de la ciencia jurídica a quien se atreva a introducir en la doctrina algún dato molesto de la realidad social, como discriminaciones, selectividades y subhumanizaciones. El neokantismo jurídico, al concebir el mundo como un caos en que pone orden *el valor* y, por ende, decide los datos que pasan a formar parte de la construcción jurídica y cuáles se excluyen de esta, si bien no niega el mundo, filtra su realidad para que no moleste demasiado.

Cabe recordar que algunos cultores de las ciencias sociales, en especial en la posguerra, pretendieron sacar patente de científicos duros imitando el método de la física (fisicalismo), pero la pretensión de que la pura completividad lógica —no contradicción interna— sea el único criterio de verdad de una teoría no es fisicalismo, dado que, si bien algunas teorías físicas no son verificables —como las cosmologías muy aventuradas—, no se debe a razones metodológicas, sino a una dificultad práctica o técnica incluso superable en el tiempo.

Por ende, este reduccionismo lógico frente al mundo real más bien es narcisismo, omnipotencia, autoritarismo y, en definitiva, totalitarismo, porque tanto en economía como

en derecho la premisa es antidemocrática: *mi ciencia debe preservarse de toda decisión de cualquier mayoría ignorante y, por tanto, si entre mi ciencia y la mayoría de esas personas de bajo nivel que se pliegan fácilmente a las consignas simples llegase a surgir alguna contradicción, debe negarse la decisión de la mayoría y primar mi ciencia aséptica, no contaminada por la política ni por la ideología y, por ende, no sometida a decisiones democráticas; mis críticos son ideólogos y políticos, yo soy científico*.

Es verdad que muchas veces hubo convicciones vulgares que chocaron con los conocimientos científicos y lo siguen haciendo —los antivacunas de hoy—, pero se trata de choques con lo verificable y no con meras construcciones lógicas. Algunas teorías acerca de la existencia de las brujas o de la superioridad de la raza aria pueden no estar exentas de completividad lógica, justamente, porque la no contradicción o coherencia interna es la característica propia de todo delirio bien sistematizado. Por eso, imponer a los demás y por la fuerza el delirio propio nunca es otra cosa que totalitarismo. Y, justamente, lo curioso es que la economía del socialismo real, objeto central de las críticas de los neoliberales originarios, también pretendía ser científica y, sin embargo, implosionó, no sin antes incurrir en los errores de las hambrunas culposas chinas del gran salto adelante o en la dolosa ucraniana, por ejemplo. Aplicando la misma metodología praxeológica de los autodenominados "neoliberales", estas consecuencias no debieran tomarse en cuenta. Quizás esto explique cómo en los llamados "países del este", que también creían basarse en leyes económicas que estaban más allá de las decisiones de las mayorías, se pasaba del cientificismo supuestamente marxista al neoliberal con sorprendente rapidez y sin escalas.

Según este relato, el fundamentalismo de mercado y la esencia puramente lógica del derecho mostrarían verdades tan inconmovibles como que la tierra gira alrededor del sol, por más que la mayoría ignorante de individuos inferiores haya creído durante siglos que el sol giraba alrededor de la tierra: la diferencia que ignoran es que la tesis copernicana no solo es lógicamente coherente, sino también verificable.

Sin verificación empírica, su versión de la economía y del derecho pasarían a ser saberes a los que los humanos debemos someternos como a las leyes de la física. O, mejor dicho, someternos a los *sabios de esas ciencias*, que asumen el papel de diletantes panfletarios en otras que ignoran, pero con cuyo discurso legitiman en las academias y agencias de reproducción ideológica el poder de la macrocriminalidad organizada del hemisferio norte.

En este sentido, según estos sabios que abjuran de Galileo Galilei, si la realidad no responde a la teoría, es la realidad la que se equivoca, y debe aguardarse a que se adecue a la teoría, puesto que siempre recurren al argumento de que no se aplicó esta última con suficiente ortodoxia o se interrumpió su curso antes de tiempo. Esto casi siempre es resultado de alguno de sus previsibles desastres, a los que suelen despreciar como meros datos empíricos que no descartan el valor de verdad de sus perfectas construcciones lógicas.

LA OMNIPOTENCIA DEL SOLUCIONISMO TECNOCRÁTICO

La muerte de millones de personas no inmuta a los omniscientes economistas en atuendo de politólogos, ni siquiera en una pandemia. Sin embargo, producida una crisis bancaria en razón de una macroestafa, consideran correcto que los Estados paguen un millón de millones de dólares para salvar a los bancos estafadores, intervencionismo que no consideran autoritario. Nada de esto debe extrañar en el discurso político de estos diletantes —como buenos seguidores de Spencer—, pero tampoco faltan ulteriores delirios cuya magnitud no registra antecedente, pese a que nunca han faltado en la historia de las ideas.

El desvarío parece extremarse a medida que se vuelve innegable el cambio climático y se admite la hipótesis de que la sociedad antagónica —con el metafórico 70% de excluidos y su total libertad de mercado— pueda acabar con los humanos, panorama frente al que se afirma que merced a un creciente solucionismo tecnocrático se salvaría el 30%, convertidos en transhumanos inmortales cósmicos.

Así, la tecnología recombinaría los genes para crear humanos resistentes a los virus fabricados por los ecocidas, cuyas células se comprarían del mismo modo que los repuestos electrónicos. También se injertarían calculadoras en el cerebro para volverlos *ciborgs* inteligentes, cuyos registros cerebrales se pasarían a discos rígidos y surgirían transhumanos inmortales que se enviarían a poblar planetas a miles de años luz. Esta confusión de realidad e imaginación —esencia de todo delirio— no solo concibe un mundo feliz, sino la felicidad cósmica universal.

Este sería el futuro de los incluidos como transhumanos felices, después de haber dejado perecer a los humanos débiles, según las aspiraciones cósmicas de los visionarios del solucionismo tecnocrático. Todo esto resulta de una mezcla grosera de las cosmovisiones de la física moderna con algunas buenas obras de ciencia ficción y gratuitas afirmaciones de la inminencia de tecnologías que, en verdad, demorarían siglos o milenios en estar disponibles si se invirtieran en eso millones de millones de dólares. Su antecedente más directo son las imaginerías del *cosmismo* ruso (Nikolái Fiódorov, Aleksándr Bogdánov y otros) de las primeras décadas del siglo pasado. Por increíble que parezca, no falta literatura académica que anuncia este paraíso cósmico del neoliberalismo, con su fantoche del *homo economicus*, al que no debe impedírsele que se convierta en el transhumano privilegiado. No hubo otro delirio político —ni el nazi— que volase tan alto.

Cabe agregar que también hay otra distopía del solucionismo tecnocrático que no proyecta matar al 70%, sino valerse de electricistas del cerebro para inocuizar desde niños a los futuros desviados indóciles. No es la primera vez que se pretendió resolver todo mediante el último aporte de la biología o de la psicología, como se hizo con el darwinismo para subhumanizar, con la endocrinología para inventar biotipos, con el psicoanálisis para

deformarlo eliminando la culpabilidad, o con la genética para pretender que el cromosoma atípico confirmaba la tesis del criminal nato.

No parece que los electricistas de la nueva distopía proyecten neutralizar la violencia de los gerentes de las corporaciones transnacionales ni de sus agentes tardocolonizadores, como los anteriores no pensaron hacerlo con los líderes de treinta años de guerras mundiales ni con los criminales colonialistas, sino que más bien están pensando en neutralizar a las víctimas que quieran resistir sus macrodelitos.

Por cierto, no se trata de negar el incuestionable valor de los aportes de la paleontología, la endocrinología, el psicoanálisis, la genética, ni ahora de las neurociencias. Pero casi nadie recuerda los despropósitos de los apresurados *pseudocientíficos* de moda que postularon la solución de todos los problemas del mundo sobre la base de esos conocimientos. Siempre que se celebra un nuevo progreso científico, algunos diletantes invitados se embriagan, pero luego las ciencias quedan y los ebrios siguen bebiendo de fiesta en fiesta.

BIBLIOGRAFÍA

Germán Arciniegas, *América en Europa*, Bogotá, 1980.

José Pedro Barrán, *Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos. La invención del cuerpo*, Montevideo, 1995.

Joseph W. Bendersky, *Carl Schmitt teórico del Reich*, Bolonia, 1989.

Edwin Black, *War Aganist the Weak. Eugenics and America's Campaign to Create a Master Race*, Nueva York, 2004.

Buffon, *Del hombre. Escritos antropológicos*, México 1986.

—, *De l'homme. Histoire naturalle*, Introduction de Jean Rostand, París, 1971.

Francisco Bulnes, *El provenir de las naciones latinoamericanas ante las recientes conquistas de Europa y Norteamérica*, México, s.d.

Houston Stewart Chamberlain, *Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts*, Múnich, 1906.

Eduardo Devés Valdés, *El pensamiento africano subsahariano desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad*, Buenos Aires, 2011.

Jordi Díaz Marcos y Miguel García Guerrero, *Átomos y moléculas. Nanotecnologías para cambiar el mundo*, Madrid, 2021.

Luc Ferry, *La revolución transhumanista. Cómo la tecnomedicina y la uberización del mundo van a transformar nuestras vidas*, Madrid, 2018.

Alberto Filippi, *Constituciones, dictaduras y democracias. Los derechos y su configuración política*, Buenos Aires, 2015.

Carta Encíclica Fratelli Tutti del Santo Padre Francisco sobre la fraternidad y la amistad social, Vaticano, 2020.

Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*, México, 1982.

—, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, 1978.

Arthur de Gobineau, *Essai sur l'inegalité des races humaines*, París, 1967.

Boris Groys (comp.), *Cosmismo ruso. Tecnologías de la inmortalidad antes y después de la Revolución de Octubre*, Buenos Aires, 2021.

David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, 2007.

Friedrich von Hayek, *Camino de servidumbre*, Madrid, 2011.

Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, 1980.

Franz Hinkelammert, *Totalitarismo del mercado. El mercado capitalista como ser supremo*, México, 2018.

Morton Horwitz, *The Transformation of American Law. The Crisis of Legal Orthodoxy. 1870-1960*, Oxford, 1992.

José Imbelloni, *La segunda esfinge indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*, Buenos Aires, 1956.

José Ingenieros, *La evolución de las ideas argentinas*, Buenos Aires, 1961.

—, *La evolución sociológica argentina. De la barbarie al imperialismo*, Buenos Aires, 1910.

Michio Kaku, *El futuro de la humanidad. La colonización de Marte, los viajes interestelares, la inmortalidad y nuestro destino más allá de la Tierra*, Madrid, 2021.

Cesare Lombroso, *L'uomo delinquente in rapporto all'antropologia, giurisprudenza ed alle discipline carcerarie. Delinquente nato e pazzo morale*, Turín, 1884.

Marx/Engels, *Acerca del colonialismo*, Moscú, 1980.

Achille Mbembe, *Crítica de la razón negra*, Buenos Aires, 2016.

James McCearney, *Maurras et son temps*, París, 1977.

Ludwig von Mises, *La mentalidad anticapitalista*, Madrid, 1995.

Helmut Nicolai, *La teoría del derecho conforme a la ley de las razas. Lineamientos de una filosofía jurídica nacionalsocialista*, Buenos Aires, 2015.

Carlos Paladines, Samuel Guerra B., *Pensamiento positivista ecuatoriano*, Quito, 1980.

Robert O. Paxton, *Vichy. 1940-1944. Il regime del disonore*, Milán, 1999.

Adán Quiroga, *La cruz en América*, Buenos Aires, 1977.

Raimundo Nina Rodrigues, *Os africanos no Brasil. Revisão e prefácio de Homero Pires*, San Pablo, 1932.

—, *As raças humanas e a responsabilidade penal no Brasil*, Bahía, 1894.

Miguel Rojas Mix, *América imaginaria*, Santiago de Chile, 2015.

Alfred Rosenberg, *El mito del siglo XX. Una valoración de las luchas anímico-espirituales de las formas de nuestro tiempo*, Buenos Aires, 1976.

Murray N. Rothbard, *La gran depresión*, Madrid, 2020.

Carl Schmitt, *Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político*, Buenos Aires, 2005.

Juan Schobinger, *¿Vikingos o extraterrestres? Estudio crítico de algunas teorías recientes sobre el origen y desarrollo de las culturas precolombinas*, Buenos Aires, 1982.

Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*, Sevilla, 1885.

—, *Exceso de legislación*, Madrid, s.f.

—, *La justicia*, Madrid, s.f.

—, *Ética de las prisiones*, Madrid, s.f.

—, *Instituciones industriales*, Madrid, s.f.

—, *El progreso*, Valencia, s.f.

—, *Instituciones sociales*, Madrid, s.f.

—, *Estudios políticos y sociales*, Sevilla, 1886.

7
REFLEXIONES SOBRE SUPERVIVENCIAS Y RESISTENCIAS

EL ESPÍRITU DEL SUR

El recorrido por la contribución del colonialismo a la cultura criminal de la humanidad y los discursos que pretendieron ocultarla no cancelan del todo una impresión antropológica pesimista acerca de la eficacia futura de los Derechos Humanos. El deterioro del nivel de elaboración de los discursos legitimantes es un buen signo; la reacción ideológica humanista, desde Bartolomé de las Casas hasta hoy, más todavía. En lo positivo, no debe omitirse la importancia de la calificación jurídica de sus más graves violaciones como "crímenes". Pero eso no alcanza para generar una visión optimista y alegre, indispensable para impulsar la lucha que conduzca del deber ser al ser.

Sin embargo, una mirada más penetrante nos advierte que arrastramos un lastre de colonialidad, o sea, de entrenamiento conforme a los discursos del colonizador, que desde Hegel hacen los mayores esfuerzos por ausentar a las víctimas de las violaciones de Derechos Humanos. La cuidadosa lectura de este autor permite verificar que en su narración —y en las sucesivas— las víctimas desaparecen, incluso los muertos que el colonialismo niega, y cuando no puede los minimiza numéricamente, como si los genocidios fuesen una cuestión de contabilidad. Pero las víctimas que las narraciones colonialistas ocultan más cuidadosamente porque son a las que más teme, son *las culturas colonizadas del sur*, cuyo conjunto comprende a la gran mayoría de la especie humana. El colonizador tiene razones para temer a estas culturas victimizadas, puesto que sobreviven a sus criminales agresiones, le oponen resistencia y le ganan batallas.

La colonialidad nos aturde para evitar que percibamos claramente las victimizaciones culturales. También se aprovecha del horror que nos producen los muertos, cuya lógica vivencia de indignación nos distrae y hace que no reparemos suficientemente en que son resultado de las victimizaciones culturales. Si bien recuperamos de la memoria los cadáveres negados, no relevamos adecuadamente la importancia de las culturas que los aportaron y que son las que continúan resistiendo hasta el presente. La perspectiva cambia radicalmente cuando caemos en la cuenta de que los blancos que victimiza y sobre los que dispara el colonialismo son ante todo las culturas. El *Geist* hegeliano es un gran asesino de culturas.

Quizá los latinoamericanos dispongamos de una mejor atalaya para percibir estas resistencias culturales debido a la experiencia histórica regional y a nuestra composición poblacional. No se trata de imaginar —como hizo José Vasconcelos— que de nuestra América saldrá un ser humano "cósmico", pero en el intento de este autor por poner a Hegel "patas arriba" había algo de verdad, aunque no diese exactamente en la tecla.

Nuestra América alberga un mosaico de culturas que son producto de las victimizaciones originarias, de los africanos esclavizados, de los propios colonizadores marginales ibéricos, de los orientales oprimidos por el Pacífico, de los millones de desplazados económicos de la Europa pobre y campesina, de los perseguidos que huyeron de varios genocidios, de los que escaparon de los pogromos rusos, otomanos, nazis y de otros muchos que aún siguen llegando. Muchos de los principales grupos victimizados o negados que resultan de poner a Hegel "cabeza abajo" —sean originarios, traídos o llegados luego— tienen algún grado mayor o menor de presencia en el mosaico cultural de nuestra América. Los africanos y los asiáticos conocen la experiencia de sus victimizaciones, pero aquí están las ocurridas en nuestro territorio y también los testimonios presenciales de muchísimas más en parajes lejanos del planeta.

Esta circunstancia de ser refugio de muchísimos marginados victimizados de todo el mundo no nos otorga ningún privilegio, pero los testimonios vivos en nuestras sociedades nos permiten una vivencia más completa de la victimización y de la resistencia cultural, por lo que quizá nos resulte más sencillo comprender que las legitimaciones posteriores a Hegel en el plano mundial equivalen a las bravuconadas de cualquier matón, que se pueden resumir como *soy superior, tengo poder y hago lo que quiero.* Incluso intuitivamente estamos siempre inclinados a desconfiar de todo discurso de superioridad y comprendemos con mayor facilidad que esos alardes jerarquizantes carecen de una base mínimamente racional que permita refutarlos a partir de su reversión argumental.

Vimos que el panafricanismo intentó revertir sin éxito el discurso biologista y que en alguna medida pareciera que Vasconcelos deambuló por un camino semejante; pero a nadie se le ocurriría seriamente narrar que las razas superiores eran las de mayor melanina y que fueron corrompidas por una raza inferior de blancos, creer que cada lucha de un pueblo por su soberanía sea parte de una Cuarta Guerra Mundial o sostener que la solución frente al tardocolonialismo actual tenga por objetivo aniquilar por completo el mercado, porque es absolutamente inevitable que de la reversión de cualquier narración enteramente irracional no resulte sino otra irracionalidad.

Las únicas legitimaciones refutables desde sus propios puntos de partida son las que resultan de algún nivel mínimo de elaboración pensante. La de Sepúlveda la refutó Las Casas al revertirla probándole desde sus propios fundamentos quién era el verdadero pagano. Pero más interesante aún es revertir la hegeliana, no solo por su fina pretensión de racionalidad, sino por su más cuidadoso ocultamiento de las culturas como víctimas. Sepúlveda era más primario, pues no las negaba, sino que las descalificaba, pero Hegel las suprimía: los indios se evaporan, los negros quedan en el umbral de la humanidad y a las culturas antiguas las arroja a la vera del camino de su *Geist*. No encuentra pensamiento en ninguna de ellas, como no son racionales no existen, carecen de espíritu.

Pero, a diferencia de los discursos rastreros —que no sirven ni siquiera para darlos vuelta—, cuando ponemos a Hegel "patas arriba" caen todas las culturas victimizadas que él oculta o ausenta y que siguen en el sur, resistiendo, cantando y bailando, rechazando a los agentes criminales de su *Geist* colonialista. Desde nuestra América es imposible no ver en eso muchos espíritus o *Geister* enfrentando al de Hegel, tantos como culturas agredidas y que siguen impulsando a los pueblos a luchar por su liberación.

Hegel no fue un grosero inspector de melanina, sino un fino y auténtico racista cultural, que hacía de los valores propios de su cultura el título de su superioridad colonizadora. Por ende, los otros —indios, negros, latinos y europeos pobres— eran inferiores porque no compartían sus valores —no eran autoconscientes— y, por eso, no solo les negaba el derecho a defenderse como hacía Sepúlveda, sino que directamente los eliminaba de la realidad humana. ¿Cómo se podían defender los que no existían porque no eran humanos, porque se evaporaron, porque quedaban pocos, porque desaparecieron, porque no tenían *Geist*?

Hegel se convierte en el mayor *desaparecedor intelectual de personas* de la historia de las ideas, pues al victimizar sus culturas suprime a los pueblos de la mayor parte de la humanidad: unos porque no pensaron o no piensan como él, otros porque se evaporaron y otros porque estaban apenas pisando los umbrales de la humanidad. Si, para Hegel, "todo lo real es racional y todo lo racional es real", para negarles racionalidad a las culturas victimizadas no podía hacer otra cosa que negarles su realidad.

Sin embargo, como los indios, los negros y los no europeos existen, es posible revertir su propio planteo. Dado que —a pesar de Hegel— nuestras culturas del sur son y están aquí, desde la realidad del sur reclaman la racionalidad; de lo contrario, el concepto hegeliano de lo racional no sería racional. Las culturas colonizadas son tan reales que siempre resistieron los embates de su espíritu oponiéndoles otros espíritus o, mejor dicho, otras múltiples versiones de lo que, en conjunto, compondría el *rico espíritu culturalmente multicolor de todos los sures*.

Después de Hegel, como la burguesía europea verificó que su "ciencia" le daba poder, decidió liberarse de la presencia molesta de los filósofos ("metafísicos") y *legitimar su poder solo con lo que le daba el poder*. Para la tradición positivista, todo saber no obtenido por su método científico es irracional, afirmación de la esencia misma de la soberbia epistemológica del norte, como la llama el gran pensador portugués Boaventura de Sousa Santos. Con razón señaló Rodolfo Kusch —desde nuestro sur— que la ciencia "es solo una propuesta cultural más, proveniente de un Occidente que ordena la realidad según una determinada perspectiva".

Pero, si confrontamos desde el sur con el pensamiento colonialista que todavía pretendía ser racional, nuestra mera presencia y resistencia en el mundo demuestra que la axiología y

el espíritu hegelianos son solo productos de su propia cultura. Por ende, vemos con claridad que las victimizaciones coloniales son crímenes cometidos en el marco de fortísimos choques axiológicos con otros *Geister* resistentes y que, por su parte, se apoyan en saberes adquiridos de otra forma e insertos en mundos simbólicos diferentes.

Con su cultura invasora, los colonizadores agreden los mundos simbólicos de las culturas colonizadas, y su mayor o menor éxito depende de la flexibilidad de estas, según sean más rígidas o más débiles. De todas formas, casi nunca las desintegran del todo, porque el legado cultural ancestral resiste. Pero además porque el caos cultural tampoco se sostiene. Para eso debe tenerse en cuenta que los elementos traídos por el colonialismo (ideas políticas, religión, literatura, música, etc.) nunca quedan intactos, puesto que, si bien el choque con las resistencias de las muchas variables del *espíritu del sur* produce todas las combinaciones imaginables, este no se deja deglutir, sino que absorbe los elementos útiles para su resistencia, pero los somete a hibridación o indigenización. Y además siempre se reequilibra, sin abandonar el telón de fondo del marco cultural ancestral.

Esto demuestra que la impresión pesimista sobre el futuro de los Derechos Humanos es resultado de un resto de colonialidad, que nos impide comprender en toda su dimensión el poder de este espíritu resistente del sur, cuyos rasgos estructurales son comunes, pese a la enorme riqueza cultural de los diferentes parajes del mundo.

A medida que superamos las limitaciones de la colonialidad y de las epistemologías del norte, se perfilan con mayor nitidez esos rasgos comunes. Y no nos resulta aventurado apartar la impresión pesimista y verificar que, pese a Hegel, existe —es real y racional— un *Geist des Südens* que, con alegre optimismo, podemos considerar capaz de detener el curso de la crisis ambiental a la que nos quieren precipitar —a los del sur y a los del norte— la criminalidad financiera organizada y su tardocolonialismo.

Este espíritu resistente del sur se integra con saberes a los que se accede mediante métodos diferentes de los del norte, pero también se apropia de saberes del norte, que inserta en sus mundos simbólicos, los cuales les imponen reglas para su empleo. Por ende, la adquisición de saberes y los mundos simbólicos se imbrican en inextricables procesos continuos, de modo que si aquí los mencionamos por separado debemos precisar que esto responde únicamente a meras razones expositivas.

SABERES: INQUISICIÓN PATRIARCAL Y DIÁLOGO FRATERNAL

El método es el camino por el que se accede a la verdad. El seguido para nutrir de saber al espíritu del sur es diferente del de la ciencia occidental, con la que se embriagó el norte y, si bien dejó de mencionar a Hegel y su *Geist*, en definitiva no hizo otra cosa que materializar ese espíritu depositando todo el poder en la ciencia y dando por descontado que era

racional solo porque era poder; era la *tecnología convertida en tecnocracia y llevada a un infinito omnipotente*. La burguesía europea reemplazó a la razón infinita romántica del hegelianismo por la tecnocracia infinita como elemento romántico del positivismo.

Foucault señala que el método de obtención de la verdad judicial pasó de la lucha ordálica —prueba de Dios u ordalía del duelo— a la interrogación o *inquisitio*, para luego extenderse a todo el saber científico. Desde ese momento, el método occidental de obtención de la verdad científica es la interrogación, en que siempre un sujeto interroga a un objeto. Este método presupone un sujeto humano que quiere saber, en posición de superioridad frente a un objeto al que inquiere para saber. Pero ¿para qué quiere saber? La respuesta viene de lejos y la proporcionó Francis Bacon en 1620: para dominar la naturaleza. Por ende, el sujeto del saber occidental o del norte no busca la verdad, sino solo *la verdad que le confiere poder*, por lo que fuerza al objeto a responder, incluso bajo tortura, tanto en el proceso inquisitorial como en el método científico.

Bacon murió en 1626 como consecuencia de una pulmonía contraída mientras trataba de congelar un pollo vivo en la nieve para ver los efectos del frío en los músculos. Siguiendo su método se practica la vivisección; Josef Mengele no congeló pollos, sino a humanos; más tarde, otros no trataron la sífilis en Tuskegee y en Guatemala, y otros lobotomizaron a cientos de miles de personas. Para eso debieron presuponer que esos humanos no eran tales, o sea que los inhumanizaron como parte de la naturaleza, tenida por no racional desde Descartes —quien también murió de una pulmonía, en su caso contraída por dar clases a la reina Cristina, tratando de convencerla de que su perro era una máquina, lo que la reina no le creyó, insistiendo con clara obstinación y realismo femeninos en que era un perro.

Con el método inquisitorial del *Geist* científico occidental, casi nunca el objeto sabe qué es lo que el sujeto quiere saber y, por ende, responde con toda su entidad. Así, cuando el sujeto humano le pregunta al objeto vaca cómo obtener más leche, recibe un mugido con el que la vaca le responde con toda su "vaquidad". Pero como el interrogador no está preparado para recibir semejante devolución del ente interrogado, pues solo es capaz de procesar lo que interesa a su objetivo de poder, no puede digerir o asimilar toda la respuesta.

Se produce así lo que la etimología latina grafica con meridana claridad: la parte no asimilable de la respuesta entitativa que se le lanza (yecta) en contra (ob), se acumula sobre el interrogador y lo va aplastando, es decir, lo yecta hacia abajo, lo su-jeta, con lo que le dificulta o impide pro-yectarse (lanzarse hacia adelante).

Sin duda que el saber por *inquisitio* es un saber señorial, patriarcal, de *dominus*, pero en que el *dominus* resulta su-jetado, yectado hacia abajo, aplastado como humano. La incapacidad para escuchar (*hören*) la parte de la respuesta que no interesa a su objetivo de

poder lo aliena, deja de pertenecer (*gehören*) y de escuchar al mundo real. Tan impedido de pro-yectarse (de ex-istir) queda que algunos llegan a creer ahora que su pro-yecto solo consiste en reunir infinitos números de papeles inexistentes. Algo de esto percibió Heidegger, quizás el filósofo eurocéntrico más sagaz, cuando emprendió la crítica a la tecnología, aunque con tónica pesimista, porque la perspectiva del norte no brinda muchas salidas.

Como la naturaleza responde con toda su esencia (naturalidad) y el *dominus* acaba dominado, suele decirse que *la naturaleza se venga*, lo que no es más que soberbia antropocéntrica traducida en insensatez antropomórfica, porque el único que conoce la venganza es el humano de la civilización industrial con su idea del tiempo lineal. Como afirmó Nietzsche, la venganza siempre es *gegen der Zeit*, contra el tiempo, dado que en la concepción lineal del tiempo no se puede hacer que lo que fue no haya sido. La naturaleza no conoce la venganza ni tampoco todas las culturas del sur comparten la noción lineal del tiempo. La venganza y sus derivados son problemas del saber del *dominus*, patriarcal y jerarquizante del norte.

En el sur, los mundos simbólicos prohíben lesiones gratuitas a la naturaleza y tampoco sus saberes populares se obtienen mediante interrogación del *dominus*, sino por el *dialogus* horizontal del *frater*, resultando un saber colectivo sin monopolio individual ni descubridores, sino obtenido por todos en comunidad. No hay un *pater* que interroga desde una posición dominante, sino un conjunto de *fratres* que dialogan buscando la verdad en una suerte de mayéutica colectiva.

Este método no responde al esquema patriarcal vertical de sujeto/objeto, sino al fraternal horizontal de persona/persona, incluso cuando el otro es un ente no humano, pero al que se le reconoce la condición de persona (titular de derechos), lo que permite dialogar con ríos, animales, árboles y montañas. Este diálogo es posible porque, en las culturas del espíritu del sur, el concepto de territorio no es el estatal (en el que *se manda*) ni el de la propiedad privada (fundo propio), sino que —como bien se observó— se trata del lugar en que cada animal, planta, hierba o roca es parte de un gran entramado de vida, donde todo se reconoce, respeta y relaciona constantemente.

El norte conoció relámpagos de este diálogo, pero los desechó, como el del "hermano lobo" franciscano, al punto que ahora tratarían a San Francisco con "chaleco químico". Nuestro derecho está comenzando apenas a balbucear el reconocimiento de la personalidad de la naturaleza.

El método ancestral de acceso al saber y la personalización de los entes no humanos no resultan de imposiciones ultraterrenas, aunque se lo simbolice de esa forma. No es difícil comprender su racionalidad: las economías originarias, subestimadas por los colonialistas y sus ideólogos como economías de supervivencia, en verdad no son tales. No son de

acumulación indefinida de riqueza, sino simplemente de conservación de las fuentes de vida de la comunidad, es decir, que se corresponden con *culturas no suicidas*. No son idílicas, aunque tampoco conciben la acumulación indefinida ni el suicidio comunitario como progreso, en la antípoda del actual esperpento antropológico de los encubridores de la criminalidad financiera, que se postran y encienden velas en el altar del ídolo del mercado.

Como las culturas resistentes del espíritu del sur no son ingenuas, también se apropian de los saberes del colonizador que resultan útiles para su resistencia, del mismo modo que los nuestros hicieron con los caballos y la escritura. Puede pensarse que estas apropiaciones contaminan los saberes ancestrales por ser producto del método inquisitorial, pero —como vimos— estos elementos se indigenizan, lo que significa que su empleo se somete a los límites impuestos por los mundos simbólicos de sus economías no suicidas.

Salvo que se haya desquiciado una cultura muy débil, las apropiaciones no se emplean con daño a las fuentes de conservación comunitaria, aunque en un primer momento una técnica puede crear problemas, como las armas de fuego entre los originarios de Nueva Zelanda y la virtualidad electrónica, las redes y los *trolls* en nuestras sociedades.

En nuestra cultura del altiplano, por ejemplo, las reglas del buen vivir o *sumak kawsay* hacen que Pacha y Coquena vigilen esos límites, como policías simbólicos de la economía no suicida. Las apropiaciones que se integran en lo que Boaventura llama "ecología de saberes" se hibridan ecológicamente con los saberes ancestrales, por lo que en su aplicación se respetan iguales límites que con estos, conforme a la estrategia de conservación comunitaria. "No caces vicuñas con armas de fuego, Coquena se enoja, me dijo un pastor", es un verso de la Puna que expresa bien lo sucedido: se apropiaron del arma de fuego, pero no la usan para cazar vicuñas porque Coquena las protege.

En todas las variantes culturales del espíritu del sur hay equivalentes de Pacha y Coquena, cuya vigilancia evita que la apropiación de saberes secuestre a los jóvenes en la metodología señorial o en la meritocracia. La integración comunitaria es la cuerda que liga el envoltorio ético que impide que las personas olviden que la realización existencial de cada uno es un mérito del conjunto, lo que hace que nunca las apropiaciones del saber del colonizador hagan perder la consciencia de pertenencia comunitaria.

MUNDO SIMBÓLICO: EL RE-LIGAR RESISTENTE DE LOS COLONIZADOS

El mundo simbólico de las culturas del espíritu del sur es objeto de investigaciones antropológicas, históricas y sociológicas que ordenan y suprimen hechos según que su respectiva narración responda a objetivos descoloniales o coloniales. En el primer caso se resaltan los aspectos solidarios, pudiendo llegarse a la idealización y a un indigenismo restaurativo radical; en el segundo se subrayan los elementos autoritarios, de los que

ninguna cultura está del todo exenta, pudiendo llegarse al grosero desprecio propio de la jerarquización cultural. Todo indicaría que esta polarización obedece a que, como indica el sociólogo francés Roger Bastide —y también Georges Balandier con su antropología del movimiento—, no se toma en cuenta que los hechos sociales *no son dados* en el mismo sentido de los objetos de las ciencias naturales, pues no son extraños a la voluntad de las personas, lo que obviamente sucede con el racismo, la colonialidad, etcétera.

Desde el norte suele reconocerse la riqueza de las culturas del sur, como hasta cierto punto podría entreverse —no sin esfuerzo— incluso en el intento del estadounidense Samuel Huntington, solo que este, por pertenecer a una cultura colonizadora, proyectó sobre las otras la agresividad imperial de la propia imaginando que, de perder su hegemonía, las culturas del sur se comportarían del mismo modo y en lugar de coexistir se combatirían. Por eso, se alarma porque los mexicanos pueden llegar a ser mayoría en su país, como lo son en Los Ángeles.

Más allá de las narraciones de esas disciplinas, los mundos simbólicos de las culturas del espíritu del sur se expresan en múltiples formas, como tradición oral, ritos, ceremonias, cultos populares, manifestaciones literarias, poéticas, plásticas, musicales, fábulas, leyendas, cuentos infantiles, festejos populares y, sobre todo, danzas que incluso en algunas culturas son de posesión, lo que otorga gran dignidad al cuerpo como receptor de entes superiores. Hay expresiones simbólicas bien festivas, como suele ser el carnaval, en el que las jerarquías sociales se invierten, por lo que no sorprende que siempre haya sido mal visto por las policías, que en algunos países se lo haya hecho desaparecer y en otros se procurara su minimización.

Los mundos simbólicos se nutren también de mitos o narraciones compartidas por la comunidad y que la consolidan. El sentimiento de comunidad es como una tela fijada en un muro: los mitos de origen y destino son los clavos que lo sostienen extendido por sus extremos, por lo que son míticas las primeras y las últimas páginas de casi todas las historias. Pero entre ambos extremos se van intercalando otros "clavos míticos" que refuerzan a los anteriores y evitan que la tela se curve.

Aunque no siempre, muchas veces los mitos inmortalizan a personas que aportaron algún elemento que potenció el sentimiento de pertenencia comunitaria, reforzando el lazo emocional —afectivo o libidinal— de su integración cultural. En grupos sociales menores se observa también la tendencia a convertir en mito a los fundadores, porque su invocación fortalece el vínculo de pertenencia. Pero tampoco todos los mitos del mundo simbólico son políticos ni mucho menos, y la necesidad de reafirmar la pertenencia —en especial cuando se empobrece la política y no emergen de ella caracteres fuertes— hace que los pueblos la fortalezcan mediante la mitologización de figuras ajenas a la política.

En ocasiones los personajes mitologizados comienzan a hacer milagros, y el mito deriva en santificación popular, por lo que sus tumbas o imágenes se llenan de exvotos, velas y presentes de agradecimiento. Son muy significativas las de quienes se rebelaron contra el poder o fueron sus víctimas, como bandoleros, indios, esclavos, perseguidos, asesinados y prostitutas.

Estas santificaciones expresan claramente la conciencia de la injusticia y, al mismo tiempo, la exaltación del dolor del sacrificado como privilegiado para interceder ante lo absoluto. Estos santos populares van en la Argentina desde Juan Bairoletto, asesinado por la policía en 1941, hasta el Gauchito Gil, colgado cabeza abajo por *la autoridad* en el siglo XIX. En Brasil, los *pretos velhos* en los altares sincréticos y, en todos lados múltiples mujeres víctimas de femicidios patriarcales y machistas.

A veces la comunidad fortalece su sentimiento de pertenencia con un mito que no parte de una persona real, sino creada por la imaginación, en cuyo caso es frecuente que se trate de un arquetipo, por lo general femenino, como la Difunta Correa en el Cuyo argentino, que estando muerta seguía amamantando en el desierto. En ella no es difícil percibir el arquetipo de la madre tierra, que recorre toda la cordillera, desde nuestra señora de Guadalupe, cuyo templo se alza sobre el que fue de Tonantzin o la Coatlicue, deidad de la vida y de la muerte.

El ser humano no es una máquina de pensar, sino que su esfera intelectual interactúa siempre con la emocional o afectiva. Considerar irracional el reconocimiento de lo emocional es irracional —valga la paradoja—, porque ausenta un aspecto de la personalidad que no puede dejar de reflejarse en lo colectivo y que consolida la pertenencia a cada cultura con su respectivo mundo simbólico.

Precisamente, ninguna resistencia surge de lo intelectual, sino que su impulso es emocional. Siempre la mueve un sentimiento de injusticia, vivenciado comunitariamente como antagónico de la idea de justicia derivada de la cosmovisión de la respectiva comunidad cultural que re-liga mitos en su mundo simbólico. Por eso, una cosmovisión re-ligante siempre sintetiza una cultura, pues señala su relación con lo absoluto, su concepción antropológica y su perspectiva escatológica, al tiempo que provee los valores que legitiman su resistencia y acotan el uso de sus tácticas.

Gandhi invertía la certeza científica del norte convirtiéndola en espiritual, pues postulaba una *empiria* opuesta a la occidental al considerar la religión una ciencia, entendiendo que todos los grandes fundadores, desde Zoroastro hasta Mahoma, pasando por Jesucristo y Buda, habían sido científicos espirituales, con verdades confirmadas por sus ciencias espirituales.

Pero, sin llegar a semejante radicalidad, lo cierto es que las particulares cosmovisiones de las culturas del espíritu del sur operan como nudos maestros que re-ligan mitos, santificaciones y saberes, confiriéndoles unidad de sentido, por lo que es casi regla que las rebeliones de colonizados se nutran de cosmovisiones re-ligantes.

En este sentido, basta echar una mirada sobre las utopías en las rebeliones mexicanas para verificar en cada una de ellas fenómenos como la Cruz Parlante, un oráculo que orientó durante medio siglo la larguísima guerra de castas yucateca. No menos significativas son las andinas, aunque la ignorancia colonial las simplificase para subestimarlas, como cuando se dice que los incas adoraban al sol o Inti, lo que no es verdad, pues si bien le rendían tributo no lo hacían como divinidad. El principio infinito era Pacha, y la Pachamama, el motor de reproducción cósmica que imponía el respeto a todo como parte de Pacha, con creciente rigidez a medida que más se aproximaban los entes a lo humano, puesto que todo era *huaca* o sagrado. Pachamama, como principio reproductor, imponía alto respeto a la mujer, por cargar con el mayor peso en esa tarea. Esta cosmovisión bastante compleja, que no puede describirse como un panteísmo positivista y ni siquiera como un panenteísmo krausista, era sostenida por matronas sabias. En la cultura afrobrasileña también la *mãe* es la figura más importante del *terreiro* donde se celebran sus cultos.

Las rebeliones de los colonizados fueron milenaristas —advenimiento de una nueva época restauradora del orden cósmico—, mesiánicas —habría llegado el Mesías que las conducía— o proféticas —no llegó el Mesías, sino quien lo anunciaba—, pero también combinaron esas características incorporando elementos de las religiones tradicionales.

Gandhi adoptaba el hinduismo y lo reformaba repeliendo la intocabilidad de los parias, para sostener que no debe cumplirse la ley injusta y soportar con calma la pena por esa infracción. Después de su muerte, Vinoba Bhave, su continuador, proponía una economía con una moneda-trabajo y un regreso precolonial pidiendo el reparto de tierras. Ambedkar, otro líder político indio de mediados del siglo pasado y procedente de la casta de los parias, para luchar contra la intocabilidad, renegó del hinduismo y se volcó al budismo.

El anuncio profético del advenimiento de una nueva era siempre se da en situaciones de crisis o de peligros colectivos, en el marco de las religiones de retorno: en el altiplano, la vuelta al incanato; Canudos, a la monarquía; los parias, al prehinduismo. En todo movimiento mesiánico, la vuelta a un pasado originario es la salida de un presente que oprime. No se trata de una regresión conservadora, porque la religión de retorno siempre es milenarista, o sea que promete un mundo mejor desde el que emerge la idea de justicia, que pone de manifiesto la injusticia del presente colonial. Es lo que siente el africano, que no encuentra justicia en los jueces colonizados, como tampoco las capas más desfavorecidas de nuestras sociedades latinoamericanas.

Los pueblos colonizados sufren profundamente la privación de su re-ligiosidad, porque es la radical negación de su cultura, siempre intentada por el colonizador para evitar la desarticulación entre el orden social colonial injusto y el cósmico cultural que proporciona otra idea de justicia, lo que genera la tensión que lleva a la utopía de un orden social en correspondencia con este último, sumamente peligrosa para el dominador. Como la injusticia del régimen colonial es un desvalor que se establece conforme a la axiología del re-ligar cultural, el colonizador siempre procura destruir este último.

Con frecuencia los personajes históricos adquieren caracteres míticos en momentos críticos en que la historia y el mito se identifican y, por ende, la resistencia religiosa se aúna con la política, como en los casos de los Mau Mau keniatas o del kimbanguismo en el Congo. Son los momentos en que vuelve el "héroe cultural": Patrice Lumumba en el Congo no murió, *está por volver*; François Makandal en Haití no murió, sino que *salió volando de la hoguera*; Muhammad, el fundador de los Black Muslims (Musulmanes Negros) volverá en un ovni anunciado por Ezequiel en la Biblia; Quetzalcóatl también debía retornar. En algún sentido, algo de retorno hay en todo mesianismo. El propio budismo popular promete que, cuando el mal sature el mundo, vendrá un nuevo Buda a restablecer el reino del bien.

La agresión colonialista no es únicamente física ni mucho menos, sino que es esencialmente una brutal agresión cultural que procura desarmar y aniquilar los mundos simbólicos de los colonizados porque es consciente de que allí anida la pulsión resistente del espíritu del sur, al que quiere reemplazar por su ideología imperial, que puede asumir tanto la forma de una religión institucionalizada como la de otra atea. Su agresión colonizadora llega al máximo cuando patologiza las utopías re-ligantes y sus ritos y ceremonias como episodios psiquiátricos.

La violencia cultural colonizadora hizo surgir todos los sincretismos de los colonizados, lo que prueba el vigor con que se recomponen sus mundos simbólicos. Un buen ejemplo de esta capacidad de resistencia cultural del espíritu del sur son los sincretismos neoafricanos de América, la santería, el vudú haitiano en versión Pedro y el dominicano, el candomblé y el umbanda brasileños.

Las resignificaciones sincréticas dan muestra de una extraordinaria creatividad, incluso las que se superponen a cultos, como el mencionado de Guadalupe, devenida símbolo nacional, un fenómeno digno de observarse por su singularidad. En 1794, fray Servando Teresa de Mier retomó la leyenda de Tomás de América, pero para deslegitimar la colonización afirmando que los indios no eran paganos ni apóstatas, sino que a Tomás lo llamaron Quetzalcóatl y a María Tonantzin, y que lo que se celebraba era una segunda visita de María; por supuesto que lo llevaron preso a Europa, por donde peregrinó fugándose de todas las cárceles. Décadas después, el cura Miguel Hidalgo proclamó la independencia con la imagen de Guadalupe, y un siglo más tarde, en plena revolución, los zapatistas entraron en ciudad de México con su estandarte.

Aunque no de modo tan contundente, las distintas apariciones marianas en nuestra región deben tomarse en cuenta y ser estudiadas desde la perspectiva cultural. Tampoco pueden dejar de llamar la atención elementos sincréticos, como el *Ayma* en la celebración andina del Corpus Christi. En otros casos operan profetismos, como hace un siglo en El Congo el mencionado de Simon Kimbangu, que afirmaba que el dios de los blancos no era el de los negros, y cuyo movimiento renació en los años cincuenta reuniendo a los hermanos de la Iglesia negra. Cundieron, por Nigeria y otros pueblos, Cristos y ángeles negros y diablos blancos, así también grupos que abandonaron el Evangelio y adoptaron el Antiguo Testamento por considerar que el cristianismo era de los blancos.

Pero el espíritu del sur no siempre cierra con nudos maestros que re-ligan por completo los mitos, las santificaciones y los saberes, pues —como señala el teólogo Diego Irarrázaval— suele dejar cabos sueltos, que también forman parte de la religiosidad popular, como conglomerado multifacético que se distingue de la religión de los grupos acomodados.

En las teologías de las Iglesias tradicionales, cada corriente echa mano de una filosofía, aunque no queda claro si para hacer teología es necesaria una filosofía o si cada filosofía importa una teología, aun cuando el filósofo no la desarrolle. Sea cual fuere la respuesta, creemos que en cada una de las cosmovisiones del espíritu del sur subyace una filosofía no explicitada al uso académico occidental, pero que no por eso deja de ser tal.

¿TODA RESISTENCIA PRESUPONE RE-LIGAR?

Alguna vez caminamos sobre la nieve sin calzado adecuado y a cada rato resbalábamos y nos burlábamos de nuestra propia torpeza. Nos limitaremos ahora a expresar algo que, solo con muy buena voluntad, podría alcanzar el nivel de una hipótesis, porque carecemos de los zapatos que evitan resbalones. Pero, al verificar la fuerza de todas las variables culturales del espíritu del sur para sobrevivir, resistir, enfrentar y superar los crímenes coloniales de todas sus etapas, observamos hechos que nos llevan a pensar algo que otros, con mayor autoridad y lucidez, podrán confirmar o desmentir.

Así, por ejemplo, nos resulta significativo que una parte de los afronorteamericanos echara mano del Corán para luchar por su igualdad. Quien fundó la Nación del Islam hace poco menos de un siglo, Wallace Fard Muhammad, apeló a un re-ligar por completo extraño a la sociedad norteamericana. Los Black Muslims y Malcolm X y su gente, perseguidos por la Agencia Central de Inteligencia (CIA) desde tiempos del macartismo, adoptaron una posición radical, incluso contra la propia burguesía negra, pues no solo plantearon una resistencia a la discriminación, sino una lucha de clases.

Marcus Garvey, fundador del otro movimiento negro norteamericano de la primera parte del siglo pasado —el rastafarismo—, fue una suerte de profeta que hablaba del Cristo, la Virgen y los ángeles negros. El padre de Malcolm X era un predicador de esta línea y le incendiaron la casa, debió cambiar de ciudad y fue asesinado por su militancia cuando su hijo tenía seis años.

Todo parece indicar que a ambos movimientos les resultó imprescindible un re-ligar del que no disponían, porque los afronorteamericanos —como vimos en su momento—, a diferencia de los del Caribe y del sur, habían perdido sus raíces culturales africanas y todavía no habían gestado una cultura a partir de su propia lucha contra el racismo en el seno de la sociedad estadounidense, que comenzaba a tomar forma. De allí que unos echaran mano de los re-ligares resistentes africanos del Cristo negro y otros del islam, lo que en ambos casos era exótico. Los Black Muslims explican la opción por el Corán afirmando que los esclavos transportados a los Estados Unidos eran islámicos; aunque eso fuese verdad, es obvio que el vínculo con la cultura islámica se había perdido por completo.

Da toda la impresión de que en este caso se trató de la pura necesidad de un re-ligar que decidió estas opciones por completo extrañas a la cultura en que debía llevarse a cabo la lucha contra la discriminación racista. Aunque no lograron convocar masivamente a los afroamericanos, ejercieron cierta resistencia, que no es explicable como resultado de elecciones arbitrarias de Muhammad y de Garvey. Por mucha que haya sido la influencia de los líderes, si no se hubiera tratado de querer proveerse de algún re-ligar idóneo para gestar un lazo comunitario, no hubiesen obtenido ninguna respuesta. Aun cuando no pasaron de una minoría, su búsqueda tan desesperada como insólita prueba la imperiosa necesidad de un re-ligar como pulsión cultural movilizadora.

Por otra parte, resulta significativo observar que, cuando las Iglesias tradicionales no ofrecen un re-ligar funcional para la resistencia, no por eso dejan de surgir algunas figuras y hasta corrientes proféticas que desde sus filas buscan promover una sociedad menos injusta y, en tal caso, las burocracias eclesiásticas las sancionan, como al Padre Cícero y a la propia teología de la liberación, o bien las subestiman, como a Dom Hélder Câmara y a otras figuras que trascienden la cultura de sus pueblos.

Es menester estar atentos y observar con sumo cuidado que el actual tardocolonialismo —que, por cierto, no es nada ingenuo—, lejos de subestimar el poder de este elemento convocante, intenta ahora neutralizarlo con un fundamentalismo regresivo de alta incidencia política conforme a una *teología de la prosperidad*, que glorifica la meritocracia, normaliza la pobreza como castigo de los pecados, forma partidos políticos y acapara medios de comunicación. En 2019 se dio un sangriento golpe de Estado racista en Bolivia, enarbolando sacrílegamente la Biblia al tiempo que se quemaba la wiphala, símbolo de los pueblos originarios. Estos hechos movieron a reflexiones y provocaron reacciones dentro de las propias Iglesias tradicionales.

Lo que esto nos sugiere, más como interrogante que como hipótesis, es que en los movimientos de resistencia igualitaria las dispares ideologías son productos intelectuales con los que se busca dar coherencia consciente a la pulsión de justicia, que proviene de la esfera emocional o afectiva, pero siempre se trata de construcciones posteriores a ese impulso. Esto llevaría a la conclusión de que todos los movimientos que luchan por la eficacia de los Derechos Humanos requieren y también responden al impulso de un re-ligar propio de alguna de las variables del riquísimo mosaico de las culturas de los pueblos que convergen y sostienen el espíritu del sur y que impulsan su potencial transformador hacia sociedades menos injustas.

El motor no serían las ideologías, como quieren hacernos creer, sino el profundo sentimiento de injusticia que proviene de la comparación de la realidad con la cosmovisión resultante del re-ligar de cada cultura victimizada por el colonialismo.

Hace setecientos años, el franciscano escocés Juan Duns Escoto, apodado Doctor Sutil, escribió que el acto de amor debe ser controlado por la razón, pues de lo contrario el puro sentimiento se pierde. En términos actuales diríamos que la pulsión de justicia debe ser completada por un sistema de ideas. Por ende, cabría pensar que todo movimiento de resistencia a las violaciones de Derechos Humanos es promovido por un re-ligar emocional, con independencia de que se lo explicite o verbalice en mayor o menor medida, pues las ideologías lo envuelven a veces hasta casi ocultarlo. Pero nunca faltaría su motorización inicial, ni siquiera cuando las ideologías envolventes fueran radicalmente ateas o agnósticas, lo que en este sentido es solo anecdótico porque no es más que la tela que la recubre para darle forma racional.

En el sur, muchas veces estas ideologías tratan de envolver demasiado y ocultar pudorosamente el primario impulso proveniente de su re-ligar cultural por un inconfesado temor a ser asimiladas a fenómenos del norte que parecen análogos, pero que nada tienen en común. En el norte, las ideologías de los nacionalcolonialismos inventaron mundos míticos de superioridad cultural inexistentes en sus sociedades porque no respondieron a ninguna cultura ancestral ni formada en ninguna resistencia, como tampoco pretendieron convocar a una lucha por sociedades más justas. Se trató siempre de artificios ideológicos que, justamente, tuvieron y tienen por objeto establecer o reforzar las jerarquizaciones propias de las sociedades guerreras colonizadoras. No son verdaderos re-ligares que pulsionan contra las violaciones a los Derechos Humanos, sino precisamente lo contrario, es decir, constructos artificiales que impulsan sus violaciones y las legitiman.

El campesino alemán no había oído nunca hablar de Odín ni de Wotan, como tampoco se sentía impulsado por ningún espíritu nacido en Grecia; el horticultor italiano no vivenciaba ninguna nostalgia del lictor ni del centurión romano; el obrero norteamericano de *Tiempos modernos* tampoco se sentía envuelto en un destino manifiesto, y si vamos más atrás, tampoco los moros cristianizados a los golpes del sur ibérico se sintieron muy integrados a

la sociedad guerrera que acababa de colonizarlos. Estos no eran mitos ni formaban parte de ningún mundo simbólico, sino pseudomitos o meras invenciones ideológicas de mitos, creaciones puramente intelectuales funcionales para jerarquizar las sociedades guerreras colonizadoras.

Los Black Muslims también inventaron un mito, porque lo necesitaban para luchar por su igualdad. Pero no pudieron extenderlo masivamente a toda su gente porque no emergía de su cultura y su esfuerzo queda en la historia como demostrativo de una necesidad. El propio Malcolm X, al final de su vida, se apartaba del movimiento para unir fuerzas con otros movimientos menos ideologizados. Mientras tanto, en los Estados Unidos se generaba una propia cultura de resistencia afroamericana con Martin Luther King: no en vano el primero fue asesinado en 1965, y el segundo, en 1968. Pero en nuestros días, pasado un siglo de Muhammad y de Garvey, no podría negarse que el movimiento Black Lives Matter responde a la pulsión surgida de la comunidad cultural ahora generada en el seno de la propia sociedad norteamericana por las décadas de resistencia al racismo.

Como en el norte todo era ideología, incluso inventora de falsos mitos o leyendas de superioridad, se creyó que estas eran el motor de la resistencia. Por eso, cuando el tardocolonialismo, convencido de su propia invención, anunció el fin de las ideologías, festejó lo que asumía como el agotamiento de las pulsiones de resistencia contra sus injusticias. Pero el espíritu del sur goza de buena salud, hasta el punto de que no faltan quienes ahora perciben este error desde el norte y procuran neutralizarlo con una nueva teología a la medida del ejercicio de su poder tardocolonial.

BIBLIOGRAFÍA

Ramiro Ávila Santamaría, *La utopía del oprimido. Los derechos de la pachamama (naturaleza) y el sumak kausay (buen vivir) en el pensamiento crítico*, el derecho y la literatura, México, 2019.

Alicia M. Barabas, *Utopías indias. Movimientos sociorreligiosos en México*, México, 1987.

Roger Bastide, *As religiões africanas no Brasil*, San Pablo, 1971.

Reginaldo Prandi, *Mitologia dos orixás*, San Pablo, 2001.

Volney J. Berkenbrock, *A experiência dos orixás. Um estudo sobre a experiência religiosa no camdomblé*, Petrópolis, 1997.

Adelino Brandão, *Paraíso perdido. Euclides da Cunha. Vida e obra*, San Pablo, 1997.

Valdeli Carvalho da Costa, *Umbanda. Os seres superiores e os orixás/santos*, San Pablo, 1983.

John Henrik Clarke (comp.), *Marcus Garvey and the Vision of Africa*, Baltimore, 2011.

— (comp.), *Malcolm X: The Man and His Times*, Nueva Jersey, 1991.

Víctor Codina, *La religión del pueblo. De cuestionada a interpelante*, Maliaño, 2019.

Adolfo Colombres, *América como civilización emergente*, Buenos Aires, 2008.

—, *Poética de lo sagrado. Una introducción a la antropología simbólica*, La Habana, 2016.

—, *La colonización cultural de la América Indígena*, Quito, 1976.

Ramiro Condarco Morales, *Zárate, el "temible" Willka. Historia de la rebelión indígena de 1889*, La Paz, 1965.

Félix Coluccio, *Cultos y canonizaciones populares de Argentina*, Buenos Aires, 1986.

—, *Diccionario de creencias y supersticiones argentinas y americanas*, Buenos Aires, 1990.

Martha Ellen Davis, *La ruta hacia Liborio. Mesianismo en el Sur Profundo dominicano*, Santo Domingo, 2004.

Carlos Esteban Deive, *Vodu y magia em Santo Domingo*, Santo Domingo, 1979.

Rubén Dri (coord.), *Símbolos y fetiches religiosos en la construcción de la identidad popular*, Buenos Aires, 2012.

Nari Feitosa, *O padre Cícero e a opção pelos pobres*, San Pablo, 1984.

Alberto Filippi, *Constituciones, dictaduras y democracias. Los derechos y su configuración política*, Buenos Aires, 2015.

Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca*, Lima, 1988.

Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, 1980.

Mahatma Gandhi, *Mi credo hinduista*, Buenos Aires, 1984.

Martin Heidegger, *Die Frage nach der Technik*, en *Vorträge und Aufsätze*, 1954.

Samuel Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, 1996.

—, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, 2004.

Diego Irarrázaval, *Inculturación. Amanecer eclesial en América Latina*, Lima, 1998.

Rodolfo Kusch, *Esbozo de una antropología filosófica americana*, Rosario, 2012.

Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, México, 1983.

Vittorio Lanternari, *Occidente y Tercer Mundo*, Buenos Aires, 1974.

—, *Movimientos religiosos de libertad y salvación de los pueblos oprimidos*, Barcelona, 1963.

Manuel M. Marzal, *El sincretismo iberoamericano. Un estudio comparativo sobre los quechuas (Cusco), los mayas (Chiapas) y los africanos (Bahia)*, Lima, 1985.

Alejandro Médici, *La constitución horizontal. Teoría constitucional y giro decolonial*, Aguascalientes, 2012.

Alejandro Miroli, "El anti-Hegel. Una lectura filosófica del programa afrocentrista de Cheikh Anta Diop", en *Ser y Estar*, Buenos Aires, 2013.

América Moro, Mercedes Ramírez, *La Macumba y otros cultos afrobrasileños en Montevideo*, Montevideo, 1981.

Lira Neto, *Padre Cícero. Poder, fé e guerra no sertão*, San Pablo, 2009.

Fr. Hermínio B. de Oliveira, *Formação histórica da religiosidade popular no Nordeste (O caso de Juazeiro do Norte)*, San Pablo, 1985.

Agustín Pániker, *Índika. Una descolonización intelectual*, Barcelona, 2005.

Virgilio Roel Pineda, *Cultura peruana e historia de los incas*, Lima, 2001.

Donizete Rodrigues, *O terreiro das bruxas. O religioso no maravilhoso popular*, Covillas, 2004.

Anders Ruuth, Donizete Rodrigues, *Deus, o demônio e o homem. O fenómeno Igreja Universal do Reino de Deus*, Lisboa, 1999.

Equipo Seladoc, *Religiosidad popular*, Salamanca, 1976.

Nick Shepherd, Cristóbal Gneco, Alejandro Haber, *Arqueología y decolonialidad*, Buenos Aires, 2015.

Souza Barros, *Messianismo e violência de massa no Brasil*, Río de Janeiro, 1986.

Boaventura de Sousa Santos, *Justicia entre saberes. Epistemologías del Sur contra el epistemicidio*, Madrid, 2017.

—, *Sociología jurídica crítica*, Madrid, 2009.

Mariela Tulián, *Zoncoipacha*, Buenos Aires, 2016.

José Vasconcelos, "Nueva ley de los tres estados", *Boletín de la Universidad, Departamento Universitario de Bellas Artes*, IV época, t. III, nº 7, diciembre de 1921, México D.F.

—, *La raza cósmica*, México, 1984.

Antonio Carlos Wolkmer, Maria de Fátima S. Wolkmer, *Horizontes contemporâneos do direito na América Latina. Pluralismo, buen vivir, bens comuns e princípio do "comum"*, Santa Catarina, 2020.

8
ESTO NO SE SOSTIENE

Las violaciones de Derechos Humanos continúan. También la resistencia cultural y, con ella, la lucha por dotar de eficacia al derecho internacional de los Derechos Humanos. Este proceso no se detiene. Hay nuevos actores a los que ya no se les puede negar espacio en el escenario mundial. Las mujeres conmueven el presupuesto mismo del colonialismo, los pueblos originarios reafirman su presencia, los negros reclaman contra los crímenes del esclavismo, lo mismo hacen las víctimas de persecución por diversidad sexual y todas las otras minorías discriminadas de todo orden. Es incuestionable que el propio concepto de los Derechos Humanos se ha ampliado y ahora se perciben violaciones en las que antes no se reparaba con suficiente atención. Pero sobre todo aparece una nueva persona, la naturaleza, cuya presencia pone en crisis el antropocentrismo. De no escuchar a esta última, la especie humana se suicidaría.

Esto nos lleva a concluir que, por un lado, se amplía el abanico de la calificación jurídica de las violaciones de los Derechos Humanos —lo que afina y perfecciona el concepto en el plano del deber ser—, mientras, por otro, aparecen también *derechos no humanos*. Sin embargo, todos son derechos, y si no se respetaran los no humanos, perderían todo sentido los humanos porque desaparecerían las personas humanas. La ampliación del campo del deber ser no es inocua, ya que, por muchos que sean los obstáculos, no es posible pasar al ser sin un previo deber ser que lo proyecte.

Los humanos no estamos solos, y eso en un doble sentido: únicamente podemos existir —es decir, realizarnos conforme a nuestras elecciones, pro-yectarnos en nuestra temporalidad— coexistiendo con los otros humanos, pero tampoco estamos solos sobre la corteza terrestre, sino que somos parte de la naturaleza.

Ambas realidades son negadas por la torpeza no pensante y suicida que hoy confronta con los Derechos Humanos mediante su idolatría del mercado, cuyas grosera meritocracia y perverso negacionismo ambiental pretenden convencernos de que somos entes sin límites éticos, determinados a convertirnos en transhumanos cósmicamente felices, aunque en tanto debamos limitarnos a reptar como seres que solo buscamos acumular dinero en forma de números en una computadora.

La disparidad de riqueza aumenta tanto en las sociedades del norte como en las del sur, pero los cinco siglos de colonialismo también incrementaron de modo desopilante las diferencias de riqueza entre los pueblos. Se calcula que en el siglo XV el nivel de vida de los europeos y de quienes habitaban el resto del mundo no era muy diferente; en el siglo XIX, los europeos superaban por el doble al de los otros habitantes del planeta; hoy, el nivel de

vida del país más rico, Qatar, supera cuatrocientas treinta y ocho veces el de Zimbabue, el más pobre.

Por importantes que sean los organismos políticos y jurisdiccionales internacionales para extender la eficacia de las normas de Derechos Humanos, la solución no puede provenir solo de ellos ni mucho menos. Tampoco puede pensarse en empoderarlos hasta llegar a una autocracia internacional o supranacional. Los propios organismos internacionales son un campo de lucha que el tardocolonialismo procura manipular para neutralizar el discurso de Derechos Humanos pervirtiéndolo en un *lawfare* regional y mundial, para usarlo como discurso de dominación.

Por eso, por la eficacia de estos derechos debe lucharse en cada lugar, en lo institucional interno de cada Estado, en la constante resistencia que imponga el paso al ser de este deber ser. Los organismos internacionales pueden ser —cuando cumplen su función— un reaseguro, pero la trinchera está en los derechos internos de los Estados, en los que los pueblos deben imponer una creciente vigencia venciendo las resistencias que en cada lugar se opongan.

Esto lo demuestra la historia que hemos recorrido, en que a las claras resulta que la resistencia y la lucha por el derecho pertenecen a los pueblos que operan sobre las instituciones. Son las luchas populares las que presionan por el avance de lo jurídico, pues este nunca surge de las cúpulas, sino de las múltiples culturas victimizadas que convergen en el espíritu del sur. Son ellas las que protagonizan el avance del derecho, con su potencial de protesta y exigencia de mayor eficacia de los Derechos Humanos, a lo que en modo alguno es ajeno el perfeccionamiento institucional de sus Estados en procura de participación e igualdad.

Pero lo cierto es que el colonialismo siempre pensó en términos de poder planetario, en tanto que las luchas anticoloniales tienen lugar en términos locales. Esto plantea un problema, pues el actual poder mundial nos muestra la necesidad de pensar con una perspectiva también mundial, como bien lo destaca ahora Rafael Bautista, y en este sentido la naturaleza mundial del discurso de Derechos Humanos lo erige en un instrumento singularmente útil. De allí que sea de vital importancia salvarlo de la tentativa de perversión, que procura neutralizarlo manipulándolo para degradarlo a un discurso de dominación tardocolonial.

El inútil hacer predicciones, pues la historia depende de muchísimos imponderables, pero en nuestra realidad actual lo que está claro es aquello con lo que deben confrontar las culturas victimizadas, dado que "los poderes económicos continúan justificando el actual sistema mundial, donde priman una especulación y una búsqueda de la renta financiera que tienden a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente" (*Carta Encíclica Laudato si'*, 56). Y "lo cierto es que el sistema mundial es

insostenible desde diversos puntos de vista, porque hemos dejado de pensar en los fines de la acción humana: 'Si la mirada recorre las regiones de nuestro planeta, enseguida nos damos cuenta de que la humanidad ha defraudado las expectativas divinas'" (ibíd., 61).

Más allá de cualquier predicción aventurada, lo que queda claro es que *esto no se sostiene*. Pero ¿qué es *esto que no se sostiene*? Es el capitalismo en su forma actual, o sea, liberado de toda limitación institucional democrática, desbocado para satisfacción de su pura pulsión endógena de mayor ganancia, es decir, camino de su suicidio. Nadie ni nada lo derrumba, sino que se implosiona sin que de momento haya otro sistema disponible para su reemplazo. Como sostiene el sociólogo alemán Wolfgang Streeck, en un planteo que ahora se ve agravado por la crisis de producción generada por la pandemia, quizá marchemos a un momento mundial de caos que —conforme a la *teoría del caos*— al fin termina organizándose. No obstante, si adviene ese momento de incertidumbre y hasta que se organice, pueden tener lugar muchos hechos desagradables y luctuosos. Tal vez sea llegada la hora en que el espíritu del sur pueda brindar la clave de la reorganización del planeta. Tal vez, pero solo si nos lo proponemos.

BIBLIOGRAFÍA

Zygmunt Bauman, *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?*, Buenos Aires, 2014.

Rafael Bautista S., *El tablero del siglo XXI. Geopolítica des-colonial de un nuevo orden post-occidental*, La Paz, 2019.

Carta Encíclica Laudato si' del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la casa común, Buenos Aires, 2015.

Eduardo Gudynas, *Derechos de la naturaleza. Ética biocéntrica y políticas ambientales*, Buenos Aires, 2015.

Jason Hickel, *The Divide. A Brief Guide to Global Inequality and its Solutions*, Londres, 2017.

Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia*, Madrid, 2017.

Vandana Shiva con Kartikey Shiva, *Il pianeta di tutti. Come il capitalismo ha colonizzato la terra*, Milán, 2019.

Las mujeres conmueven el presupuesto mismo del colonialismo, los pueblos originarios reafirman su presencia, los negros reclaman contra los crímenes del esclavismo; lo mismo hacen las víctimas de persecución por diversidad sexual. Las violaciones a los Derechos Humanos continúan; la resistencia cultural también.

Las feroces atrocidades que, en las formas de subhumanización, explotación, matanza y genocidio, conforman el patrimonio cultural criminal de la humanidad son el punto de partida de este libro que se niega al olvido o a la racionalización y ubica en perspectiva histórica la sucesión de crímenes de los que da prolija cuenta. Historiográficamente preciso, conceptualmente reflexivo y filosóficamente innovador, Zaffaroni propone un recorrido crítico asociado a los múltiples modos en que el colonialismo ha encontrado expresión fáctica, narrativa e ideológica, al tiempo que se pregunta por su relación con los Derechos Humanos, celebrados en su origen como triunfo de la misma civilización que tendió la mano al patriarcado, la misoginia, la discriminación, el racismo y el clasismo. Implacable en su exhumación de mojones de la experiencia criminal mundial que van del descuartizamiento de África al tardocolonialismo financiero contemporáneo, pasando por los colonialismos británico en India y Oceanía o francés en Indochina, los crímenes de la expansión norteamericana y rusa, las matanzas de las repúblicas oligárquicas de América, las guerras del Congo, Argelia, Madagascar, Camerún, Malvinas, Irak, Libia y los Balcanes, entre otras aberraciones, esta obra es también un llamado a la resistencia y a la lucha de las culturas victimizadas que convergen en el espíritu del Sur.

EUGENIO RAÚL ZAFFARONI

Es doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales por la Universidad Nacional del Litoral y abogado por la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires, ha recibido doctorados *honoris causa* en cuarenta y ocho universidades europeas y americanas. En 2015 fue nombrado juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos para el periodo 2016-2022. Entre 2002 y 2014 fue ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación argentina. Además de desempeñarse en la judicatura durante más de dos décadas, fue elegido diputado de la Ciudad de Buenos Aires (1997-2000), presidente de la Comisión de Redacción de su Convención Constituyente (1996) y vicepresidente tercero de la Comisión de Redacción de la Asamblea Nacional Constituyente (1994). Se desempeñó como director general del Instituto Latinoamericano de Prevención del Delito de las Naciones Unidas (ILANUD), procurador general de Justicia de la provincia de San Luis e interventor del Instituto Nacional de Lucha contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI).

© Coloso Images